

4 AGOSTO 1943

30
CENTAVOS EN
TODO EL PAIS

EN ESTE NUMERO:

EL CRIMEN DE SILVESTRE BONNARD, texto íntegro de la famosa novela de ANATOLE FRANCE

LA ZAMBA DE SANGRE, novela argentina de HECTOR PEDRO BLOMBERG

y un episodio de

ESCENAS DE LA VIDA BOHEMIA, la inmortal obra de ENRIQUE MURGER

LEOPLAN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA | Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 138.577 | ESMERALDA 116 U. T. 33 - 0063 BUENOS AIRES | AÑO X - N.º 221 4 AGOSTO 1943

Sumario

En el próximo número ***DOS OBRAS FAMOSAS COMPLETAS:***

UN INVIERNO DE MI VIDA, por **MAXIMO GORKI**

EL COMENDADOR, por **CAMILO CASTELLO - BRANCO**

Y trabajos de:
ENRIQUE MURGER ◆ PEDRO ANTONIO DE ALARCON ◆ EDUARDO MALLEA ◆ NICETO ALCALA ZAMORA ◆ GIOVANNI VERGA ◆ MARK TWAIN, etc.

"LEOPLÁN" APARECE EL 18 DE AGOSTO - 30 CENTAVOS EN TODO EL PAIS



EN LA CHACRA

Fotografía artística de Angel Castellano.

EL EXPERIMENTO DEL

El anciano doctor Héidegger, hombre muy original, invitó una vez a cuatro amigos suyos para que se reunieran en su estudio. Eran tres caballeros de barba blanca: el señor Médbourne, el coronel Killigrew y el señor Gascoigne; y una ajada señora, la viuda Wycherly. Todos ellos eran viejos y melancólicos personajes, que habían sufrido infortunios durante su vida, y cuya mayor desgracia consistía en que no gozaban tiempo ha del reposo de la tumba. El señor Médbourne había sido en el vigor de su edad un próspero comerciante; mas perdió toda su fortuna en especulaciones arriesgadas y era por entonces poco menos que un mendigo. El coronel Killigrew había malgastado sus mejores años, su salud y su energía en pecaminosos placeres que le produjeron multitud de incomodidades, como la gota y otros varios tormentos de cuerpo y alma. El señor Gascoigne era un político arruinado, hombre de mala fama, que le había perseguido hasta que el tiempo le borró de la memoria de la presente generación, haciéndole obscuro en vez de infame. En cuanto a la viuda Wycherly, contaba la tradición que fué una belleza en sus días; mas había vivido largo tiempo en profundo aislamiento a causa de ciertas historias escandalosas que levantaron contra ella la opinión de la sociedad. Es digna de mencionarse la circunstancia de que los tres viejos caballeros, el señor Médbourne, el coronel Killigrew y el señor Gascoigne, habían sido en otro tiempo pretendientes de la viuda Wycherly, y estuvieron una vez a punto de cortarse el cuello por gozar del privilegio de su amor. Y antes de proseguir, quiero también dejar apuntado que se susurraba que tanto el doctor Héidegger como sus cuatro invitados se encontraban a veces algo fuera de sus cabales; cosa no del todo sorprendente tratándose de personas ancianas atormentadas por actuales sufrimientos o por angustiosas remembranzas.

—Mis antiguos y queridos amigos — dijo el doctor Héidegger, haciéndoles tomar asiento —, deseo que me ayudéis en uno de los pequeños experimentos con que acostumbro divertirme a solas en mi estudio.

Si hemos de dar fe a la historia, el estudio del doctor Héidegger era un sitio de los más curiosos: una obscura cámara, amueblada a la antigua, festoneada de telarañas y cubierta de polvo desde tiempo inmemorial. Apoyados contra el muro veíanse varios estantes de roble, cuyos anaqueles inferiores estaban llenos de infolios gigantescos y libros góticos en cuarto, mientras la parte superior guardaba los pequeños libros en duodécimo con cubierta de pergamino. Sobre el estante central había un busto de Hipócrates con el cual, según fuentes autorizadas, acostumbraba sostener consultas el doctor Héidegger en todos los casos difíciles de su profesión. En el rincón más obscuro del aposento, había un armario de roble, alto y estrecho, a través de cuya entreabierta puerta se divisaba confusamente un esqueleto. En el espacio comprendido entre dos estantes pendía un espejo mostrando su alta y empolvada superficie dentro de un deslustrado marco dorado. Entre muchas otras historias maravillosas que se relataban acerca de este espejo, decíase que las almas de todos los pacientes difuntos del doctor habitaban dentro de su vera, y se encaraban con él siempre que miraba en aquella dirección. El lado opuesto de la cámara estaba decorado con el retrato de cuerpo entero de una joven dama, vestida de raso, seda y brocado en descolorida magnificencia, y con semblante tan pálido como su atavío. Hacía medio siglo que el doctor Héidegger estuvo a punto de casarse con la joven señora; mas sucedió que, afectada de ligero malestar, tomó una de las recetas de su prometido y murió en la mañana de las bodas. Queda aún por mencionar la principal curiosidad del estudio: un enorme infolio, encuadernado en cuero negro y cerrado con pesados broches de plata. No llevaba letras en el lomo y nadie podía decir el título de la obra. Pero sabíase perfectamente que era un libro de magia, y una vez que lo agarró una camarera, simplemente con la idea de quitarle el polvo, el esqueleto se removió en su armario, el retrato de la dama colocó un pie sobre el pavimento y varios rostros de fantasmas asomaron en el espejo; en tanto que la bronceada cabeza de Hipócrates fruncía el ceño y decía: "¡Detente!"

Tal era el estudio del doctor Héidegger. En la tarde de estío a que se refiere nuestra historia, había una pequeña mesa redonda, negra como el ébano, en el centro de la habitación, sosteniendo un ánfora de cristal cortado, de bella forma y delicado trabajo. Los rayos del sol penetraban a través de la ventana, entre los pesados festones de dos cortinas de damasco descolorido, y caían discretamente sobre el ánfora; de manera que un suave resplandor se reflejaba en los cenicientos rostros de los cinco viejos reunidos en torno. También había cuatro copas de champaña sobre la mesa.

—Mis antiguos y queridos amigos — repitió el doctor Héidegger —, ¿puedo confiar en vuestra cooperación para realizar un experimento extremadamente singular?

Hay que advertir que el doctor Héidegger era un viejo caballero muy original, cuyas excentricidades habían llegado a ser la base de mil fantásticas historias. Es posible que algunas de estas invenciones, dicho sea para vergüenza mía, puedan remontarse hasta mi propia y verídica persona; de modo que, si algunos pasajes de este cuento chocan con la credulidad del lector, soportaré gustosamente el estigma de novelero.

Cuando los cuatro visitantes oyeron hablar al doctor de su famoso experimento, no imaginaron maravilla mayor que la muerte de un ratón por medio de alguna bomba neumática, el examen de cualquier basura en el microscopio, o alguna otra tontería por el estilo, con las que tenía el hábito de importunar a sus amigos. Mas, sin aguardar respuesta, el doctor Héidegger atravesó renqueando la habitación y volvió con aquel enorme infolio encuadernado en cuero negro, que la opinión general declaraba ser un libro de magia. Desabrochando las plateadas cerraduras, abrió el volumen y sacó de entre sus góticas páginas una rosa o lo que fué alguna vez una rosa, pues que entonces las verdes hojas y pétalos de púrpura habían adquirido un tono pardusco, y la flor entera parecía a punto de convertirse en polvo entre las manos del doctor.

—Esta rosa — explicó suspirando el doctor Héidegger —, esta misma rosa que veis aquí marchita y casi deshecha, floreció hace cincuenta y cinco años. Me la dió Silvia Ward, cuyo retrato pende allí; y yo pensaba llevarla sobre el pecho el día de nuestras bodas. Cincuenta y cinco años la he conservado como un tesoro entre las páginas de este viejo libro. Ahora bien; ¿creeríais posible que esta rosa de medio siglo pudiera revivir alguna vez?

—¡Qué ocurrencia! — exclamó la viuda Wycherly con un impertinente movimiento de cabeza —. ¡Podríais preguntar igualmente si un rostro arrugado de vieja puede rejuvenecerse alguna vez!

—¡Mirad! — respondió el doctor Héidegger.

Descubrió el ánfora y echó la rosa seca en el agua que allí había. Al principio se mantuvo la flor en la superficie, sin absorber nada de humedad, al parecer. Pronto, sin embargo, pudo notarse un cambio singular. Los arrugados y secos pétalos se agitaron, adquiriendo un tinte carmesí más vivo, como si la flor despertara de algún sueño mortal; el esbelto tallo y las ramitas de follaje tomaron tonos verdes; y por último la rosa de medio siglo atrás apareció tan lozana y fresca como cuando Silvia Ward la obsequió a su prometido. Apenas si lucía completamente abierta; pues algunas de sus delicadas hojas encarnadas apretábanse todavía modestamente sobre su húmedo seno, donde brillaban dos o tres gotas de rocío.

—Es ciertamente una linda ilusión óptica — dijeron descuidadamente los amigos del doctor, pues habían presenciado mayores milagros en espectáculos de prestidigitación —; haced el favor de mostrarnos de qué manera se realiza.

—¿Habéis oído hablar alguna vez de la *Fuente de la Juventud?* — preguntó el doctor Héidegger —, ¿aquélla que fué a buscar Ponce de León, el aventurero español, hará dos o tres centurias?

—Pero ¿la encontró al fin Ponce de León? — preguntó la viuda Wycherly.

—No — respondió el doctor Héidegger —, porque nunca la buscó en su verdadero sitio. La Fuente de la Juventud, si estoy bien informado, se encuentra situada en la parte meridional de la península de la Florida, no lejos del lago Macaco. Su manantial está sombreado por varias magnolias gigantescas, que aun cuando cuentan innumerables siglos se conservan tan frescas como violetas, por la virtud de esta agua maravillosa. Un amigo mío, conociendo mi afición a esta clase de estudios, me ha enviado la que veis en aquel vaso.

—¡Ejem! — murmuró el coronel Killigrew, que no creía una palabra de la historia del doctor —; y ¿cuál sería el efecto de este líquido en la naturaleza humana?

—Podéis juzgarlo por vos mismo, mi querido coronel — replicó el doctor Héidegger —, y vosotros todos, mis respetados amigos, sois los bienvenidos para beber de este líquido maravilloso la cantidad necesaria para devolveros el brillo de la juventud. Por mi parte, he tenido tantos disgustos antes de envejecer, que no tengo prisa de volverme joven otra vez. Con vuestro permiso, observaré solamente los progresos del experimento.

Mientras hablaba, llenaba el doctor Héidegger las cuatro copas de champaña con el agua de la fuente de la juventud. Parecía impregnada de algún gas efervescente, porque continuamente ascendían pequeñas burbujas desde el fondo de los vasos y estallaban en

DOCTOR HEIDEGGER

Por ***NATHANIEL HAWTHORNE***

ILUSTRACIONES DE LISA



plateado rocío en la superficie. Como el líquido difundía agradable perfume, los viejos personajes no vacilaron en creer que poseyera propiedades cordiales y reconfortantes y, aun cuando escépticos con respecto a su poder rejuvenecedor, sentíanse inclinados a beberlo inmediatamente. Pero el doctor Héidegger les detuvo por un momento.

—Antes de que bebáis, mis respetables y antiguos amigos — dijo —, sería conveniente que, con la experiencia que habéis adquirido durante vuestra vida, adoptarais algunas reglas generales de conducta al afrontar por segunda vez los peligros de la juventud. ¡Pensad que sería un crimen y una vergüenza si, con las ventajas especiales de que vais a disfrutar, no fuerais modelo de virtud y de sabiduría para todos los jóvenes de vuestra edad!

Los cuatro venerables amigos del doctor, sólo respondieron con una débil y trémula carcajada; tan ridícula les pareció la idea de que, conociendo cuán próximo sigue el arrepentimiento las huellas del error, hubieran de extraviarse nuevamente.

—Bebed entonces — dijo el doctor inclinándose —. Me regocijo de haber elegido con tanta discreción los sujetos para mi experimento.

Con temblorosas manos levantaron las copas hasta sus labios. Si el licor poseía en realidad las virtudes que le atribuía el doctor Héidegger, no podía emplearse en cuatro seres humanos que lo necesitaran más lastimosamente.

Parecía que nunca hubieran tenido juventud ni placeres, que hubieran sido un producto anormal de la naturaleza, siempre las mismas criaturas grises, decrépitas y sin savia, que se encontraban en derredor de la mesa del doctor, tan yertas de cuerpo y alma que ni siquiera sentían entusiasmo ante la idea de rejuvenecer. Bebieron el agua y colocaron de nuevo los vasos sobre la mesa.

Indudablemente pudo notarse al punto cierta animación en el aspecto de los invitados; algo así como el efecto producido por un vaso de vino generoso, con un resplandor de claridad repentina que irradiaba en los cuatro rostros a la par. Apareció un sonrosado de salud en sus mejillas, reemplazando la palidez terrosa que les hacía asemejarse a un cadáver. Miráronse unos a otros, imaginando que algún mágico poder principiaba a borrar en realidad la honda y triste huella que el Tiempo había grabado desde muy atrás en su entrecejo. La viuda Wycherly arregló su capota, casi sintiéndose mujer de nuevo.

—¡Dadnos un poco más de esta agua maravillosa! — exclamaron ansiosamente —. Hemos comenzado a rejuvenecer, pero estamos todavía demasiado viejos. ¡Pronto, dadnos un poco más!

—¡Paciencia, paciencia! — dijo el doctor Héidegger que, sentado, observaba los efectos del experimento con filosófica frialdad —. Habéis puesto largo tiempo para haceros viejos. No dudo que os contentaréis con rejuvenecer en una hora. ¡Sin embargo, el agua está a vuestra disposición!

Llenó las copas nuevamente con el licor de la juventud, del cual quedaba lo bastante en el recipiente para volver tan jóvenes como sus nietos a la mitad de los viejos de la ciudad. Mientras estallaban aún las burbujas en el borde, los cuatro invitados del doctor se apoderaron de los vasos y bebieron el contenido de un solo sorbo. ¿Era ilusión, acaso? No bien acababa de pasar el líquido por su garganta cuando pareció presentarse un cambio en toda su naturaleza. Tornáronse sus ojos claros y brillantes; una sombra oscura se extendió sobre sus plateados rizos; y se en-



contraron reunidos en torno de la mesa del doctor Héidegger tres caballeros de mediana edad y una dama salida apenas de la primera juventud.

—¡Mi querida viuda, estáis encantadora! — exclamó el coronel Kílligrew, que había conservado la mirada fija sobre el rostro de la señora, mientras las sombras de la edad se desvanecían como la obscuridad ante la aurora de un nuevo día.

La hermosa viuda sabía desde largo tiempo atrás que los elogios del coronel Kílligrew no siempre se basaban en la estricta verdad; así, saltando de su asiento se abalanzó al espejo, temiendo aún que sus miradas tropezaran con el feo rostro de una mujer de edad. Entretanto los tres caballeros se comportaban de manera tal que daba lugar a creer que el agua de la fuente de la juventud poseía ciertas cualidades espirituosas; a menos que la exaltación de sus ideas fuera simplemente el alegre desvanecimiento producido por la súbita desaparición del peso de los años. La imaginación del señor Gascoigne parecía encaminarse a temas políticos; mas no era fácil determinar si sus elucubraciones se referían al pasado, al presente o al futuro, pues que las mismas ideas e idénticas frases habían estado en boga durante los últimos cincuenta años. Ya enunciaba a plena voz proposiciones sobre el patriotismo, la gloria nacional y los derechos del pueblo; ya musitaba algunos planes atrevidos en receloso y taimado murmullo, tan cautelosamente que ni siquiera su propia conciencia llegara a apoderarse del secreto; o expresábase de nuevo con acento mesurado y docta entonación de orador, como si oídos reales escucharan los bien redondeados períodos de su arenga. El coronel Kílligrew entonaba al mismo tiempo una alegre canción báquica, tamborileando en su vaso el compás del coro, mientras sus ojos vagaban sobre el risueño semblante de la viuda Wycherly. Al otro lado de la mesa el señor Médbourne sumíase en profundos cálculos de dólares y centavos, que tenían que ver particularmente con un proyecto para proveer de hielo a las Indias Orientales o equipar un tiro de ballenas para los témpanos polares.

En cuanto a la viuda Wycherly, permanecía frente al espejo haciendo monadas y cortesías a su propia imagen y saludándola como al amigo más amado que existía en el mundo para ella. Acercó su rostro muy junto al espejo para observar si la pata de gallo y las importunas arrugas marcadas largo tiempo atrás habían desaparecido verdaderamente. Examinó si la nieve de sus cabellos habíase fundido por completo y si podría echar atrás su capota con entera seguridad. Al fin, volviéndose alegremente, avanzó hacia la mesa en una especie de paso de baile.

—¡Mi viejo y querido doctor! — exclamó —, ¡por favor, brindadme otro vaso!

—¡Ciertamente, mi querida señora, ciertamente! — replicó el complaciente doctor —. ¡Mirad! Ya tenía los vasos llenos.

En efecto, los cuatro vasos aparecían llenos hasta el borde de aquella agua maravillosa, cuyo delicado rocío, efervescente en la superficie, semejaba el trémulo chispear de diamantes. Estaba ya tan próximo el ocaso que la habitación se hallaba más sombría que nunca; pero un resplandor suave, análogo al de la luna, emanaba de la ánfora, reposándose por igual sobre los cuatro invitados y sobre la figura venerable del médico. Sentóse éste en un sillón de roble, de alto respaldar y primorosamente tallado, con tal aire de antigua majestad que habría podido caracterizar al Tiempo, cuyo poder jamás había sido discutido, salvo por esta afortunada tertulia. A pesar de que bebían ansiosamente en aquel momento la tercera copa del licor de la fuente de la juventud, sintiéronse casi atemorizados por la misteriosa expresión de la fisonomía del doctor Héidegger.

Pero pronto la alegre efusión de la juventud cundió por sus venas. Hallábanse ahora en la dichosa adolescencia. Recordaban la vejez, con su séquito miserable de preocupaciones, sufrimientos y enfermedades, tan sólo como un sueño desagradable del cual acababan de despertar alegremente. La frescura de alma, perdida tan temprano, y sin la cual las escenas sucesivas de la vida eran únicamente una colección de cuadros descoloridos, prestaba otra vez su encanto al porvenir. Sintiéronse como seres nuevos creados en un universo nuevo.

—¡Somos jóvenes! ¡Somos jóvenes! — exclamaban en su éxtasis.

La juventud, al igual que la vejez, borraba los caracteres fuertemente marcados de la edad mediana y asimilaba mutuamente a todos aquellos personajes. Era un grupo de muchachos alegres, casi enloquecidos con el regocijo exuberante de sus pocos años. El efecto más singular de su alegría era el impulso de mofarse de las enfermedades y la decrepitud de que habían sido víctimas hasta hacía pocos instantes. Reían locamente de su extravagante atavío, de las chaquetas de amplios faldones y los chalecos flotantes de los jóvenes, y de la antigua capota y vestimenta exótica de la deslumbrante señora. Uno de ellos púsose a cojear alrededor del cuarto como un abuelo gotoso; otro colocó en su nariz un par de gafas, pretendiendo descifrar las góticas páginas del libro de magia; el tercero tomó asiento en una gran silla de brazos y procuraba imitar la venerable dignidad del doctor Héidegger. Todos alborotaban regocijadamente, saltando en torno de la habitación. La viuda Wycherly (si una damisela tan fresca podía llamarse viuda) se acercó bailando ágilmente hasta la silla del doctor, con el sonrosado rostro brillando de maliciosa alegría.

—¡Doctor, viejo y querido corazón mío, levantaos y danzad conmigo! — exclamó. Y entonces los cuatro jóvenes rieron más estrepitosamente que nunca al pensar en la extravagante figura que haría el pobre viejo doctor.

—Os ruego dispensarme — respondió el doctor tranquilamente —. Estoy viejo y reumático y mi tiempo de bailar concluyó muchos años ha. Pero cualquiera de estos jóvenes será muy feliz de tener tan linda pareja.

—¡Bailad conmigo, Clara! — gritó el coronel Killigrew.

—¡No, no; yo seré su compañero! — profirió el señor Gascoigne.

—¡Fuí su prometido hace cincuenta años! — exclamó el señor Médbourne.

Todos se agruparon en torno de ella. Uno asió sus dos manos con impulso apasionado; otro, pasó el brazo en derredor de su talle; el tercero hundió la mano entre los sedosos rizos que asomaban debajo de la capota de la dama. Sonrosada, palpitante, luchando, riñendo, riendo y lanzando por turno su aliento ardoroso a la faz de cada uno de los pretendientes, hacía ella ademán de desprenderse, mas sin llegar a librarse del triple abrazo. Nunca se había presenciado cuadro más vivo de rivalidad juvenil con hermosura tan hechicera como galardón. Sin embargo, por extraña ilusión, debida a la oscuridad de la cámara y a los antiguos vestidos que aun llevaban los invitados, se dice que el gran espejo reflejaba la figura de los tres ancianos, canosos y ajados abuelos, contendiendo por la fealdad angulosa de una vieja encogida y arrugada.

Pero eran jóvenes: por lo menos sus pasiones lo demostraban. Inflamados hasta la locura por la coquetería de la damisela viuda que no otorgaba ni rehusaba por completo sus favores, los tres rivales comenzaron a cruzar amenazadoras miradas. Sujetando con una mano el anhelado galardón, echaron la otra mutuamente a sus gargantas, llenos de rencor. Mientras luchaban aquí y allá, cayó la mesa, destrozándose el vaso en mil fragmentos. La preciosa agua de la juventud corrió en brillante arroyo sobre el pavimento, humedeciendo las alas de una mariposa, envejecida al declinar del verano y que había venido a morir allí. El insecto voló ligeramente a través de la habitación y fué a colocarse en la nevada cabeza del doctor Héidegger.

—¡Venid, venid, caballeros! ¡Venid madame Wycherly! — exclamó el doctor — Tengo que protestar seriamente de este tumulto.

Aquietáronse y se estremecieron; porque parecía que el Tiempo gris les llamara haciéndoles retroceder de su luminosa juventud, muy lejos, hasta el helado y obscuro valle de los años. Miraron al doctor Héidegger, quien tomó asiento en su tallado sillón, sosteniendo la rosa de medio siglo que había recogido entre los fragmentos del estrellado vaso. A un movimiento de su mano, los cuatro revoltosos asumieron sus asientos a la mayor brevedad, pues su violento ejercicio habíales fatigado en extremo, a pesar de la juventud de que creían disfrutar.

—¡Mi pobre rosa de Silvia! — exclamó el doctor Héidegger, exponiéndola a la luz de las nubes del poniente —; parece que se marchita otra vez.

Y así era en verdad. Bajo las miradas de la reunión continuó ajándose la flor hasta que apareció tan seca y frágil como cuando el doctor la había arrojado en el vaso. Sacudió el anciano las pocas gotas de rocío que aun pendían de sus pétalos.

—La amo tanto ahora como en su húmeda frescura — observó el doctor, oprimiendo la marchita rosa contra sus labios ajados. Mientras hablaba, la mariposa voló otra vez de su nevada cabeza y cayó sobre el pavimento.

Los invitados se estremecieron de nuevo. Una frialdad extraña, que no sabían si atribuir al cuerpo o al espíritu, apoderábase de ellos gradualmente. Se miraron unos a otros e imaginaron que cada minuto que se escapaba arrebatábales un encanto, y dejaba en su semblante surcos más profundos donde nada se notaba en el momento precedente. ¿Era acaso una ilusión? ¿El cambio de una vida entera limitábase a tan breve espacio, y eran ya sólo cuatro ancianos sentados con su viejo amigo, el doctor Héidegger?

—¿Nos volvemos viejos tan pronto, otra vez? — exclamaron dolorosamente.

Así era en realidad. El agua de la juventud poseía solamente virtudes más pasajeras que las del vino. El delirio que creaba había desaparecido. ¡Sí! Eran viejos otra vez. Con impulso repentino, que demostraba que era aún mujer, la viuda oprimió sus flacas manos contra su semblante, deseando que la tapa del ataúd cayera sobre ella, ya que no podía volver a ser hermosa.

—Sí, amigos míos; sois viejos otra vez — dijo el doctor Héidegger —: y, ¡ay!, el agua de la juventud se ha derramado toda por el suelo. Bien; no lo lamentaré; pues aun cuando la fuente brotara en los mismos umbrales de mi puerta, mis labios no la habrían de tocar; no, aunque el delirio que produjera durase años en vez de algunos instantes. ¡Esta es la lección que me habéis enseñado!

Pero los cuatro amigos del doctor no aprovecharon para sí la lección. Resolvieron organizar una peregrinación a la Florida y beber mañana, tarde y noche de la Fuente de la Juventud. ◈

CARLOS V EN EL REINO

LUTERO FRENTE AL EMPERADOR - FRANCISCO I O "TODO SE HA PERDIDO..." - UN MONASTERIO EN LA VERA DE

¿Dónde podré huir, que sacudida un rato sea de mí la grave carga que oprime mí cerviz enflaquecida?

(GARCILASO DE LA VEGA).

UNA de las facetas más interesantes de la intensa vida del que fué poderoso señor Carlos I de España y V de Alemania, la constituye, sin duda alguna, su voluntario retiro al Monasterio de Yuste. ¿Cuáles fueron las causas que llevaron al emperador a abandonar todas las riquezas y pompas de aquel maravilloso imperio?

Este monarca, que a la temprana edad de dieciséis años ciñó la corona de España y a los diecinueve se vió dueño del imperio "en donde jamás se ponía el sol", no encontró la felicidad hasta que renunció, una tras otra, a todas las coronas, para esconder su melancolía en la soledad de un monasterio en la Vera de Plasencia.

Naturalmente, resultó agobiadora al emperador la carga de un imperio que abarcaba España, Portugal, Bélgica, el Sur de Italia, partes extensas de Francia, toda la América Central y Meridional, grandes posesiones en el Sur y Oeste de los Estados Unidos, las Islas Filipinas, Madera, Azores, Cabo Verde, Guinea, Angola y las Molucas, además de considerables islas y territorios en el continente asiático. Pero la causa de sus sinsabores, de su prematura vejez, fueron otras. Más desazonaron al emperador las pretensiones de aquel "frailuco" astuto que se llamó Lutero.

Como paladín del cristianismo que era, Carlos dedicó todo su poder y toda su energía a combatir sus intentos de mellar la unidad de la Iglesia. Se mantuvo firme en sus convicciones hasta que, viendo que los odios amenazaban seriamente a Europa, dió una tregua a Lutero concediéndole audiencia. Por primera vez se encontraron así, frente a frente, los dos adversarios.

En esta ocasión, puso Carlos de relieve sus dotes de gobernante. Pocas y concisas fueron las palabras que mediaron entre ambos.

—¿Estima — preguntó el emperador — que los Concilios Generales de la Iglesia pueden engañarse?

Lutero, pálido y nervioso, respondió con frases mal hilvanadas, pidiendo que se le diera tiempo para reflexionar.

Al día siguiente celebróse una

Rodeado de sus relojes, "Carlos Quinto, el esforzado" — como dijera Campoamor —, descansa en el monasterio de Yuste.



En este féretro de madera de castaño estuvo depositado el cuerpo del monarca durante cuatro años, antes de ser trasladado a El Escorial.

Los aposentos de San Jerónimo de Yuste, en los cuales Carlos V fué "a acabar la vida". "Grande celda para un fraile, corto albergue para un César"—expresó Azedo de la Berrueza.

DEL OLVIDO

PLASENCIA - FUNERALES EN VIDA

Por
Carlos Duelo
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

El tiempo ha cumplido su obra y hoy sólo quedan las ruinas del claustro, invadidas por las plantas silvestres.



Restos de una de las puertas de la austera vivienda donde el vencedor de Francisco I fué a buscar la soledad. Comunicaba con el jardín del convento.

El ansiado retiro, al cual llegó el monarca un día desapacible de 1557, sufrió mucho durante la guerra de la Independencia. Este es su estado en la actualidad.



nueva entrevista en la que declaró resueltamente que no estaba de acuerdo con los Concilios de la Iglesia.

En vista de ello, Carlos I reunió la dieta, manifestando, iracundo, que no toleraría la propagación de las doctrinas luteranas en sus dominios. "Estoy resuelto — afirmó — a defender esta causa sagrada (la religión católica) con mis dominios, mis amigos, mi cuerpo, mi sangre, mi vida y mi alma".

El emperador no tuvo un remanso en su vida. Cuando no era Lutero, era Francisco I, y cuando no éstos, los turcos y moriscos. Fácil es, pues, comprender la razón de su carácter taciturno. Amaba la paz, y sin embargo no pudo gozar de ella hasta que, agotado y enfermo, se retiró a Yuste.

Estando en Granada pasando su luna de miel con Isabel de Portugal, debió abandonar la bella ciudad de la Alhambra, por la que sentía especial estima, dejando a su esposa, a quien, como es sabido, quería entrañablemente. ¡De nuevo la guerra iba a enturbiar sus pocos momentos felices!

De las innumerables batallas que sostuvo España contra Francia, ninguna tan cruenta y decisiva como la de Pavía.

El 7 de agosto de 1524, las fuerzas imperiales al mando del príncipe Borbón, ponen sitio a Marsella. Francisco I, con su impulsivo carácter, ordena la destrucción de todos los pueblos vecinos y exige la defensa de la plaza, a cuyo efecto había enviado de antemano una guarnición considerable.

Las tropas imperiales, exhaustas y sin víveres, no tienen otro remedio que levantar el sitio, refugiándose en Italia.

Creyó el emperador que esta victoria dejaría satisfecho a su rival. Mas no fué así. Por el contrario, alucinado por este éxito militar, Francisco I organizó sus ejércitos y atacó a Milán, la codiciada ciudad, de la que se había apoderado una terrible epidemia. Esta y la reciente derrota sufrida en Provenza contribuyeron grandemente a que las tropas españolas abandonaran la ciudad, amparándose en Lodi. El bizarro oficial español Antonio de Leiva, con seis mil hombres, se refugió en Pavía. Así quedó copado el ejército imperial, con la amenaza de perecer por falta de víveres. Confiaba el monarca francés que los cercados acabarían por rendirse. Esta confianza excesiva le costó muy cara.

El jefe de los españoles, Marqués de Pescara, con su genio estratégico decidió dar un golpe de sorpresa e ir a tiempo en socorro de los sitiados en Pavía. Hizo poner sobre los uniformes de sus soldados amplias camisas blancas, con el fin de hacerlos menos visibles, ya que el país estaba cubierto de nieve. Al grito de "¡Santiago y España!" atacaron los "encamisados" con un empuje tan arrollador que pronto los franceses fueron dominados.

Pereció en esta sangrienta batalla la flor y nata de los hidalgos franceses, que demostraron un heroísmo digno de Bayardo, "el caballero sin tacha y sin miedo".

Francisco I fué hecho prisionero. Condújosele a un castillo de Lombardía, recibiendo todos los honores que su real persona merecía. Es desde allí desde donde, dolorido por la derrota, escribe a su madre aquella famosa carta en la cual dice: "todo se ha perdido menos el honor", seguido de: "y la vida que se ha salvado", que cambia totalmente el sentido de la tan mentada frase histórica.

Llevado a Madrid ante Carlos V, éste hizo gala de su nobleza esmerándose en atender debidamente al prisionero. Al cabo de un año concluyóse un tratado entre ambos monarcas, por el cual Francisco I renunciaba a todas sus pretensiones en los Estados de Milán, Génova, Artois y Hainaut, además de otras condiciones. Una vez libre el soberano francés, hizo caso omiso del tratado, recrudeciéndose las hostilidades.

Viene después aquel ruidoso desafío que Carlos dirigió al soberano francés, en el que le llamaba *lasche et mechant* (bellaco y vil), por no haber cumplido el tratado firmado en Madrid, proponiéndole zanjar sus antagonismos en un duelo "para bien de la paz del mundo". Francisco no se dió por enterado de este reto.

La vida del emperador no está colmada de aventuras románticas como la de otros monarcas, contrastando con la de Enrique VIII, que escandalizaba al mundo en aquella época. Quieren algunos ver en Catalina de Blomberg su gran pasión; mas en realidad éste sólo fué un romance pasajero, gracias al cual España se vió avalorada con el genio militar de don Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, esta batalla que tantos poetas han narrado en floridos versos. Su matrimonio con Isabel de Portugal le dió tres hijos, María, Juana y Felipe. Tuvo, además, antes de casarse, dos hijos bastardos, Margarita y el célebre don Juan de Austria.

El emperador amó mucho a España. Su carácter llano y cordial lo hacía accesible al pueblo. Numerosas son las anécdotas que han quedado en la Historia. Así cuéntase que en cierta ocasión, paseando por una carretera, entabló conversación con un aldeano. Como el pobre labriego no sabía con quién estaba hablando, se puso a lanzar terribles improperios contra los impuestos que el pueblo sufría. Cuando, al fin, Carlos se dió a conocer, el buen hombre, en lugar de azararse, exclamó: "¡Si lo sé antes, mucho más le digo!"

El 13 de febrero de 1557, el sueño dorado del emperador se plasma en realidad. El ansiado retiro, lejos de la fastuosidad de la corte y del ruido de las batallas, se alza en lo más recóndito de la Vera de Plasencia, medio envuelto por la bruma. Es el monasterio de San Jerónimo de Yuste, lugar elegido por Carlos V, quien había ya dispuesto la construcción de una casa pegada al convento. A tal efecto, escribió una carta al prior de los jerónimos, en los siguientes términos:

"Deseo retirarme entre vosotros á acabar la vida y por esso querría que me labracedes unos aposentos en San Jerónimo de Yuste y por lo que fuera menester acudireys al secretario Juan Vazquez de Molina que él procurará dineros por lo cual os embio el modelo de la obra..."

Un día desapacible de febrero, Carlos V ve desde su litera la silueta del viejo monasterio. Esta era la única recompensa que por sus fatigas y desazones ansiaba recibir. Tuvo cuanto quiso, menos una cosa: la soledad. ¿Acaso no la había ganado? Allá quedaba un imperio resplandeciente que podía responder. Una civilización y una fe para el mundo entero. La ardua tarea tocaba a su fin.

Solitario y silencioso, el monasterio de Yuste se halla enclavado, cual un oasis, entre peladas sierras blancas y guijarrosas. La villa más cerca-

na es Cuacos, que dista unos dos kilómetros. Un poeta extremeño, Gabriel Azedo de la Berrueza, escribió unos versos de mucho colorido sobre la vida del emperador en Yuste. Dice así una de las estrofas:

Yace en la valiente España
Un gran pedazo de tierra
Dulce olvido de los hombres
En la Vera de Plasencia...

Por las sosegadas huertas del monasterio paseó Carlos su melancolía. Gustaba oír el cantar de los pajarillos, el susurrar de las fuentes y, a menudo, sentábase a la sombra de un viejo nogal. Tal vez desde allí, al contemplar la exuberante naturaleza, pareceríale modesta su obra.

Aquí pues, donde el rigor
Del tiempo no se respeta,
Por ser alba todo el día,
Todo el año primavera,
Se vino el emperador
Por gozar en esta tierra
Del cielo más favorable...
....

El palacio en que moró Carlos V y que hoy está semiderruído, sufrió mucho en la guerra de la Independencia. Intentóse restaurarlo, pero sin éxito. El edificio contiguo al convento constaba de cuatro amplios salones, situados dos a cada lado de un corredor. En el ala izquierda había una gran habitación, que el emperador destinaba para recibir las pocas visitas que iban a turbar su sosiego. En la habitación vecina tenía su modesto aposento, muy sobriamente decorado. La parte derecha comprendía el comedor y la cocina. Era tal la austeridad de la vivienda, que Azedo de la Berrueza así la expresa:

Los animosos naranjos,
Cidros y limoneros trepan
Por meterse en las ventanas
Y admirando las grandezas
No del cuarto de su dueño
Van diciendo en agrias lenguas
"Grande celda para un fraile
Corto albergue para un César".

¿Qué vida hizo el emperador los 18 meses que pasó en el retiro? Mucho se ha fantaseado. No es cierto, por ejemplo, que cambiara su vestimenta por la de fraile, como aseguran algunos cronistas. La inventiva de ciertos historiadores del siglo XVII los lleva hasta a afirmar que Carlos ordenó a los Padres Jerónimos del monasterio celebrar sus propios funerales, y, lo que todavía es más novelesco: que contempló la ceremonia encerrado en el ataúd. Verdad es que mandó efectuar una misa de requiem por su alma, además de las que encargaba por sus familiares desaparecidos, pero tan sólo se limitó a entregar un cirio al sacerdote como ofrenda a Dios.

Pasaba los días plácidamente, rodeado de sus relojes favoritos, que luego mencionó Campoamor:

Carlos Quinto, el esforzado,
Se encuentra asaz divertido
De cien relojes rodeado
Cuando va, en Yuste olvidado,
Hacia el reino del olvido

Leía mucho y hablaba muy poco: las palabras precisas. San Francisco de Borja, antes poderoso Duque de Gandía, lo acompañaba a menudo en sus paseos por el huerto. Su hijo Felipe II pedíale consejos frecuentemente sobre asuntos de gobierno, que el emperador le hacía llegar en extensas cartas.

Esta fué la última visión que del mundo tuvo Carlos V antes de exhalar el postrer aliento: los castaños a través de la ventana de su cuarto.

Una tarde de agosto, mientras comía en la azotea del monasterio, le sobrevinieron unos escalofríos que le causaron fiebre, por lo que debió acostarse, ¡ay!, para no levantarse más. Después de veintiún días de postración, sintiendo cercano su fin, pide un crucifijo y, dirigiendo la mirada hacia la ventana, como dando su postrer adiós a los viejos nogales, testigos mudos de sus solitarios paseos, exhala el último suspiro.

Quiso ser enterrado en España, a la que tanto amó y allí descansa, en El Escorial, sepulcro de Reyes. Su obra cristiana y civilizadora ha capitaneado en el mundo hasta nuestros días. Su figura fué tan grande que únicamente puede ser comparado a Carlomagno.

Frente a la cerca del Monasterio, y junto a una cruz, hay un escudo de piedra con las armas de Carlos V, y debajo una inscripción que dice:

"En esta santa casa de San Jerónimo se retiró a acabar su vida el que todo lo gastó en defensa de la Fe y conservación de la Justicia, Carlos V, Emperador, Rey de las Españas, cristianíssimo, invictísimo. Murió a 21 de setiembre de 1558". ◈

KOSTIA

I

No querían los otros niños al pequeño Kostia, que era quebradizo y tenía la ra transparente, y llevaba siempre sus rizos staños despeinados... No, no lo querían. ¿Por qué?

Seguramente debido a la misma causa por cual los mayores no quieren a los mayores mejantes al Kostia pensativo y de ojos cla- s. Un bando y otro se diferencian única- ente por la edad; pero el desamor subsiste... Casi todos los niños repelían por igual a Kos- ; en cuanto se acercaba a un grupo de chicos chicas, se levantaba un grito unánime:

—¡Fuera, fuera! ¡Largo de aquí, no te que- mos!

Después de permanecer un instante junto a ellos, suspiraba y probaba a comenzar de un modo suave e indeciso:

—Nuestro portero estaba en el patio haciendo un hoyito para plantar un árbol y la pala chocó contra algo duro. Miraron y eran huesos, una calavera y una arqueta de hierro... La abrieron, y en ella...

—¡Largo de aquí, no te hace falta saberlo..., siempre viene con nosotros!...

De nuevo suspiraba sumisamente, retirábase a un lado, y tomando asiento en un banco del parque que calentase el sol, se ensimismaba...

Un señor ocioso que estaba a su lado, conmovido por su aspecto melancólico, dejó caer su mano pesada sobre su cabeza, quebradiza como cáscara de huevo, y le preguntó amablemente:

—¿Cómo te llamas, chico?



—Jim...

—¡Ah, vamos! ¿No eres acaso ruso?

—No, inglés, sir.

—¡Vamos, vamos! ¿Y cómo hablas tan bien el ruso?

—Es que huimos de Londres cuando era aún muy pequeño.

—¿Huisteis? ¿Qué dices? ¿Qué os obligó a huir?

Los pensativos ojos del niño se elevaron hacia el cielo. Seguían el paso de las nubes que navegaban a inconmensurable altura.

—¡Oh! Es una historia difícil, sir; el caso es que mi padre mató a un hombre...

El señor comenzó a inquietarse y se retiró unos cuantos centímetros del melancólico chico, que hablaba con tono sencillo de cosas tan horribles.

—¿Mató a un hombre? ¿Y por qué?

—¿Usted sabe lo que es la City, sir?

—¡Qué sé yo! ¿Y qué pasó?

—En la City había un Banco, que todavía existe, y se llama... "Deutch Bank"... Mi padre estaba allí de empleado, y luego, gracias a su honorabilidad, fué hecho cajero. Una noche, cuando iba a poner en orden algunas cuentas enrevesadas, vió una figura que a hurtadillas se deslizaba por el corredor en dirección a los sótanos en que se guardaba el oro... Mi padre se escondió y se dispuso a seguirle. ¿Y quién cree usted que era aquel hombre? ¡El director del Banco! Bajó éste al sótano, llenó una cartera de oro y billetes, y en cuanto salió como una flecha, ¡zas!, lo agarró mi padre por el cuello y le apretó la garganta. Papá comprendió que, si el otro lograba escaparse, toda la culpa se haría recaer sobre él... La desesperación le dió fuerzas; entablaron una dura lucha y logró ahogar al canalla... Llegó a casa aquella misma noche, me tomó en brazos, atravesamos en no sé qué cáscara el Támesis, y vinimos a Rusia...

—¡Pobre cabecita! —dijo el señor con cierta pena, dándole palmaditas en el hombro—. ¿Y dónde está tu madre?

—Se abrasó, sir.

—¿Cómo que se abrasó?

—Una vez los chicos de Londres rociaron de petróleo a una rata y le pegaron fuego; en aquel momento pasaba mi madre por la calle, con las compras que había hecho; la rata, que estaba ardiendo, se metió debajo del abrigo de mi mamá, y al cabo de un minuto ella parecía una antorcha...

El niño abatió tristemente la cabeza sin decir más; faltó poco al compasivo señor para haberse deshecho en lágrimas, profundamente afectado por tanta desdicha como había caído sobre el pobre huerfanito.

—¡Pobre criaturita! Ven, te voy a acompañar hasta tu casa; no sea que te pase algo malo.

Jim se sonreía suavemente.

—¡Oh, no, sir; no me va a pasar nada! ¿Ve usted este talismán? ¡Me protege de todo y contra todos!

La criatura sacó del bolsillo un silbato y lo mostró confiadamente a su interlocutor.

—¿Qué talismán es éste?

—Me lo dió en Crimea una vieja tártara. Recuerdo cuando estábamos subidos a un altísimo peñasco, junto al mismo mar. ¿Y qué pasó? En cuanto lo tuve en mi poder deslizóse la piedra debajo de sus pies y... ¡pum! Ella y la piedra, al mar...

—¡Milagro, un verdadero milagro! ¿De modo que es ésta la casa en que vives? ¡Bueno; adiós, Jim; que seas feliz, querido niño!

Jim subió animosamente la escalera y el señor acompañó con la vista al admirable niño.

Permaneció abstraído tan largo rato, que la portera, con las faldas recogidas, se le acercó interrogándole:

—¿Por quién pregunta usted?

—No pregunto por nadie... Dígame... ¿Quién es este chico que acaba de entrar?

—Es Kostia, el hijito de los Cherepitsin. ¿Por qué lo pregunta usted?

—¿Cómo? ¿Acaso no es inglés?

—¡A qué santo, señor! Es un chico, y nada más... De seguro que le ha mentido, ¿verdad? Su madre hace todo lo posible por curarle de esa falta; pero nada, no lo consigue...

—¿Tiene acaso madre? ¿Le vive?

—¡Sí, señor, le vive! Pero, por lo visto, va a acabar con ella si sigue con sus mentiras; ya se acordará usted de lo que le digo. ¡Qué chico más embustero! ¡Es algo sorprendente! Ya le conocen por toda la calle, ¡alabado sea Dios!

II

Al llamar prolongado del timbre abrióle la puerta la doncella Uliacha.

—¿Por dónde ha estado usted, Kostia, hasta esas horas?

—Me he entretenido en la calle; un automóvil acaba de atropellar a nuestro portero, y me entretuve allí curioseando. Mira a ver si tengo sangre en las botas...

—¿Cómo que le han atropellado? ¿A quién, a Esteban? ¿Le ha matado?

—Sí... El caso es que los caballos se habían desbocado; llevaba el coche a una señora muy guapa..., y Esteban se adelantó para sujetar por las riendas a los animales...

—¿Por qué miente usted, Kostia? Primero un automóvil, ahora un caballo...; siempre inventa alguna tontería.

—No, no es ninguna tontería; ha dicho esa condesa que cuando se cure se casará con él.

Por **ARCADIO AVERCHENKO**

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

—Bueno, está bien; basta de embustes. La comida se ha enfriado; su mamá ha salido y la abuela le está esperando.

Balanceándose sobre sus delgadas piernas, Kostia hizo un mohín misterioso y se dirigió hacia el comedor.

—¿Y tú por qué vienes tan tarde? —díjole la abuelita, arrojándose a su encuentro —. ¿Dónde has estado metido?

—Hace ya una hora que estuve junto a nuestra misma puerta; pero tuve que volverme. Una historia interesantísima...

—¿Qué ha pasado?

—Verá usted. Acababa de llegar frente a nuestra puerta, miré y... dos sujetos estaban haciendo no sé qué con la cerradura; y uno decía: "La cera está muy dura, no sale el molde", y el otro, que era más bajito, le respondió: "¡Aprieta, aprieta, que ya saldrá!"

—¡Kostia !— gritaba la abuela —, ¡no mientas! ¡Otra vez, hombre, otra vez!...

—Está bien, si cree que son mentiras... —dijo sonriéndose sarcásticamente —; pero deje que penetren en la casa y que nos quiten todo y que nos degüellen...; ¡y entonces verá si son mentiras o verdades!... ¿A mí qué? Mi obligación es decir lo que he visto...

Se desesperaba la abuela:

—¡Kostia, estás mintiendo! Leo en tus ojos que acabas de inventar esa historia...

—¿Inventar? —dijo Kostia lentamente, dando a sus palabras un tono sibilino, que hacía crispar los nervios—. ¿Y si le enseño a usted el pedazo de cera, me dirá también que es cosa que he inventado?

—¿Y cómo lo tienes en tu poder?

—Pues muy sencillo; ellos subieron a un coche; yo me monté a la trasera, y cuando llegamos a los arrabales, pasé corriendo junto al hombre más bajito, le di un empujón y le saqué el modelo del bolsillo. ¡Aquí está!...

Sacó por segunda vez aquel mismo silbato que había mostrado en el jardín y lo enseñó desde lejos a la cegata abuelita.

La duda desgarraba el corazón de ésta: "Claro está que miente; pero..., ¿y si por casualidad es cierto lo que dice? Suelen darse casos en que se sacan moldes de las cerraduras, penetran en las casas y degüellan a una familia... Precisamente ayer leí en un periódico un caso semejante... Habrá que decir a Uliacha que corra el cerrojo de la puerta"...

—¡Llama a Uliacha!

Kostia obedeció y se fué corriendo a la antesala, en donde gritó atemorizado a Uliacha, que hablaba con alguien por teléfono:

—¡Uliacha! ¡Otra vez se le ha olvidado cerrar el grifo de la cocina! ¡Y está toda llena de agua, y las cosas se están ya saliendo por la ventana!...

Uliacha abandona con rapidez el auricular, que choca estrepitosamente contra la pared, corre apresuradamente a la cocina, tropezando y derribando los muebles que encuentra a su paso...

Al cabo de un minuto se desarrolla una escena horrible.

—¡¡Kostia!! ¡Otra vez ha mentido usted! Ya no puedo aguantar más, no quiero seguir sirviendo en esta casa...; me voy...

—Me había parecido que corría el agua —decía Kostia, justificándose tímidamente, mientras miraba con ojos suplicantes a la enfurecida muchacha—. Había oído el agua...

Sólo Dios sabe lo que era este dulce e inofensivo niño; tal vez le pareció una realidad el que dos señores que estaban fumando pacíficamente en la acera de su casa intentasen efectivamente sacar el molde de cera de la cerradura.

III

Por la noche estaba Kostia en el despacho de su padre junto a la mesa de escribir, y con los ojos muy abiertos miraba las manos de su progenitor, que movían y removían rápidamente unos papeles.

—¿Dónde has estado hoy, Kostia?

—En el parque.

—¿Y qué cosas buenas has visto allí?

—He visto a la madre de Lidochka Priaguina.

—¿Qué dices, hombre? La madre de Lidochka ha muerto...

—Pues eso precisamente es lo asombroso; estaba sentado en un banco, y de pronto, por debajo de las matas, comenzó a surgir y acercarse algo así como una espesa nube gris... más cerca, más cerca. Miro y... ¡la mamá de Lidochka! Estaba tan triste... Se acercó a mí rápidamente, me puso la mano sobre la cabeza, me amenazó con un dedo... y se marchó sin haber dicho una palabra...

—¡Ya, ya!... — exclamó el padre mirando a su hijo con semblante risueño —. ¡Qué cosas pasan a veces!

—¿Qué papel es éste, papá? — preguntó Kostia, mirando por encima del hombro de su progenitor—. Tiene dibujada una pistola.

—¿Eso? La cuenta de una armería; he comprado un revólver para nuestro Banco.

—¿Un revólver?

—Sí, para el cobrador.

—¿Un revólver?

Kostia, con los ojos muy abiertos, miraba fijamente al rostro sonriente de su padre. Ya había volado muy lejos su imaginación... y por su faz discurrían imperceptibles sombras de pensamientos.

Tembló, levantóse de un salto y pasito a pasito se escurrió del despacho. Como un torbellino atravesó las dos habitaciones y como un torbellino, con los rizos desgreñados, entró en el gabinete de su madre, que trabajaba pacíficamente junto a la mesa.

—¡Mamá: papá se encuentra mal!

—¿Qué pasa?, ¿qué?

—Al entrar en su despacho le he visto tumbado en la alfombra, junto a la mesa, y a su lado un revólver... En la frente, una manchita, y en la habitación huele a algo extraño...

Un grito salvaje, espantoso...

....

—¿Qué hago yo con este niño? — decía la madre, llorando y mirando casi con odio a Kostia, que, asustado, tímido, como un pajarito en mal tiempo, se estrechaba contra el recio hombro de su padre —. Con sus mentiras e invenciones, este chico hará que todos los de la casa nos volvamos locos. La doncella no puede ni verlo, y los niños le echan como a un perro sarnoso... Es un chico que da pena. ¡Figúrate lo que va a ser de él cuando sea mayor!...

—Por desgracia me lo figuro — dijo a media voz el padre, estrechando contra su hombro la cabecita greñuda de su defectuoso hijito —. Crecerá y todo el mundo se alejará de su lado, como ahora; no le comprenderán, y... se mofarán de él.

—¿Y qué va a ser de él cuando sea mayor?

—Querida — dijo tristemente el padre, moviendo su cabeza, que ya había comenzado a encanecerse —, será poeta...



EL MALECON DE LA

El escudo de La Habana

La Habana tiene un escudo en el que figuran tres castillos y una llave cruzada. Le fué concedido en 1665: la llave es de oro y va sobre fondo azul; los castillos representan las fortalezas de El Morro, La Punta y La Cabaña. El simbolismo es bien claro: las tres construcciones defensivas cierran la entrada del mar azulado, muy azulado, en la capital de La Perla de las Antillas.



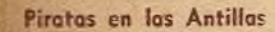
Un grupo de cubanitas riendo bajo el sol tropical.

El castillo de El Morro

La irregular fábrica militar que se alza sobre el peñasco situado al este de la bahía, se llamó, en un principio, Castillo de los Tres Reyes. Está asentada sobre sólida base de roca y las escarpaduras de ésta forman, a veces, los baluartes de la fortaleza. Data de 1589 y su construcción se debe al ingeniero Antonelli. Tres siglos después, se le añadió el faro, la Farola, que avisa al navegante la presencia en el mar de la isla de Cuba, como un oasis de ensueño en el desierto movedizo de las aguas.

Esta situación privilegiada hace que sobre el castillo del Morro recaigan los recuerdos históricos de la época colonial de La Habana. En realidad, los muros que más acontecimientos presenciaron son los de La Fuerza.

Piratas en las Antillas



Muchas veces vieron los ojos de los cubanos desembarcar en su suelo a las abigarradas huestes de los salteadores del océano.

En los jardines del antiguo convento de Santa Clara, inmenso edificio que actualmente ocupa la secretaría de Obras Públicas, se conserva, tal y como era hace cuatro siglos, junto con otras de la misma época, una de las más antiguas construcciones de La Habana, llamada "La Casa del Marino". Habitábala un enamorado nauta, que hubo de embarcar dejando en ella a su esposa. Durante su viaje, los piratas saquean La Habana y entran en la casa legendaria: hay escenas de muerte, de pillaje... Por último, el rapto... Cuando el marino regresa en busca de los amorosos brazos en que descansar de las zozobras de la navegación, halla su hogar vacío y destrozado.

Sucesos muy propios de los tiempos de los veleros y de las goletas, que el barco de hierro y el vapor habían de arrinconar para siempre en los desvanes de la Historia... Algunos adquieren tal intensidad y se desarrollan con una saña tan enconada, que en 1555, por ejemplo, sólo quedan en La Habana treinta y ocho familias después de asaltarla el calvinista Jacques de Sores.

Precisamente para evitar que hechos tales puedan repetirse, se ensancha La Fuerza, se construye La Punta y nace la idea de edificar el castillo del Morro.

Y ya en 1585 se rechaza a Drake.

Francisco Drake

La reina Isabel, la frenética enemiga de Felipe II, el monarca hispano a quien llama *el demonio del Mediodía*, arma caballero a Drake sobre el puente de su navío insignia. En el escudo del corsario inglés hay un globo terráqueo con esta leyenda:

—*Tu primus me circundedisti.*

¡El primero que dió la vuelta al mundo! No... El orgulloso pirata había olvidado a Magallanes y a Elcano.

Una frase que explica la predilección con que el famoso saqueador ataca las posesiones y las naves hispanas, es la siguiente:

—Haya paz o haya guerra entre España e Inglaterra, Drake luchará siempre contra los secuaces de la Inquisición.

No obstante, Francisco Drake se hunde en la nada como sus barcos en el fondo de los mares, vencidos o arruinados por los lustros. Y en los anales de la literatura mundial, queda inmortalizada su azarosa vida por un poema: *La Dragontea*. Lo escribió un español: Lope de Vega.

Los ingleses

Ya se yergue altanero el castillo del Morro. Media el siglo XVIII. El almirante Pococok y lord Albemarle se presentan frente a él. Son los ingleses unos doce mil hombres a los que se añaden luego otros quince millares. El gobernador militar, Juan de Prado y Portocarrero, hace evacuar a las mujeres, los niños y los religiosos, arenga a los trescientos treinta y cinco soldados que guarnecen El Morro y se apresta a la defensa. Pero comete el error de hundir en la embocadura de la bahía al *Neptuno*, al *Asia* y al *Europa*, hermosos buques de setenta cañones. Ello no interesa a los ingleses que desembarcan por el otro lado: sobre Gua-

La situación privilegiada del Castillo del Morro hace que se concentren en él los recuerdos históricos.



La farola del Castillo del



HABANA

Por **Jacinto Ramos**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

nabacoa... Los españoles tienen que abandonar La Cabaña, defensa de menor categoría, después de clavar sus cañones, y refugiarse en el antiguo Castillo de los Tres Reyes, que termina rindiéndose, luego de una defensa heroica en la que muere el capitán don Luis de Velasco, ídolo del pueblo y de las tropas.

Batería de Velasco, se llamó hasta última hora la batería del este del Castillo del Morro, hasta la hora en que se arrió para siempre en su faro la bandera española, al morir el siglo pasado.

La brisa

En La Habana hace calor todo el año... Si acaso, en los amaneceres de la estación invernal, allá por las calles de Damas y Cuba y Egido, se ven las encorvadas figuras de unos negros que, tiritando, van camino de los muelles para descargar y estibar, envueltos en sobretodos, bufandas y unos gorros arbitrarios calados hasta las orejas... Mas cuando el sol sale, el trópico vuelve a reinar.

Indiferente a todo lo que el pasado guarda, la brisa habanera, al caer la tarde, sopla en torno al castillo del Morro y choca suavemente con las señoriales moradas del paseo del Malecón, en cuyas terrazas, sobre las veredas, se mecen, entornados los bellísimos ojos de largas pestañas, soñadoras y vaporosas en sus batas almidonadas, las lindas cubanitas que pueden permitirse el lujo de habitar en tan frescas viviendas.

Sobre el asfalto anchuroso cruzan rápidos los automóviles y antaño las volantas, semejantes a livianas arañas.

Suena la música y el público se acoda sobre el pretil del murallón que se enfrenta con las olas u ocupa el anfiteatro para oírla a su placer.

Los *fluses*, trajes sin chaleco, de dril crudo o de purísima blancura envarada por el abundante almidón, tiesos y replanchados al salir de casa, comienzan a arrugarse...

En el Vedado, en el Cerro, en los barrios de la cintura habanera metidos en el campo, que saben del crepúsculo rojo como un telonazo brusco y de la palmera ondulante que abanica con su penacho los patios en sombras y en paz, no hace falta moverse de casa para disfrutar de este frescor delicioso, pero a la ciudad no le queda otro remedio que volcarse en los parques o en el Malecón para olvidar la jornada de fuego. Repartiendo sus dones a todos por igual, la brisa sigue soplando suavemente, dulcemente... El castillo del Morro se recorta en negro sobre el fondo más negro aun del cielo sembrado de estrellas, unas estrellas muy blancas, muy jóvenes, una de las cuales cayó sobre la bandera de Cuba el día de su independencia.

Y en la noche se confunden el aire de la Historia y la brisa del mar.

Morro y la bandera de la estrella solitaria saludan al día que muere.



LA ZAMBA

ILUSTRACIONES DE ARISTIDES RECHAIN

I

El rancho erguíase solitario en la entraña de los llanos. Un algarrobal alzaba hacia el cielo claro y ardiente sus árboles, erectos y sombríos, y el viento, que llegaba de las montañas lejanas, traía voces misteriosas, estremeciendo los viejos algarrobos.

En la orilla del algarrobal acampaba la última montonera. Hacía dos años que la cabeza de Peñaloza fuera paseada por los caminos de La Rioja en la punta de la lanza de Irrazábal, y hacía cerca de cuarenta que estaba seca la sangre de Barranca Yaco.

En el rancho ruinoso, el jefe de la última montonera jugaba al monte con su teniente.

Era un hombre de rostro cetrino, flaco y hercúleo el coronel Medina. Hacía seis meses que estaba allí, en la frontera de La Rioja, con sus pobres gauchos, rotosos e indómitos.

En las noches claras de los llanos, la mirada del coronel Medina se volvía hacia Catamarca; creía escuchar, entre el murmullo sollozante de los algarrobos, las voces amargas de la derrota y de la muerte.

El Chacho estaba muerto, muerto a traición, degollado en presencia de su amazona; su cabeza lívida, paseada por los pueblos. Pero seguía combatiendo después de muerto...

¿Acaso los montoneros no estaban todavía sobre las armas?

Eran pocos, es cierto. No pasaban de trescientos hombres andrajosos, sin fusiles, sin más armas que sus lanzas y sus dagas. Pero el alma bravía y heroica del gran caudillo latía en ellos.

Medina sabía que La Rioja iba a caer tarde o temprano.

El viento, que soplaba desde Catamarca, traía las voces de la invasión y de la derrota. Pero la última montonera caería combatiendo.

Y en las noches claras, oyendo los murmullos misteriosos de la soledad, sonaba en el campamento una canción, heroica y triste, como el alma de aquellos hombres, como el espíritu de aquel pueblo que había combatido durante dos generaciones:

Coroneles de Arredondo,
Vengan a bailar la zamba,
Que al pie de cada algarrobo
Hay una lanza riojana...

Era la zamba montonera; era la voz de los llanos, que sonaba entre las lanzas; el último desafío desesperado de los postreros paladines, que montaban la última guardia en la frontera.

Medina suspiró.

Era un hombre joven todavía. Contaba alrededor de cuarenta años, y desde los diecinueve, desde el día distante que abandonó su aldea del Famatina, formó en las filas de Peñaloza.

¡Peñaloza!

El corazón del montonero sangraba ante aquel nombre legendario. Desfilaba por su memoria el recuerdo de los entreveros, la entrada en Tucumán, la invasión de San Luis, las derrotas y las hazañas...

Medina había escuchado en los campamentos las leyendas de Facundo. Supo cómo el Chacho, después de Barranca Yaco, desligado de su voto de fidelidad hacia el Tigre de los Llanos, volvió sus lanzas contra Rosas y se ciñó la vincha unitaria.

Sí. La Rioja tenía que caer en poder de las tropas nacionales, al mando del general Arredondo. Pero la muerte del Chacho no sería vengada jamás mientras viviera un montonero, mientras hubiera un algarrobo en La Rioja.

Aquella mañana ardiente, el coronel Medina quedaba abstraído en medio de la partida. Olvidábase de los naipes, y sus ojos, penetrantes y sombríos, miraban hacia el lado de Catamarca, por donde vendría la muerte.

—Talla usted, mi coronel.

Urrutia, el teniente, estaba acostumbrado a las distracciones de su jefe. Criado también en los campamentos, saturado de las leyendas bravías y del anhelo heroico, Urrutia, que era muy joven, comprendía el drama silencioso y oscuro que estaban viendo; adivinaba la doble tragedia que se ocultaba en el corazón intrépido del jefe montonero, y respetaba aquellos bruscos silencios, aquellas sombrías meditaciones.

Un sargento entraba y salía durante toda la mañana, cebando y sirviendo los mates interminables; un gaucho, ya viejo, que había conocido a Facundo y nunca se había querido separar del Chacho hasta la cobarde tragedia de Olta.

Y era el viejo sargento quien solía narrar a Urrutia las hazañas estupendas de otro tiempo, cuando Peñaloza lanzaba sus jinetes al entrevero, cuando desbandaba las fuerzas del fraile Aldao y sacaba a lazo los cañones del ejército federal de entre los cuadros de la infantería.



—Esos eran tiempos...

La barba del sargento temblaba cuando hacía las evocaciones heroicas. El también quería vengar el asesinato del Chacho, las lágrimas de La Rioja, la sangre de los padres degollados, de las mujeres deshonradas, los ranchos incendiados...

—¡Peñaloza! — solía gemir —. Lo carnearon como a una res, al más bravo y al más bueno de los hombres...

Su alma, supersticiosa y simple, creía que el espectro degollado del paladín vagaba por los llanos, bajo la luna, esperando la hora que lo vengaran. Y la voz del viejo gaucho temblaba con rabia heroica sobre la guitarra, cuando el sol se iba hundiendo en el horizonte y las sombras de los montoneros muertos parecían suspirar bajo el cielo calcinado de la provincia indómita y triste:

Coroneles de Arredondo
Vengan a bailar la zamba...

El viejo volcaba todo el odio de su pobre alma sobre aquel jefe desconocido, que un día había de vencer para siempre a la montonera.

Ante el jefe silencioso y el teniente, tejía sus largos y trágicos relatos, interrumpiéndose con frecuencia, pálido de rencor, trémulo de rabia.

—¡Arredondo! Dicen que él no es tan malo. Pero los jefes nacionales... ¿Se acuerda, mi coronel?

Medina se acordaba. ¿Cómo se iba a olvidar de la tragedia de cuarenta años?

—¿Se acuerda del coronel Iseas? ¿Se acuerda del comandante Linares?

Este último nombre se le escapó un día, y Medina ahogó un rugido. Urrutia lo miró curiosamente. El sargento tosió.

—¡Qué bruto soy! ¿Pa' qué lo dije?...

Pero Urrutia conocía la historia. Toda La Rioja la conocía.

Era una historia vieja y terrible, como todas las historias de los llanos, como cada historia de valor, de venganza, de odio, de sangre, que dormía al pie de cada algarrobo solitario y lloraba en el viento sobre los huesos de los muertos, sobre las cenizas de los paladines.

Databa de ocho años atrás.

Era la historia de la novia de Medina.

Medina iba a casarse con ella, cuando el Chacho desbandara sus montoneras, en una de las treguas de la invasión. Llamábase Casilda, y el montonero la amaba con toda su alma ruda y bravía.

Durante una invasión inesperada, las tropas nacionales entraron en el pueblo donde vivía Casilda. Era la división del comandante Linares, aquel hombre brutal y famoso, cuyo nombre execrado anda todavía por las leyendas de sangre del interior.

La violación y el rapto de la Casilda añadió una hazaña más a la lista del célebre militar.

Medina andaba por San Luis, y lo supo muchos meses después. Los baquianos, obligados a contestar a sus preguntas, le dijeron cómo Linares había abandonado a su novia después de hacerla su querida durante unos meses.

Ella rondaba desde entonces por los campamentos...

DE SANGRE

Por **HECTOR PEDRO BLOMBERG**

Linares supo también, por boca de los prisioneros, que Medina había jurado buscarle y darle muerte en medio de los más espantosos suplicios, y huyó a Mendoza, donde flotaba todavía la sombra ensangrentada y diabólica del fraile Aldao.

Ocho años habían transcurrido.

A ella no quería verla más. Deseaba, en el fondo de su alma, que estuviese muerta. Y él continuaba combatiendo sobre la tumba de Peñaloza.

—No vienen, mi coronel...

Medina sabía que su teniente refeíase a las fuerzas de línea. Estaban acampadas en Catamarca; sabíalo por los baquianos que cruzaban la frontera solitaria.

—Pero un día han de venir — contestaba el montonero, y sus ojos, sombríos, penetrantes, volvíanse siempre hacia la frontera, donde el



viento sacudía los algarrobales poblados de espectros y de voces misteriosas.

—Vendrán...

El coronel levantábase antes del amanecer. Desde la ventana del rancho, en la penumbra azul del alba, divisaba la figura inmóvil y ruda de un gaucho, recortándose trágica y vengadora contra los llanos resecos y polvorientos.

Esa era la hora en que el sargento creía ver pasar el espectro degollado del Chacho, cansado de vagar y de gemir bajo la luna...

II

El sol estaba alto. Los llanos ardían y en los algarrobos inmóviles ni una hoja se agitaba.

—¿Talla usted o tallo yo, mi coronel?

Urrutia alzó los ojos y vió que Medina había caído en una de sus sombrías y tétricas meditaciones.

Guardó silencio y encendió un cigarro.

Un soplo ardiente venía de los llanos calcinados. Los montoneros, fuera, dormían la siesta. El sargento rasgueaba una guitarra, y las banderolas de las lanzas pendían inmóviles.

Una quietud de muerte reinaba bajo la fiesta de fuego del sol. El bostezo distante de un tigre soñoliento vino desde los algarrobos.

Urrutia se puso de pie, abandonando las cartas sobre la mesa, y se asomó a la puerta del rancho. El cielo era de un azul profundo.

Fumaba pensativo el teniente, contemplando las tierras quemadas.

De pronto, allá lejos, creyó ver una nubecilla de polvo.

—¡Sargento!

La guitarra calló bruscamente.

—Mi teniente.

La figura hercúlea y rugosa del montonero estaba frente a él. Bajo la sucia vincha azul, los ojos del viejo estaban húmedos de odio y de recuerdo.

—¿No viene alguno por allá?

Miró el sargento en la dirección indicada.

—Sí, es uno...; viene cansado...

La silueta borrosa de un jinete se advertía en el horizonte.

—Viene p'acá...

Medina, absorto en sus pensamientos, no prestaba atención. Con los ojos semicerrados, estaba viviendo las horas lejanas de otros tiempos. Veía unos ojos negros y ardientes que quemaban los suyos; oía una voz dulcísima, casi apagada, en la hondura trágica del tiempo...

Y el coronel escuchaba, como en un sueño, el son de una guitarra lejana, vibrando en la siesta de un pueblo mientras sus labios besaban aquellos otros labios calientes y trémulos...

¿Cómo era aquel estilo inolvidable, aquella canción de ocho años antes? Procuraba recordarla...

Descolgó la guitarra del teniente, que pendía de la pared del rancho, una pobre guitarra vieja que había vibrado al son de las zambas de Facundo, y rasgueó las cuerdas.

Estaba solo en el interior del rancho. Urrutia y el sargento habían ido a esperar al jinete, que ya llegaba a los algarrobales.

Era un baquiano.

Habló aparte con el sargento.

—Dice que si quieren darle un caballo, que el suyo viene muy cansado — informó el sargento un instante después.

—¿No trae noticias de?...

El sargento se encogió de hombros, con gesto ambiguo.

—Que se lleve un caballo... El que trae es bueno...

Se volvió al rancho, huyendo del sol, que ardía cada vez más.

Dentro vió al coronel que rasgueaba la guitarra con expresión distante.

¿Cómo era aquella canción de hacía ocho años?

En voz baja, sin advertir la presencia del teniente, Medina tarareaba un estilo, viejo como el corazón de los llanos, pleno de salvaje tristeza, de obscuro presentimiento, de angustia sutil...

Urrutia se asomó a la ventana. La tragedia antigua volvía al alma de su coronel, en aquella frontera solitaria: las voces muertas volvían a sonar en el corazón del montonero...

Allá, bajo el sol calcinante, el baquiano se hundía entre los algarrobos, lentamente, sin prisa, inclinado sobre el caballo, mirando la tierra reseca.

Algo como un sollozo estalló en la garganta de Medina. Dejó la guitarra en el suelo y acercándose a Urrutia él también miró a lo lejos, hacia la frontera de Catamarca.

—No vienen todavía... No vienen... — murmuró, y añadió con voz ronca: — ¿Jugamos una partida, teniente?

Durante dos horas jugaron sin pausa, mientras fuera continuaba el incendio del sol y La Rioja se abrasaba.

Un rumor inusitado interrumpió la última partida.

—Perdone, mi coronel... Ahí está otra vez el baquiano...

El sargento miraba curiosamente a su jefe.

—¿El baquiano? ¿Qué baquiano?

—Uno que vino a pedir un caballo a cambio del suyo, hace unas horas, mi coronel — respondió el teniente, dejando de jugar.

—¿Es Arredondo que viene?

—No, mi coronel..., todavía no...

La figura andrajosa de un baquiano se dibujó en la puerta del rancho.

—¿No me conoce, mi coronel?

Era un hombre alto, flaco como el sargento. Su barba estaba enredada y sucia, y su cabello, enmarañado, estaba sujeto con una vincha azul.

—¿Ya no se acuerda de mí? ¡Ah, mi coronel Medina!...

Los ojos sagaces del hombre se clavaban en el rostro duro y triste del montonero.

—He venido a saludarlo, mi coronel Medina... ¿No se acuerda de que un día, en San Luis, usted me sacó de las uñas de las fuerzas federales?... Hace tiempo, pero yo no me olvido. Era la tropa de Iseas, en el mismo día del combate de Las Playas... Me habían estaqueado, porque yo no quería decir por dónde andaba el Chacho... Me crujía la osamenta. Casi me quedo sin huesos... Iseas me daba en la cabeza con el cabo del rebenque; pero yo no soltaba prenda. Al fin mandó que me dieran ahí no más un tiro atrás de la oreja. ¡Ah, coronel Medina! Si en ese momento usted no llega con sus montoneros, a esta hora yo estaría pudriendo al pie de un algarrobo...

Medina tuvo un vago recuerdo.

—Bermúdez, el rastreador... — exclamó.

El paisano sonrió enigmáticamente.

—¡Ah, mi coronel Medina! ¿Ve cómo recuerda? Bueno, pues... He venido a saludarlo... Y también a pagarle mi deuda. Antes que me olvide, le voy a decir una cosa. Iseas, el verdugo, el que quiso darme el tiro atrás de la oreja, el que hacía carnear vivos a los montoneros, anda por Córdoba... Un asistente lo tajeó en los brazos, y los brazos se le secaron... Lo echaron del ejército

Anda por las pulperías de Córdoba, sucio, rotoso, borracho.

El sargento escuchaba sin pestañear el relato del baquiano.

—Y fué un coronel de línea... — murmuró.

—Con los galones manchados con sangre de montoneros, con lágrimas de mujeres...

La voz de Medina era ronca, sombrío su acento.

El baquiano daba vueltas a su raído sombrero. Sus ojos sagaces centelleaban bajo la vincha.

—Como le digo, he venido a pagarle mi deuda, coronel.

El sargento montonero reprimió un estremecimiento al escuchar aquellas palabras. El soplo ardiente de los llanos abrasados llenaba el rancho, y el sudor corría por el rostro broncíneo del gaucho.

—Ayer, a la puesta del sol, en Catamarca, encontré un rastro fresco...: caballos de línea, mi coronel... Eran tres...; los vine siguiendo... Acamparon cerca de la frontera... Venían derecho a La Rioja... Los alcancé, mi coronel... Los seguí toda la mañana, hasta que entraron en los llanos...

Ceñudo, lívido, Medina habíase acercado al baquiano.

—Ya están en La Rioja — exclamó con ronco acento.

—Eran tres, como le digo, mi coronel... Un oficial y dos soldados...

—¿Un oficial y dos soldados? — interrumpió el montonero.— ¿Dónde están?

Bermúdez sonrió, con sonrisa extraña, diabólica.

—Los dos soldados — respondió lentamente —, calculo que en el infierno, mi coronel... Los degollé, después de enlazarlos... Ahí se los están comiendo los cuervos, en el algarrobal...

—¿Y el oficial?

Una luz satánica brilló en los ojos del baquiano.

—¿El oficial? — murmuró, sin desviar sus ojos de los del montonero —. El oficial se lo traigo para pagarle mi deuda de San Luis, coronel Medina...

A una señal del baquiano, el sargento había salido del rancho. Se oyeron unos pasos fuera. De pronto, los ojos centelleantes divisaron, de pie, los brazos sujetos a la espalda con maneadores, los ojos echando llamas, silencioso, terrible, al hombre que estaba buscando desde hacía ocho años.

—Linares...

El nombre maldito se escapó como un suspiro de los labios del montonero. Hubo un silencio enorme, en el cual se oyó el latido de los corazones trémulos de odio.

—Sí, soy yo, el comandante Linares...

El prisionero miró con arrogancia despreciativa a su enemigo. Sintió sobre su alma las nieblas de la muerte, el soplo de la agonía; pero no tembló, ni un músculo de su rostro se contrajo. Gruesas gotas de sudor se desprendían de sus sienes y corrían por la maraña espesa de su barba.

Volvió a hacerse el silencio. El baquiano había desaparecido, seguido del sargento.

En aquel silencio, en el rancho miserable todos los espectros de cuarenta años, la sombra de los supliciados, de las mujeres violadas, parecían desfilar entre aquellos dos hombres, silenciosos y terribles en su inmovilidad. La venganza y la muerte aleteaban, como grandes pájaros invisibles en la hoguera del sol.

Turbó el silencio el rasgueo de una guitarra. Era el sargento, que soñaba con vengar la sombra de Peñaloza.

El aliento del crepúsculo próximo había disipado el calor asfixiante. Sobre los algarrobos revolaban las aves de rapiña, en lentas y siniestras espirales. Diríase que todos los buitres de La Rioja habían acudido a las exequias de los dos soldados degollados por el baquiano en un arranque de gratitud...

En el rancho, Linares y Medina permanecían sentados uno frente al otro, fumando en silencio. El prisionero había sido despojado de los maneadores que aprisionaban sus brazos, por orden del montonero, que lo hizo sentar y le invitó con cigarros.

Hacía tres horas que estaban así. El teniente les dejó solos. El y los montoneros daban vueltas, inquietos y curiosos. Sentían en lo hondo de sus bravas entrañas el drama silencioso que se estaba desarrollando en el rancho.

Todos, comenzando por Linares, adivinaban que Medina estudiaba un suplicio supremo para el cruel comandante.

¿Cuál sería la muerte que el montonero le destinaba?

Por la imaginación de todos desfilaban los tormentos que Linares aplicaba a los prisioneros durante sus sangrientas invasiones: los degüellos por la nuca, las horcas en los algarrobos, el tiro atrás de la oreja, aquel espantoso suplicio inventado por el fraile Aldao, que consistía en cortar la planta de los pies a los prisioneros y obligarlos a caminar durante largas horas... ¿O le aplicaría aquel tormento diabólico que el mismo Linares aplicó a un paisano de San Luis que intentó asesinarlo: "carnearlo vivo", según sus propias palabras, y obligarlo a asar y comer los pedazos sangrientos de su propia carne?

La visión de los suplicios llenaba la imaginación de los gauchos, mientras el sol empezaba a descender sobre las lejanas montañas azules. En el silencio, la guitarra del sargento sonaba, queda y triste, amenazante y desolada, interrumpida por los graznidos de los buitres.

—Teniente...

Urrutia entró en el rancho.

El prisionero conservaba su gesto de altanera arrogancia. Urrutia lo miró con cierta admiración. Eran bravos estos jefes de línea, pensó; sabían matar torturando, pero también sabían morir sin temblar...

—Teniente... Póngale otra vez los maneadores a este hombre... Haga formar un cuadro de tiradores...

Mientras Urrutia llamaba a los montoneros, Linares sonrió.

Lo iban a fusilar, simplemente... Pensó que el montonero era un imbécil...

Entró el sargento con dos hombres. Un paisano había recogido la guitarra y la pulsaba fuera. El vibrar de las cuerdas se oía claramente en el rancho.

—¿Ahora, mi coronel?

El preso estaba amarrado nuevamente con dos maneadores de tiento. Continuaba sonriendo, bravo y altivo.

—Espérese...

Los ojos de Medina contemplaron con extraña expresión al prisionero. Después dijo lentamente:

—Llévenlo bajo un algarrobo y fusílenlo por la espalda...

Un rugido se escapó de la garganta del preso. Sus ojos se inyectaron de sangre y los maneadores crujieron.

—Pónganle una mordaza — ordenó el montonero fríamente, sin quitarle los ojos.

Linares ofrecía un aspecto impresionante. Bajo la mordaza, que ahogaba sus rugidos de rabia y de desesperación, aparecía una espuma sanguinolenta. La guitarra del soldado continuaba sonando fuera, desgarradora, amenazante, como un cantar de agonía por el hombre que iba a morir.

Los dos soldados le arrastraban. Oyóse un rumor fuera.

El sargento lanzó una maldición.

Una mujer acababa de hacer irrupción en el rancho. Una mujer sucia, desgreñada, andrajosa, el rostro cubierto de una costra viscosa, las manos flacas, como garras.

Medina la miró con sorpresa.

—¿Qué quiere esta mujer? ¿De dónde ha salido?

—Acaba de llegar en una mula, mi coronel, en una mula azuleja...

La mujer se había acercado al montonero. Sus ojos, enrojecidos por el alcohol y el humo de los vivacs, parpadeaban.

—¿No me conoces, Medina?

Algo pareció quebrarse en el pecho del montonero. La voz lejana, la voz que salía del pasado, resonó con un eco de muerte en su rudo y atormentado corazón.

Era ella... Aquel despojo humano, aquella sucia y manchada carne de campamento, era la novia de su juventud. Y allí estaba el autor de su tragedia, amarrado y en marcha hacia el suplicio.

—¡Medina!

Aquel acento, que parecía salir de las profundidades del infierno, puso un frío extraño en los huesos del montonero.

—Medina, vengo a pedirte la vida de ese hombre...

Las palabras vibraron, claras, espantosas, en el silencio del rancho. El graznido de un buitre vino desde el algarrobal. La guitarra seguía sollozando fuera...

El preso miraba con curiosidad a la sucia y lamentable mujer. La espuma había desaparecido y parecía sonreír bajo su mordaza.

—Vengo a pedirte la vida de este hombre, Medina — repitió la mujer —; todo pasó ya... Supe que iba a caer en tus manos... Y yo tuve un hijo de él, Medina...

En el silencio que siguió se oyó el gemido de la bordona. La vaga frescura del crepúsculo aliviaba los llanos.

—Sáquenle los maneadores... Y la mordaza...

La orden seca, terminante, estremeció al sargento, al teniente mismo

—Ahora, váyanse. ¡Váyanse!

Sombrío, trágico de perdón, el montonero señalaba los llanos abrasados, donde se iban alargando las sombras de los algarrobos.

—¡Váyanse!

La voz plañidera de la guitarra cantaba, como un eco lloroso del pasado, como una angustia inconsolable y remota, como un amor perdido para siempre. Eran las notas de una canción vieja como el corazón de los llanos, llena de salvaje tristeza, de obscuro presentimiento, de angustia sutil...

Medina palideció.

Era el pasado, la afrenta, la infamia, que volvían con la canción. Se volvió, con el rostro descompuesto, los ojos espantosos, la voz rugiente:

—¡Pónganle los maneadores!... ¡la mordaza! ¡Allí bajo el algarrobo! ¡Por la espalda!

Lo sacaron arrastrando, debatiéndose como un demente. Las últimas luces del crepúsculo alumbraban el suplicio del verdugo de La Rioja. Arriba, revolaban los buitres.

La mujer, caída de rodillas en la puerta del rancho, rezaba. El teniente la empujó sin rudeza.

—Váyase — le dijo — váyase...

Sonó la descarga, seguida de un sollozo rugiente.

La guitarra estaba silenciosa. ◈



LA PRODUCCION PARA LA DEFENSA DEMANDA TECNICOS

"Necesitamos manos expertas y mentes especializadas"

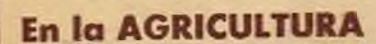
— LOS JEFES DE LA INDUSTRIA —





En las FABRICAS

La industria fabril, tanto en las empresas pequeñas, como en las grandes, se está ensanchando, modernizando y "mecanizando." Esta gran expansión requiere el empleo de miles de técnicos en **Fuerza Motriz, Electricidad, Radiotécnica,** etc., y éstos ocuparán importantes y remunerativos puestos.



En la AGRICULTURA

Es sorprendente el desarrollo de la producción agrícola moderna y mecanizada. Para la instalación, reparación y manejo de la gran cantidad de maquinaria que se utiliza en los campos, hay urgente necesidad de peritos en **Fuerza Motriz y Electricidad,** aplicadas a la Agricultura. Los especialistas ganan buenos sueldos.



En la MINERIA Y EL PETROLEO

¡Materias primas! Este es el grito de la industria para satisfacer la demanda de producción para la Defensa. Los productos del subsuelo se hallan en todos los países latinoamericanos; pero se necesitan miles de Técnicos que se encarguen de la gran cantidad de maquinaria especial, necesaria para extraerlos.





En las COMUNICACIONES

El ensanchamiento de las comunicaciones en todo Hispano-América, es asombroso. Las naciones necesitan extensas y eficaces redes de comunicación. Los vastos programas de Defensa exigen una ampliación enorme. En **Radiocomunicación, Telégrafos, Teléfonos, Radiodifusión,** etc., etc., se acentúa cada día más la demanda de Expertos.

En la TRANSPORTACION

Importante actividad que ofrece oportunidades sin límite al Experto en **Motores de Gasolina y Diesel, Sistemas Diesel-Eléctricos, Aviación, Plantas Motopropulsoras Marinas, Sistemas de Alumbrado Eléctrico,** etc. El establecimiento de nuevas vías para la Defensa, pide urgentemente especialistas.

En la INDUSTRIA FRIGORIFICA

La conservación de todos los productos del Continente, exige ampliación de las plantas. En estos tiempos de acrecentada producción y almacenamiento de comestibles, se necesitan técnicos en **Electrotecnia y Refrigeración,** especialistas a quienes se les pagan sueldos atractivos.

HAGA USTED ESTUDIOS RAPIDOS DE ESPECIALIZACION

National Schools, con su experiencia de 37 años, le ofrece Enseñanza por correo, teórico-práctica, comprobada en sus propios laboratorios y talleres, en: **1.—Radio, Televisión y Cine Sonoro; 2.—Fuerza Motriz y Diesel; 3.—Aviación; 4.—Electrotecnia, Refrigeración y Acondicionamiento de Aire.**

Envíe HOY ESTE Cupón

Cualquiera de estas Enseñanzas convertirá a usted en Técnico Experto, capaz de ocupar envidiables puestos en las industrias. Miles de graduados prósperos comprueban su efectividad. **¡Sea usted uno de ellos!** Envíe el cupon al calce, solicitando informes.

Mi Enseñanza lo hará un Técnico Experto



Renombrada Institución Educativa, establecida en Los Angeles, California, desde 1905, ofrece a usted las facilidades de su Sucursal en este país.

NATIONAL SCHOOLS VICTORIA 1556 Buenos Aires, Arg.

PIDA PROSPECTO GRATIS

Dr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente:

Dpto. G D 380 - 8

Mándeme su prospecto con datos para ganar dinero en la industria que marco con una X; así ☒

NOMBRE ____________ EDAD ______

DIRECCION ____________

LOCALIDAD ____________

PROV. ____________

Escoja sólo una:

- RADIO ☐
- DIESEL ☐
- AVIACION ☐
- ELECTRO-TECNIA ☐

Historia en 2 fotografías

Elsa del Campillo





Ayer

He aquí a Elsa del Campillo Masriera a la edad de un año. Nació en Santiago de Chile y allí cursó sus primeros estudios, como alumna de un internado. Hija de un conocido concertista del vecino país, ella misma dió su primer concierto de violín a la edad de catorce años. "De ese día — nos dice — guardo la más grande emoción de mi vida". Hablando de la época de la infancia, Elsa del Campillo asegura que, a diferencia de su hermana Alicia Barrié, que encerraba las palomas en el horno de hacer empanadas, ella, en cambio, era una chica muy buena y estudiosa. En Santiago de Chile, la actriz, luego de algunas experiencias teatrales, filmó la película "Madre sin saberlo", en el año 1935, "la cual — asegura — era tan mala que ni yo misma la he querido ver".



Hoy

Ahora tiene veinticinco años y vive en la calle Santiago del Estero. La encontramos allí, acompañada de su pequeño hijito, en un hogar amable y acogedor. "Llegué a este país — nos dice — en el año 1937. Casi de inmediato me incorporé al elenco del teatro Maipo. Desde entonces hasta hoy, mi labor se sucedió sin interrupción en diversos escenarios de la capital y del interior. En 1941 inicié aquí mi labor en el cine, con "Señor Mucamo". Ultimamente filmé "Papá tiene novia". Al responder a una de nuestras preguntas, la actriz dice que a pesar de haber conquistado en el teatro sus mejores triunfos, el cine le seduce con mayor fuerzo. "Es una cosa de más vastas proyecciones, más completa artísticamente".

Sabina Olmos





Ayer

Sabina Olmos, que con el tiempo había de ser una figura importante en nuestro cine, aparece en esta foto a la edad de ocho meses. Nació en el barrio Once, y sus primeros recuerdos están relacionados con sus años de colegiala. "Entonces — dice — era yo una chiquilla realmente insoportable. El estudio, sobre todo el de las matemáticas, me resultaba muy antipático... Me gustaba jugar, y aprovechaba todos los recreos para ensayar danzas en el patio. Mis maestras me reñían por eso, pero, sin embargo, me querían mucho"... Los primeros aplausos como artista los recogió Sabina Olmos en esa época de su niñez, pues su afición al baile hizo que los superiores la designaran siempre para intervenir en las fiestas de fin. de curso. "En una ocasión — recuerda — llegó a la escuela un señor a quien maestras y profesores atendían con mucha deferencia. Era el momento del recreo, y yo estaba, como siempre, ensayando mis danzas. Al verme, el visitante me pidió que bailara una zamba. Yo, naturalmente, no quería hacerlo, porque jamás había oído esa palabra ni sabía lo que ella significaba. Su insistencia, sin embargo, venció mis vacilaciones, y... bailé... Al terminar, unos cuantos caramelos y chocolatines fueron la recompensa a mi trabajo y también la primera remuneración que recibí como artista".



Hoy

Han pasado ya, para Sabina Olmos, los duros momentos de la iniciación artística. Ahora la vida se le ofrece con un camino ancho, despejado, plena de éxitos y de satisfacciones. Recuerda con emoción su primera película: "La rubia del camino". "Días antes de que fuera entregada al juicio del público — dice la estrella — pasé momentos de verdadera impaciencia. Sentía deseos de saber cómo iba a "quedar" yo en el marco de la exhibición. Pero ese deseo se convirtió en temor cuando llegó el momento definitivo. Quise salir del cine, pero uno de mis parientes me retuvo diciendo: "No tengas miedo de verte, que no eres tan fea". Sabina Olmos — 27 años, ojos claros, expresión soñadora — sonríe. Después, comenta: "Por fin me quedé, y el susto pasó, porque en realidad no me veía tan mal".

EL CUENTO POEMATICO

EL CIELO DE LOS

A pesar de sus escasos cinco años, Leonardo vivía una vida realmente intensa. Su espíritu sensible y desnudo se iba apropiando gozosamente de todo aquello que el mundo le ofrecía a borbotones: dolores, sonidos, sabores. Los hombres, los animales, las plantas, las piedras, se iban inscribiendo en su alma, y no precisamente tal como le habían llegado, sino corregidos, matizados, desmentidos por su palpitante imaginación. Así vivía Leonardo, entre el mundo de afuera y el de adentro, fluctuante, tan atento a uno como a otro, tan suyo uno como otro, hasta que aquel episodio vino a decidirlo brusca, dolorosamente.

La cosa es que un buen día se enfureció Koala, el elefante del jardín zoológico. Había muerto Tamara, su esbelta compañera de las selvas malayas, y le habían enviado en su reemplazo una elefanta joven, oriunda de Africa, muy cariñosa con él, pero no de su gusto. De nada valieron con Koala los tratamientos afectuosos de su nueva pareja, ni los severos de sus guardianes. Su furia iba en aumento, hasta que una noche rompió la pesada cadena que lo sujetaba, y trizó como si fuera un barquillo la reja de hierro que delimitaba su casa. No hubo más remedio que sacrificarlo. Al día siguiente, los diarios publicaban fotografías del pobre Koala, y anunciaban en grandes titulares que se habían necesitado nada menos que veinticuatro tiros de carabina para matarlo.

La noticia llegó a Leonardo antes que a nadie de su casa. El no sabía leer, naturalmente, pero se encontró con el retrato de su amigo yacente, y acudió de inmediato a sus padres en demanda de explicaciones. Leonardo conocía muy bien a Koala: todos los domingos por la mañana su padre lo llevaba a visitar el jardín zoológico, y el gran elefante era su favorito. No hubo forma de ocultarle la triste aventura.

Leonardo quedó consternado con la noticia. ¡Veinticuatro tiros de carabina! De modo que ya no podría acariciar más su esperanza de que Koala se hiciera realmente su amigo, y un día lo alzara con la trompa, como había visto en alguna figura, y lo colocara suave, maternalmente, sobre su cabezota, entre una y otra oreja. De modo que Koala, tan grande, también se moría. La grandeza, entonces, no era un obstáculo para morir. Al contrario, tal vez ser grande favoreciera la llegada de la muerte. Leonardo recordaba la evasiva respuesta de su madre aquel día que le preguntó:

—Mamá... Y cuando yo sea grande, ¿quién va a ser el chiquito de la casa?

Y se paseaba contristado por todos los corredores. Apretaba en su mano la imagen arrancada del diario, ya arrugada y marchita. De pronto tomó una brusca decisión. Muy mal se habría portado Koala cuando había merecido veinticuatro tiros de carabina. No valía la pena pensar tanto en él. Se acercó a su madre, le mostró la fotografía, y le preguntó si estaba mal que la tirara a la basura. Ante la respuesta negativa, comenzó a caminar hacia los fondos de la casa. No había dado dos pasos cuando vaciló, se detuvo, regresó a orillas de su madre, le entregó la fotografía y le dijo, al tiempo que huía:

—Tírala tú. Yo no quiero tirarla.

Después de este episodio, Leonardo quedó huraño y silencioso durante dos o tres días. Por las noches, cuando conversaba con sus amigos Periquito Salaveña y Tristán, sólo hablaban de la muerte del elefante. Cada uno de sus amigos encaraba el caso de una manera distinta. Periquito Salaveña, vital e incisivo como su nombre, lo tomó un poco a broma; le pareció exagerado que Leonardo le concediera tanta importancia. Total, ¿qué les importaba a ellos? A Tristán, en cambio, le impresionaron tanto o más que a Leonardo los veinticuatro tiros de carabina recibidos por Koala. Sus grandes ojos melancólicos brillaron con un fulgor de lágrimas, su voz se quebró, vencida por la brutal noticia. Intimamente, Leonardo miraba con irritación la actitud de Periquito, en tanto que la de Tristán le impelía a consolarlo y ponerle una mano sobre el hombro.

Estas conversaciones y estas divergencias le hicieron pensar otra vez en una vieja cuestión: ¿quién de sus dos amigos era más amigo suyo: Periquito Salaveña o Tristán? Periquito era la verdad, la vida, la fuerza, los colores. Tristán era más transparente, más callado, más triste; parecía envolverse y diluirse con más abandono en las sombras de la noche. Porque los tres chicos sólo se veían de noche. Y es natural, pues hay que saber que estos amigos nacían cuando Leonardo se acostaba, y sus padres apagaban la luz, y él cerraba los ojos, y comenzaba a contemplar ante sí la oscura y luminosa pantalla de su imaginación. Sus aventuras eran más fantásticas a medida que el sueño lo iba invadiendo; se realizaban las cosas más inverosímiles: Periquito se hacía cada vez menos perceptible, y, en cambio, Tristán se agrandaba, oscilaba, se confundía con las sombras, era la noche, era el sueño. Y a la mañana siguiente llegaba el café con leche con sopas, y los postigos entreabiertos dejaban filtrar tajantes espadas de sol.

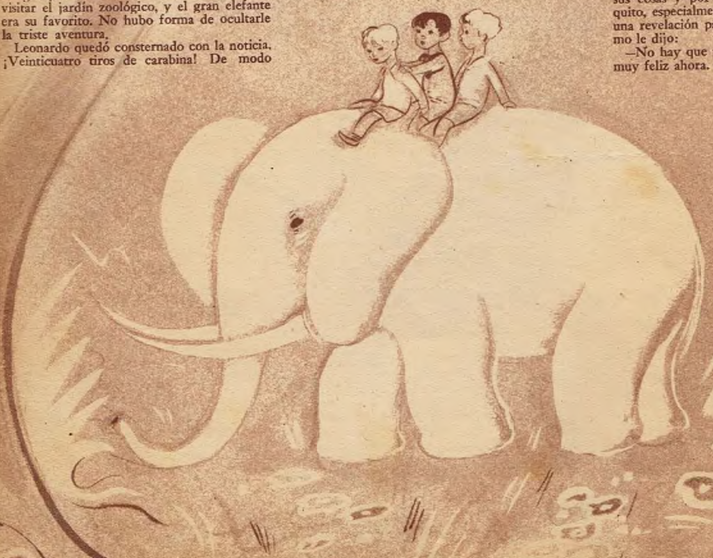
Una tarde, cuando ya habían transcurrido varias de melancolía, vino César a visitar a Leonardo. Este quería a su primo mayor por instinto, porque adivinaba en él algo de sí mismo, porque le gustaba su novia, porque César jugaba con él y le preguntaba por sus cosas y por sus amigos Tristán y Periquito, especialmente por Tristán. Por eso fué una revelación para Leonardo cuando su primo le dijo:

—No hay que preocuparse por Koala. El es muy feliz ahora. Está viviendo ya en un cielo especial, más alto que el nuestro: el cielo de los elefantes. Los elefantes buenos, cuando mueren, se van a ese cielo.

Leonardo nunca había pensado semejante cosa. Ahora se daba cuenta que era, sin embargo, la más sencilla, la más natural. Una objeción se le ocurrió, sin embargo: tendrían que ser muy grandes y muy sólidas las nubes que hubiera en ese cielo, para poder soportar el peso de los elefantes.

—¡Oh, no!—respondió César—. Es un cielo especial, poblado de árboles, y hierbas, y arroyos, y grutas. En fin, todo lo que les gusta a los elefantes.

Aquella noche Leonardo estaba impaciente por acostarse. Quería participar la novedad a sus amigos, a Tristán en particular. Y a Periquito también, que se pondría muy contento. Porque Leonardo todavía ignoraba de cuál de los



ELEFANTES

Por **César Fernández Moreno**
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

dos era más amigo. La madre se quedó extrañada del apuro del niño por irse a la cama en seguida de comer, él, que otras veces quería a toda costa quedarse con los mayores. Es que Leonardo no podía más por acostarse y apagar la luz, y cerrar los ojos, en espera de sus amigos.

En cuanto llegaron, Leonardo, ansioso, los detuvo.

—¡Tristán! ¡Periquito! ¿Saben dónde está ahora Koala? ¡En el cielo de los elefantes!

Sus amigos se interesaron mucho. Le preguntaron detalles sobre ese cielo. Leonardo los fué contando, tal como los había oído de labios de su primo. Describía, gesticulaba, excitado. Y a medida que les iba hablando, sus palabras se iban haciendo más lentas, y sus ojos asombrados iban recorriendo el lugar en que estaban. Arboles, lianas, hierba... Un arroyo, a pocos pasos... Una gruta... Y la verdad se hizo en él. Estaba, con sus amigos, en el cielo de los elefantes. Nunca se le había ocurrido pensar con precisión cuál era el lugar en que se encontraba con ellos; nunca lo había mirado, en realidad, porque en materia de ver, siempre se había confiado a la mirada triste y para dentro de Tristán. Pero ahora caía. No podía ser de otro modo. ¿Qué lugar que no fuera el cielo de los elefantes podía ser tan aéreo, tan difluente, tan delicioso como aquél? ¿En qué lugar que no fuera el cielo de los elefantes podía flotar tan acogedora penumbra? Entusiasmado, transmitió la observación a sus compañeros. Desde luego que Periquito Salaveña se burló un poco de él. No podía creer que estuvieran en el cielo de los elefantes. Pero su frase incrédula se detuvo en seco. Se escuchaba un crujido de hojas y de ramas partidas. La fronda se abrió, empujada...

—¿Has visto, Periquito? Aquí está Koala —murmuró Leonardo.

Y allí estaba Koala. Los niños no le tuvieron miedo. ¿Por qué iban a tenérselo? Se acercaron a él, lo contornearon, palmearon su piel rugosa, jugaron a las esquinitas en sus cuatro patas. Cuando las sombras lo iban invadiendo, Leonardo se prometía a sí mismo pedirle a Koala, la noche siguiente, que lo alzara con su trompa, lo colocara sobre su cabeza y lo llevara a dar un paseo por la selva.

Y así lo hizo. Uno por uno, Koala montó sobre sí a los tres niños y los llevó de paseo, un largo paseo, hasta las fuentes mismas del arroyo. Allí lo esperaba Tamara, su auténtica compañera, que por lo visto también había sido buena durante su vida, y que los acompañó en el viaje de retorno. Aquella noche, el sueño llegó más lentamente: fué necesaria la fatiga del regreso para que los perfiles se fueran desdibujando, y las maravillas de aquella excursión se sumieran en la oscuridad.

La tercera noche, la confianza de los niños con Koala era ya completa. Leonardo contó a Koala que, la mañana siguiente, su padre quería llevarlo al zoológico, pero que él prefería no ir. Sabía que lo iba a entristecer mucho recordar que en ese lugar los crueles policías habían herido a Koala con veinticuatro tiros de carabina. Koala meneó la cabeza, comprensivamente, y le dijo a Leonardo que no importaba; que en el cielo de los elefantes los tiros de carabina se convertían en mariposas. Y le aconsejó que saliera con su padre, que no se privara del paseo. Leonardo cambió una mirada con Tristán y se quedó pensativo.

—¡Tengo una idea! —exclamó de pronto Periquito Salaveña—. ¿Y si Koala se apareciera mañana en el zoológico, donde todos lo creen muerto por los veinticuatro tiros de carabina? ¡Qué susto se llevaría la gente! ¡Y los policías! Pero, ¡bah! Es imposible. Un elefante muerto nunca podría volver a la tierra. Que siga viviendo en el cielo de los elefantes, todavía, pero... ¡volver a la tierra! Además, estoy convencido de que Koala les tiene miedo a los carabineros.

Las miradas de los tres niños convergieron en el elefante. Tristán y Leonardo deseaban fervientemente que desmintiera las palabras insolentes de Periquito. Koala vaciló un momento, pero se decidió. Prometió que iba a volver al zoológico a la mañana siguiente, y que aparecería en el momento justo en que Leonardo pasara frente a su antigua casa. Y desapareció de repente, como una gran pompa de jabón.

Los tres niños, solos en el bosque, se quedaron mudos un momento. Luego, Leonardo y Periquito hablaron a un tiempo. Este insistía en no creer que Koala bajaría a la tierra. Leonardo afirmaba que estaba seguro, segurísimo, de que lo haría. Tristán no decía nada, pero sus grandes ojos tristes decían que él también lo creía; que creía en todo. Y vino la noche.

❦ ❦ ❦

Y vino la mañana. Leonardo se levantó temprano, como todos los domingos. Su madre lo lavó y lo vistió, y él salió caminando por la vereda soleada, de la mano de su padre. Iba pensando por el camino en la sorpresa que se llevarían las gentes cuando vieran aparecer a Koala, con su gran cara bondadosa; cuando vieran que nada pueden veinticuatro tiros de carabina contra un elefante bueno. Pero el asombro de todos, y su dicha, llegarían al máximo cuando Koala lo tomara con la trompa, y lo alzara a él, Leonardo, y lo colocara sobre su testa. ¿Qué diría su padre? Mi padre, pensó Leonardo, se parece un poco a Periquito Salaveña.

Cuando entraron en el zoológico, la impaciencia de Leonardo no conocía límites. Arrastró velozmente a su padre entre las enormes jaulas de las aves; cruzó, indiferente, ante la casa de los monos; eludió el estanque de los hipopótamos; rechazó, ante el asombro del padre, su invitación a subir a uno de los carritos arrastrados por una llama que otras veces hacían su felicidad.

En el momento mismo en que yo llegue frente a su casa, pensaba Leonardo, en ese mismo momento prometió aparecer Koala. ¡Qué contento se pondrá Tristán! Y Periquito también, porque, aunque no lo parezca, es tan bueno como Tristán, y todavía no sé a cuál de los dos quiero más.

❦ ❦ ❦

El padre de Leonardo nunca pudo comprender por qué su hijo se echó a llorar tan desconsoladamente cuando llegaron frente a la casa de los elefantes. Ni por qué Leonardo se quiso volver inmediatamente a casa, él, que otras veces no se cansaba de dar vueltas y vueltas por el jardín. Ni por qué, en cuanto llegó, pidió que lo dejaran acostar, y se encerró en su habitación, sollozando.

Desde aquel domingo, Leonardo supo definitivamente que Tristán era su mejor amigo. ◈



De algún sórdido suburbio neoyorquino sacó el empresario del Casino Ruso a este espectacular cosaco del Don que "comanda" la entrada de dicha *boîte*.

Este cinematográfico legionario tiene a su custodia, en Time Square, las puertas de "El Marruecos", club nocturno de moda en aquel sector.

AL MARGEN DE LA GUERRA

Los porteros de

TIME Square, en Nueva York, era ya un barrio bastante divertido. Sede de las *boîtes* más exóticas y de los clubs más *snobs,* sus calles, escenario de la fastuosa vida nocturna de la ciudad de los rascacielos, han visto pasar bajo el reflejo propicio de sus letreros luminosos a las más heterogéneas caravanas de yanquis noctámbulos y de turistas ansiosos de color local.

Pero lo que ha acentuado más su fisonomía pintorescamente cosmopolita, lo que ha conferido a su elegante frivolidad un curioso matiz internacional ha sido, aunque parezca paradójico, eso mismo que perfilara y acendrara en el alma del país del Norte el sentido de lo nacional: la guerra.

En efecto, desde que el drama que asuela al mundo contara al Tío Sam entre sus protagonistas, los uniformes militares de los países aliados empezaron a suscitar, en las calles de Nueva York, la expectación de los norteamericanos. El agregado militar a una embajada, que se moviera hasta entonces inadvertido en la vorágine de la vida neoyorquina; el miembro de la comisión naval extranjera, que apenas llamara ayer la atención de ciertos círculos; el aviador o el marino visitantes, que fueran en otros tiempos unos entes más en la formidable batahola del tránsito de la gran ciudad, son ahora contemplados, saludados y aclamados por los estadounidenses, que ven en ellos, no simples soldados, sino representantes de países que están luchando hombro con hombro con su país.

Y este auge de los uniformes militares extranjeros, registrado ya en la producción teatral norteamericana de los últimos meses, ha llegado también a las puertas de los clubs nocturnos de Nueva York. Los dueños de éstos, advertidos de esa evolución a lo cosmopolita que se opera cada vez más marcadamente por influjo de la guerra en los gustos del público, han querido ponerse a tono subrayando la peculiaridad racial que caracteriza el ambiente de sus *boîtes*.

Así, el propietario de "El Marruecos" no se ha conformado con el estilo morisco de sus salones, ni con el improvisado color local de las palmeras que mienten frescuras de oasis sobre el falso desierto en miniatura de su escenario, y ha apostado a la puerta del club a un señor que luce con cinematográfica arrogancia el más o menos mixtificado uniforme de la Legión Francesa.

Y así en el *hall* del Gasino Ruso proclama desde no hace mucho la nacionalidad del establecimiento un hercúleo y orondo cosaco del Don, extraído por el concienzudo empresario de sabe Dios qué sórdido suburbio neoyorquino.

Y así más allá, sobre un escandaloso telón en rojo en el que un diestro envuelve en



En "El Habana-Madrid" no han considerado suficientemente simbólico el *affiche* taurino que se ve al fondo de la foto. Y han puesto a este señor envuelto en la rica capa... ¿madrileña?...

Ante este olímpico *policeman* que escolta las puertas del "The Gay Nineties", uno no sabe nunca si mostrar los documentos o darle una propina.

Time Square

Por **Alfredo de los Ríos**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

los vuelos de su capote el testuz de un toro apocalíptico, yergue su gallardía seudohispana, como símbolo del carácter habano-madrileño de la *boîte*, otro ciudadano al que no quisieron vestir de militar y arrebujaron en una capa de dudoso corte castizo.

No falta tampoco, en las filas de este babélico ejército de cancerberos, el que viste un uniforme vagamente policial, como Sailor Grande, a cuya custodia se han puesto las puertas del "The Gay Nineties", y ante el gesto del cual uno no sabe nunca qué sacar del bolsillo: si el portamonedas para darle una propina o la cartera para mostrarle los documentos de identidad...

En realidad, cosas parecidas les ocurren a cada rato a los noctámbulos de Time Square. Yo he visto a más de un buen turista empeñado en arrancar confidencias militares a algún pacífico portero de éstos, confuso y molesto bajo su galoneado uniforme de utilería.

Y todavía recuerdo, por otra parte, la indignación con que aquel coronel centroamericano imprecaba, en la puerta de cierto *night-club*, a un elegante y achispado *habitué* de Time Square.

—¿Qué le ocurre, coronel? — interrogué a mi enfurecido amigo llegando milagrosamente a tiempo de apartarlo de su antagonista, que, ante la reacción iracunda del coronel, apenas acertaba a balbucear unas excusas.

Y el coronel me confió, contemplando de arriba abajo al confundido calavera:

—¿Se da usted cuenta, amigo mío? ¡Pues no tiene el caballerete la pretensión de que le llame un taxi!

* * *

A pesar de los incidentes de esta índole, quizá por ellos precisamente, la "militarización" de los porteros de Time Square ha agregado un nuevo atractivo al más bullicioso de los barrios nocturnos de la ciudad. Claro que eso no impide que la mayoría de los neoyorquinos siga siendo partidaria de otro estilo de cancerberos: de las cancerberas.

En lo cual, dicho sea de paso, forzoso es alabarles el gusto a los noctámbulos de Nueva York...

Time Square, el barrio donde se concentra la vida nocturna de la ciudad de los rascacielos. Sus *night-clubs* han dado ahora en "militarizar" a sus cancerberos, lo que confiere al populoso sector un matiz pintoresco.

LAS VOCACIONES TARDIAS EN LA

Suele llamarse "vocación tardía" a la que aparece cuando el ser humano se halla en plena madurez, pasados, más o menos largamente, los cuarenta años. A la verdad, no existe la vocación tardía, sino la manifestación retrasada de la vocación que estaba latente y adormecida.

Muchas causas tuercen o retardan las vocaciones auténticas: el empeño paterno de que el niño siga determinada carrera; el capricho infantil; el contagioso ejemplo de lo que vemos a nuestro alrededor; el consejo equivocado; las circunstancias sociales y económicas de la familia y aun del ambiente o del grupo social en que va creciendo el adolescente. Pero sea cual fuere la causa que induce al hombre a seguir un rumbo que no es el suyo, no cabe duda de que la vocación tardía existe y de que es harto frecuente.

Casos notables de vocación tardía

Conozco dos casos, entre muchos otros, de vocación tardíamente manifestada, que vale la pena recordar.

Uno es el del gran escultor belga Constantino Meunier. Hasta que hiciera cierto viaje a España, Meunier había sido un pintor mediocre. Al recorrer los pueblos vascongados en compañía del pintor Darío de Regoyos, que me contó el caso, Meunier se entusiasmaba al ver en las carreteras algunos hombres que le parecían magníficos para tema de una escultura. "¡Mire ese vasco que va llevando una vaca! ¡Cómo me gustaría hacerle una estatua!" Regoyos le contestaba: "¡Pues hágala, hombre!" No sé si Meunier utilizó o no algún vasco en calidad de modelo, pero sé que abandonó para siempre la pintura y empezó a los cincuenta años su nuevo oficio de escultor, que le haría universalmente célebre.

Otro caso es el del uruguayo Figarí. El doctor Figarí era abogado, y había sido legislador en su patria. Un día tomó los pinceles sin preocuparse de que tenía sesenta años, y fué, desde el primer momento, uno de los más eminentes pintores de la América española, y el primero entre todos por su originalidad, imaginación, modernidad, colorido y expresividad.

La vocación tardía entre nosotros

En la Argentina, donde hasta hace poco nada significaba el ser escritor o artista de mérito, han abundado las vocaciones tardías. A principios de este siglo, el escritor, para casi todo el mundo, en Buenos Aires como en las provincias, era un pobre diablo, un muerto de hambre. De ahí que más de un muchacho con talento literario debiese envainarlo para hacerlo lucir treinta años más tarde. Los padres querían que sus hijos fuesen doctores, y el ambiente, lejos de estimular el consagrarse a las letras, lo obstaculizaba.

Entre los muchos casos de vocación tardía no conozco ninguno igual al del doctor Juan Balestra. Había sido Balestra abogado cerca de sesenta años, y político durante veinte o treinta. Llegó a ser ministro de Pellegrini. Pues bien: un día, próximo a los ochenta, se siente escritor, reúne los documentos que necesitaba para un libro sobre el 90 y se estrena en la literatura, en plena vejez, con una obra maestra. Es penoso para el país que este hombre no haya comenzado a escribir cincuenta años antes.

Tres principiantes excepcionales

En los dos últimos años se han producido varios casos de hombres maduros que se iniciaron con éxito en las letras. Y no me refiero al éxito de librería ni a los elogios de los diarios, sino al éxito de haber realizado una obra de valer y aun de belleza.

¿Cómo estos hombres, que pertenecen a una época posterior a la de Balestra, no sintieron en la juventud el llamado urgente de la vocación? Habría que estudiar cada caso y esto me llevaría demasiado lejos. Lo importante es comprobar cómo en 1941 y en 1942 se estrenan en la literatura tres hombres maduros que antes no habían escrito, de quienes nadie posiblemente había esperado que resultasen de pronto escritores.

Un evocador del ayer

El primero de estos casos es el de Federico Quintana, que desgraciadamente murió muy poco después de su magnífico estreno literario. Quintana había sido siempre hombre de mundo y diplomático. Fué embajador en Chile. Luego el gobierno le encomendó una embajada extraordinaria en el Japón. Yo lo había conocido en 1906, en el vapor *Clyde*, donde volvíamos de Europa. Me sorprendieron sus juicios literarios, su información sobre libros y escritores y su sentido humano y comprensivo de la vida. Pero jamás supuse que pudiera escribir. Por esto, me sorprendí cuando, en casa de un pariente suyo, nos hizo conocer, a las varias personas allí presentes, tres capítulos de un libro que preparaba. Le dije lo bueno que pensaba de esas páginas y en diversas ocasiones le incité a publicarlas. Tardó un par de años en hacerlo. Tenía sesenta y cuatro cuando lo publicó. Sin duda, algún amigo le había aconsejado "no meterse", acaso insinuándole el desprestigio de un fracaso.

El libro, aparecido en junio de 1941, titúlase *En torno a lo argentino*. No se trata, precisamente, de "memorias", pero algo tiene de este género. Quintana evoca cosas de su infancia y de su adolescencia, de una temporada en una estancia inglesa, de otra temporada en los yerbales de Misiones. Recuerda el viejo ejército del 80, la conscripción en Curumalal, la Buenos Aires de los últimos veinte años del pasado siglo, la calle Florida en ese tiempo, los tenorios y los matones de entonces, la revolución del 90 y el tango.

Este libro, escrito con rara distinción y corrección, es la obra de un artista que siente hondamente las cosas del pasado y sabe mostrarlas. Tiene Quintana descripciones realmente bellas, como una de la selva, que me parece digna de Horacio Quiroga o de Eustasio Rivera.



Federico Quintana.



Roberto Uballes.



Daniel Ovejero.

Pero lo más notable del libro de Quintana es la abundancia y la calidad de sus ideas. Hablando del donjuanismo, dice que "surgió entre nosotros como un producto inevitable y lógico de nuestra inmadurez espiritual". Explica al matón y asevera: "En la escala del caudillaje, el matón es la figura mínima". Considera nuestra historia como "un anhelo de constante dominación sobre el ambiente, sobre los hombres, sobre sí mismo". Es Quintana una especie de filósofo de nuestra evolución, a la que él asistiera en las últimas jornadas del siglo pasado. Pero un filósofo que nada critica porque todo lo comprende, porque a cada cosa la coloca en su tiempo y en su ambiente y porque él mismo tiene un alma suave y bondadosa.

Su gran página, la más reveladora y la más honda, es la que dedica al tango. No he leído nada tan verdadero, bello y profundo sobre el tema. Quintana, sobriamente, nos muestra lo que pudiéramos llamar "el itinerario del tango". El lo ha visto nacer, entrar en la ciudad a modo de una invasión y apoderarse del alma colectiva. No lo condena. Lejos de eso, dice que, en sus primeros tiempos, representaba "la insatisfacción y los anhelos del medio cuya viril altivez supo interpretar". Muestra su marcha comenzada en el suburbio, donde naciera. "Poseía — explica — una fuerza sugestiva y una cadencia contagiosa que le abrieron fácil camino. Pasó de su cuna al centro, seguido de un numeroso séquito de compositores y guitarreros, intérpretes espontáneos, que actuaban como sus introductores a la vez que como sus modelos vivientes".

LITERATURA

Por **MANUEL GALVEZ**

ESPECIAL PARA LEOPLÁN

Una estancia del sur de Buenos Aires

El señor Roberto Uballes se ha estrenado en las letras con algunos años menos que Quintana. No ha de andar lejos de los sesenta. Entiendo que nunca había escrito. No le faltan antecedentes intelectuales, como que su padre fué médico eminente y rector de la Universidad de Buenos Aires. Pero él es, a lo que parece, un hombre de campo. Quiero decir: un hombre que desde hace años trabaja en el campo y que conoce profundamente y ama las cosas de nuestros campos.

Un buen día, el señor Uballes tuvo la feliz idea de componer un libro describiendo su estancia, una vieja estancia criolla en Tapalqué. Le puso a su libro un título que no da idea de lo que es: *Boleando chimangos*. Porque, a la verdad, se trata nada menos que de evocar una estancia típica, con sus hombres, sus árboles, su fauna, sus costumbres, sus trabajos.

Uballes escribe correctamente, mejor que algunos escritores conocidos. Es probable que, al meditar en su futuro libro, pensara en Hudson. Algo en sus páginas recuerda al autor de *Allá lejos y hace tiempo*. No pretendo comparar al argentino con el inglés. No hay comparación posible en el terreno literario. Pero Uballes no le va en zaga en cuanto al conocimiento del asunto y a la honradez con que lo ha tratado. Este libro cobrará cada día mayor interés y mérito y llegará a tener, si no lo tiene ya, el valor de un documento.

Un revelador del Norte

Daniel Ovejero es jujeño. Dicta una cátedra en la Facultad de Derecho de Buenos Aires. Su padre ha sido gobernador de su provincia. El ha dedicado su vida al ejercicio de su profesión. Creo que aun no ha cumplido los cincuenta años y es posible que haya escrito alguna página antes de su verdadero estreno en la literatura. Pero esto mismo demuestra la existencia en él de una vocación. Tengo para mí que Ovejero ha de haber luchado con su deseo de consagrarse por completo a escribir.

Su reciente libro *El Terruño*, que lleva el subtítulo de *Vida Jujeña*, es, en su mejor parte, una bella evocación de su infancia en Jujuy. Es Ovejero un escritor hecho, que nada tiene que aprender en materia de técnica literaria. Sabe componer y dialogar, y su prosa, generalmente sobria, elegante y aun castiza, parece la de un hombre que hubiese escrito mucho antes de publicar este libro. Es que al escribir le ha guiado el buen gusto, el conocimiento de nuestra lengua y, sobre todo, su instinto de escritor nato.

Tiene Ovejero tres aptitudes: el sentido de lo pintoresco; la habilidad para narrar y pintar tipos, sobre todo populares; y un fino humorismo. Su literatura recuerda en algo a la de su hermano político Juan Carlos Dávalos. Pero hay en Ovejero mayor fondo melancólico en los recuerdos del pasado y menos riqueza de elementos pintorescos. Entre los tipos de Ovejero, ninguno tan notable como el del compositor de gallos de riña, don Fidel, y acaso ninguna de sus descripciones valga tanto como la de la riña. En esta animada, dramática y característica descripción, que está cortada por los diálogos de los concurrentes y sus apuestas, es de admirar el hábil desarrollo del combate, la cantidad de observaciones sobre los luchadores y los concurrentes, el vigor de la frase y lo que pudiéramos llamar "la psicología" del gallo derrotado. El momento final es realmente hermoso. Vencido el gallo de don Fidel, y ciego, alguien dice que se va a ir. Don Fidel protesta. "¿Cuándo has visto — increpa al insolente — irse un gallo de mi cría?" El gallo va a morir en su ley. "Como si hubiera comprendido lo que ocurría, hizo algo portentoso. Con un esfuerzo supremo, en el que concentró cuanto le quedaba de fuerza y de vida, se irguió, batió las alas y, desde la noche trágica de sus tinieblas, lanzó un canto claro, vibrante, desafiador. Luego, agitado por un temblor convulsivo, fué sentándose lentamente sobre las patas; se tendió sobre un costado, y quedó inmóvil. Estaba muerto".

Moraleja

De todo lo dicho deduzco: que para escribir un buen libro no es necesario ser un profesional de las letras, ni menos vivir pasmándose ante cuanto escriben los extranjeros, sino que basta con tener el don literario, sentir amor por nuestras cosas y saber observarlas. Sólo es de lamentar que personas bien dotadas para revelar lo argentino mediante el libro, tarden tanto tiempo en manifestarse. De esto tiene la culpa el ambiente, el público, que, lejos de interesarse por lo argentino, sigue, como en años pasados, con los ojos fijos en los libros que nos llegan del extranjero y que a veces, muchísimas veces, son absolutamente inmerecedores de ser leídos. ◈

Una escuela

La cultura europea se distinguió por el esplendor de las artes y las ciencias; y, desde este punto de vista, se atacó frecuentemente a Norteamérica, como país negado, indiferente o desdeñoso, para las actividades del espíritu, cuando lo que ocurría era, sencillamente, que éstas tomaban allí otras formas y, en especial, las de la organización de su vida colectiva y la creación de una pujante democracia.

Interesantísimo resulta el ver cómo empieza a manifestarse esa democracia en el período colonial, cuando los granjeros de Pelham, un pueblecito de Massachusetts, se reunieron por primera vez, en 1743, en el *hall* donde años más tarde se alzarían, al influjo de la palabra inspirada de Daniel Shays, uno de los precursores de la independencia norteamericana, contra los tributos onerosos y las injusticias de la tiranía, derrocando a las autoridades impuestas por el gobierno.

Esta asamblea —ellos la llaman *meeting*— de Pelham es un órgano de gobierno del pueblo por el pueblo, que constituye una de las gloriosas tradiciones liberales de los EE. UU., y ha sido calificado de unidad molecular y quintaesencia de la democracia. Algunos historiadores buscan su origen en las asambleas realizadas por los suizos en el siglo XIII, y otros, remontándose más, creen descubrirlo en la antigua Grecia. No puede negarse tampoco su semejanza con el municipio español, si bien éste, modelo de instituciones libres, no ha podido desarrollarse ni dar los frutos apetecidos, ahogado, como en el caso de las Comunidades de Castilla y las Germanías valencianas, por el poder central. Sólo en nuestra América... Pero, oigamos a este respecto la palabra magistral de don Bartolomé Mitre en la Convención Constituyente de la provincia de Buenos Aires, reunida en 1871, cuando salió en defensa de algunas virtudes básicas del sistema colonial español. A la pregunta de: "¿Qué tenía la colonia?", él contestó: "La Municipalidad, bajo el nombre de Cabildo, institución que España nos había otorgado y que entrañaba un principio democrático

Las nuevas autoridades elegidas por un año, prestan juramento. Los hombres del pueblo no tienen nada que envidiar a los de la ciudad en lo que se refiere a la vida social y política; es decir, a la vida civilizada.



Las asambleas de Pelham se singularizan por la presencia en ellas de los niños de los grados superiores de la escuela del pueblo, quienes asisten allí a una clase práctica de democracia.



Todos los asuntos que interesan a la comunidad se debaten en la asamblea, prevaleciendo siempre la opinión de la mayoría. Mark Aldrich, almacenero, aboga aquí por un proyecto, que luego se pondrá a votación.

de democracia

Por
Valentín de Pedro
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

y de libertad, que debía dar con el tiempo el fruto que en la madre patria no había podido madurar. La España tuvo antes que la Inglaterra la inteligencia y la conciencia de las instituciones libres del propio gobierno... Teníamos los cabildos y los cabildos abiertos, es decir, la sombra de la municipalidad y el medio de dar participación al pueblo en la cosa pública. En aquel momento supremo — se refiere a nuestro 25 de Mayo —, el pueblo se agrupó alrededor del Cabildo..., delibera como soberano en la plaza pública, como en Atenas y Roma en sus antiguos tiempos, y manifiesta su irrevocable voluntad".

En Norteamérica, el *meeting* nació a la vida pública por lo que se ha llamado "ejercicio del sentido común inglés", practicado por hombres amantes de la libertad, y llegando a alcanzar su máxima eficacia en virtud del espíritu de asociación y de colaboración que los ha animado siempre. Esto es lo que vió Sarmiento en sus viajes a los EE. UU. y lo que tanto le entusiasmaba. "Donde se reúnen unos cuantos yankees — escribió — formulan las bases de una asociación; la obra empieza y progresa rápidamente, material y espiritualmente". Y luego, refiriéndose a la asociación como agente de libertad y progreso, decía: "De este modo gobierna el pueblo, trabajando directamente y sin la intromisión de autoridad alguna, en procurarse su bienestar. No es ésta una teoría irrealizable; es un hecho existente en dondequiera que el pueblo es todo y el gobierno lo que debe ser. Si en Norteamérica algún embarazo interrumpe el pasaje en la vía pública, deteniendo la circulación, los vecinos se reúnen en un cuerpo deliberante, de cuyo seno saldrá un poder ejecutivo que remediará el mal, antes que a nadie le haya ocurrido la idea de una autoridad preexistente a la de los asociados. Lo mismo sucede para la seguridad pública, comercio, temperancia, industria, moral y religión".

Y que Sarmiento supo ver con meridiana claridad las cualidades esenciales de la vida norteamericana, lo prueba este pueblecito de Massachusetts, de no más de quinientos habitantes, aldea más bien por su escaso vecindario; pero, ¡qué distinta a las aldeas de cualquier otro país, a la impresión que de la aldea nos transmitió Europa, imágen del atraso, contrafigura de la ciudad! Pelham, muy lejos de las urbes importantes, lleva una existencia ajustada no sólo a las más avanzadas normas de progreso, sino también a los más puros principios democráticos. Hasta el punto de que el hombre de esta aldea no tiene nada que envidiar al hombre de la ciudad, en lo que se refiere a nivel de vida social y política, es decir, de vida civilizada.



Dirigiéndose al *meeting* que se celebra una vez al año en el *hall* fundado en 1743. El *meeting* en los Estados Unidos nació a la vida pública por lo que se ha llamado el "ejercicio del sentido común inglés".

Desde que en 1743 se construyó el *hall* de Pelham, lugar de sus *meetings*, éstos no han dejado de celebrarse todos los años. En estas asambleas se delibera sobre cuantos asuntos interesan a la comunidad, y en los acuerdos que se toman prevalece la opinión de la mayoría.

Las autoridades coloniales de Massachusetts veían en estas reuniones un peligroso foco revolucionario y quisieron suprimirlas, pero no lo consiguieron. Pudo más el espíritu de asociación. Los habitantes de la colonia se iniciaban en estas asambleas en las prácticas de la vida democrática, que habían de implantarse con la independencia, y así el hombre de la más recóndita aldea norteamericana pudo verse cabalmente representado en un Wáshington, y los corazones estaban preparados para que fructificasen en ellos las palabras de un Franklin, apóstol del bienestar y la virtud.

Después de la independencia, los habitantes de Pelham siguieron — y siguen — reuniéndose una vez por año en el *hall* glorificado por el recuerdo del capitán Daniel Shays. Toda persona anotada en el registro de votantes tiene derecho a opinar y a emitir su voto en la asamblea. Si el asunto de que se trata es de poca monta, la votación se hace a la vista, levantando la mano en señal de conformidad; cuando se han de decidir cuestiones de cierta importancia, entonces la votación es secreta, depositando cada uno su papeleta en una urna. Todo esto no tiene, en realidad, nada de particular. Pero, hay algo en estas asambleas que las singulariza, y es la presencia en ellas de los niños de los grados superiores de la escuela del pueblo. Para que estos niños puedan asistir al *meeting* que los vecinos de Pelham celebran un día al año, y en el que eligen el comité que ha de administrar los fondos de la comuna y resuelven cuantos asuntos interesen al pueblo, ese día se declara feriado en su escuela. En realidad, la fiesta para ellos no consiste en otra cosa que en cambiar de local, pues si van al *hall* del pueblo — escuela de democracia — es en calidad de alumnos, para asistir a otra clase: clase un poco larga, pues suele durar desde el mediodía hasta el anochecer, pero en la que ellos pasarán sin duda un buen rato, cumpliéndose así el precepto clásico de enseñar divirtiendo. Los muchachos asisten a las deliberaciones desde una tribuna, como espectadores. Y así van aprendiendo una lección que de igual modo aprendieron sus padres, y que sin duda ha de grabarse de manera indeleble en sus almas. Bella forma de irse transmitiendo, de padres a hijos, el legado de libertad que recibieron de sus antepasados, los inmigrantes escoceses presbiterianos que, afincados en aquellas tierras, iniciaron estas prácticas democráticas hace exactamente dos siglos. ◈



Los granjeros de Pelham se alzaron contra los tributos onerosos, derrocando a las autoridades, al influjo de la palabra inspirada de Daniel Shays. He aquí cómo se recuerda su memoria a la entrada del pueblo.



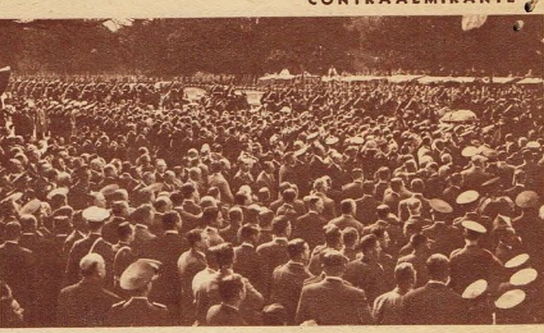
Si el asunto de que se trata es de poca monta, la votación se hace a la vista; pero cuando se ha de decidir sobre cuestiones de cierta importancia, entonces cada uno deposita su voto en una urna.

ACTUALIDADES

EL FALLECIMIENTO DEL CONTRAALMIRANTE

Con hondo pesar fué recibida en toda la República la noticia del fallecimiento del vicepresidente de la Nación, contraalmirante Sabá H. Sueyro. Este sentimiento popular se puso de relieve en el acto del sepelio de sus restos, efectuado con los altos honores decretados por el Poder Ejecutivo, y que constituyó una grandiosa manifestación de duelo. Una inmensa muchedumbre presenció el paso del cortejo fúnebre en su trayecto hacia el cementerio de la Recoleta, donde compañeros de armas y de gobierno despidieron con sentidas oraciones al magistrado desaparecido.





Un aspecto de la llegada del cortejo fúnebre a la Recoleta, donde las fuerzas de mar y tierra rindieron honores, ante la presencia de la inmensa muchedumbre que asistió al sepelio.



"HIDALGOS DE LOS MARES". — En su microcine de la calle Lavalle, y especialmente dedicada a la Editorial Sopena Argentina, ofreció la distribuidora Artistas Unidos una exhibición de "Hidalgos de los mares", película de sello inglés dirigida por Noel Coward, en la que, a través de la historia de un barco, se refleja la gesta de la marina de guerra británica en la actual conflagración y se glorifica a los hombres que integran sus fuerzas de mar. Asistieron al acto elementos directivos de nuestra casa y una representación de la embajada británica, integrada por Mr. Alfred Roberts y por Mr. y Mrs. Brutton, presenciando igualmente la exhibición los cronistas cinematográficos de nuestras revistas. Hizo los honores de la casa, con su habitual gentileza, el gerente de Artistas Unidos, señor Sam L. Seidelman, acompañado por el jefe de publicidad de dicha distribuidora, Sr. Aramayo.



EL II CONGRESO NACIONAL Y PANAMERICANO DE PRENSA. En el Capitolio Nacional de Cuba celebráronse recientemente las jornadas del congreso del epígrafe, a cuya inauguración asistió el presidente de la república hermana, mayor general Fulgencio Batista y Zaldívar. Concurrieron al congreso delegados de prensa de casi toda América, haciéndolo en representación de la Editorial Sopena Argentina el señor Fidel Sarabia. En la foto se ve al presidente de Cuba durante la ceremonia inaugural.



CONMEMORACION. — Con diversos actos de carácter público conmemoró la Congregación Israelita de la República Argentina el 75º aniversario de su fundación. En la fotografía aparece un sector de la cabecera del almuerzo que se sirvió en el salón comedor del Asilo Argentino de Huérfanos Israelitas, y al cual asistieron destacadas personalidades de esa colectividad.

CONCIERTO. — En el Teatro del Pueblo ofreció un recital de piano la concertista Genny Blech, quien ejecutó obras clásicas de conocidos compositores nacionales y extranjeros. La reunión contó con el auspicio de la agrupación artística "La Peña".



GRAFICAS

VICEPRESIDENTE DE LA NACION SABÁ H. SUEYRO



El féretro es conducido a pulso hacia el peristilo de la Recoleta, acompañado por parientes del extinto y altas autoridades de la Nación.

Con sentidos oraciones fueron despedidos los restos mortales del vicepresidente. El ministro del Interior, coronel Alberto Gilbert, aparece aquí haciendo uso de la palabra.



LA FIESTA NACIONAL DEL URUGUAY. — Una elocuente expresión de solidaridad continental constituyó la fiesta con la cual el Instituto Cultural Argentino-Uruguayo celebró el 113º aniversario de la Constitución de la República Oriental del Uruguay. Ocuparon la cabecera del banquete distinguidas personalidades, entre otras, el intendente municipal, general Basilio Pertiné; el doctor Enrique Larreta; el embajador de los Estados Unidos, Mr. Norman Armour; el embajador del Brasil, doctor José de Paula Rodrigues Alves, y el embajador de Chile, doctor Conrado Ríos Gallardo. Durante el brillante acto hizo uso de la palabra el señor Luis E. Azarola Gil, consejero de la embajada del Uruguay, en representación del doctor Eugenio Martínez Thedy.



LOS NUEVOS SUBTENIENTES. — Lucidos contornos adquirió el acto de la entrega de los sables a los nuevos subtenientes de nuestro ejército. Asistieron a la ceremonia el presidente de la Nación, general de división Pedro P. Ramírez, y altas autoridades del país, quienes aparecen aquí escuchando el Himno Nacional.



ANIVERSARIO. — Personal directivo y empleados de las Librerías Mackern, S. A., y miembros de la Sociedad de Ayuda Mutua de Vendedores de Diarios de esa casa, reuniéronse en una comida de camaradería al cumplirse el 95º aniversario de la fundación de dicha firma, y el 6º de aquella sociedad. La foto muestra la cabecera del banquete.



ARTISTICAS. — En los salones de la Asociación de Artistas Argentinos realizó una exposición de sus obras la pintora Carmen Fernández Roux de Prieto. Los cuadros al carbón que constituyen la muestra, merecieron unánimes elogios de los críticos de arte locales.



EL CUENTO DE GUERRA

EL REGRESO

En estos momentos siento haber dejado de ser lo que era. Todo, se abandona en mí. Atento sólo a la orden que va a ser dada, sujeto con fuerza el fusil a mi pecho y espero. Mi pobre corazón late sin ansiedad, y sufro un poco de frío dentro de la noche cálida que nos esconde. En la espera nos miramos todos, y aunque nada decimos, sabemos comprendernos: la única vez. Recordamos, sin querer, nuestros días pasados, nuestras pasadas bromas y nuestra pasada vida. Vamos a entrar en lo arcano, así pues, cuando dejemos esta sucia trinchera y demos ese salto, cada uno de nosotros dejará en ella su propio mundo. A pocos pasos de donde caeremos quedará toda nuestra vida anterior. En la pared de barro que nos cobija, tu nombre grabado y unas fechas, lo mejor, el mejor de todos los recuerdos, quedará aquí muy sucio de barro y de sangre. Con luz de luna bañado y coronado de estrellas. Este cielo que es lo único limpio, lo único que vive y lo único que existe en este cuadro, se parece a otros cielos muy lejanos. Si lo vieras lo reconocerías. Con una pequeña lágrima en la mejilla, pensarías como yo en muchas cosas bellas y en muchas cosas idas.

Ahora es el sargento — que sin herir la noche — nos ordena en voz baja. Instantáneamente las bayonetas palidecen en el aire. Pienso que ha llegado el gran momento y en mis manos el fusil se inquieta. Tu imagen no me abandona, ni me abandonará más.

El tiempo pasa lento, lentísimo. El silencio es completo. Y la noche al mirarla es bella, bellísima. Debo confesar que tengo miedo: no de morir, puesto que días hace que he dejado de existir para mí mismo. De este pozo sé que es difícil salir. Además nadie reconocería la persona que fuí hasta hará pocas semanas. Quién sabe si tú misma no me tendrás ya por muerto. Han sido muchos hoy los caídos. Nuestra posición es tan difícil como fácil para el enemigo, que no ha dejado de cañonearnos en todo el día. Y ahora, así el destino lo quiere, vamos a enfrentarnos con ellos, a echarlos de donde nos dominan, a luchar cuerpo a cuerpo, a matar y morir. A morir cuando la noche invita a todo menos a eso, y a matar precisamente con el alma rebosante de amor por ti, que me esperas lejos. Creo que ahí está todo mi temor. He de ser el primero en caer, por no haber sabido matar.

Y la orden es dada. Y junto con los otros al saltar, avanzamos. Y en menos que lo pienso me veo en el vórtice mismo de un rugiente torbellino de balas. Con otros dos me protejo en el hoyo de una granada. Y es al poco de advertirlo cuando me quedo solo. Desde que hemos saltado espero recibir ese golpe seco que ha de quitarme la vida. Por eso llevo en mis labios tu nombre.

El repiqueteo de la ametralladora cesa. El silencio vuelve. Experimento la sensación de creerme el único ser vivo en la vastedad del espacio. A modo de comprobación, asomo la cabeza. A poca distancia, yacen los cuerpos inertes de mis compañeros. En las sombras se mueven los otros. Sigo con ellos. Debemos avanzar, avanzar y terminar cuanto antes. Es



Por ***F. García y Guzmán***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" ILUSTRACIÓN DE VALDIVIA

nuestra consigna y con ella no sé cuanto tiempo paso arrastrándome. Mi intención es ganar un pozo cercano, tal vez la última etapa. Poco falta por alcanzarlo cuando de pronto retumba la tierra a mis pies y caigo. Antes de que me sea posible cerciorarme de si he sido herido, veo cómo se va abriendo una serie de agujeros en la tierra, cómo se extiende en línea perfecta, lo mismo que si la perforase un punzón vertiginoso. Escondo mi cabeza entre mis brazos, al mismo tiempo que siento un formidable mazazo en la nuca.

Se hace una espesa tiniebla en torno mío. Las fuerzas me abandonan. Apenas si me quedan las suficientes para mover el dedo meñique. Siéntome desmayar..., desmayar como bajo la acción de un anestésico. Pierdo la noción de todo..., menos de aquella densa oscuridad que me rodeaba. Y no sé dónde, allá en un rinconcito de mi cerebro, brilla aún un rayo tenue de conciencia. A su débil luz me digo... "Tú ves, también a ti te tuvo que llegar el turno. Convéncete, nadie se escapa. Cuenta ahora los minutos que te quedan y gózalos como puedas.

Aunque estás ciego, aunque te sientes caer en el espacio como un bólido, eleva tu cabeza al cielo y contempla cómo las estrellas te abandonan a tu suerte. Ya todo es imposible. No hay paso hacia atrás que te salve. Ya estás donde querías, donde ansiabas estar, sí, porque lo ansiabas, porque tú viniste por tus propios pasos. Fué un ideal, ahora lo recuerdas, fué por defender algo muy bello. Bien, ya lo defendiste, ya te chorrea la sangre lo suficiente como para ser aclamado por las muchedumbres que te vieron partir. No tendrás ahora el aire marcial, solemne, de aquellos días: todo se ha perdido en el fango. ¡Ah!, pero sí te queda la inquebrantable voluntad de vencer, y vencerás, claro que sí. ¿Qué importa el milésimo hombre? ¿Qué importa que tú quedes aquí? Si detrás hay otros, hay muchos, ¿qué importa que tú mueras, que te ignoren las multitudes, si hay alguien, muy lejos de estos campos sin rosas, que te llora y espera? Anda, haz tu último esfuerzo, trata de evitar que te lleven, contén esa sangre que te chupa la tierra, y vive, vive como puedas, de lo que puedas, pero vive.

....

—Miguel..., Miguel...

—...????

—...Miguel...

—...???

—Ya mueve sus manos, doctor... Miguel...

—...Sí.

—Me oyes..., soy yo..., Estela.

—Estela... ¿Dónde?

—Aquí, a tu lado, tus manos tienen las mías.

—No te veo... ¿Dónde estoy?... ¿Dónde estamos?

—En el hospital San Roque, en casa. No puedes verme, porque tienes tu cabeza vendada...

—¿Qué tengo en la cabeza?...

—Nada; cosas de la guerra, pronto sanarás.

—Estela...

—Sí...

—¿Eres tú, tú?...

—Sí; no te preocupes, descansa... Ha sido un milagro...

—Has sido tú...

CORDOBA

Las ventanas, sólidamente protegidas por barrotes y gruesas maderas, frente a las cuales desfilaron los hombres de "El Chacho" pocos días antes de ser derrotados por el general Paunero.

Influjo de los templos

El cordobés posee un innato sentido religioso que se le ha hecho fibra en su carne y letra en su historia. Desde su catedral hasta la más humilde capilla, perdida en un rincón de la serranía, los templos ejercen sobre su espíritu una influencia natural y espontánea, cuyas raíces se nutren no solamente de hechos espirituales, sino también de sucesos históricos.

Al serrano no le arredran las dificultades de las distancias hacia los templos, a veces insalvables en una sola jornada. Halla siempre la manera de cumplir esa su acendrada necesidad del espíritu y, devoto, alberga varios días en su humilde hogar de la sierra una imagen sagrada o, cuando no la tiene, un cuadro representativo de su devoción, velándola, alumbrándola y orándole algunos días, transcurridos los cuales la transporta a la casa vecina, en una continua rotación lugareña.

Así, no es difícil hallar en las más remotas latitudes serranas, en medio de la travesía de la Pampa de Achala, Olaen o Pocho, a muchos lugare-



La ruta es larga y el amanecer sorprende a los devotos en plena marcha. Pero las distancias, que a veces no pueden salvarse en una sola jornada, no arredran a los creyentes cordobeses.

RELIGIOSA

Por Juan J. Ortiz Barili

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FOTOGRAFIAS DE SCHNEIDER

ños que portan en procesión a un sagrado símbolo a través de largas distancias, bajo un clima a veces tórrido, a veces frígido, hasta llegar a casa del vecino al que le corresponde albergarla.

Cuando en una de esas peregrinaciones se encuentran dos procesiones, acostumbran a detenerse y besar por turno, recíprocamente, las imágenes que custodian.

Piadosa tradición de un pueblo resignado, trabajador y noble, que se enaltece al compartir las obligaciones materiales con las especulaciones superiores del espíritu, llenando ese nuestro "primer vacío del corazón", como lo llama Scheler.

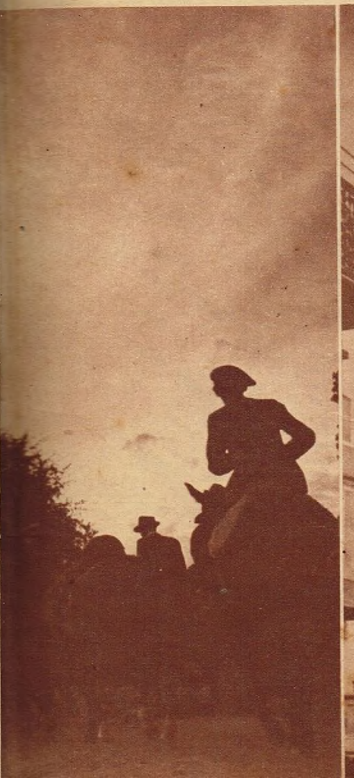
Una estampa de 18...

El sentido religioso del cordobés y el influjo que sobre él ejercen los

Cuando dos procesiones se encuentran en los caminos de la serranía, acostumbran a detenerse para reverenciar a sus respectivas imágenes. He aquí un aspecto de la original ceremonia.



El templo de la Compañía de Jesús, tras de cuyos muros se refugiaran las niñas de la sociedad cordobesa durante el desarrollo de los episodios que se relatan en la presente nota.





El aguatero cordobés, de los que aun hoy se ven muchos, transportando agua de la sierra a la ciudad, en su curioso vehículo.



Una típica procesión serrana conduciendo una imagen sagrada a la casa del vecino a quien le corresponde guardarla.

templos, provienen tanto de un sentido espiritual como material. Aparte del aspecto espiritual, fácil de comprender, el segundo, es decir el material, halla su explicación en épocas aun no muy lejanas. La historia de nuestra organización nacional está jalonada de episodios guerreros, de hechos turbulentos que tenían por protagonistas a las tropas regulares unas veces, y otras a los grupos de gauchos, montoneras, etc., que bajo diversas banderas y con distintos móviles, rompían a menudo la paz del interior del país con sus encuentros sangrientos. Córdoba no fué ajena, por cierto, a esos acontecimientos, y cuando algún caudillo la hacía el blanco de su objetivo, los débiles — las mujeres y los niños — tenían que buscar amparo seguro. ¿Dónde? En los templos, en los conventos, cuyos muros brindaban sensación de seguridad moral y material. De este modo, fueron adquiriendo, con el correr de los años, esa fisonomía particular. Pero dejemos que hablen los hechos. Un solo episodio de aquella turbulenta época bastará para dibujar el perfil exacto de sus características.

¡Viene "El Chacho"!

La paz de aquella Córdoba monacal y tranquila de 1863, había sido sacudida por algunos acontecimientos políticos de singular trascendencia; en realidad, la ciudad se hallaba en la anarquía más completa: el 10 de junio de ese año, un motín destituía al gobernador don Justiniano Posse, despojándolo del poder para entregarlo a don José Pío Achával, en medio de la dominación del partido federal, el de "los rusos", como se les llamaba entonces.

Apenas restablecidos un tanto los ánimos, y cuando los aguateros ponían otra vez su nota típica en las calles polvorientas, pregonando su fresca mercancía, obtenida en las límpidas cascadas de las sierras y que transportaban a la ciudad en los curiosos carros construídos con madera y tientos; cuando se diluían en el aire tibio las cristalinas notas de las campanas del templo de la Compañía de Jesús, corre una tarde, como reguero de pólvora, la noticia de que "el Chacho" se acerca a marchas forzadas.

—¡Viene "El Chacho"! — es la exclamación que está en todos los labios.

Efectivamente: sabedor de los cambios políticos producidos en Córdoba, el "eterno derrotado", coronel Angel Vicente Peñaloza, "El Chacho", que, vencido por Sandes en Punta del Agua y Lomas Blancas se dirigía a Los Llanos, cambia rápidamente de rumbo y "como una exhalación" — al decir de Sarmiento — se encamina a Córdoba marchando día y noche. El 19 aparece sobre las barrancas que dominan la ciudad de las torres.

Entretanto, el terror reina en la mejor clase de la sociedad, en la ciudad mediterránea, ante la horrible perspectiva del saqueo y los atropellos que se supone cometerán las hordas de "El Chacho".

En tales momentos, la granítica e imponente arquitectura del templo de la Compañía de Jesús, con sus enormes muros de piedra, da — junto con otros claustros — la única sensación de amparo; y hacia ellos acuden presurosas las niñas de la escogida sociedad.

De tal modo, el majestuoso templo cobija a una muchedumbre que ora y espera. Las naves, débilmente iluminadas, presentan un aspecto fantasmal: las sombras se alargan y la ansiedad crece... Todos los ojos están fijos en las sagradas imágenes, cuyos rostros de cera anima el titilar de los cirios. En ellos confían los fieles que rezan sin descanso, atendidos solícitamente por los jesuítas que se multiplican para prestar ayuda a las gentes, con la premura e improvisación de un hospital de sangre en las líneas del frente.

—¡Ya llegan los llanistas! — exclama uno, mientras la ansiedad dilata los pechos.

—Parece que siguen de largo — murmura otro.

—¡Oh, sí!... ¡Alabado sea Dios! — agrega un tercero que, como los demás, atisba a través de una estrecha ventana sólidamente protegida por barrotes y gruesas maderas.

—¡Pobrecitos; si parecen almas en pena! — añaden varios, conteniendo los deseos de correr y ofrecerles agua y brindarles descanso.

Efectivamente; los que pasan frente al convento, en lugar de ser gente salvaje y hostil, tienen aspecto manso y cansado. Un hombre de apariencia humilde, de barba casi blanca dividida en dos, los ojos azules, la mirada suave, correctas las facciones, con indumentaria gaucha: chiripá, poncho y guardamontes, pasa al frente de unos 200 jinetes armados con lanzas. La tropa desfila lenta y religiosamente, tal vez añorando sus ranchos de La Rioja.

La calma, entonces, renace entre los refugiados. Los llanistas se dirigen a la calle con nombre medieval: Ancha. Mala suerte les espera.

El encuentro de "Las Playas"

El general Paunero — que en San Luis tiene la noticia de la entrada de "El Chacho" en Córdoba — acude con rapidez y el día 27 forma sus tropas en línea de batalla, en el paraje denominado Las Playas. Allí, al amanecer del 28, reproducen "El Chacho" y Paunero, un caudillo y un militar, la misma escena de 30 años antes, que tuvo por protagonistas al "Tigre de los Llanos", Juan Facundo Quiroga, y al general don José María Paz. Lo mismo que los gauchos de Facundo no pudieron aguantar la carga del disciplinado ejército de dragones de Paz, tampoco las hordas de Peñaloza resisten esta vez el embate de las tropas del general Paunero, quien una hora más tarde de aquel amanecer sangriento, remite un victorioso parte al ministro de guerra de Mitre, general Gelly y Obes, con la nueva del aniquilamiento casi completo de las fuerzas de "El Chacho" y "los rusos" de Córdoba. Se cierra así una página roja que ha registrado la historia de la heroica organización nacional.

Aquella página — que se hallará quizá revolviendo en los cofres viejos del pasado — explica, en su parte material, el influjo que la impávida severidad ascética de los templos ejerce sobre el ánimo de los creyentes y devotos hijos de la serranía cordobesa. Son ésas, por lo demás, las únicas reminiscencias que no se desvanecen como el perfume místico del incienso en el recogimiento del secular monasterio, cuyo aliento palpita en la ciudad. ◈



Coronel Angel Vicente Peñaloza, "El Chacho".

¡TENGALO USTED PRESENTE!



Hoy la medicina cuenta con elementos valiosos, tales como la Yodosalina, asociación de los alcalinos con el Yodo, producto de eficacia e indicado para las personas con tendencia a engordar.
La Yodosalina regula las funciones de recambio, sus bases alcalinas saponifican el exceso de tejidos grasos y obra a la vez como un activo expelente.

YODOSALINA
PISANI

Se halla en venta en todas las farmacias del país.

Sin compás

COSAS RARAS, CURIOSAS, ILUSTRATIVAS,

DOMINGO VILLAFAÑE

el conocido dibujante, tiene en el pincel y en el alma un personaje de historieta, que dentro de lo gracioso suele ser trágico, como todo lo humorístico. Se llama

PINCELITO PURAPOSE

y no ha podido resistir la tentación de hacerse una escapada a "Sin Compás ni ritmo", para echar, desde este anuncio, un vistazo a los lectores, que seguirán, en adelante, sus hazañas de pintor bohemio y desaprensivo.
Desde el próximo número asistiremos, en estas páginas, a las aventuras y tropezones de

PINCELITO PURAPOSE

al que le deseamos divertida vida.

HIJA PERFECTA

Cierto señor se presenta un día en Ferney, y se anuncia a Voltaire de la siguiente manera:

—Tengo el honor de pertenecer a la Academia de Châlons, que, como usted sabe, señor, es hija de la Academia Francesa.

—¡Oh, sí, señor! —le contesta Voltaire—; y una hija tan buena que nunca ha dado que hablar.



—¿Un asiento, señor?
—Según; si usted quisiera podrían ser dos.

SENSATEZ

Y con perdón de la gloria,
Mucho más estimaría
Vivir en el mundo un día
Que mil años en la historia.

ANÓNIMO.

PRECOCIDAD

Una señora de edad le pregunta a un chico de unos 6 años:

—Jovencito, ¿fuma usted?

—No, señora. Pero puedo ofrecerle un cigarrillo.

PROVERBIO JAPONES

"Haré tal cosa, si Dios lo quiere", decía un hombre; pero eso carecía de todo sentido, pues todavía no había pedido permiso a su mujer.

PRECAVIDO

—Haga usted la prueba, si quiere; pero es mi deber advertirle que papá ya ha arrojado a tres pretendientes por la ventana.

—Y... ¿Podría decirme en qué piso vive usted?

CONSECUENCIA

EL JUEZ. — *Se le acusa de haber arrojado a su mujer por la ventana.*
EL ACUSADO. — *Lo hice sin querer, señor juez.*
EL JUEZ. — *Sí, perfectamente; pero imagínese lo que hubiera ocurrido si alguien hubiese pasado por la calle en ese instante.*

NO BAILE ASI

En el número anterior vimos cómo esta distraída pareja de entusiastas bailarines cometía figuras que no resultaban elegantes. Dijimos que era debido al excesivo sentimentalismo de la pareja, que se olvida de que está bailando y de que hay espectadores. Y es verdad. Hoy lo corroboramos con otra foto de la continuación de aquel baile. La cara de él muestra a las claras que el hombre está en las nubes, y la de ella dice que la violenta situación le ha hecho reaccionar y darse cuenta de lo que sucede. Tan rápidamente giran los dos, que la fuerza centrífuga levanta las piernas de ella. No sabemos lo que sucederá cuando él la suelte sin darse cuenta de lo que pasa... Lo veremos próximamente.

EL MAR TRAGICO

El mar Báltico es el mar de los naufragios; por término medio se registraba uno por día en tiempos de paz.

ABOGADOS VIGILANTES

En Finlandia se obliga a los abogados a servir, durante algún tiempo, de agentes de policía, antes de ejercer su profesión.

CADENITAS

Cuando Gulliver, el conocido personaje de Swift, visitó el país de los gigantes, tomó esta fotografía. Son cadenas de reloj expuestas en un escaparate de relojería. Cada una pesa treinta y dos toneladas, y están hechas de un metal más duro que el acero. Sin embargo, los habitantes de ese país las cortan al menor descuido, sobre todo cuando se les escapa el reloj de las manos; pues éste pesa unas doscientas toneladas. Hemos resuelto llevar a cabo una investigación sobre la autenticidad de la presente fotografía; nos parece que quizá se trate de simples cadenas de esas que usan las anclas de los buques, fotografiadas en un puerto del Canadá.

UN VENENO... LENTO

Al decirle un amigo a Fontenelle que el café era un veneno lento, éste le respondió:

—Muy lento, porque hace casi ochenta años que me viene matando.

UTILIDAD DEL BAMBU

El bambú es la planta que se emplea más universalmente. No hay categoría de necesidades humanas que no pueda ser suplida por alguna forma de bambú o algún producto de esa planta. De él se obtienen alimentos, armas, abrigo, canastos y recipientes, puentes, caños, papel, cables, adornos y muchos otros artículos especiales.

JACINTO PIESFELICES

Zapatos










ni ritmo

PINTORESCAS Y HUMORISTICAS



BORDADO HISTORICO

La reina Matilde, esposa de Guillermo el Conquistador, era una dama de gran paciencia. En la biblioteca de la ciudad de Bayeux se conserva una tira de tela de setenta metros de largo bordada por dicha reina con lanas de diversos colores, representando episodios de la conquista normanda. El bordado comprende 623 personajes, 22 caballos y mulos, 55 perros, 505 animales diversos, 41 barcos, 37 edificios y 49 árboles, lo que hace un total de 1.342 figuras magníficamente ejecutadas.

La tela está algo amarilla, pero los colores de las lanas se conservan con todo su brillo y esplendor.

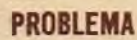
EPIGRAMA

Estudio jugando, cuando
Lo que es trivial seriamente
Trato; y cuando trivialmente
Lo serio, juego estudiando.

F. DE LA TORRE.

DE TODO UN POCO

Se llama autor moderno un señor que es al mismo tiempo financiero, director, comediante, "metteur en scène", boletero... y quizá escritor.—PIERRE VEBER.



PROBLEMA

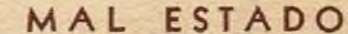
—Sírvase, señora: Una píldora para la indigestión, otra para los nervios y otra para el hígado.

—Está bien, doctor. Pero, ¿cómo sabrán ellas dónde tienen que ir cuando estén dentro del estómago?



LA MUJER HERMOSA

Hoy hemos atrapado (con la cámara) a la mujer hermosa que necesitamos cada quince días para recrear el buen gusto de nuestros más refinados lectores. La hemos atrapado en una especie de bicicleta con motor, que por el momento no viene al caso, haciendo ruido y levantando tierra, a toda velocidad por esos calles de Dios. No comprendemos cómo es que se encuentra en paños menores. Sin embargo, ella nos explicó, con una respetable serie de razones, que su vestimenta es correctísima y que no se trata de paños menores. También dijo que se llama Mildred Cole, y que es norteamericana, de Hollywood. ¿Será cierto?



MAL ESTADO

—Acusado, ¿cuál es su estado?

—Un poco afiebrado, señor juez; no he conseguido pegar los ojos en toda la noche. Le agradezco de todos modos, señor juez.

UN BURRO EN LA HUERTA

¡Adiós los repollos! ¡Y cómo grita la hortelana! No es para menos; el burro apareció esta mañana con la panza llena de repollos y lechugas, descansando en medio de la huerta, su gran plato, y haciendo la digestión apaciblemente, en espera de volver a sentir hambre para continuar el banquete. ¡Y después dicen que el burro no es inteligente! "Nunca olvida ande come", dijo el viejo Vizcacha, y sépase que ésta es la clase de inteligencia que más falta hace en la vida.

DE LA MUJER

La mujer tarda, por lo menos, cuarenta y cinco años para cumplir los treinta.

Dijo un haragán:

—El trabajo es una cosa sagrada; ¡no hay que tocarlo!

Refrán Español

Quien lejos se va a casar, o va engañado o va a engañar.

JUEGOS DE SOBREMESA

Este lazo, aquí donde usted lo ve, señor lector, es un lazo mágico. Está pasado por el ojal de un traje gris, pero el color de éste nada tiene que ver con la magia de tal lazo. Tampoco tiene nada que ver el hecho de que el botón no se halle en su correspondiente ojal ni en ningún otro. La magia de esta prueba consiste en librar el saco de tan seguro lazo sin deshacer éste, sin cortarlo y sin romper el ojal; tampoco se debe recurrir a echar todo al fuego ni a esperar que los dioses intervengan. Se puede esperar, eso sí, que aparezca el próximo número con la reglamentaria solución, la que, de aquí a entonces, ya habremos encontrado.



OFICIO FACIL

El número de los literatos va "in crescendo", porque es el único oficio que se puede ejercer sin aprendizaje previo.

ALFONSO KARR.

PELIGRO VITAMINICO

Una asociación científica de los Estados Unidos advierte al público en general que la actual boga de las vitaminas puede llevarse a extremos peligrosos y recomienda que se siga un régimen alimenticio equilibrado con preferencia a ingerir comprimidos de vitaminas.



EL SALVAMENTO

Ocurrio una tarde de diciembre en un pequeño puerto de la costa cantábrica.

El vendaval soplaba con pujanza incontenible. Las olas semejaban inmensos caballos blancos e iban a estrellarse, impetuosas, contra el acantilado de la costa, lanzando a gran altura la escarcha de su espuma plateada.

Las lanchas, en la dársena, estaban apiñonadas, como atemorizadas de la furia del tiempo. Los marineros, cubiertos con sus largos capotes y calzados con sus pesadas botas de agua, comentaban bajo el refugio. Sólo uno, el más viejo quizá, paseábase, nervioso, con la pipa entre los labios, avizorando con inmenso interés las encrespadas olas.

Era este hombre un verdadero lobo de mar. Su figura recia y achaparrada, su mirada fría y penetrante y su enmarañada barba, poblada de blancas canas, dábanle ese aspecto propio de los veteranos del mar. Tendría unos 60 años, y sobre su persona tejíanse leyendas emocionantes.

Sus memorables hazañas en los mares del "Gran Sol" habíanle auroleado de gran prestigio, y por ello gozaba de mucho ascendiente entre los marineros. Conocíasele con el nombre de *Altruán*.

En la triste tarde a que nos referimos, en medio de la bahía algo pasaba que atraía su atención.

El Audaz, un pequeño velero de pesca, debatíase desesperadamente entre las agitadas aguas que pugnaban por apresarle entre sus poderosas fauces; pero sus amarras, tensas y crujientes, sostenían en esta enconada lucha al pequeño bergantín. Las olas, en sucesión constante, lamían, golosas, sus frágiles costados y castigaban sin cesar la codiciada presa.

En la cubierta de la nave un marinero, el único que había a bordo, clamaba al Señor y pedía angustiosamente socorro.

La tormenta no aminoraba y el vendaval silbaba sobre las jarcias; la fuerza de sus endiabladas rachas obligaba a las amarras a ceder, y *El Audaz* encontrábase en inminente peligro.

En el muelle, los marineros dejaron de hablar. Sus rostros estaban pálidos y sus ojos entreveían la desgracia que se avecinaba. Presentían horas de angustia.

De pronto, en el silencio impresionante que allí reinaba, una voz resonó potente: era la voz del *Altruán*.

—¡Es necesario salvar ese hombre y ese barco! ¡Organicemos el salvamento!

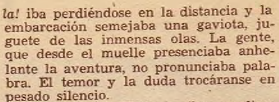
Bastaron estas palabras para que aquellos seres vibrasen emocionados y se dis-



Por **Emilio Pérez Fernández**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ILUSTRACION DE RAUL VALENCIA



pusieran a la lucha. Nadie pensó en el peligro que ello entrañaba, y una frágil lancha fué preparada de inmediato.

El *Altruán* designó a los hombres que le acompañarían: Ñan, Luciano, Ricardo, Enrique, y él de patrón. Todos se atropellaban para lanzarse a la lancha. Despojáronse de sus capotes y empuñaron los remos. Se sentían como los héroes: ungidos por la fe en su Dios y el poder de sus músculos.

Las cortantes palas esperaban, impacientes, hundirse en las entrañas de ese traicionero mar. La señal de la partida fué dada y la pequeña embarcación abandonó la dársena.

Unas tras otra las olas se rompían contra su proa, pero los marineros bogaban sin descanso. El *¡hala, hala!* del patrón los animaba y enardecía. Sus puños acerados imprimían un movimiento rítmico a los remos, y el avance continuaba alejándolos de la dársena. Ya el *¡hala, hala!* iba perdiéndose en la distancia y la embarcación semejaba una gaviota, juguete de las inmensas olas. La gente, que desde el muelle presenciaba anhelante la aventura, no pronunciaba palabra. El temor y la duda trocáranse en pesado silencio.

Las amaras de *El Audaz* iban perdiendo, poco a poco, su consistencia, y las filásticas gemían al desgarrarse. Pronto el barquichuelo marcharía al garete e iría a estrellarse contra los escollos. Los marineros bogaban más apurados: ya no había ritmo en sus paladas; el corazón se imponía y los brazos se desplazaban con nerviosismo.

Poca distancia los separaba; ya ni el plañir del tripulante ni la voz animosa del patrón resonaban entre las ráfagas del vendaval. Unas bogadas más y llegarían. Ahora tan sólo un cabo sostenía a la nave y a él se agarró, por fin, el viejo patrón, encaramándose hasta la cubierta. De inmediato lanzó un nuevo cabo que fué recogido por sus compañeros, y dió la orden de bogar hacia estribor. Con este nuevo refuerzo, y en posición más favorable, el barco no era tan azotado.

El viento, como asombrado por la temeridad de esos hombres, iba amainando. Las olas, resignadas a perder su bocado, al retirarse castigábanle aún con violencia.

El ancla del pesquero fué levada y la lancha, enorgullecida, arrastraba la pesada mole.

En el muelle, las gentes, alborozadas, aclamaban a los marineros. *El Audaz* dejábase arrastrar mansamente, y con lentitud se aproximaba a tierra.

Cuando todo hacía entrever un feliz desenlace; cuando por todas partes resonaban víctores de alegría ante la llegada; cuando dábanse gracias al Señor por el afortunado arribo, apareció en la cubierta el viejo lobo de mar sosteniendo entre sus nervudos brazos el cuerpo yerto del atribulado tripulante de *El Audaz*.

¡El miedo lo había matado!

* * *

La tarde iba declinando y la luna emergía de entre las montañas. Un rojo oscuro daba color a la tragedia. Horas después, cuando la noche se enseñoreó del pequeño puerto, vióse a las mujeres, con velas encendidas, encaminarse, silenciosas y afligidas, hacia la pequeña capilla. Iban a llevar sus oraciones y a pedir por la salvación del alma del infortunado marinero.

Entretanto, en una humilde casucha, sentado al pie del hogar, el viejo *Altruán* relataba a sus nietos la desgracia de aquella tarde.

La campana, tocando ánimas, cortó sus palabras, y un postrer amén entrecerró sus cansados párpados.



Almafuerte,

UNA FACETA CASI

El pincel antes que la pluma

MUY pocos son los que conocen a Almafuerte en su condición de dibujante. Sus biógrafos, no pudiendo eludir este aspecto de la personalidad del poeta, hacen mención de él en pocas palabras, sin darle importancia. No obstante, el autor del "Misionero" sabía trocar la escritura en dibujo cuando sentía impulsos de ello, y lo hacía con el acierto de un gran artista.

El mundo pierde un pintor y gana un poeta

Es curioso saber que las "Milongas Clásicas" y las famosas "Evangélicas" deben su existencia a una casualidad, pues en su infancia Pedro B. Palacios aprendió a manejar el pincel antes que la pluma, y jamás hubiera pensado cambiarlo por ésta, si las circunstancias no le hubiesen deparado un desengaño.

A los 19 años se presentó ante el Congreso Nacional pidiendo una beca para ir a Florencia a perfeccionarse en el arte pictórico. Junto con su solicitud entregó también algunas telas, de las que el diputado Lucio Vicente López dijera que honrarían a un artista de fama. Y mientras el despacho se resolvía favorablemente en la comisión de la Cámara, algunos diputados atacaron esa decisión diciendo que se trataba de "un menor" y además de un "chileno".

El futuro poeta de "La Sombra de la Patria", profundamente ofendido en su sentido patriótico, presentóse con su fe de bautismo extendida en la iglesia de Morón, pero al mismo tiempo retiró su solicitud sin aceptar la sanción de la Cámara de Diputados, que "llevaba el sello de un sometimiento de la altivez ciudadana", pues, según él lo entendía, el arte no tiene patria ni conoce límites.

Fué ésta su primera protesta contra la burocracia y la incomprensión de sus contemporáneos, que él mismo expresara en su "Pobre Teresa" en estos términos:

¿Quién se ocupa, ni se fía
de medrar con el pincel
si la sociedad cruel
se mofa de esa manía;
si al pensamiento fecundo,
al estudio y al desvelo,
una sonrisa de hielo
sólo concede el mundo...?

Su mejor amigo, don Francisco Cruz, que iba con él y con Ameghino formara el soberbio trío de los maestros mercedinos, supo mejor que nadie apreciar la fuerza de su paleta. Al hacer la descripción de una tela pintada por Almafuerte en sus años juveniles, dice: "Había pintado un mar agitado y oscuro; sus olas

"Nocturno" se llama este sutil dibujo de Almafuerte; a la derecha del dibujo pueden observarse unos versos borrados por el autor.

dibujante . . .

DESCONOCIDA DE LA PERSONALIDAD DE PEDRO B. PALACIOS



El cronista de LEOPLÁN recoge anécdotas de la vida íntima del poeta-dibujante, de labios de su ahijado y discípulo don Domingo Gismano.

Por Tibor Sekelj

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

La hermosa "Cabeza de viejo", verdadera obra maestra que presentamos aquí como primicia, fué regalada por su autor al señor Bautista Olivera con esta sencilla palabra: "Llevátelo".

hirvientes, rompíanse en un lejano peñón, en cuya cumbre aparecía la cruz de Cristo bañada de espuma, levemente sonrosada al beso del albor de un nuevo día". Y al comentar el gesto que el joven artista tuvo ante la Cámara, dijo: "Esa fué su primera protesta airada en la cual el mundo del arte pictórico perdió un genio; pero la patria ganó en cambio al misionero de la escuela rural y la América latina al poeta filósofo".

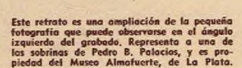
El maestro y su alumno

Desde que vió desvanecerse sus esperanzas de perfeccionarse en el arte del color, vertió en las letras su genio inquieto. Pero ¿abandonaba por completo sus ambiciones juveniles? ¿Desaparecía, como por arte de magia, el pintor Pedro B. Palacios?

En busca de respuesta a estas preguntas entrevistamos al señor Domingo Gismano, ahijado del poeta, el que más tiempo convivió con él. Escuchémoslo:

—En realidad, don Pedro nunca abandonó completamente el arte pictórico. Dibujaba cuando sentía necesidad de ello. Porque el maestro era todo impulso, sin normas que sujetaran su intuición.





Este retrato es una ampliación de la pequeña fotografía que puede observarse en el ángulo izquierdo del grabado. Representa a una de las sobrinas de Pedro B. Palacios, y es propiedad del Museo Almafuerte, de La Plata.



Este autorretrato de Almafuerte —al parecer una xilografía—, de líneas audaces y seguras, es muy conocido, aunque no muchos saben que es obra del poeta.

—¿Tuvo algún maestro?

—No. Era autodidacto en eso como en todo. Pero, en cambio, también enseñaba dibujo a sus alumnos. Recuerdo cierta época en que éramos unos quince muchachos que pasábamos el día junto a él y nos dedicaba todo su tiempo enseñándonos a cada uno lo que nos interesaba más. Tres o cuatro de nosotros teníamos interés por el dibujo, y todos los días nos hacía dibujar y nos corregía con mucha paciencia. Todavía hoy, lejos de aquellos días, podría reproducir aquellas cabezas que él me ha enseñado a dibujar.

—¿Obtuvo alguna vez ganancia material con sus dibujos?

—Muy poca. Casi siempre regalaba sus trabajos al primero que venía, o, si no le gustaban, los rompía o los dejaba sin terminar Sin embargo, algunas veces mandaba a "Caras y Caretas" poesías con ilustraciones.

—¿Y se los pagaban aparte?

—Llegaban giros que a veces excedían a cualquier honorario. En realidad no se puede decir que le pagaban los trabajos: más bien subvencionaban al poeta. Así hacía también "La Nación". De este diario le mandaban 300 ó 400 pesos por un soneto y le hubieran mandado más también, pero sabían que él era el que menos se beneficiaba con el dinero: todo lo repartía generosamente, muchas veces el mismo día, sin preguntar quién era el necesitado ni de dónde venía.

Esa generosidad le deparó situaciones sumamente apremiantes más de una vez en la vida. Así le sucedía cuando en el año 1894 lo nombraron maestro en Trenque Lauquen, pueblo de la provincia de Buenos Aires, adonde llegó sin un centavo en el bolsillo, sin crédito ni amigos que le pudieran ayudar. Escribió entonces una carta a su amigo Francisco Cruz, fechada en Trenque Lauquen, el 12 de abril de 1894, en la que después de contarle todas las peripecias por las que atravesaba, le dice así:

"...Hazme el favor de ver al caballero ese que me encargó el retrato de su señora madre y participale mi odisea. Dile que si me facilita doscientos pesos habrá salvado al poeta, que yo se los pagaré con el retrato ese y con todos los que quiera para él y sus relaciones. Háblale con elocuencia, que lo perentorísimo del caso requiere, etc., etc."

Este párrafo no deja de ser significativo, pues revela que el poeta también dibujaba retratos, que debían gustar a sus clientes, porque de otro modo no se los hubiesen encargado.

En busca de documentos

El primer documento referente a su actividad pictórica lo encontramos en el Museo Almafuerte, de La Plata, donde el señor Francisco Timpone, incansable y activo secretario de la Agrupación "Bases" —institución que fundó y tiene a su cargo este museo —nos abre de par en par las puertas, vitrinas y ficheros de la institución, instalada en la casa en que vivió y murió el poeta.

Trátase del retrato de una sobrina de Almafuerte. Tiene un metro de alto por 70 centímetros de ancho, y es la ampliación de una pequeña fotografía que se puede observar en un ángulo del cuadro. El trabajo está ejecutado a lápiz color sepia y revela indiscutible conocimiento del oficio, seguridad de mano y una paciencia asombrosa. Está firmado "Almafuerte", que es la firma que usaba en todos sus dibujos.

En el mismo museo encontramos también una reproducción de su "Autorretrato ideal", que parece ser una xilografía. Sorprenden en él las líneas audaces y seguras. Esta obra ha sido reproducida muchas veces, aunque no pocos ignoran que se trata de un autorretrato.

Pero la obra pictórica de Almafuerte que pone de manifiesto indudablemente el más profundo sentido artístico, es la "Cabeza de viejo", cuyo original hallamos en poder del señor Bautista Olivero, antiguo amigo del poeta. El dibujo tiene el tamaño de 30 por 40 centímetros aproximadamente y está ejecutado a pluma en tinta china con rayitas cortas y livianas que, entrelazándose, forman un exquisito juego de blanco y negro. La frente amplia y las cejas abundantes de la cabeza de viejo se parecen mucho a las del autor y es probablemente un trozo de autorretrato inconsciente. La mirada de sus ojos se pierde en la sombra de las cejas; la luenga y blanca barba que se esfuma en el fondo oscuro, da un cierto aire de santo a esa "Cabeza de viejo".

—La trazó —nos cuenta el señor Bautista Olivero —durante una de esas tertulias inolvidables, mientras discutíamos y él nos hacía partícipe de su gran fuerza espiritual. Tenía delante de él un papel, y en tanto hablaba, la pluma en su mano inquieta trabajaba al parecer automáticamente. Tal vez al iniciar el trabajo, él mismo no sabía lo que iba a surgir de él. Fuí yo el primero en expresar mi admiración al ver el dibujo terminado. "¡Llevátelo!", dijo don Pedro tendiéndome el papel.

"Así era Almafuerte. En su casa era peligroso decir: "esto me gusta" o "aquello me agrada", pues su única contestación era: "llévatelo".

La "Cabeza de viejo" a que acabamos de referirnos, la presentamos como primicia hoy a los lectores.

El "Nocturno" es otro dibujo a lápiz, sutil y delicado. Representa a un fraile que ha salido del convento con su violín para buscar inspiración en la noche estrellada. A la derecha del dibujo hay unos versos borrados. Dice el señor Olivero, propietario del original, que Almafuerte lo hizo para "Caras y Caretas". Pero como no fué posible reproducirlo, se lo devolvieron pidiéndole que lo ejecutara a pluma, lo que él cumplió.

Otro retrato ampliado es el de don Ignacio Darío de Irigoyen, ex gobernador de la provincia de Buenos Aires, dibujado por el poeta para que sirviera de modelo a doña Juana A. Olivero, que lo iba a ejecutar en seda y con hilos finísimos, trabajo en el que esa dama perdió la vista.

Por último, son varios los dibujos con que el poeta acompaña sus poesías publicadas en "Caras y Caretas", y cuyo autor quedó desconocido o pasó inadvertido para el público lector. Asimismo debe existir un número apreciable de originales en casas de sus relaciones, cuyo conocimiento pudiera refirmar lo que esta nota pone en evidencia: la personalidad de Almafuerte como dibujante. ❖



ADOLFO MAZZONE

HACE cuatro años que ingresé en la gran familia periodística. Todavía recuerdo el día en que, alentado por el gran Lino Palacio, me presenté en una redacción. ¡Cómo para no acordarme, si fuí rechazado! Es decir, yo no; mis "monos". Cuando salí a la calle comencé a pensar quién tendría razón: si Lino Palacio, que me alentaba, o el director que... Bueno, ¡hay que ver las cosas que me dijo el director! Hasta me hizo un chiste a costa de mis chistes. Pero yo soy muy caprichoso y decidí llevarle la contraria al director. Dicho y hecho: a fuerza de constancia, un día tuvo que admitir "que no lo hacía del todo mal", y así me inicié a su lado. Trabajo me costó adquirir el pulso necesario, tan endurecida tenía la mano por el uso del martillo. Pero de todo esto él no sabe nada.

En cuanto al humorismo, cuando alguien les diga que es cosa fácil, no le crean. No saben ustedes el trabajo que cuesta; como que a veces estoy tentado de volver a empuñar el martillo... Pero no lo haré; no, señor. Además, ya les he dicho que soy muy caprichoso.

Con respecto a mi persona, para qué les voy a decir nada. Eso lo dejo a cargo del fotógrafo y... de la fotografía.

— Pero... ¿es que no puede un hombre sandwich caerse en una boca de tormenta?...

SOMBRAS DE GINEBRA

AQUEL DIA PERDIMOS

OFICIALMENTE se anuncia, desde Inglaterra, que ha muerto en Bruselas el jurisconsulto belga Henri La Fontaine. Es una más de las sombras ginebrinas, desaparecidas durante esta etapa prolongada, que ha hundido en el silencio tantas figuras cuyos nombres y actuaciones sonaban mucho en los oídos del mundo, durante la época brillante de la Liga de Naciones.

El señor La Fontaine era una figura popularísima, en Ginebra y entre los asiduos de la Liga. Durante algún tiempo representó a su país en la Asamblea, y pasó a la atención pública, tanto histórica como anecdóticamente.



El antiguo palacio de la Liga de Naciones, en una de cuyas salas ocurrió el episodio que dió lugar a que míster Drummond pusiera de patitas en la calle a los miembros de la Unión Parlamentaria.

En lo primero, por sus acertadas intervenciones de jurisperito sutil, amable y sereno; en lo segundo, porque aquel mundillo de Ginebra, que se pasaba la vida reunido, ya en los comités o asambleas, ya en los banquetes, fiestas y agasajos de las delegaciones diplomáticas, se perecía por la pequeña historia de dichos, chistes y *mots d'esprit*, unas veces con gracia otras con ensañamiento.

En aquellos primeros años de la Liga de Naciones, Bélgica era el airón romántico de la pasada guerra. Había tomado mucho más en serio que nadie su papel, y con su delegación, compuesta por los señores La Fontaine, Poulet y Legrand, intervenía sin descanso en todo. Había elevado a la categoría de realidad aquella ilusión de que no existían diferencias entre grandes y pequeñas naciones dentro de la Liga...

Por estar tanto en primera línea, la delegación belga se ganó el "dicho", al que difícilmente se sustraían grupos y personas, y circulaba la siguiente definición de aquel trío oficial, tan inteligente, ardoroso y patriótico: *Legrand, trés petit; Poulliet, immangeable; La Fontaine, intarissable.*

El señor La Fontaine, siempre sonriente, no desmentía el boceto.

Su físico era entonces algo distinto del que ofrecen sus últimas fotografías; llevaba el blanco cabello, largo, casi melenudo; y sus bigotes a la gala, eran muy tupidos y con enormes guías.

Le encontramos y tratamos también mucho, en su delegación a la Unión Interparlamentaria, a la que prestaba su preciosa aportación, casi siempre agradable a todos.

Porque, en tanto que el griego señor Politis, otra de las sombras de Ginebra últimamente desaparecida, era incisivo, y a veces un poco cruel, M. de La Fontaine era apacible, conciliador y galano. Circunstancias estas tan apreciables para la Unión Parlamentaria, que no vacilaba en utilizarle como pararrayos en los momentos borrascosos.

Uno de ellos se presentó en septiembre de 1932. Celebraba la Unión su asamblea anual, a la que asistía yo como miembro de la delegación parlamentaria española.

Las reuniones tenían lugar en una de las salas del palacio antiguo de la Liga, que con gesto magnificente nos había permitido utilizar, a los diputados y senadores de todos los países congregados en la Unión, el secretario general de la Sociedad de Naciones y administrador nato del edificio, Míster Drummond.

Y ocurrió entonces que el senador socialista francés M. Renaudel — otra sombra más, que perseguía con verdadera saña a la delegación italiana, presidida por el conde de San Martino, aprovechó la primera oportunidad para promover contra los fascistas un terremoto.

Para ello, finalizando ya su intervención en un aspecto atañedero al reglamento de discusión, Renaudel, tomando aliento, nos lanzó una traca final, en su rapidísimo y elegante francés parisiense, una verdadera *boutade* contra los parlamentarios fascistas, atacando su representación no popular.

Presidía en aquel momento la Asamblea un diputado inglés, M. Murphy creo, que, con su clásico *spleen* nativo hacia las lenguas extrañas, no pudo captar a tiempo la tormenta que se nos venía encima, y no intervino con esa agilidad y eficacia que tanto puede distinguir a veces a un presidente.

Difícil es reflejar el barullo que allí se produjo. Como a mí me correspondía suceder en la tribuna al señor Renaudel en aquel crítico momento, y estaba ya tras de él, presta a avanzar en la plataforma, tuve sitio de preferencia para disfrutar de aquella escena, de vivos colores por la plasticidad un tanto cómica y confusa que motivó.

Gritaba el senador italiano conde de San Martino, con un aire de prestancia digna de arenga a las muchedumbres; inquiría en vano el presidente lo ocurrido; se precipitaba a estrados como un salvador el señor La Fontaine, animado de su mejor espíritu conciliador; sonreía mefistofélico Renaudel e intentaban los otros, en vano, por el tumulto, que yo, con el gesto ingenuo de "aquí no ha pasado nada", iniciase mi intervención para ver si se acallaba el escándalo, que era como el de una sesión de lujo en las cámaras francesa o española.

En tanto, se iban agolpando a la puerta todos los asistentes a otras reuniones, ávidos de saber por sus propios ojos cómo escandalizaban los diputados de todos los países reunidos.

La verdad es que el grupo que formábamos en el estrado el presidente, Renaudel, La Fontaine y yo, se parecía bastante al cuarteto del último acto de Rigoletto.

El presidente y La Fontaine creían cosa fácil obtener de Renaudel una de esas explicaciones parlamentarias de "donde dije digo, digo Diego" que a nada obligan; pero aquel francés, tan parlamentario en su tierra, negóse a serlo allí, y gritaba:

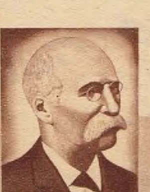
—¡Yo no doy explicaciones a...!

Elevaban aquí todos el tono, con la piadosa intención de que no lo oyera San Martino.

—Me parece que esto no lo arregla ni Merlín — decía melancólico La Fontaine.

—¿Merlín? ¿Qué Merlín? ¿El de la cueva? — inquiría un diputado español.

En una sesión de la Unión Parlamentaria, a la que asistía la autora de esta nota, el señor Renaudel, que aparece en esta fotografía, olvidó su aire parlamentario y la emprendió contra el representante italiano.



Henri La Fontaine, figura popular en la Liga, cuyo espíritu conciliador lo llevaba a utilizarse como pararrayos en los momentos borrascosos.



El conde San Martino. Fué este representante italiano quien enfrentó al delegado francés. El y los demás miembros de su delegación abandonaron la sala.



El delegado griego, Nicolás Politis, de espíritu incisivo y a veces hasta un poco cruel, que contrastaba con La Fontaine, apacible y galano.

EL PARAISO

Por la doctora

CLARA CAMPOAMOR

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Merlin era el senador jefe del grupo parlamentario francés. Hombre encantador y de gran habilidad y luces, al que acataba toda la representación francesa, menos Renaudel aquella mañana.

Por cierto que debía ser un hombre de ideas un tanto fijas, porque a partir de aquel día de batalla campal, uniendo mi nombre, mi raza y mi presencia a sus reminiscencias literarias, se equivocaba constantemente y solía llamarme Mademoiselle *Campeador*.

No se aquietaron los ánimos, para expresarme de algún modo, hasta que, iracunda, la delegación italiana abandonó el salón y la Unión Interparlamentaria, dejándonos a todos confusos y perplejos.

La cosa no paró ahí, la salida de *enfant* terrible de Renaudel iba a costarle cara a la Unión Interparlamentaria.

Era la hora en que Inglaterra ansiaba contemporizar con Italia, haciéndose ilusiones de futuro, y míster Drummond fué implacable. Puso a la Unión de patitas en la calle. Cualquier delicado eufemismo sería vano en esta ocasión. La verdad triste fué ésa. Tuvimos que buscar alojamiento para el día siguiente. En la Liga no podíamos reunirnos mientras no hubiera excusas y armonía, y no surgían unas ni otra. Se impuso el desalojo.

Vanos fueron todos los generosos y abundantes esfuerzos del señor La Fontaine, en aquella ocasión más *intarissable* que nunca. Ni Renaudel se explicó, ni los italianos volvieron, ni nosotros pudimos reunirnos más en el Palacio de la Liga.

Todos los Adanes y las dos Evas parlamentarios que integrábamos en 1932 la Asamblea Internacional de Ginebra, quedamos fuera de aquel paraíso, expulsados por la espada diplomática del arcángel M. Drummond.

Hubimos de trasladarnos, con todos nuestros petates, al único local que el ejecutivo de la conferencia pudo hallar disponible en aquellas circunstancias: la iglesia protestante de María Magdalena, enclavada al otro lado del lago y situada entre tres establecimientos muy conocidos en Ginebra: un mercado, un famoso restaurante y una *boîte*.

No fué pequeño mi asombro, como orador de turno, al ver al día siguiente transformado el templo del derecho internacional en templo sin adjetivo alguno. Aunque los menos mohinos con el cambio éramos los españoles, que coincidimos todos en hacernos la ilusión de evocar las primeras Constituyentes nacionales, las de 1812, celebradas también en una iglesia: la gaditana de San Felipe de Neri.

Y hasta nos distribuimos los personajes. Recuerdo al diputado catalán Juan Estelrich, rollizo, jocundo, con aire de abate, a quien le distribuimos el de Muñoz Torrero, al que no se parecía en nada. Como yo no tenía eco en las cortes de 1812, alguno me sugirió a la infanta doña Carlota, que si no estuvo dentro de aquéllas, las enredó desde fuera de lo lindo; pero había aquello posterior de la bofetada...

Nunca asistí a reuniones de tipo más singular que aquellas lóbregas de la oscura iglesia, en la que podía esperarse de un momento a otro ver surgir la imagen de Calvino, irritada contra las inocentes bromas de Serrano Batanero, para arrojarnos también del templo.

No fué así. Terminamos en paz las deliberaciones, sin más novedad que aquella petulante facundia de nuestro compañero que, fingiendo equivocarse, interrumpía a veces:

—Porque *monseñor* La Fontaine..., perdón, monsieur La Fontaine...

Al año siguiente nos reunimos ya en un palacete privado cedido al efecto.

Como quedaban aún en la Interparlamentaria diputados alemanes, pues que entonces no existía el Eje, el señor La Fontaine fué el presidente obligado, que, secundado en mucho por Merlin, evitó ya nuevas tormentas.

Tanto se hermanaron ambos, que hasta La Fontaine acabó por contagiarse, y en el banquete de clausura, al dirigir un galante saludo a la minoría femenina parlamentaria internacional, saludaba a mi colega (una polaca, a quien por llevar con frecuencia un traje rojo llamaba alguno la Kollontai), y a su dilecta amiga, a la que estuvo a punto de llamar "la diputada española mademoiselle Campeador". ❖



Míster Drummond, secretario general de la Sociedad de las Naciones, fué implacable: puso a la Unión de patitas en la calle.



Un aspecto parcial de la ciudad de Ginebra, sede de la Liga, donde se desarrollaron los sucesos que se relatan en esta nota. En primer plano, el puente del Mont Blanc, que se tiende sobre las aguas del lago Lemán.

El crimen de SILVESTRE BONNARD

Miembro del Instituto

TEXTO INTEGRO de la famosa novela de
ANATOLE FRANCE
Traducida especialmente para "Leoplán"
por Valentín de Pedro

TAPA E ILUSTRACION DE RAUL VALENCIA

PRIMERA PARTE

El leño

24 de diciembre de 1861.

Me había calzado las babuchas y me puse la bata. Enjugué una lágrima, con la que el cierzo que soplaba sobre el muelle había oscurecido mi vista. Un claro fuego ardía en la chimenea de mi gabinete de trabajo. Láminas de hielo, en forma de hojas de helecho, florecían los vidrios de la ventana y me ocultaban el Sena, sus puentes y el Louvre de los Valois.

Aproximé al hogar mi butaca y mi mesa portátil, y ocupé junto al fuego el sitio que Amílcar se dignó dejarme. Amílcar estaba acostado junto a los morrillos, hecho una bola sobre un cojín de plumas, con la nariz entre las patas. Su rítmica respiración levantaba su piel tupida y ligera. Al acercarme, entreabrió lentamente las pupilas de ágata entre sus párpados entornados, que volvió a cerrar en seguida, pensando: "no es nada, es mi amigo".

—¡Amílcar — le dije estirando las piernas —, Amílcar, príncipe soñoliento de la ciudad de los libros, guardián nocturno, tú defiendes contra los viles roedores los manuscritos y los impresos, que el viejo sabio ha adquirido al precio de un módico peculio y de un celo infatigable! ¡En esta biblioteca silenciosa, que protege tus virtudes militares, duermes, Amílcar, con la molicie de una sultana! Pues reúnes en tu persona el formidable aspecto de un guerrero tártaro y la gracia indolente de una mujer oriental. Heroico y voluptuoso Amílcar, duerme, mientras esperas la hora en que los ratones bailarán al claro de la luna ante las *Acta sanctorum* de los doctos Bolandistas.

El principio de aquel discurso le gustó a Amílcar, que lo acompañó con un ruido de su garganta, semejante al canto de una olla que hierve. Pero mi voz se había elevado y Amílcar me advirtió, agachando las orejas y plegando la piel rayada de su frente, que resultaba de muy mal gusto el declamar así. Sin duda reflexionaba:

—Este hombre de los libros habla para no decir nada, mientras que nuestra ama de llaves no pronuncia jamás sino palabras llenas de sentido, llenas de cosas, conteniendo ya sea el anuncio de una comida, ya la promesa de una azotaina. Se sabe lo que dice; pero este viejo no hace más que acumular sonidos que no significan nada.

Así pensaba Amílcar. Dejándole entregado a sus meditaciones, abrí un libro que me puse a leer con interés, pues se trataba de un catálogo de manuscritos. No conozco una lectura más fácil, más atrayente, ni más dulce que la de un catálogo. El que yo leía, redactado en 1824 por M. Thompson, bibliotecario de sir Thomas Raleigh, pecaba, es cierto, por un exceso de brevedad y no presentaba esa gran exactitud que los archiveros de mi generación habían introducido, los primeros, en las obras de diplomacia y de paleografía. Dejaba mucho que desear y que adivinar. Quizá por esto experimenté, leyéndolo, un sentimiento que, tratándose de una naturaleza más imaginativa que la mía, merecería el nombre de ensueño.

Me abandonaba dulcemente a la vaguedad de mis pensamientos, cuando mi ama de llaves me anunció, con un tono desabrido, que el señor Coccoz quería hablarme.

Alguien, en efecto, se deslizaba detrás de ella en la biblioteca. Se trataba de un hombrecillo, un pobre hombrecillo, de rostro consumido, que vestía una escasa chaqueta. Avanzaba hacia mí haciendo numerosos saludos y dirigiéndome multitud de sonrisas. Estaba muy pálido y, aunque joven y vivaz todavía, se dijera enfermo. Al verle, no pude evitarme de pensar en una ardilla herida. Llevaba debajo del brazo un paquete de tela verde que dejó sobre una silla. Después, desatando las cuatro puntas de la tela, dejó al descubierto un montón de libritos amarillos.

—Señor — me dijo entonces —, no tengo el honor de que usted me conozca. Soy corredor de librería, señor. Corro la plaza por las principales casas de la capital, y con la esperanza de que usted se digne honrarme con su confianza, me tomo la libertad de ofrecerle algunas novedades.

¡Dios de bondad! ¡Justo Dios! ¡Qué novedades me ofreció el homúnculo Coccoz! El primer volumen que me puso en las manos



fué la "Historia de la Torre de Nesle", con los amores de Margarita de Borgoña y el capitán Buridán.

—Es un libro histórico — me dijo sonriendo —. Un libro de historia verdadera.

—En ese caso — le respondí — será muy aburrido, ya que los libros de historia que no mienten son todos insoportables. Yo mismo he escrito historias verídicas, y si por su desgracia fuera usted presentando alguno de ellos de puerta en puerta, correría el riesgo de guardarlo toda la vida en su pañuelo, sin encontrar jamás una cocinera lo bastante mal aconsejada para comprárselo.

—Seguramente, señor — me respondió el hombrecillo por pura complacencia; y, sin dejar de sonreír, me ofreció los *Amores de Eloísa y Abelardo;* pero le hice comprender que a mi edad no iba a saber qué hacer de una historia de amor.

Sonriendo siempre me propuso una *Regla de Juegos de Sociedad*, juegos de baraja, dominó, damas y ajedrez.

—¡Ay! — le dije —. Si quiere usted recordarme las reglas del dominó, devuélvame a mi viejo amigo Bignan, con el que jugaba yo todas las noches antes de que las cinco academias le hubiesen conducido solemnemente al cementerio; o mejor todavía, procure usted hacer descender hasta la frivolidad de los juegos humanos la grave inteligencia de Amílcar, que puede usted ver dormido sobre ese cojín y que es hoy día el único compañero de mis veladas.

La sonrisa del hombrecillo se tornó vaga y azorada.

—Aquí tiene usted — me dijo — una nueva colección de pasatiempos de sociedad, juegos de manos, chistes, con la fórmula para cambiar una rosa roja en una rosa blanca.

Yo le dije que hacía ya tiempo que estaba enemistado con las rosas y que, en cuanto a los chistes, me bastaba con los que me permitía, sin saberlo a veces, deslizar en mis trabajos científicos.

El homúnculo me ofreció su último libro con su última sonrisa, diciéndome:

—Aquí tiene usted *La clave de los sueños*, con la explicación de todo lo que usted pueda soñar: sueño de oro, sueño de ladrón, sueño de muerte, sueño de una caída desde lo alto de una torre... ¡Está muy completo!

Yo había agarrado las tenazas, y agitándolas vivamente, respondí a mi visitante comercial:

—Sí, amigo mío; pero esos sueños y otros mil más, alegres y trágicos, se resumen en uno solo: el sueño de la vida. ¿Acaso su librito amarillo podría darme la clave de semejante sueño?

—Sí, señor — me respondió el homúnculo —. Es un libro muy completo y nada caro. Cuesta sólo un franco y veinticinco céntimos, señor.

No quise prolongar más mi conversación con el vendedor ambulante. No me atrevería a asegurar que mis palabras hayan sido exactamente las que pronuncié. Es posible que las haya ampliado un poco al escribirlas. Es muy difícil conservar, ni siquiera en un diario, la verdad literal. Pero si no fué así mi discurso, así fué mi pensamiento.

Llamé a mi criada, pues no tengo campanilla en mi habitación.

—Teresa — le dije —, el señor Coccoz, al que ruego acompañe usted, tiene un libro que puede interesarle: es la *Clave de los sueños*. Tendría mucho gusto en ofrecérselo.

Mi criada me respondió:

—Señor, cuando no se tiene tiempo para soñar despierta, tampoco se tiene para soñar dormida, gracias a Dios. Mis días son suficientes para mi trabajo y mi trabajo es suficiente para mis días; así puedo decir todas las noches: "Señor, bendecid el descanso que voy a tomarme". No sueño ni levantada ni acostada, y no tomo a mi edredón por el diablo, como le ocurrió a mi prima. Y si me permite usted que le dé mi opinión, le diré que tenemos ya bastantes libros aquí. Mi señor tiene miles, que le hacen perder la cabeza, y a mí me sobra con los dos que tengo: mi libro de misa y mi *Cocinera Burguesa.*

Y hablando así, mi criada ayudó al hombrecillo a guardar su pacotilla en la tela verde.

El homúnculo Coccoz ya no sonreía. Sus rasgos tomaron semejante expresión de sufrimiento que lamenté haber hecho burla de aquel hombre tan desgraciado. Le llamé y le dije que recordaba haber atisbado de reojo la *Historia de Estela y Nemorín*, y que como me interesaban mucho los pastores y las pastoras, le compraría con mucho gusto a un precio razonable la historia de aquellos dos amantes perfectos.

—Le venderé a usted ese libro en un franco veinticinco — me respondió Coccoz con el rostro resplandeciente de júbilo —. Es histórico y le gustará a usted mucho. Ahora ya sé lo que le interesa. Veo que es usted un buen conocedor. Mañana le traeré *Los crímenes de los Papas*. Es una obra magnífica. Le traeré a usted la edición de lujo con láminas en colores.

Le rogué que no se molestara y se marchó muy contento. En cuanto la tela verde se hubo desvanecido, junto con el vendedor ambulante, en la sombra del corredor, pregunté a mi criada de dónde nos había caído aquel desdichado.

—Caído, esa es la palabra — me respondió —. Nos ha caído del tejado, señor, donde vive con su mujer.

—¿Dice usted que tiene mujer, Teresa? ¡Pero esto es maravilloso! Las mujeres son unas criaturas muy extrañas. Será una mujercita insignificante.

—Yo no sé exactamente lo que es — me respondió Teresa —, pero me la encuentro todas las mañanas arrastrando por la escalera trajes de seda manchados de grasa. Tiene unos ojos muy relucientes. Y a decir verdad, ¿esos ojos y esos trajes corresponden a una mujer a la que se ha recibido por caridad? Porque les han dejado en el desván mientras reparan el tejado, en consideración a que el marido está enfermo y la mujer embarazada. La portera me ha dicho que esta mañana ha sentido los dolores y que está en cama a estas horas. ¡Qué necesidad tenían de un niño!

—Teresa — le respondí —, no tenían ninguna necesidad. Pero la naturaleza quería que lo tuviesen y los ha hecho caer en su trampa. Es preciso una prudencia ejemplar para defenderse de los engaños de la naturaleza. Compadezcámosles y no los censuremos. En cuanto a los trajes de seda, no hay una mujer a la que no le gusten. A las hijas de Eva les encanta adornarse. Usted misma, Teresa, que es tan prudente y tan sensata, ¡las voces que da cuando le falta un delantal blanco para servir a la mesa! Pero, dígame usted, ¿tienen lo necesario en su desván?

—¿Cómo quiere usted que lo tengan, señor? El marido, a quien acaba usted de ver, era corredor de joyería, según me ha dicho la portera, y no se sabe por qué ya no vende relojes. Ahora vende almanaques. Ese no es un oficio decente y no podré creer jamás que Dios bendiga a un vendedor de almanaques. La mujer, aquí entre nosotros, me parece que debe ser una inutilidad, una "aquí me las den todas". La creo tan capaz de criar a un niño, como yo de tocar la guitarra. Nadie sabe de dónde han salido, pero tengo la seguridad de que han llegado, en el coche de la miseria, del país de la desaprensión.

—Vengan de donde vengan, Teresa, son unos desgraciados, y su desván debe estar helado.

—¡Desde luego! El techo se ha hundido por varios sitios y la lluvia del cielo se cuela por él a chorros. No tienen ni muebles ni ropas. ¡Y me parece a mí que ni el ebanista ni el tejedor trabajan para los cristianos de esa cofradía!

—Todo eso es muy triste, Teresa, y ahí tenemos a una cristiana peor atendida que este pagano de Amílcar. ¿Y ella, qué dice?

—Yo no hablo nunca con gente de esa calaña. No sé ni lo que dice ni lo que canta. Pero se pasa todo el día cantando. La oigo desde la escalera, cuando entro y cuando salgo.

—¡Bueno! El heredero de los Coccoz podrá decir como el huevo de la adivinanza lugareña: "mi madre me ha hecho cantando". Una cosa parecida le sucedió a Enrique IV. Cuando Juana de Albret sintió los dolores del parto se puso a cantar una antigua tonada bearnesa:

Notre dame du bout du pont,
Venez en mon aide en cette heure!
Priez le Dieu du ciel
Qu'il me délivre vite,
Qu'il me donne un garçon!

(Nuestra señora del final del puente,
¡Venid en mi ayuda en esta hora!
Rogad al Dios del cielo
Que me libre pronto.
¡Que me dé un varón!)

"Es evidentemente absurdo dar la vida a seres desgraciados. Pero es una cosa que se hace todos los días, mi buena Teresa; y entre todos los filósofos del mundo no lograrán reformar esa costumbre tan idiota. La señora de Coccoz la ha seguido y canta. ¡Eso está bien! Dígame, Teresa, ¿ha puesto usted hoy puchero?

—Sí, señor, lo he puesto y ya es hora de que vaya a espumarlo.

—Muy bien, Teresa. Pues no deje usted de sacar de la olla un buen tazón de caldo y subírselo a la señora de Coccoz, nuestra hipervecina.

Mi sirvienta iba ya a retirarse cuando añadí muy oportunamente:

—¡Ah, Teresa! Antes que nada, haga el favor de llamar a su amigo el mandadero y le dice usted que coja de nuestra leñera una buena carga de leña y que la suba al desván de los Coccoz. Y sobre todo, le encarga usted muy especialmente que no deje de poner en el montón un tronco bien gordo, un verdadero leño de Navidad. En cuanto al homúnculo, le pido a usted por favor que si vuelve le ponga en la puerta con mucha cortesía. A él y a todos sus libros encuadernados en amarillo.

Y después de haber tomado estas menudas determinaciones, con el refinado egoísmo de un viejo solterón, me puse de nuevo a leer mi catálogo.

¡Con qué sorpresa, con qué emoción, con qué turbación, vi esta nota que no puedo transcribir sin que mi mano tiemble!:

"La leyenda dorada de Jacobo de Génova (Jacobo de Voragine). Traducción francesa en 4º menor."

"Este manuscrito del siglo XIV contiene, además de la traducción, bastante completa, de la célebre obra de Jacobo de Voragine: 1º Las leyendas de los santos Ferreol, Ferrucio, Germán, Vicente y Droctoveo. 2º Un poema acerca de la *Milagrosa sepultura del señor San Germán de Auxerre*. Esta traducción, estas leyendas y este poema son debidos al erudito Juan Toutmouillé. El manuscrito está en Vitela. Contiene un gran número de mayúsculas ornamentadas y dos miniaturas primorosamente ejecutadas, pero en muy mal estado de conservación: una representa la Purificación de la Virgen y la otra la coronación de Proserpina."

¡Qué descubrimiento! El sudor me inundó la frente y un velo cubrió mis ojos. Temblé. Enrojecí. Y, no pudiendo hablar, experimenté la necesidad de lanzar un grito.

¡Qué tesoro! Hacía cuarenta años que estaba estudiando la Galia cristiana y especialmente aquella abadía gloriosa de Saint-Ger-



Diccionarios
MODERNOS, PRACTICOS Y ECONOMICOS
Insuperables ventajas ofrece cada uno de los Diccionarios de esta modernísima serie, REDACTADOS, IMPRESOS Y PUBLICADOS EN LA ARGENTINA, y orgullo de su industria editora. Poseen un valioso léxico aumentado con numerosos neologismos y americanismos, y registran, además, las novísimas voces técnicas derivadas de los más recientes acontecimientos, y que no figuran en ningún otro diccionario.
VASTUS Diccionario Enciclopédico Ilustrado de la Lengua Castellana
Obra modernísima, basada en la última edición del diccionario de la Academia Española, ampliada con numerosos americanismos, neologismos y tecnicismos. Su información enciclopédica es amplia y universal. Incluye 270.000 acepciones, 5.000 grabados y un magnífico Atlas de 62 páginas a todo color. 1.608 páginas. Tam. 15 ½ X 12 ½ ctms. Precio del ejemplar, $ 3.50
MAGNUS Diccionario Ilustrado de la Lengua Castellana
Obra completamente al día, en cuyo nutrido y rico léxico se consignan y definen con rigurosa precisión todos los vocablos que la evolución política, social, literaria, económica, industrial y científica ha hecho surgir en estos últimos tiempos. 140.000 acepciones: Ilustrado con más de 1.000 grabados, 800 páginas. Tamaño 12 ½ X 15 ½ centímetros. Encuadernado en tela. El ejemplar .... $ 2.-
BREVIS Diccionario Práctico Castellano
Contiene 50.000 acepciones para el perfecto dominio del idioma, entre las que figuran numerosos americanismos y neologismos. El Brevis es un diccionario de 512 páginas, y resulta un elemento de fácil consulta. Encuadern. en tela. Tam: 13X9. Precio del ejemplar, $ 1.-
TRAMES Diccionario de la Lengua Castellana
Puesto al día con las voces técnicas novísimas, y presentado en un atrayente volumen de 1.056 páginas, el Trames contiene un seleccionado y valioso caudal de voces sólo hallable en grandes diccionarios. Registra 100.000 acepciones. Su tamaño es de 7 ½ X 10 centímetros; encuadernado en tela. Precio del ejemplar, $ 1.40
PARVUS Pequeño Diccionario Castellano
Registra el Parvus en su reducido tamaño todas las voces usuales, y contiene también los americanismos y neologismos más corrientes. Constituye un medio sumamente económico de provechosa consulta. Está impreso en letra clara y legible, y consta de 384 páginas, con un total de 18.000 acepciones. Tamaño 9 ½ X 7 centímetros. Tapa flexible. Precio.... $ 0.45
BARCIA Sinónimos Castellanos
Contiene 5.000 acepciones explicadas, y sirve de magnífica orientación y guía para el mejor empleo del idioma. Facilita la manera de construir frases, y enseña las analogías y diferencias de las voces y su adecuado uso. 560 págs. Tamaño 22 ½ X 15 ctms. En cartoné, $ 4.50
Encuadernado en tela.......... $ 6.50
GRATES Diccionario de Sinónimos Castellanos
El Grates facilita de inmediato la búsqueda de la palabra adecuada o del concepto preciso, y elimina el problema, tan frecuente, de no hallar el vocablo exacto para la total y feliz expresión de una idea. 120.000 acepciones. 256 págs. Tam. 22 ½ X 15 ctms. Cartoné, $ 2.50
PARVUS BILINGÜES
Los más completos en su tamaño. Contienen considerable cantidad de vocablos y acepciones, y constituyen un medio útil y económico de consulta.
Inglés - Castellano / Castellano - Portugués
Castellano - Inglés / Italiano - Castellano
Francés - Castellano / Castellano - Italiano
Castellano - Francés / Alemán - Castellano
Portugués - Castellano / Castellano - Alemán
384 páginas. Tamaño 9 ½ X 7 centímetros. Encuadernación flexible. Precio del ejemplar..... $ 0.70
PARVUS DUPLEX
Sumamente prácticos, ya que contienen en un tomo las equivalencias del castellano a otro idioma y viceversa.
Portugués - Castellano y Castellano - Portugués
Italiano - Castellano y Castellano - Italiano
Francés - Castellano y Castellano - Francés
Alemán - Castellano y Castellano - Alemán
Latino - Castellano y Castellano - Latino
Inglés - Castellano y Castellano - Inglés
768 páginas. Tamaño 10 X 9 centímetros. Encuadernados en tela. Precio cada uno.......... $ 2.-
BREVIS BILINGÜES
Diccionarios manuales y de fácil consulta, que presentan en sus respectivos idiomas todas las excelentes características de seleccionado léxico y esmerada presentación de la serie a que pertenecen. 512 páginas.
Francés - Castellano / Castellano - Francés
Inglés - Castellano / Castellano - Inglés
Italiano - Castellano / Castellano - Italiano
Encuadernados en tela. Tamaño 13 X 9 centímetros. Precio de cada ejemplar.......... $ 1.40
BREVIS DUPLEX
Modernos y prácticos, ofrecen nutrido y seleccionado léxico y llenan las exigencias de quien necesite consultarlos Contienen en un solo tomo las equivalencias del castellano a otro idioma y viceversa. 1.024 páginas.
Francés - Castellano y Castellano - Francés
Italiano - Castellano y Castellano - Italiano
Inglés - Castellano y Castellano - Inglés
Encuadernados en tela. Tamaño 13 X 9 centímetros. Precio de cada uno.......... $ 3.-
PENALVER Diccionario de la Rima
Esta famosa obra es un catálogo sistemático de voces y contiene el vocabulario rimado más completo. Resuelve toda duda, ya se trate de la creación poética, o de la búsqueda informativa o didáctica. 256 páginas. Tamaño 22 ½ X 15 centímetros. Enc. cartoné, $ 2.50
BENOT Diccionario de Ideas Afines
Compuesto bajo la dirección de Eduardo Benot, de la Academia Española. La finalidad de su léxico especial es: "Dada una idea, encontrar las palabras que la expresen". Contiene completos vocabularios de Ciencias, Artes, Oficios, Profesiones, etc. 1.420 páginas. Encuadernado en tela. Tamaño 22 ½ X 15 centímetros. Precio .... $ 12.-
PIDALOS A SU LIBRERO O A LA
EDITORIAL SOPENA ARGENTINA
ESMERALDA 116 - Bs. Aires - U. T. 33-0063
Adjunto $ ..... para que me remitan los diccionarios marcados con una X.
Nombre..........
Dirección..........
Localidad.......... L. 221
Nota. — Agregar para flete 20 centavos por un tomo, y 10 centavos por cada tomo más.

main-des-Pres, de donde salieron los reyes monjes que fundaron nuestra monarquía nacional. Y aun a pesar de la culpable insuficiencia de la descripción era evidente para mí que aquel manuscrito procedía de la gran abadía. Todo me lo demostraba: las leyendas añadidas por el traductor, se referían a la piadosa fundación del rey Childeberto. La leyenda de San Droctoveo resultaba particularmente significativa por ser la del primer abad que hubo en Saint-Germain-des-Prés. El poema en verso francés que se refería a la sepultura de San Germán, me recordaba la nave de la venerable basílica que fué el orgullo de la Galia cristiana.

La leyenda dorada constituye una obra extensa y atrayente. Jacobo de Voragine, definidor de la Orden de Santo Domingo y arzobispo de Génova, coleccionó en el siglo XIII las tradiciones que se referían a los santos católicos, formando una recopilación de tal riqueza, que exclamaron en los monasterios y en los castillos: ¡Es la leyenda dorada! *La leyenda dorada* es, sobre todo, muy rica en hagiografía italiana. Las Galias, las Alemanias e Inglaterra ocupan en ella muy poco lugar. Voragine sólo acertaba a vislumbrar a través de una fría niebla a los más famosos santos de Occidente. Por eso los traductores aquitanios, germanos y sajones, se preocuparon de añadir a su relato las vidas de sus santos nacionales.

He leído y coleccionado muchos manuscritos de *La leyenda dorada*. Conozco los que ha descrito mi sabio colega Paulino Paris en su magnífico catálogo de los manuscritos de la biblioteca del rey. Especialmente hay dos que han llamado mi atención. Uno es del siglo XIV y contiene una traducción de Juan Belet; el otro, del siglo XIII, encierra la versión de Jacobo Vignay. Ambos proceden del fondo Colbert y fueron colocados en los estantes de aquella gloriosa Colbertina por el bibliotecario Baluze, cuyo nombre no puedo pronunciar sin quitarme el sombrero, porque en el siglo de los gigantes de la erudición, Baluze asombra por su grandeza. Conozco un códice muy curioso del fondo de Bigot; conozco sesenta y cuatro ediciones impresas, empezando por la venerable abuela de todas, la gótica de Strasbourg, que fué comenzada en 1471 y terminada en 1475. Pero ninguno de esos manuscritos, ninguna de esas ediciones, contenía las leyendas de los santos Ferreol, Ferrucio, Germán, Vicente y Droctoveo; ninguno lleva la firma de Juan Toutmouillé; ninguno procede de la abadía de Saint-Germain-des-Prés. Son todos, en comparación del manuscrito que describe Thompson, lo que la paja es al oro. Veía con mis propios ojos, tocaba con la mano un testimonio innegable de la existencia de aquel documento. Pero, ¿qué había sido de este documento? Sir Thomas Raleigh había ido a terminar su vida a la orilla del lado de Como, llevándose allí con él parte de sus nobles riquezas. ¿Dónde habrían ido a parar después de la muerte de aquel curioso elegante? ¿Dónde habría ido a parar el manuscrito de Juan Toutmouillé?

—¿Por qué, me preguntaba, por qué habré llegado a saber que ese precioso libro existe, si no he de poseerlo ni verlo jamás? Sería capaz de ir a buscarlo hasta el corazón ardiente de Africa o entre los hielos del polo, si supiese que estaba allí. Pero no lo sé, no sé dónde está. No sé si se encuentra guardado en un armario de hierro, bajo triple llave, por un celoso bibliómano; no sé si se enmohece en el desván de un ignorante. Tiemblo ante la idea de que quizá sus hojas arrancadas cubren los tarros de pepinillos en vinagre de alguna buena ama de casa.

30 de agosto de 1862.

Un calor sofocante refrenaba mis pasos. Iba rasando los muros de los muelles del norte y su sombra tibia; las tiendas de libros usados, de estampas y muebles antiguos, recreaban mis ojos y hablaban a mi espíritu. Flaneando y manoseando libros, saboreaba de pasada unos versos altisonantes de algún poeta de la pléyade; observaba una elegante mascarada de Watteau; tanteaba con la vista un mandoble, una gola de acero, un morrión. ¡Qué casco tan resistente y qué coraza tan pesada! ¿La vestidura de un gigante? No; el caparazón de un insecto. Los hombres de entonces iban acorazados como saltamontes; su debilidad era interna. Ahora ocurre lo contrario: nuestra fuerza es interior y nuestra alma bien armada, habita un cuerpo débil.

Aquí veo el retrato al pastel de una dama antigua; su rostro borroso como una sombra, sonríe; y puede verse una mano cubierta por mitones calados retener sobre sus rodillas de raso un perrillo todo lleno de lazos. Aquella imagen me llenó de una tristeza encantadora. ¡Que se burlen de mí los que no tengan en su alma un retrato borroso!

Lo mismo que los caballos que olfatean la cuadra, apresuro el paso al acercarme a mi domicilio. He aquí la colmena humana donde tengo mi celdilla para destilar la miel un poco acre de la erudición. Pesadamente subo los peldaños de mi escalera. Unos cuantos escalones más y llego a mi puerta. Adivino, más que veo, un vestido que baja, con un ruido de seda ajada. Me detengo y me apoyo contra la barandilla. La mujer que baja la escalera lleva la cabeza descubierta; es joven y va cantando; sus ojos y sus dientes brillan en la oscuridad, pues ríe con la boca y con la mirada. Seguramente es una vecina y de las más populares. Lleva en sus brazos una criatura preciosa, un niñito completamente desnudo, como un hijo de diosa. Lleva al cuello una medalla colgada de una cadenita de plata. Le veo chuparse los dedos y mirarme con sus grandes ojos, muy abiertos sobre este viejo universo, tan nuevo para él. La madre se fija en mí con un aire al mismo tiempo misterioso y obstinado; se detiene, ruborizándose y tendiéndome la criaturita. El niño presenta ese lindo pliegue en la muñeca y en el cuello, que tienen los niños gorditos, y de la cabeza a los pies se le forman graciosos hoyuelos que ríen en su carne sonrosada. La mamá me lo muestra con orgullo:

—¿Verdad que mi niño es precioso? — me dice con una voz melodiosa.

Le agarra una manita, se la pone junto a la boca, luego dirige hacia mí los lindos deditos sonrosados, diciendo:

—Anda, nenito, envíale un beso a este señor. Es un señor muy bueno, que no quiere que los niñitos recién nacidos tengan frío. Envíale un beso.

Y estrechando al pequeño ser entre sus brazos, se escapa con la agilidad de una gata, hundiéndose en un corredor que, a juzgar por el aroma que exhala, conduce a una cocina.

Entré en mi casa.

—Teresa, ¿quién podrá ser una joven que he visto en la escalera con la cabeza descubierta y un niño precioso en brazos?

Y Teresa me responde que es la señora de Coccoz.

Miro al techo como para buscar en él alguna luz. Teresa me recuerda entonces al infeliz vendedor ambulante que el año pasado vino a venderme almanaques, en tanto su mujer daba a luz.

—¿Y Coccoz? — pregunté.

Supe que no le vería más. El pobre hombrecillo había sido enterrado, sin que nos enteráramos de tal cosa, poco tiempo después del feliz alumbramiento de su mujer. Supe también que su viuda se había consolado ya; yo hice lo mismo.

—Pero, Teresa — pregunté —, ¿la señora de Coccoz no carece de nada en su desván?

—Sería usted un incauto — me respondió mi sirvienta — si se preocupara por esa criatura. Le han dado orden de irse del desván, al que ya le han arreglado el techo. Pero sigue en él, a pesar del propietario, del encargado, del portero y del alguacil. Creo que los tiene a todos embrujados. Dejará el desván cuando le parezca, pero se irá en coche, yo se lo aseguro a usted.

Teresa reflexionó un momento, luego pronunció esta sentencia:

—Una cara bonita es una maldición del cielo.

Aunque me constaba positivamente que Teresa había sido fea y desprovista de todo atractivo, aun en su juventud, bajando la cabeza, le dije con malévola intención:

—Vamos, vamos, Teresa, que ya sé yo que en sus tiempos tuvo usted también una cara bonita.

No se debe tentar nunca a ninguna criatura del mundo, aunque sea la más santa.

Teresa, bajando los ojos, respondió:

—Yo, sin ser lo que se dice una mujer bonita, no resultaba desagradable. Y si hubiese querido, podía haber hecho lo que las demás.

—¿Quién osaría dudarlo? Pero tome mi bastón y mi sombrero. Voy a leer, para recrearme, algunas páginas del Moreri. Si puedo fiarme de mi olfato de perro viejo, vamos a cenar esta noche una gallina que exhala un aroma delicado. Cuide, hija mía, a tan apreciable ave y procure perdonar al prójimo, a fin de que nos perdonen también a usted y a su viejo amo.

Habiendo hablado así, me apliqué a seguir las enmarañadas ramas de una genealogía principesca.

7 de mayo de 1863.

He pasado el invierno según los deseos de los sabios, *in angello cum libello*, y las golondrinas del muelle Malaquais me encuentran a su regreso casi lo mismo que me dejaron. Quien poco vive poco cambia, y casi no es vivir el gastar sus días sobre antiguos textos.

Sin embargo, hoy me siento más impregnado que nunca en esa vaga tristeza que la vida destila. El equilibrio de mi inteligencia (no me atrevo ni a confesármelo a mí mismo) está perturbado desde la hora exacta en que me fué revelada la existencia del manuscrito de Juan Toutmouillé.

Es extraño que por algunas hojas de viejo pergamino haya llegado a perder el reposo; pero así es, en efecto. El pobre que no siente deseos es dueño del más grande tesoro; se posee a sí mismo. El rico que ambiciona no es más que un miserable esclavo. Así me ocurre a mí; los placeres más dulces: el hablar con un hombre de espíritu fino y ponderado, o comer con un amigo, no me hacen olvidar el manuscrito que me es tan necesario, desde que sé que existe. Lo necesito por el día; lo necesito por la noche; lo necesito en medio de la alegría y en medio de la tristeza; lo necesito para trabajar y para el descanso.

Recordando mis deseos de niño es como comprendo ahora mis tenaces antojos de mi edad primera.

Vuelvo a ver con singular precisión una muñeca que, cuando yo tenía diez años, había en una tenducha de la calle del Sena. No sé cómo pudo llegar a gustarme aquella muñeca. Yo me sentía muy orgulloso de ser varón; despreciaba a las niñas y esperaba con impaciencia el momento que —¡ay!— llegó hace tiempo, en que una barba punzante me erizara el mentón. Jugaba a los soldados y para dar de comer a mi caballo mecánico, arrasaba las plantas que mi pobre madre cultivaba en su ventana. ¡Me parece que estos juegos eran varoniles, y, sin embargo, tenía el antojo de una muñeca! Los Hércules tienen a veces sus debilidades. ¿Era

por lo menos bonita la que me gustaba a mí? No. Me parece estar viéndola todavía. Tenía una roseta de bermellón en cada mejilla, unos brazos cortos y blanduchos, unas horribles manos de madera y las piernas largas y muy abiertas. Su falda floreada estaba sujeta al talle por dos alfileres. Parece que estoy viendo todavía las cabezas negras de aquellos dos alfileres. Era una muñeca ordinaria, que apestaba a arrabal. Recuerdo muy bien que, a pesar de ser una criatura que aún no había roto muchos pantalones, percibía a mi manera, pero muy vivamente, que aquella muñeca no tenía gracia ni atractivo alguno, que era tosca, vulgar; pero, a pesar de eso y quizá por eso mismo, me gustaba, sólo ella me gustaba. La quería. Mis soldados y mis tambores me eran indiferentes. Ya no metía en la boca de mi caballo mecánico ramitas de heliotropo y de verónica. Inventaba verdaderas astucias de salvaje para obligar a Virginia, mi niñera, a pasar conmigo por delante de la tenducha de la calle del Sena. Aplastaba la nariz contra el cristal y mi niñera se veía obligada a tirarme del brazo, diciéndome: "Vamos, señorito Silvestre, que es muy tarde y su mamá le va a regañar". El señorito Silvestre se burlaba de los regaños y de los azotes. Pero su niñera lo levantaba como a una pluma y el señorito Silvestre cedía ante la fuerza. Después, con los años, se ha echado a perder y cede ante el temor. Pero entonces no temía nada.

Era muy desgraciado. Una vergüenza irreflexiva, pero irresistible, me impedía confesar a mi madre el objeto de mi amor. De ahí mis sufrimientos. Durante algunos días, la muñeca estuvo presente sin cesar en mi imaginación, danzaba ante mis ojos, me miraba fijamente, me abría sus brazos, tomando en mi mente una especie de vida que la tornaba misteriosa y terrible, cada vez más querida y más deseable.

Un día, por fin, un día que no olvidaré jamás, me llevó mi niñera a casa de mi tío, el capitán Víctor, que me había invitado a almorzar. Yo admiraba mucho a mi tío el capitán, tanto porque había quemado el último cartucho francés en Waterloo, como por verle preparar por sí mismo, en la mesa de mi madre, los ajos que echaba luego en la ensalada de achicorias. Yo encontraba aquello magnífico. También me inspiraba una gran consideración mi tío Víctor por sus levitas galoneadas y sobre todo por su manera especial de revolver toda la casa de arriba abajo en cuanto llegaba. Todavía hoy no he llegado a saber cómo se las arreglaba, pero puedo afirmar que, aun cuando mi tío Víctor se hallara en una reunión de veinte personas, no se veía ni se oía más que a él. Me parece que mi excelente padre, no compartía mi admiración por el tío Víctor, que le envenenaba con su pipa, dándole amistosamente fuertes puñetazos en la espalda, acusándole al mismo tiempo de falta de energía. Mi madre, aunque tenía para con él una indulgencia de hermana, le invitaba a menudo a acariciar menos los frascos de esos aguardiente. Pero yo no participaba ni de esas repugnancias ni de esos reproches, y el tío Víctor me inspiraba el más puro entusiasmo. Por eso experimenté un sentimiento de orgullo al entrar en su pequeño departamento de la calle de Guénégaud. Todo el almuerzo, servido en un velador junto al fuego, estaba compuesto de fiambres, embutidos y golosinas.

El capitán me atiborró de pasteles y de vino. Me habló de las innumerables injusticias de que había sido víctima. Se quejaba sobre todo de los Borbones, y como no se preocupó de decirme quienes eran los Borbones, llegué a imaginar, ignoro por qué, que los Borbones eran unos tratantes en caballos establecidos en Waterloo. El capitán, que sólo se interrumpía para servirnos de beber, acusó de mentecatos y de incapaces a un crecido número de mozalbetes, a los que yo no conocía en absoluto y a los cuales me puse a odiar con todo mi corazón. A los postres, creí oír decir al capitán que mi padre era un hombre al que se podía conducir del ronzal; aunque no estoy muy seguro de haber comprendido bien. Sentía zumbidos en los oídos y me parecía que bailaba el velador.

Mi tío se puso su levita galoneada, tomó su sombrero y bajamos a la calle, que me sorprendió encontrar extraordinariamente cambiada. Me parecía que no la había visto desde mucho tiempo atrás. Sin embargo, cuando llegamos a la calle del Sena, la idea de la muñeca asaltó mi mente, causándome una exaltación extraordinaria. Mi frente ardía. Me resolví a intentar un gran golpe. Pasábamos por delante de la tienda. Estaba allí, detrás del cristal, con sus mejillas rojas, su falda floreada y sus largas piernas.

—Tío —le dije, haciendo un esfuerzo—, ¿quiere usted comprarme esa muñeca?

Y esperé.

—¡Comprar una muñeca a un chico, vive Dios! — gritó mi tío con voz de trueno—. ¿Es que quieres deshonrarte? ¿Y es esa pepona la que te gusta? Te felicito, hijo mío. ¡Si a los veinte años sigues teniendo tan buen gusto como ahora, y escoges así tus muñecas, no te irá muy bien en la vida, te lo aseguro, y tus amigos dirán de ti que eres un grandísimo majadero! Pídeme un sable o un fusil y te los compraré, aunque para ello tenga que gastar la última moneda de mi pensión de retiro. ¡Pero comprarte una muñeca, rayos y truenos! ¡Para verte deshonrado? ¡Eso nunca! Si alguna vez te viera jugar con una pepona semejante, señor hijo de mi hermana, no te reconocería como sobrino mío.

Oyendo aquellas palabras, sentí oprimirse mi corazón de tal manera, que únicamente el orgullo, un orgullo diabólico, me impidió llorar.

Mi tío, calmado de repente, volvió a sus ideas sobre los Borbones, pero yo, que aun me hallaba bajo el peso de su indignación, sentía una

vergüenza indecible. Tomé bien pronto una resolución: me prometí a mí mismo no deshonrarme; renuncié irrevocablemente, y para siempre, a la muñeca de mejillas coloradas. Aquel día gusté la austera dulzura del sacrificio.

Capitán: es verdad que en vida juraste como un pagano, fumaste como un suizo y bebiste como un campanero, pero a pesar de ello, que tu memoria sea honrada, no tan sólo porque fuiste un valiente, sino también porque has revelado a tu sobrino, vestido aún con pantalones cortos, el sentimiento del heroísmo. ¡El orgullo y la pereza te hacían casi insoportable, oh, tío Víctor! Pero un gran corazón latía bajo los galones de tu levita de uniforme. Llevabas siempre, lo recuerdo muy bien, una rosa en el ojal. Y aquella flor que ofrecías con tanto agrado a las muchachas, aquella flor, como un gran corazón abierto que se deshojaba a todos los vientos, era el símbolo de tu gloriosa juventud. No despreciabas ni el vino ni el tabaco, pero despreciabas la vida. No podía aprenderse de ti, capitán, ni el buen sentido ni la delicadeza, pero en cambio me diste, a la edad en que todavía la niñera me sonaba los mocos, una lección de honor y de abnegación que no olvidaré jamás.

Descansas hace ya tiempo en el cementerio de Mont-Parnasse, bajo una humilde lápida con este epitafio:

AQUÍ YACE

ARISTIDES VICTOR MALDENT

CAPITÁN DE INFANTERÍA

CABALLERO DE LA LEGIÓN DE HONOR

Pero no era ésa, capitán, la inscripción que tú habías reservado para tus viejos huesos, que tanto rodaron por los campos de batalla y por los lugares de placer. Encontraron entre tus papeles este amargo y arrogante epitafio, que a pesar de constituir tu última voluntad no se atrevieron a poner sobre la tumba:

AQUÍ YACE

UN BANDIDO DE LA LOIRE

—Teresa, mañana iremos a llevar una corona de siemprevivas a la tumba del bandido de la Loire.

Pero Teresa no está allí. ¿Cómo iba a estar junto a mí en la glorieta de los Campos Elíseos? Allá, a la distancia, al final de la avenida, el Arco del Triunfo que ostenta grabados bajo sus bóvedas los nombres de los compañeros de armas del tío Víctor, abre sobre el cielo su puerta gigantesca. Los árboles de la Avenida despliegan al sol primaveral sus primeras hojas, aun pálidas y ateridas. A mi lado ruedan los coches hacia el bosque de Bolonia. He llegado en mi paseo hasta esta avenida mundana y me he detenido, sin saber por qué, ante un puestecillo al aire libre en el que hay bollos y garrafas tapadas con un limón. Un niño miserable, envuelto en andrajos, que dejan ver su piel curtida y agrietada, abre desmesuradamente los ojos ante aquellas suntuosas golosinas que no son para él. Sus ojos redondos y fijos contemplan un bollo de gran tamaño en forma de muñeco. Es un general y se parece un poco al tío Víctor. Lo tomo en mi mano, lo pago y se lo tiendo al pobre pequeño que no se atreve a alargar su mano hasta él, pues sin duda, debido a una experiencia precoz, no cree en la felicidad. Me mira con esa expresión que se descubre a veces en los ojos de los perros y que parece decir: "es usted cruel burlándose de mí".

—Vamos, chiquillo — le dije con ese tono áspero que me es propio —: toma y come, pues más feliz que yo lo era a tu edad, puedes satisfacer tus antojos sin deshonrarte. Y tú, tío Víctor, tú, cuyo rostro varonil me recuerda ese bollo, ven, ven sombra gloriosa, ven para hacerme olvidar mi nueva muñeca. Somos eternos niños y corremos sin cesar detrás de nuevos juguetes.

El mismo día.

¡La familia Coccoz está asociada en mi espíritu de la manera más extraña al clérigo Juan Toutmouillé!

—Teresa — dije, dejándome caer en mi butaca —. Cuénteme usted cómo está el niño de los Coccoz, dígame si tiene ya dientes y déme usted mis zapatillas.

—Debe tenerlos hace ya tiempo, señor — me respondió Teresa —, pero yo no se los he visto. El primer día hermoso de primavera, desapareció la madre con su hijo, dejándose aquí los muebles y las ropas. Se han encontrado treinta y ocho tarros vacíos de crema para la cara en su desván. Es una cosa que no se concibe. En los últimos tiempos recibía muchas visitas y ya puede usted figurarse que a estas horas no estará precisamente en un convento de monjas. La sobrina de la portera dice que la ha visto en un coche por el bulevar. Ya me parecía a mí que ésa acabaría mal.

—Teresa — le respondí —, esa joven no ha acabado ni bien ni mal. Esperemos el término de su vida para juzgarla. Y procure usted no hablar mucho con la portera. La señora de Coccoz, a quien me encontré una vez en la escalera, parecía querer mucho a su hijito, y este amor debe tenérsele en cuenta.

—Desde luego, señor, al niño no le faltaba nada. No se habría encontrado en todo el barrio otro mejor alimentado, mejor cuidado, ni mejor aseado que él. Todos los días le ponía un babero limpio y le cantaba, desde la mañana a la noche, canciones que le hacían reír.

—Teresa, un poeta ha dicho: "El niño a quien su madre no ha sonreído nunca, no es digno ni de la mesa de los dioses ni del lecho de las diosas".

8 de julio de 1863.

Habiéndome enterado de que iban a enlosar de nuevo la capilla de la virgen de Saint-Germain-des-Prés, me dirigí a la iglesia, con la esperanza de encontrar algunas inscripciones dejadas al descubierto por los obreros. No me equivocaba. El arquitecto me mostró una piedra que había hecho arrimar al muro. Me arrodillé para descifrar la inscripción grabada sobre aquella piedra, y bajo la sombra del antiguo ábside leí estas palabras que hicieron palpitar mi corazón:

Aquí yace Juan Toutmouillé, monje de esta iglesia, que hizo poner de plata la barbilla de San Vicente, de San Amando y el pie de los Inocentes: fué, mientras vivió, un hombre prudente y valeroso. Rogad por su alma.

Limpié suavemente con mi pañuelo el polvo que ensuciaba aquella losa. Hubiera querido besarla:

—¡Es él, es Juan Toutmouillé! — exclamé.

Y en lo alto de las bóvedas retumbó aquel nombre con estrépito sobre mi cabeza.

El rostro grave y mudo del pertiguero que avanzaba hasta mí me avergonzó, haciéndome reprimir mi entusiasmo y salí huyendo por entre los dos hisopos cruzados sobre mi pecho por dos ratas de iglesia rivales.

Sin embargo, era mi Juan Toutmouillé, ¡lo era, sin duda ninguna! Era el traductor de *La leyenda dorada*, el autor de la vida de los santos Germán, Vicente, Ferreol, Ferrucio y Droctoveo; y era, como yo me lo había figurado, un monje de Saint-Germain-des-Prés. Y, además de ser un buen monje, muy piadoso y muy liberal. Había mandado hacer una barbilla de plata, una cabeza de plata y un pie de plata para que los restos preciosos estuvieran cubiertos por una envoltura incorruptible. Pero, ¿llegaré alguna vez a conocer su obra, o este nuevo descubrimiento servirá tan sólo para aumentar mis desvelos?

20 de agosto de 1869.

"Yo que resulto agradable algunas veces y pongo a prueba a todos los hombres; yo que soy la alegría de los buenos y el terror de los malos; yo que alimento y destruyo el error, me propongo desplegar mis alas. No me censuréis si en mi rápido vuelo me deslizo sobre algunos años..."

¿Quién habla así? Un anciano a quien conozco bastante: el Tiempo.

Shakespeare, al final del tercer acto del *Cuento de Invierno*, se detiene para dejar a la infantil Perdita el tiempo de crecer en prudencia y en belleza, y, cuando vuelve a abrirse la escena, evoca al antiguo coro para dar razón a los espectadores de los largos días que han gravitado sobre la cabeza del celoso Leontes.

He dejado en este diario, como Shakespeare en su comedia, un largo intervalo en el olvido, y siguiendo el ejemplo del poeta hago intervenir al tiempo para explicar mi silencio de seis años. Efectivamente, hace seis años que no he escrito una línea en este cuaderno y no puedo, ¡ay!, al volver de nuevo a tomar la pluma, describir una Perdita cuyas gracias se han aumentado al correr de los días. La juventud y la belleza son los fieles compañeros de los poetas. Esos fantasmas encantadores apenas nos acompañan durante el espacio de una estación. No acertamos a retenerlos. Si la sombra de alguna Perdita se decidiera, por un incomprensible capricho, a atravesar mi cerebro, se marchitaría horriblemente junto a los montones de pergaminos arrugados. ¡Dichosos los poetas! Sus cabellos blancos no espantan a las sombras flotantes de las Helenas, de las Francescas, de las Julietas, de las Julias y de las Doroteas. Y sería suficiente la nariz de Silvestre Bonnard para poner en fuga a todo el enjambre de las grandes apasionadas.

Sin embargo, yo he sentido la belleza como puedan sentirla los demás. Me ha emocionado el encanto misterioso que la naturaleza incomprensible extiende sobre las formas animadas; una arcilla viviente me ha comunicado ese estremecimiento que produce amantes y poetas. Pero no he sabido ni amar ni cantar. En mi alma, abarrotada de viejos textos y de viejas fórmulas, encuentro de nuevo, como una miniatura en un desván, un claro rostro con dos ojos brillantes de almendra.

Bonnard, amigo mío, eres un viejo loco. Más te valiera leer el catálogo que un librero de Florencia te ha enviado esta misma mañana. Es un catálogo de manuscritos y seguramente vendrá en él la descripción de algunas obras notables conservadas por aficionados de Italia y de Sicilia. Eso es lo que conviene a tu edad y a tu físico.

Me pongo a leer y de repente lanzo un grito. Amílcar, que con los años ha llegado a tener una gravedad que me intimida, me contempla con aire de reproche y parece preguntarme si el reposo es de este mundo, pues que él no puede disfrutarlo junto a mí a pesar de ser yo tan viejo como él.

Necesito un confidente para la alegría de mi descubrimiento y es al pacífico Amílcar a quien me dirijo con la efusión de un hombre feliz.

—No, Amílcar, no; el reposo no es de este mundo y la quietud a que tú aspiras es incompatible con los trabajos de la vida. ¿Quién ha podido decirte que somos viejos? Oye

bien lo que leo en este catálogo y dime después si ha llegado la hora del descanso:

"*La leyenda dorada de Jacobo de Voragine, traducción francesa del siglo XIV por el clérigo Juan Toutmouillé.*

"Soberbio manuscrito ornado con dos miniaturas maravillosamente ejecutadas y en perfecto estado de conservación. Una representa la Purificación de la Virgen y otra la Coronación de Proserpina.

"Siguiendo a *La leyenda dorada* se encuentran las leyendas de los santos Ferreol, Ferrucio, Germán y Droctoveo, páginas xxviij, y la Sepultura milagrosa del señor Saint-Germain d'Auxerre, páginas xij.

"Este precioso manuscrito, que formaba parte de la colección de sir Thomas Raleigh, se encuentra actualmente en el gabinete del señor Miguel Angel Polizzi, de Girgenti".

—¿Has oído, Amílcar? El manuscrito de Juan Toutmouillé está en Sicilia, en casa de Miguel Angel Polizzi. Puede que este hombre tenga algún aprecio por los sabios. Voy a escribirle.

Cosa que hice en seguida. En mi carta rogaba al señor Polizzi que me facilitara el manuscrito del clérigo Toutmouillé, haciéndole saber los títulos por los cuales me atrevía a juzgarme digno de semejante favor. Ponía al mismo tiempo a su disposición algunos textos inéditos que yo poseo y que no carecen de interés. Le suplicaba que me favoreciera con una pronta respuesta, inscribiendo debajo de mi firma todos mis títulos honoríficos.

—¡Señor! ¡Señor! ¿Dónde va usted con tanta prisa? — exclamó Teresa alarmada, bajando de cuatro en cuatro los escalones y corriendo detrás de mí con el sombrero en la mano.

—Voy a echar una carta al correo.

—¡Dios mío! Escaparse así, con la cabeza descubierta, como un loco.

—Es que estoy loco, Teresa. ¿Y quién no lo está? Déme corriendo mi sombrero.

—¿Y los guantes? ¿Y el paraguas?

Estaba al pie de la escalera y aun la oía gritar y lamentarse.

10 de octubre de 1869.

Estaba esperando la respuesta del señor Miguel Angel Polizzi, con una impaciencia mal contenida. No me hallaba en mi centro; hacía movimientos bruscos; abría y cerraba ruidosamente los libros. Me ocurrió que un día tiré con el codo un tomo del *Moreri*. Amílcar, que se estaba lamiendo, se detuvo de pronto y con la pata sobre una oreja, me miró con ojos huraños. ¿Era acaso aquella vida tumultuosa la que debía esperarle bajo mi techo? ¿No habíamos convenido tácitamente llevar una existencia apacible? Yo había roto el pacto.

—¡Pobre compañero mío! — le respondí —. Es que soy presa de una pasión violenta que me agita y me domina. Las pasiones son enemigas del reposo, pero sin ellas no habría ni industria ni arte en este mundo. Cada cual descansaría desnudo sobre un montón de estiércol y tú, Amílcar, no dormirías durante todo el día sobre un cojín de seda, en la ciudad de los libros.

No seguí exponiendo durante más tiempo ante Amílcar aquella teoría sobre las pasiones, porque mi criada me entregó una carta con sello de Nápoles, que decía:

"Ilustrísimo señor:

"Efectivamente, poseo el incomparable manuscrito de *La leyenda dorada*, que no ha pasado inadvertido a su lúcida atención. Razones capitales se oponen imperiosa y tiránicamente a que me desprenda de él ni un solo día, ni un solo minuto. Será para mí una alegría y una gloria mostrárselo a usted en mi humilde casa de Girgenti, la que se



verá iluminada y embellecida con su presencia. Con la impaciente esperanza de su venida, me atrevo a ofrecerme, señor académico, vuestro humilde y devoto servidor. — MIGUEL ANGEL POLIZZI. *Negociante en vinos y arqueólogo de Girgenti. (Sicilia).*"

¡Pues bien, iré a Sicilia!

Extremum hunc, Arethusa, mihi concede laborem.

25 de octubre de 1869.

Teniendo ya resuelto mi viaje y habiendo hecho mis preparativos, sólo me faltaba advertírselo a mi ama de llaves. Confieso que dudé mucho tiempo antes de anunciarle mi partida. Temía sus advertencias, sus burlas, sus reproches, sus lágrimas. "Es una buena mujer, me decía, muy adicta a mí; querrá retenerme, y Dios es testigo de que cuando quiere algo hace un verdadero derroche de palabras, de gestos y de gritos. En esta ocasión llamará en su ayuda a la portera, al encerador, a la colchonera y a los siete hijos del frutero; se pondrán todos de rodillas a mi alrededor, me llorarán y estarán tan feos que cederé por no verlos".

Tales eran las espantosas imágenes, los sueños de calentura que el miedo agrupaba en mi imaginación. Sí, el miedo, el miedo fecundo, como dice el poeta, creaba esos monstruos en mi cerebro. Pues, lo confieso en estas páginas íntimas, tengo miedo de mi criada. No ignoro que ella sabe que soy débil, y esto me quita todo el valor en mis luchas con ella. Esas luchas son frecuentes, y yo sucumbo invariablemente.

Pero era preciso anunciar mi marcha a Teresa. Entró en la biblioteca con un brazado de leña para encender un poco de lumbre, "una llamarada", como ella decía, pues las mañanas son frescas. Yo la observaba con el rabillo del ojo, mientras estaba acurrucada, con la cabeza metida dentro de la chimenea. No sé de donde saqué el valor, pero dejé de vacilar. Me levanté, y paseándome de arriba abajo de la habitación:

—A propósito —le dije con tono que quería ser risueño y con esa fanfarronería propia de los poltrones—, a propósito, Teresa, me marcho a Sicilia.

Después de haber hablado, esperé muy inquieto. Teresa no respondía. Su cabeza y su amplia cofia continuaban hundidas dentro de la chimenea, y nada en su persona, que yo observaba atentamente, demostraba la más mínima emoción. Seguía metiendo astillas bajo los troncos, y nada más.

Por fin volvió el rostro; y la vi tan tranquila, tan tranquila que me irritó.

Verdaderamente, pensé, esta solterona no tiene corazón. Deja que me marche sin decirme siquiera: "¡Ah!" ¿Es que significa tan poco para ella la ausencia de su viejo amo?

—Vaya usted, señor —me dijo al fin—, pero vuelva usted a las seis en punto. Tenemos para cenar un plato que no espera.

Nápoles, 10 de noviembre de 1869.

—*Co tra calle vive, magne e lave a faccia* (1).

—Sí, ya te entiendo, amigo, por tres céntimos puedo comer, beber y lavarme la cara, todo ello adquiriendo una de las rajas de sandía que tienes expuestas en esa mesita.

Pero los prejuicios occidentales me impiden gozar con el suficiente candor tan sencilla voluptuosidad. ¿Cómo voy a chupar yo una de estas rajas de sandía? Ya hago bastante con sostenerme en pie en medio de esta multitud. ¡Qué noche tan luminosa y llena de ruido en Santa Lucía! Las frutas se alzan formando montañas en las tiendas alumbradas con farolillos multicolores; sobre las hornillas encendidas al aire libre, humea el agua en los calderos y cantan las frituras en las sartenes. El olor de pescado frito y de carne caliente, me cosquillea las narices, haciéndome estornudar. Entonces me doy cuenta de que mi pañuelo ha abandonado el bolsillo de mi levita. Me siento empujado, alzado y volteado en todas direcciones por el pueblo más alegre, más charlatán, más vivo y más diestro que puede imaginarse; de pronto, una joven comadre, precisamente cuando estaba admirando sus magníficos cabellos negros, dándome un golpe con su hombro elástico y fuerte, me envía, sin hacerme daño, tres pasos más atrás, dejándome caer en los brazos de un hombre que está comiendo *macaroni*, el cual me recibe en ellos sonriendo.

Ya estoy en Nápoles. Cómo he conseguido llegar hasta aquí, con algunos restos informes y mutilados de mis bagajes, no podría explicarlo, por la sencilla razón de que yo mismo no lo sé. He viajado en un sobresalto continuo, y me parece que en esta ciudad tan luminosa, tengo el aspecto de un buho al sol. ¡Y esta noche es peor todavía! Para poder estudiar las costumbres populares, me fuí a la *strada di porto*, donde ahora me hallo. En torno a mí, alegres grupos se apiñan ante los puestos de vituallas, y floto como un despojo, arrastrado por olas vivientes, que hasta cuando sumergen acarician. Porque este pueblo napolitano tiene en su alegre vivacidad un no sé qué de dulce y de halagador. No me empujan, me mecen. Y a veces pienso que a fuerza de balancearme de

(1) Equivalente a este antiguo pregón del levante español: ¿Quién por dos cuartos no come, bebe y se lava la cara?

aquí para allá esta gente acabará por dormirme de pie. Admiro, al hollar las losas de lava de la *strada*, a los mozos de cordel y a los pescadores que hablan, cantan, fuman, gesticulan, se pelean y se abrazan con extraordinaria rapidez. Viven a un tiempo con todos los sentidos y, con una sabiduría de la cual no se dan cuenta, miden sus deseos con arreglo a la brevedad de la vida. Me acerco a una taberna muy iluminada, y leo en la puerta esta cuarteta en dialecto napolitano:

Amice, alliegre magnammo e bevimmo,
Nfin che n'ce stace noglio a la lucerna:
Chi sa s'a l'autro munno n'ce vedimmo?
Chi sa s'a l'autro munno n'ce taverna?

(Amigos, comamos y bebamos alegremente,
Mientras haya aceite en la lámpara:
¿Quién sabe si en el otro mundo volveremos a vernos?
¿Quién sabe si en el otro mundo habrá una taberna?)

Horacio daba consejos muy parecidos a sus amigos. Tú los recibiste, Póstumo. Tú los escuchaste, Leuconoé, hermosa rebelde, que deseabas conocer los secretos del porvenir. Aquel porvenir es ahora el pasado y nosotros lo conocemos. En realidad, hiciste mal atormentándote por tan poca cosa, y tu amigo dió prueba de ser un hombre de buen sentido, aconsejándote que fueras prudente y que filtrases tus vinos griegos. *Sapias, vina liques.* De este modo, una tierra hermosa y un cielo puro aconsejan las tranquilas voluptuosidades. Pero existen almas atormentadas por un sublime descontento. Esas son las más nobles. Tú fuiste de esas, Leuconoé. Y al llegar en el ocaso de mi vida a la ciudad en que resplandeció tu belleza, saludo con respeto tu sombra melancólica. Las almas como la tuya, que hicieron su aparición en la cristiandad, fueron las almas de las santas y sus milagros llenan *La leyenda dorada.* Tu amigo Horacio ha dejado una descendencia menos generosa, y reconozco a uno de sus nietos en la persona del tabernero poeta que en estos momentos sirve vino en las tazas, bajo su rótulo epicúreo.

Y, sin embargo, la vida le da la razón al amigo Flaco, y su filosofía es la única que se acomoda al desarrollo de los acontecimientos. Contemplad a ese joven tan gallardo que, apoyado en una reja cubierta de pámpanos, toma un helado contemplando las estrellas. No se bajaría siquiera para recoger del suelo ese viejo manuscrito que estoy buscando a costa de tantas fatigas, y es que, en realidad, el hombre está hecho más para tomar helados que para compulsar viejos textos.

Continué divagando en torno de los bebedores y de los cantantes. Algunos enamorados mordían hermosas frutas enlazados por el talle. Indudablemente el hombre es, por naturaleza, malo, pues toda aquella alegría ajena me entristecía profundamente. Aquella multitud demostraba tal gusto ingenuo por la vida, que todos mis pudores de viejo escriba se sublevaron. Además, me hallaba desesperado por no comprender nada de las palabras que resonaban en el aire. Lo que resultaba una prueba humillante para un filólogo. Estaba muy apesadumbrado, cuando algunas frases pronunciadas a mi espalda, me hicieron aguzar el oído.

—Ese viejo seguramente es un francés, Dimitri. Me da pena verle tan aburrido. ¿Por qué no le hablas? Tiene aire de ser una excelente persona. ¿No te parece, Dimitri?

Aquellas palabras fueron dichas en francés por una voz de mujer. Al pronto me resultó muy desagradable oír que me llamaban viejo. ¿Es uno viejo a los sesenta y dos años? El otro día, en el puente de las Artes, mi colega Perrot d'Avrignac me felicitó por mi aspecto juvenil, y debe ser más entendido en eso de aparentar edad que aquella joven alondra que cantaba a mi espalda, dado caso de que las alondras canten de noche. ¿De manera que tengo el aire de una excelente persona? ¡Ah, ah! Siempre lo había sospechado; pero ahora ya no lo creo, puesto que se trata de la opinión de una pájara. No quiero volver la cabeza para ver a la que acaba de hablar, pero estoy seguro de que es una mujer bonita. ¿Por qué?

Porque la voz de las mujeres que son bellas o que lo fueron, que gustan o que gustaron, es la única que puede tener esa abundancia de sonidos felices, ese tono argentino que es como una risa perenne. De la boca de una fea quizá saldrá una palabra más suave y más melodiosa, pero nunca tan viva seguramente, ni con ese gorjeo.

Estas ideas se adueñaron de mi mente en menos de un segundo, y huyendo muy apresurado de aquellos dos desconocidos me lancé entre la más apiñada multitud napolitana, enfilando un *vicoletto* tortuoso, alumbrado únicamente por una lamparilla encendida ante el nicho de una Madona. Allí, reflexionando con más sosiego, acabé por reconocer que aquella bella mujer (seguramente era bella) había expresado respecto a mí un pensamiento de benevolencia que merecía mi gratitud. "Ese viejo seguramente es un francés, Dimitri. Me da pena verle tan aburrido. ¿Por qué no le hablas? Tiene el aire de ser una excelente persona. ¿No te parece, Dimitri?".

Al oír aquellas palabras amables no debí emprender una fuga tan rápida. Hubiera sido más acertado abordar de una manera cortés a la dama de voz clara, inclinarme ante ella y hablarle de este modo:

"Señora: a pesar mío, he oído todo lo que usted acaba de decir. ¿Deseaba usted hacer un favor a un pobre viejo? Pues ya lo ha hecho usted. Bastan las inflexiones de su voz francesa para proporcionarme un placer por el cual le quedo reconocido". Sin duda alguna debí decirle estas palabras u otras semejantes. Tengo la seguridad de que es francesa, porque su voz lo es. La voz de las damas de Francia es la más agradable del mundo. Al igual que nosotros, también los extranjeros perciben su encanto. Felipe de Bergame dijo en 1483, refiriéndose a Juana la Doncella: "Su hablar era dulce, como el de todas las mujeres de su país". El acompañante a quien se dirigía se llama Dimitri. Debe ser ruso. Seguramente son personas ricas, que pasean su aburrimiento por el mundo. Hay que compadecer a los ricos. Sus bienes los rodean, pero sin penetrarlos; se encuentran pobres y desnudos dentro de sí mismos. La miseria de los ricos es lamentable.

Al acabar estas reflexiones me encontré en un callejón, o para decirlo en napolitano, en un *sotto-pórtico*, que se deslizaba por debajo de tan numerosas arcadas y de balcones tan salientes que no descendía hasta él la más mínima luz del cielo. Todo me demostraba que me había perdido y que estaba condenado a buscar mi camino durante toda la noche. Para poder preguntar, hubiera sido preciso encontrar un rostro humano, y desesperaba de ver uno solo. En mi desesperación, tomé por una calle al azar, o mejor dicho, por una especie de espantoso degolladero. Tal era su aspecto. Y efectivamente, a los pocos minutos de andar por él, vi a dos hombres que esgrimían cuchillos. Se atacaban más aún con la lengua que con los aceros, y comprendí, por las injurias que ambos se lanzaban, que se ventilaba un asunto amoroso. Me deslicé prudentemente por una calleja cercana, mientras aquellos dos bravos continuaban ventilando sus asuntos, sin preocuparse lo más mínimo de los míos. Después de haber andado durante algún tiempo a la ventura, me senté desalentado en un banco de piedra, lamentando haber huído tan locamente y de un modo tan laberíntico de Dimitri y de su compañera de la voz clara.

—Buenas noches, signor. ¿Viene usted de San Carlo? ¿Ha oído usted a la diva? Sólo en Nápoles se canta así.

Levanté la cabeza y reconocí a mi huésped. Me hallaba sentado contra la fachada de mi hotel, debajo de mi propia ventana.

Monte-Allegro, 30 de noviembre de 1869.

Estaba descansando con mis guías y sus mulas en el camino de Sciacca a Girgenti, en una posada del mísero pueblecillo de Monte-Allegro, cuyos habitantes, consumidos por la *mal'aria* tiritaban al sol. Pero son griegos todavía, y su alegría resiste a todo. Algunos de ellos rodeaban la posada con curiosidad sonriente. Si hubiese yo sabido contarles algún cuento, sin duda hubiera logrado hacerles olvidar los quebrantos de la vida. Su aspecto revelaba inteligencia, y las mujeres, a pesar de tener ajado y curtido el rostro, se envolvían con gracia en su largo manto negro.

Veía ante mí las ruinas roídas por el viento del mar, y sobre las cuales no crece ni la hierba. La lúgubre tristeza del desierto reina en aquella tierra árida, cuyas entrañas agrietadas apenas alimentan algunas mimosas raquíticas, cactos y palmeras enanas. A veinte pies de distancia y a lo largo de un barranco blanqueaban los guijarros como un reguero de osamentas. Mi guía me explicó que se trataba de un arroyo.

Hacía quince días que estaba en Sicilia. Entré por la bahía de Palermo, que se abre entre las dos moles áridas y abrumadoras del Pellegrino y del Catalfano y que se extiende a lo largo de la Concha de Oro, cubierta de mirtos y de naranjos. Sentí una admiración tan grande, que resolví visitar esa isla tan noble por sus recuerdos y tan hermosa por sus cadenas de colinas. Viejo peregrino, encanecido en el Occidente bárbaro, me atreví a aventurarme en aquella tierra clásica, y buscándome un guía, fuí de Palermo a Trapani, de Trapani a Selimonte, de Selimonte a Sciacca, de donde salí esta mañana para dirigirme a Girgenti, donde espero hallar el manuscrito de Juan Toutmouillé. Todas las cosas bellas que he podido contemplar se hallan tan presentes en mi imaginación, que me parece una fatiga inútil el describirlas. ¿Para qué echar a perder mi viaje amontonando notas? Los amantes que quieren de veras no escriben sus dichas.

Entregado por completo a la melancolía del presente y a la poesía del pasado, con el alma anegada en bellas imágenes y los ojos cargados de perfiles armoniosos y puros, saboreaba en la posada de Monte-Allegro el rojo espeso de un vino de fuego, cuando vi entrar en la sala a una mujer joven y hermosa, con sombrero de paja y un vestido de seda cruda. Sus cabellos eran oscuros; sus ojos, negros y brillantes. En su modo de andar reconocí a una parisiense. Se sentó. El posadero puso ante ella una copa de agua fresca y un ramo de rosas. Al verla entrar me levanté, apartándome un poco por discreción y simulando que examinaba las imágenes piadosas adosadas a las paredes. Me di cuenta perfectamente de que al verme de espaldas hizo un ligero movimiento de sorpresa. Me acerqué a la ventana, y miré pasar los carritos que avanzaban por el camino pedregoso bordeado de cactos y de chumberas.

Mientras ella bebía agua helada, yo contemplaba el cielo. Se siente en Sicilia una voluptuosidad inexplicable, bebiendo agua fresca y respirando luminosidad. Murmuré para mí los versos del poeta ateniense:

¡Oh, santa luz, ojo de oro del día!

En tanto, la señora francesa me observaba con singular curiosidad, y aunque me esforzaba en no mirarla más de lo debido, sentí que no apartaba de mí sus ojos. Parece ser que poseo el don de adivinar las miradas que me dirigen sin mirar yo. Hay mucha gente que cree también poseer esa facultad misteriosa; pero, en realidad, no hay en ello ningún misterio, sino que percibimos algún indicio tan ligero que apenas nos damos cuenta de él. No sería imposible que yo hubiera visto los hermosos ojos de aquella señora reflejados en los cristales de la ventana.

Cuando me volví de pronto hacia ella, nuestras miradas se encontraron.

Una gallina negra entró en la estancia y se puso a picotear el suelo mal barrido.

—¿Quieres pan, brujita? —dijo la señora, echándole unas migajas que habían quedado sobre la mesa.

Reconocí la voz dulce que había oído por la noche en Santa Lucía.

—Perdóneme, señora —le dije en seguida—. Aunque sea un desconocido para usted, creo cumplir un deber agradeciéndole la solicitud que ha mostrado a un viejo compatriota, errante por las calles de Nápoles a las altas horas de la noche.

—¿Me ha reconocido usted? Yo también lo reconozco.

—¿En el aire que tengo de excelente persona?

—¡Ah! ¿Oyó usted lo que le dije a mi marido? Sentiría en el alma haberle disgustado.

—De ningún modo, señora. Sus palabras me halagaron. Y su observación me parece, en principio por lo menos, justa y profunda. La fisonomía no reside sólo en los rasgos del rostro. Hay manos espirituales y manos sin imaginación. Hay rodillas hipócritas y codos egoístas. Hombres arrogantes y... aire de persona excelente.

—Es verdad —dijo ella—. Pero es que a mí me parece también recordar su rostro. Hemos debido encontrarnos ya en Italia o en otro país. No sé dónde. El príncipe y yo viajamos mucho.

—No creo haber tenido nunca la suerte de verla en ninguna parte —respondí—. Soy un viejo solitario. He pasado mi vida encerrado entre libros, sin viajar nunca. Usted debió comprenderlo en mi actitud azorada, y por eso tuvo lástima de mí. Lamento haber vivido siempre arrinconado y quieto. Se aprende mucho en los libros, pero se aprende mucho más recorriendo países.

—¿Es usted parisiense?

—Sí, señora. Vivo desde hace cuarenta años en la misma casa y salgo muy poco. Es cierto que mi casa está situada en la orilla del Sena, en el lugar más ilustre y más hermoso del mundo. Desde mis ventanas veo las Tullerías, el Louvre, el Puente Nuevo, las torres de Nuestra Señora, los torreones del Palacio de Justicia y la aguda flecha de la Santa Capilla. Todas esas piedras hablan, y me cuentan la prodigiosa historia de los franceses.

Al oír aquel discurso, la joven pareció quedarse maravillada.

—¿Vive usted en el muelle? —me preguntó, vivamente.

—En el muelle Malaquais —le respondí—, en el tercer piso de una casa en la que se halla establecida una tienda de grabados. Me llamo Silvestre Bonnard. Mi nombre no es muy conocido; pero es el de un miembro del Instituto. Y para mí, basta con que mis amigos no lo olviden.

Ella me miró con una extraordinaria expresión de sorpresa, de interés, de melancolía, de enternecimiento. Y yo no podía comprender que un relato tan sencillo produjera a mi hermosa desconocida emociones tan diversas y tan vivas.

Esperaba que me explicase la causa de su sorpresa, cuando un coloso dulce y triste entró silenciosamente en la sala.

—Mi marido —me dijo ella—; el príncipe Tropof.

Y designándome a él:

—El señor Silvestre Bonnard, de la Academia Francesa.

El príncipe saludó bajando sus hombros altos, anchos y apesadumbrados.

—Querida mía —dijo—, estoy desolado por tenerte que arrancar a la conversación del señor Silvestre Bonnard. Pero el coche está enganchado, y es preciso que lleguemos a Mello antes de la noche.

Ella se levantó, tomó las rosas que el posadero le había ofrecido y se dispuso a salir. La seguí, mientras el príncipe examinaba los arreos de las mulas, comprobando la solidez de las cinchas y de los correajes. Deteniéndose bajo el emparrado, me dijo sonriendo:

—Vamos a Mello. Un pueblecito horrible a seis leguas de Girgenti. No podrá usted adivinar jamás a qué vamos allí. No trate usted de hacerlo porque no lo conseguiría. Vamos a buscar una caja de fósforos. Dimitri colecciona cajas de fósforos. Ha coleccionado ya toda clase de objetos: collares de perro, botones de uniforme, estampillas de correo. Pero, ahora, sólo las cajas de fósforos le interesan. Las cajitas de cartón con cromos. Hemos llegado a reunir ya cinco mil doscientos catorce modelos diferentes. Algunos nos ha costado muchísimo trabajo encontrarlos. Supimos que habían hecho en Nápoles una cajita con los retratos de Mazzini y de Garibaldi, y que la policía las había reco-

gido, encarcelando al fabricante. Después de mucho buscar y preguntar, hallamos una que nos la vendió un labriego por cien liras, denunciándonos después a la policía. Los esbirros registraron nuestro equipaje. No encontraron la cajita, pero se llevaron todas mis joyas. Desde entonces, le he tomado gusto a esta colección. En el verano iremos a Suecia, para completar las series.

No sé si atreverme a decir que experimento una piedad llena de simpatía hacia esos pertinaces coleccionistas. Indudablemente, hubiera preferido ver al señor y la señora de Trepof rebuscar mármoles antiguos, vasos pintados o medallas. Me hubiera gustado verlos interesarse por las ruinas de Agrigente y las tradiciones poéticas de Eryk. Pero, en fin, puesto que están formando una colección, pertenecen a la cofradía, y, ¿podría burlarme de ellos sin burlarme un poco de mí mismo?

—Ahora ya sabe usted —añadió— por qué viajamos por este horrible país.

Ante semejante salida, se borró mi simpatía y experimenté cierta indignación.

—Este país no es horrible, señora —le respondí—. Esta tierra es una tierra gloriosa. La belleza es algo tan grande y tan augusto en ella, que ni los siglos de barbarie consiguieron borrarla hasta el punto de que no queden de ella vestigios agradables. La majestad de la antigua Ceres planea todavía sobre esas colinas áridas, y la musa griega que hizo resonar con sus acentos divinos Arethusa y el Menala, resuena todavía cantando en mis oídos sobre la montaña desnuda y la fuente agotada. Sí, señora, en los últimos días de la tierra, cuando ruede por el espacio infinito el pálido cadáver de nuestro mundo deshabitado, como ahora lo está la luna, el suelo de las ruinas de Selinonte conservará, en medio de la muerte universal, signos de belleza. Y entonces, al menos entonces, no existirán ya bocas frívolas para blasfemar de sus grandezas solitarias.

No había acabado de pronunciar estas frases cuando comprendí que había cometido una simpleza. "Bonnard, me dije, un anciano que como tú ha consumido su vida ante los libros, no debe hablar con las mujeres". Felizmente, para mí, la señora de Trepof comprendió menos mi discurso que si le hubiera hablado en griego.

Y añadió con dulzura:

—Dimitri se aburre y yo también me aburro. Ahora nos entretenemos con las cajas de fósforos. Pero también llegan a aburrir las cajas de fósforos. En otro tiempo pesaban sobre mí muchas preocupaciones, y no me aburría. Verdaderamente, las preocupaciones son una gran distracción.

Enternecido por la miseria moral de aquella linda persona:

—Señora —le dije—, la compadezco por no tener hijos. Con un hijo, su vida tendría un objeto y sus reflexiones serían al mismo tiempo más graves y más consoladores sus pensamientos.

—Tengo un hijo —me respondió—. Mi Jorge ya es mayorcito, casi un hombre; ha cumplido ya ocho años. Le quiero lo mismo que cuando era pequeñito, pero ya es muy diferente.

Me tendió una rosa de su ramo y, sonriendo, me dijo al subir al coche:

—No puede usted figurarse la alegría que he tenido de verle. Espero que nos volveremos a encontrar en Girgenti.

Girgenti, el mismo día.

Me acomodé lo mejor que pude en mi *lettica*. La *lettica* es un coche sin ruedas o, si se quiere, una silla tirada por dos mulas, colocada una delante y la otra detrás. Su uso es muy antiguo. Muchas veces he visto estas literas, representadas en los manuscritos del siglo XIV. Entonces no pude imaginar que una litera como aquéllas me llevaría alguna vez desde Monte-Allegro a Girgenti. No hay que asombrarse de nada.

Durante tres horas las mulas hicieron tintinear sus campanillas, mientras golpeaban con sus cascos un suelo calcinado. En torno nuestro se extendían lentamente, tras las dos hileras de áloes, las formas áridas de una naturaleza africana; yo pensaba en el manuscrito del clérigo Juan Toutmouillé, y lo deseaba con un cándido ardor que me enternecía a mí mismo, por la inocencia infantil y la puerilidad conmovedora que advertía en él.

El perfume de una rosa que se hizo sentir con más intensidad a la caída de la tarde, me recordó a la señora de Trepof. Venus comenzaba a brillar en el cielo. Pensé: "La señora de Trepof es una mujer muy hermosa, muy sencilla y muy cerca de la naturaleza. Tiene instintos de gata. No he descubierto en ella ni lo más mínimo de esas nobles curiosidades que agitan a las almas reflexivas, y, sin embargo, ha sabido expresar a su manera un pensamiento profundo: "Las preocupaciones son una gran distracción". No ignora que en este mundo la inquietud y el sufrimiento son nuestras más seguras diversiones. Las grandes verdades no se descubren sin pena y sin trabajo. ¿Cuántos sufrimientos habrá costado a la princesa Trepof el aprenderlo?"

Girgenti, 1º de diciembre de 1869.

Al otro día me desperté en Girgenti, en casa de Gellias. Gellias era un rico ciudadano de la antigua Agrigente, tan célebre por su gene-

rosidad como por su magnificencia, el cual dotó a la ciudad con varias hospederías gratuitas. Gellias murió hace mil trescientos años, y hoy ya no existe la hospitalidad gratuita entre los pueblos civilizados. El nombre de Gellias es ahora el de un hotel donde, ayudado por la fatiga, pude dormir toda la noche.

La moderna Girgenti levanta sobre la acrópolis de la antigua Agrigente sus casas estrechas y apretadas, a las que domina una sombría catedral española. Veía desde mis ventanas, en medio de una cuesta que baja hacia el mar, la blanca hilera de templos medio derruídos. Sólo en estas ruinas existe alguna frescura. Todo lo demás es árido. El agua y la vida han abandonado Agrigente. El agua, la divina Nestis del agrigentino Empédocles, es tan necesaria a los seres animados, que nada puede vivir lejos de los ríos y de las fuentes. En el puerto de Girgenti, situado a tres kilómetros de la ciudad, hay mucho tránsito, y a este lugar triste, situado sobre una roca abrupta, es donde tengo que ir a buscar el manuscrito de Juan Toutmouillé. Hice que me indicaran la casa del señor Miguel Angel Polizzi, dirigiéndome hacia ella.

Encontré al señor Polizzi vestido de amarillo de pies a cabeza y friendo salchichas en una sartén. Al verme entrar, soltó la sartén y levantando los brazos prorrumpió en gritos de entusiasmo. Era un hombre bajito, cuyo rostro granujiento, la nariz respingona, la barbilla saliente y los ojos redondos, formaban una fisonomía extraordinariamente expresiva.

Me trató de Excelencia, diciéndome que iba a señalar aquella fecha con piedra blanca y me invitó a sentarme. El aposento donde nos hallábamos le servía a un tiempo de cocina, de salón, de alcoba, de estudio y de despensa. Allí se veían hornillos, una cama, lienzos, un caballete, botellas de vino y pimientos encarnados. Observé los cuadros que cubrían las paredes.

—¡Las artes, las artes! —exclamó el señor Polizzi, levantando de nuevo los brazos al cielo—. ¡Las artes! ¡Qué dignidad! ¡Qué consuelo! ¡Soy pintor, Excelencia!

Y me enseñó un San Francisco que estaba aún sin terminar, y que hubiera podido seguir así sin causar ningún perjuicio ni al arte ni al culto. Luego me hizo ver algunos cuadros antiguos de mejor escuela, pero que parecían restaurados con bastante indiscreción.

—Restauro cuadros antiguos —me dijo—. ¡Oh, los maestros antiguos! ¡Qué alma! ¡Qué genio!

—¿Entonces es verdad que es usted, al mismo tiempo, pintor, anticuario y negociante en vinos?

—Para servir a su Excelencia —me respondió—. Tengo en este momento un *zucco* del que cada gota es una perla de fuego. Quiero que lo pruebe su Señoría.

—Estimo los vinos de Sicilia — respondí—, pero no es por las botellas por lo que he venido a verle a usted, señor Polizzi.

—¿Será acaso un asunto relacionado con la pintura? ¿Es usted aficionado? Me produce una alegría inmensa recibir a los amantes de la pintura. Voy a enseñarle la obra maestra de Monrealese. Sí, Excelencia, ¡una obra maestra! ¡Una Adoración de los pastores! ¡Es la perla de la escuela siciliana!

—Tendré mucho gusto en ver esa obra. Pero antes hablemos del asunto por el que he venido.

Sus ágiles ojillos se detuvieron sobre mí con curiosidad. Y no sin experimentar una cruel angustia; me di cuenta de que ni siquiera sospechaba el objeto de mi visita.

Muy turbado y sintiendo que el sudor se helaba sobre mi frente, pude murmurar con tono plañidero una frase más o menos como esta:

—He venido expresamente desde París para informarme sobre un manuscrito de *La leyenda dorada*, que usted me había dicho que poseía.

A estas palabras, levantó los brazos, abrió desmesuradamente la boca y los ojos, y dió pruebas de la más viva agitación.

—¡Oh, el manuscrito de *La leyenda dorada!* ¡Una perla, Excelencia, un rubí, un diamante! Dos miniaturas tan perfectas, que hacen entrever el paraíso. ¡Qué suavidad! ¡Sus colores encantadores, como las corolas de las flores, son una miel para los ojos! ¡No ha hecho nada mejor Julio Clovio!

—Muéstremelo —le dije, sin poder disimular ni mi inquietud ni mi esperanza.

—¡Mostrárselo! —exclamó Polizzi—. ¡Si pudiera, Excelencia! ¡Ya no lo tengo! ¡Ya no lo tengo!

Y parecía querer arrancarse los cabellos. Seguramente se los hubiera arrancado sin que yo se lo impidiera. Pero él mismo se detuvo antes de llegar a hacerse daño.

—¿Cómo? —le dije lleno de cólera—. ¿Cómo? Me hace usted venir desde París a Girgenti para mostrarme un manuscrito, y cuando vengo me dice usted que ya no lo tiene. Es una cosa indigna, señor. Dejo que las gentes honradas juzguen su conducta.

Quien me hubiera visto, hubiera podido formarse una idea bastante aproximada de lo que puede ser un cordero rabioso.

—¡Es indigno! ¡Es indigno! —repetía, extendiendo mis brazos, que temblaban.

Miguel Angel Polizzi se dejó caer sobre una silla en la actitud de un héroe moribundo. Vi sus ojos llenarse de lágrimas, y sus cabellos, hasta entonces llameantes sobre su cabeza, caer en desorden sobre su frente.

—¡Soy padre, Excelencia, soy padre! —exclamaba juntando las manos. Y agregó entre sollozos—: Mi hijo Rafaelo, el hijo de mi pobre mujer, a la que lloro desde hace quince años que murió, Rafaelo, Excelencia, ha querido establecerse en París: ha alquilado una tienda en la calle Laffitte, para vender curiosidades. Yo le he dado cuanto poseía de más precioso, le he dado mis más bellas mayólicas, mis más bellas porcelanas de Urbino, mis cuadros de los maestros, ¡y qué cuadros, señor! ¡Todavía me deslumbran cuando los veo en mi imaginación! ¡Y todos firmados! En fin, le he dado el manuscrito de *La leyenda dorada*. Le hubiera dado mi carne y mi sangre. ¡Un hijo único! El hijo de mi pobre y santa mujer.

—¡De suerte —le dije— que mientras yo, fiado en su palabra, venía a buscar en el fondo de Sicilia el manuscrito del clérigo Toutmouillé, ese manuscrito estaba expuesto en una vidriera de la calle Laffitte, a quinientos metros de mi casa!

—Esa es la santa verdad; estaba allí —me respondió el señor Polizzi, serenándose de pronto—, y espero que afortunadamente continuará allí, Excelencia.

Y tomando una tarjeta que había sobre la mesa, me la ofreció, diciéndome:

—Aquí tiene usted las señas de mi hijo. Hágaselas conocer a sus amigos, y le quedaré muy obligado. Porcelanas, esmaltes, telas, cuadros; posee un surtido muy completo de objetos de arte, todo auténtico, todo antiguo; palabra de honor. Vaya usted a verle, y le enseñará el manuscrito de *La leyenda dorara*. Dos miniaturas de una frescura prodigiosa.

Cobardemente tomé la tarjeta que me tendía.

Aquel hombre abusó de mi debilidad, invitándome a propagar, entre mis relaciones, el nombre de Rafael Polizzi.

Ya había puesto yo la mano sobre el picaporte, cuando mi siciliano me agarró de un brazo. En aquel instante tenía un aire inspirado.

—¡Ah, Excelencia! —me dijo—. ¡Qué ciudad la nuestra! ¡Aquí ha nacido Empédocles! ¡Empédocles! ¡Qué grande hombre y qué gran ciudadano! ¡Qué audacia de pensamiento! ¡Qué virtud! ¡Qué alma! Hay en el puerto una estatua de Empédocles, ante la cual me descubro cada vez que paso. Cuando mi hijo Rafaelo estaba dispuesto a marcharse, para establecer su comercio de antigüedades en la calle Laffitte, de París, le conduje al puerto de nuestra ciudad y al pie de la estatua de Empédocles le di mi bendición paternal, diciéndole: "Acuérdate de Empédocles". ¡Ah, señor! Un nuevo Empédocles es lo que necesitaría hoy nuestra desdichada patria. ¿Quiere que le lleve a ver esa estatua, Excelencia? Le serviré de guía para visitar las ruinas. Le enseñaré el templo de Cástor y Pólux, el templo de Júpiter Olímpico, el templo de Juno Luciniano, los antiguos pozos, la tumba de Theron y la Puerta de Oro. Los guías de viajeros son generalmente unos burros. Yo soy un buen guía. Si quiere, haremos excavaciones y descubriremos tesoros. Poseo la ciencia, el don de las excavaciones: descubro obras maestras donde los sabios no habían encontrado nada.

Conseguí al fin librarme de él. Pero corrió detrás de mí, alcanzándome al pie de la escalera, me detuvo y me dijo al oído:

—Excelencia, escúcheme, le llevaré a la ciudad para presentarle a nuestras girgentinas: sicilianas, señor. ¡Belleza clásica! ¡También le enseñaré a nuestras campesinas! ¿Quiere usted?

—¡El diablo le lleve! —exclamé indignado y me lancé a la calle, dejándole con los brazos abiertos.

Cuando estuve lejos de su vista, dejándome caer sobre una piedra me puse a reflexionar con la cabeza entre las manos.

Pensaba: ¿sólo para oír tales ofrecimientos he venido a Sicilia?

Seguramente el tal Polizzi era un granuja y su hijo otro. Pero, ¿qué habían tramado? No podía vislumbrarlo. Entretanto, me sentía bastante humillado y entristecido.

Un paso ligero y un ruido de faldas me hicieron levantar la cabeza, y vi venir hacia mí a la princesa Trepof. Me retuvo sobre el banco y tomándome de una mano, me dijo con dulzura:

—Le andaba buscando, señor Silvestre Bonnard. Es una gran alegría para mí el haberlo encontrado. Desearía dejarle un buen recuerdo de nuestro encuentro. Lo deseo verdaderamente.

Y, mientras hablaba, me pareció ver bajo su velo una lágrima y una sonrisa.

El príncipe se aproximó a su vez, cubriéndonos con su sombra colosal.

—Muéstrale, Dimitri, muéstrale al señor Bonnard tu precioso botín.

Y el coloso me tendió, dócilmente, una cajita de fósforos, una vulgar cajita de cartón, ornada con una cabeza azul y roja que, según decía la inscripción, era la de Empédocles.

—Ya lo veo, señora, ya lo veo. Pero el abominable Polizzi, a cuya casa le aconsejo que no envíe jamás al señor Trepof, me ha malquistado para toda la vida con Empédocles. Y ese retrato no consigue hacerme más agradable al antiguo filósofo.

—Es feo —dijo ella—, pero es raro. Estas cajitas son muy difíciles de encontrar. Hay que comprarlas aquí mismo. A las siete de la mañana ya estaba Dimitri en la fábrica. Como verá usted, no hemos perdido el tiempo.

—Ya lo veo, señora —respondí con un tono amargo—, pero yo estoy seguro de haberlo perdido, ya que no he podido hallar lo que vine a buscar tan lejos.

Pareció interesarse por mi decepción.

—¿Está usted disgustado? —me preguntó—. ¿Puedo ayudarlo en algo? ¿No quiere usted contarme sus penas?

Se lo conté todo. Mi relato fué largo, pero llegó a conmoverla, pues me hizo de inmediato una serie de preguntas minuciosas, que a mí se me antojaron otros tantos testimonios de interés. Quiso saber el título exacto del manuscrito, su formato, su aspecto, su fecha; pidiéndome, por último, la dirección del señor Rafaelo Polizzi.

Y yo se la di, haciendo (¡oh, destino!) lo que el abominable Miguel Angel Polizzi me recomendara.

A veces resulta difícil dominarse. Volví a empezar con mis quejas y mis imprecaciones. Ahora la señora Trepof no pudo contener la risa.

—¿Por qué se ríe usted? —le dije.

—Porque soy una mujer muy mala —me respondió.

Y levantó el vuelo, dejándome solo y consternado sobre mi piedra.

París, 8 de diciembre de 1869.

Mis valijas, llenas aún, estaban estorbando en el comedor. Me hallaba yo sentado ante una mesa cargada con esos manjares apetitosos que el país de Francia produce para los gastrónomos. Comía de un pastel de Chartres, que por sí solo bastaría para hacernos amar la patria. Teresa, de pie ante mí, con las manos cruzadas sobre su delantal blanco, me miraba con benevolencia, inquietud y piedad. Amílcar se restregaba contra mis piernas, loco de alegría.

Acudió a mi memoria este verso de un antiguo poeta:

Feliz quien, como Ulises, ha hecho un bello [viaje.

—Bueno —pensaba yo—, me he paseado inútilmente y vuelvo con las manos vacías; pero, como el de Ulises, el mío ha sido un bello viaje.

Y habiendo tomado el último sorbo de café, pedí a Teresa mi bastón y mi sombrero, que ella me entregó con desconfianza. Temía un nuevo viaje, pero la tranquilicé, encargándole que la comida estuviese para las seis.

Ya de suyo constituía para mí un placer exquisito andar por las calles de París, de las que amo con verdadera ternura todas las piedras y todas las aceras. Pero, además, aquella vez tenía una finalidad, y me fuí en derechura a la calle de Laffitte. No tardé en descubrir la tienda de Rafaelo Polizzi. Se hacía notar por el gran número de cuadros antiguos que, aunque se hallaban firmados por nombres variadamente ilustres, descubrían entre sí cierto aire de familia, que hubiera podido dar idea de la fraternidad, sino hubiera atestiguado aún mejor los artificios del pincel de Polizzi padre. Enriquecida con aquellas obras maestras tan sospechosas, la tienda se adornaba además con curiosas chucherías, puñales, vinagreras, jarros, figulinas, molduras de cobre y platos hispanoárabes con reflejos metálicos.

Sobre un sillón portugués de cuero blasonado, se hallaba colocado un ejemplar de horas de Simón Vostre, abierto por la página que tiene una figura astrológica, y un viejo Vitruvio ostentaba, sobre un cofre, sus magistrales grabados de cariátides y de atlantes. Aquel aparente desorden, que ocultaba sabias disposiciones; aquella falsa casualidad con que los objetos estaban expuestos bajo la luz más favorable, hubiera aumentado mi desconfianza, si la que el solo nombre de Polizzi me inspiraba pudiera aumentar y no fuera ya sin límites.

El señor Rafaelo, que estaba allí como el alma única de todas aquellas formas diversas y confusas, me pareció un joven flemático, una especie de inglés. No revelaba en ningu-

na forma las facultades que su padre desplegaba en la mímica y la declamación.

Le dije lo que me había llevado hasta allí. Abrió un armario y sacó de su interior un manuscrito que dejó sobre la mesa, donde pude examinarlo con toda libertad.

En mi vida había experimentado una emoción semejante, exceptuando algunos meses de mi juventud, cuyo recuerdo, aunque viva cien años, permanecerá hasta mi última hora, tan fresco en mi alma como el primer día.

¡Era el manuscrito reseñado por el bibliotecario de sir Thomas Raleigh; era el manuscrito del clérigo Juan Toutmouillé el que veía, el que tocaba! La obra de Vorágine hallábase sensiblemente cercenada, pero aquello me importaba poco. Las inestimables adiciones del monje de Saint-Germain-des-Près estaban allí. ¡Eso era lo que importaba! Quise leer la leyenda de San Droctoveo, mas no pude. Leía todos los renglones a la vez y en mi cabeza resonaba un ruido semejante al que hace un molino de agua por la noche en el campo. Reconocí fácilmente que el manuscrito presentaba los caracteres de la más indudable autenticidad. La dos figuras de la Purificación de la Virgen y de la Coronación de Proserpina eran recargadas de dibujo y de un colorido chillón. Muy deterioradas en 1824, como lo atestiguaba el catálogo de sir Thomas, habían adquirido después una frescura nueva. Aquel milagro no me sorprendió. ¡Y qué me importaban las dos miniaturas! Las leyendas y el poema de Juan Toutmouillé, ¡eso era el tesoro! Yo miraba con ansia cuanto mis ojos podían abarcar.

Afectando un aire indiferente, pregunté al señor Rafaelo el precio de aquel manuscrito, haciendo votos, mientras esperaba su respuesta, por que el precio no subiese más que mis ahorros, muy disminuídos ya por un viaje costoso. El señor Polizzi me respondió que no podía disponer de aquel objeto que ya no le pertenecía, y que iba a ser subastado en el hotel de Ventas con otros manuscritos y algunos incunables.

Aquello fué un rudo golpe para mí. Esforzándome en tranquilizarme, pude responder aproximadamente esto:

—Estoy muy sorprendido, señor. Su padre, al que he visto hace poco tiempo en Girgenti, me informó que era usted el dueño de este manuscrito, y me parece que no le corresponde a usted hacerme dudar de la palabra de su señor padre.

—Lo era, en efecto — me respondió Rafaelo con la más absoluta naturalidad —, pero ya no lo soy. He vendido ese precioso manuscrito a un aficionado, a quien me está prohibido nombrar, y que por razones que yo no debo decir, se ve obligado a vender su colección. Honrándome con la confianza de mi cliente, redacté el catálogo y me encargué de dirigir la venta, que se verificará el 24 de diciembre próximo. Si quiere usted darme sus señas, tendré mucho gusto en mandarle un ejemplar del catálogo que tengo en prensa y en el que podrá usted hallar *La leyenda dorada*, descrita en el número 42.

Le dejé mis señas y me fuí.

La decente gravedad del hijo me desagradaba tanto como la impudicia mímica del padre. En el fondo de mi alma detestaba las farsas de aquellos viles negociantes. Resultaba clarísimo que los dos granujas se entendían para aquella venta en pública subasta, encomendada a un escribano, con objeto de hacer subir a un premio inmoderado el manuscrito que yo deseaba. Estaba entre sus manos. Los deseos, incluso los más inocentes, tienen la contra de que nos someten a otro, enajenándonos la libertad. Aquella reflexión fué cruel para mí, pero no aminoró en un ápice el deseo de poseer la obra del clérigo Toutmouillé. Mientras meditaba, disponiéndome a cruzar la acera, tuve que detenerme para dejar paso a un coche que marchaba en dirección contraria y dentro del cual pude reconocer, a través de los cristales, a la señora de Trepof, a quien dos caballos negros y un cochero envuelto en pieles como un boyardo, llevaban al galope. Ella no me vió.

—¡Ojalá — pensé — encuentre lo que busca, o por mejor decir, lo que le convenga! Sólo eso le deseo, en pago de la risa cruel con que respondió a mi decepción en Girgenti. Tiene un alma de pájaro.

Y, entristecido, llegué a los puentes.

Con su eterna indiferencia, la naturaleza nos condujo al día 24 de diciembre, sin prisa ni retraso. Me dirigí al hotel Bullión, colocándome en la sala número 4, junto a la mesa donde debía ponerse el tasador Boulouze y el perito Polizzi. Vi poco a poco llenarse la sala de caras conocidas. Estreché la mano de algunos antiguos libreros del muelle, pero la prudencia que todo gran interés inspira, aun a los más expansivos, me hizo callar la causa de mi insólita presencia en los salones del hotel Bullión. Por el contrario, interrogué a aquellos señores sobre el interés que les inspiraba la venta de Polizzi, y tuve el gusto de oírles hablar de objetos distintos del mío.

La sala fué llenándose lentamente de interesados y curiosos y con media hora de retraso el tasador, provisto de un martillo de marfil, el pasante cargado de expedientes, el perito con su catálogo y el voceador con una escudilla colocada en el extremo de una pértiga, subieron al estrado envueltos en burguesa solemnidad. Los mozos del salón se alinearon al pie de la mesa y después de anunciar el tasador que la venta comenzaba, reinó a medias el silencio.

Primero vendieron, a precios bajos, una colección insignificante de *Preces piae* con miniaturas. No necesito advertir que las miniaturas conservaban una lozanía admirable.

Lo módico de las tasaciones, alentó al grupo de los prenderos que se habían unido a nosotros, como si fueran de los nuestros. Los caldereros entraron también después, al abrirles las puertas de una sala vecina, y sus groseras expansiones ahogaron los gritos del voceador.

Un magnífico códice de la *Guerra de los Judíos*, reanimó la atención. Fué muy disputado durante un largo rato. "¡Cinco mil francos, cinco mil!", anunciaba el voceador, en medio del silencio de los caldereros, sobrecogidos de admiración. Siete u ocho antifonales hicieron caer de nuevo en los precios bajos. Una revendedora muy gruesa, con la cabeza descubierta y a cuerpo, animada por el tamaño del libro y lo módico de la tasación, adquirió uno de aquellos antifonales por treinta francos.

Por fin, el perito Polizzi puso sobre la mesa el número 42: *La leyenda dorada*, manuscrito francés inédito, dos miniaturas soberbias, tasado en tres mil francos.

—¡Tres mil! ¡Tres mil! — gañía el voceador.

—¡Tres mil! — repuso secamente el tasador.

Me zumbaban las sienes y, a través de una niebla, vi una multitud de rostros ansiosos que se volvían hacia el manuscrito abierto, paseado en torno de la sala por un dependiente.

—¡Tres mil cincuenta! — dije yo.

Me quedé espantado del sonido de mi voz y confuso al ver que todos los rostros se volvían hacia mí.

—¡Tres mil cincuenta a la derecha! — dijo el voceador, publicando mi ofrecimiento.

—¡Tres mil ciento! — repuso el señor Polizzi.

Y empezó un duelo heroico entre el perito y yo.

—¡Tres mil quinientos!

—Seiscientos.

—Setecientos.

—¡Cuatro mil!

—¡Cuatro mil quinientos!

—Después, de un salto formidable, el señor Polizzi alcanzó hasta los seis mil.

Seis mil francos era todo lo que yo tenía a mi disposición. Era para mí todo lo posible. Arriesgué lo imposible, gritando:

—¡Seis mil ciento!

Pero, ¡ay!, lo imposible todavía no era suficiente.

—Seis mil quinientos — replicó el señor Polizzi con calma.

Bajé la cabeza y me quedé con la boca abierta, sin atreverme a decir ni sí ni no al voceador que me gritaba:

—Seis mil quinientos para mí. No es para usted, sino para mí. ¡Seis mil quinientos!

—¡Ya lo estamos viendo! —dijo el tasador—. No puede haber error. ¡Seis mil quinientos! Conformes. ¿No hay quién dé más de seis mil quinientos francos?

Un silencio solemne reinaba en la sala. De repente, sentí que se me partía el cráneo. Era el martillo del oficial rematador que, dando un golpe seco sobre el estrado, adjudicaba irrevocablemente el número 42 al señor Polizzi. En seguida, la pluma del pasante, corriendo sobre el papel timbrado, registró aquel famoso hecho en una sola línea.

Me sentía abrumado; tenía necesidad de reposo. Sin embargo, no abandoné mi sitio. Poco a poco recobré la reflexión. La esperanza es muy tenaz. ¡Sentí nacer una esperanza! Pensé que quizá el nuevo poseedor de *La leyenda dorada*, podía ser un bibliófilo inteligente y liberal, que me permitiera estudiar el manuscrito y hasta dar a la publicidad sus partes más esenciales. Por eso, cuando hubo terminado la subasta, me acerqué al perito que bajaba del estrado:

—Señor perito — le dije —, ¿ha comprado usted el número 42, por su cuenta o por encargo?

—Por encargo. Tenía orden de adquirirlo a cualquier precio.

—¿Puede usted decirme el nombre del comprador?

—Estoy desolado por no poder acceder a ello. Me está terminantemente prohibido.

Y me alejé de allí desesperado.

30 de diciembre de 1869.

—Teresa, ¿pero no oye usted que están llamando a la puerta desde hace un cuarto de hora?

Teresa no me respondió. Seguramente estará de charla en la portería. ¿Así es cómo felicita usted el santo a su viejo amo? ¡Me abandona usted en la víspera de San Silvestre! ¡Ay! Si en este día llegaran hasta mí felicitaciones afectuosas, tendrían que salir de debajo de la tierra, ya que todos los que me amaban están enterrados hace tiempo. No sé lo que hago ya en este mundo.

Vuelven a llamar. Dejo lentamente el fuego y todo encogido, me dirijo a abrir la puerta. ¿Qué es lo que veo en el descansillo? No es el Amor mojado y yo tampoco soy el viejo Anacreonte. Es un precioso muchachuelo de ocho o nueve años. Está completamente solo; levanta la cabeza para verme. Sus mejillas se ruborizan, pero su naricilla respingada le da un aire desenvuelto. Lleva plumas en el sombrero y un gran cuello de encajes sobre su blusa. ¡Qué guapo muchacho! Sujeta con sus dos brazos un paquete que abulta tanto como él y me pregunta si soy el señor Silvestre Bonnard. Le respondo que sí; me entrega el paquete, diciéndome que es de parte de su mamá, y huye escaleras abajo.

Desciendo algunos escalones, me inclino sobre la barandilla y veo revolotear el sombrerito en la espiral de la escalera, como una pluma al viento. ¡Buenas tardes, pequeño! ¡Cuánto me hubiera gustado hablar con él! Pero, ¿qué le habría preguntado? No es delicado interrogar a los niños. Además, que el paquete puede instruirme mejor que el mensajero.

Era un paquete muy grande, pero no muy pesado. Lo deshago en mi biblioteca, le quito el papel que lo envuelve, y encuentro... ¿el qué?, un leño, un señor leño, un verdadero tronco de Navidad, pero de tan poco peso, que me inclino a creer que debe estar hueco. Descubro, en efecto, que se compone de dos trozos unidos por dos ganchos y que se abre por medio de dos visagras. Doy vuelta a los ganchos y me encuentro inundado de violetas. Caen sobre mi mesa, sobre mis rodillas, sobre la alfombra. Se deslizan en mi chaleco, en mis mangas. Estoy todo perfumado.

—¡Teresa! ¡Teresa! Traiga floreros llenos de agua. Tenemos aquí unas violetas que nos han llegado no sé de qué país ni de qué manos, pero deben ser de un país perfumado y de unas manos graciosas. Vieja corneja, ¿no me oye usted?

Puse las violetas sobre mi mesa, cubriéndola con ellas por entero con sus pétalos perfumados. Aun quedaba algo dentro del leño, un libro, un manuscrito. No puedo creerlo y no puedo dudar. Es *La leyenda dorada*, es el manuscrito del clérigo Juan Toutmouillé. Aquí está la *Purificación de la Virgen* y *El rapto de Proserpina*. Aquí está la leyenda de San Droctoveo. Contemplo aquella reliquia perfumada de violetas. Vuelvo las hojas, entre las que se han deslizado las florecitas pálidas, y encuentro, entre la leyenda de Santa Cecilia, una tarjeta con este nombre: PRINCESA TREPOF.

¡Princesa Trepof! Usted, que tan bellamente reía o lloraba bajo el hermoso cielo de Agrigente; usted, a quien un viejo melancólico creía una locuela, hoy estoy cierto de su bella y singular locura, y este buen hombre a quien usted ha colmado de alegría irá a besarle las manos, rindiéndole cuentas de este precioso manuscrito, gracias al cual la ciencia y él le deberán una exacta y suntuosa publicación.

Teresa entró en ese momento, muy agitada, en mi gabinete.

—Señor—me dijo—, ¿adivine usted a quién acabo de ver ahora mismo en un coche blasonado, estacionado frente a la puerta de la casa.

—¡A la señora de Trepof! — exclamé yo.

—Yo no conozco a ninguna señora de Trepof — me respondió mi sirvienta —. La mujer que yo acabo de ver, alhajada como una duquesa, y con un niño, cubierto de encajes, es aquella señora de Coccoz a quien usted envió un leño cuando ella dió a luz, hace de esto ocho años. La he reconocido muy bien.

—¿Es—le pregunté vivamente—, es, dígamelo usted, la señora de Coccoz, la viuda del vendedor de almanaques?

—Es ella, señor; la portezuela estaba abierta en tanto que su hijo, que salía de esta casa, subía al coche. No ha cambiado nada. ¿Y cómo van a envejecer estas mujeres? Nada las preocupa. La Coccoz está un poco más gorda que antes, eso es todo. ¡Una mujer a la que se recibió aquí por caridad, venir a hacer ostentación de sus terciopelos y sus diamantes en una carroza blasonada! ¿No es esto una vergüenza?

—Teresa — la increpé con una voz terrible —, si usted no me habla en adelante de esa dama con una profunda veneración, hemos acabado para siempre. Tráigame mis vasos de Sèvres, para poner estas violetas, que dan a la ciudad de los libros una gracia que jamás había tenido.

Mientras Teresa buscaba suspirando los vasos de Sèvres, yo contemplaba estas bellas violetas desparramadas, cuyo olor se expandía alrededor de mí como el perfume de un alma encantada, y me preguntaba cómo no había reconocido a la señora de Coccoz en la prin-

cesa Trepof. Pero había sido para mí una visión muy rápida la de la joven viuda mostrándome su hijito desnudo en la escalera. Tenía sobrada razón para acusarme de haber pasado junto a un alma tan atractiva y bella, sin haberlo adivinado.

—Bonnard—me decía a mí mismo—, sabes descifrar los viejos textos, pero no sabes leer en el libro de la vida. Esta aturdida señora de Trepof, a quien tú no concedías más que un alma de pájaro, ha demostrado, por gratitud, más fervor y más espiritualidad que jamás has puesto tú para complacer a nadie. Te ha pagado regiamente aquel leño... ¡Teresa, era usted una urraca y se ha convertido en una tortuga! ¡Venga a poner en agua estas violetas de Parma!

SEGUNDA PARTE

JUANA ALEXANDRE

Lusance, 8 de agosto de 1874.

Cuando descendía del tren en la estación de Melún, la noche extendía su paz sobre el campo silencioso. La tierra recalentada durante todo el día por un sol abrasador, por un "gras soleil", como dicen los segadores del valle de Viré, exhalaba un olor fuerte y cálido. A ras del suelo se arrastraban pesadamente los olores de las hierbas. Me sacudí el polvo del vagón y respiré con alegría. Mi saco de viaje, que mi sirvienta había abarrotado de ropas y menudos objetos de tocador, *munditiis*, me pesaba tan poco que lo agitaba como un pequeño escolar agita, al salir de la clase, el portalibros, en el que ceñidos por las correas se apiñan sus textos elementales.

¡Pluguiera al cielo que fuese yo todavía un chiquillo que va a la escuela! Pero no falta mucho para que haga los setenta años largos que mi difunta madre, habiéndome preparado con sus propias manos una rebanada de pan con miel, la metió en una cesta, de la que pasó el asa por mi brazo y, así provisto, me llevó a la escuela atendida por el señor Douloir, que se hallaba situada entre un patio y un jardín, en la esquina del pasaje del Comercio, muy conocido por los gorriones. El enorme señor Douloir nos sonrió con una gracia llena de regocijo y me acarició las mejillas, sin duda para expresar mejor la ternura que le había inspirado espontáneamente. Pero cuando mi madre hubo atravesado el patio en medio de los gorriones, que levantaban el vuelo ante ella, el señor Douloir dejó de sonreír, no me demostró ninguna ternura, dando a entender, por el contrario, que me consideraba como un pequeño ser bastante enojoso. Más tarde pude observar que experimentaba sentimientos de esa naturaleza respecto a todos sus alumnos. Nos distribuía los palmetazos con una agilidad que no se hubiese podido esperar de su maciza corpulencia. Si bien su primera ternura volvía a manifestarse cada vez que hablaba con nuestras madres en nuestra presencia, y entonces, mientras alababa nuestras felices disposiciones, nos envolvía en una mirada afectuosa. Fué un tiempo bien grato el que pasé sobre los bancos del señor Douloir con mis pequeños compañeros, que al igual que yo reían y lloraban de todo corazón de la mañana a la noche.

Después de más de medio siglo, estos recuerdos suben frescos y claros a la superficie de mi alma, bajo este cielo estrellado, que no ha sufrido ningún cambio desde entonces y cuyos fulgores, inmutables y serenos, verán sin desfallecer otros muchos escolares, como era yo entonces, convertirse en sabios catarrosos y encanecidos, como yo lo soy ahora.

¡Estrellas que habéis resplandecido sobre la cabeza, ligera o pesada, de todos mis ascendientes olvidados, a vuestro fulgor siento despertarse en mí una pena dolorosa! Quisiera tener una posteridad que todavía os contemple cuando yo no os vea ya más. ¡Sería padre y abuelo si tú lo hubieras querido, Clementina; tú, cuyas mejillas se mostraban tan frescas bajo tu capotita rosa! Pero te casaste con el señor Aquiles Allier, rico labrador nivernés con algo de nobleza, ya que el granuja de su padre, comprador de bienes nacionales, había adquirido la ejecutoria de sus señores junto con el castillo y las tierras. No he vuelto a verte desde que se verificó tu matrimonio, Clementina, y me imagino que tu vida habrá transcurrido bella, oscura y dulce, en tu castillo rústico. Un día quiso la casualidad, que supiera por uno de tus amigos, que habías abandonado esta vida, dejando una hija que se asemejaba a ti. Ante aquella noticia, que veinte años antes hubiera trastornado todas las energías de mi alma, se produjo en mí como un gran silencio. El sentimiento que llenó todo mi ser no fué un dolor agudo, sino la tristeza profunda y tranquila de un alma dócil a las grandes enseñanzas de la Naturaleza. Comprendí que lo que yo había amado no era más que una sombra. Pero tu recuerdo sigue siendo el encanto de mi vida. Tu figura amable, después de haberse marchitado lentamente, ha desaparecido bajo la hierba tupida. La juventud de tu hija ha pasado ya. Su belleza, sin duda ya no existe. Y yo te sigo viendo siempre, Clementina, con tus bucles rubios y tu capotita rosa.

¡Qué hermosa noche! Con noble languidez, reina sobre los hombres y los animales, a los que ha aliviado del yugo cotidiano, y percibo su benigna influencia, aun cuando por una costumbre de más de sesenta años no conozca las cosas más que por los signos que las representan. Para mí no hay en el mundo nada más que palabras, ¡por algo soy filólogo! Cada cual da forma a su manera al sueño de la vida. Yo he formado el mío en mi biblioteca y cuando me llegue la hora de abandonar este mundo, ¡permita Dios que me encuentre sobre mi escalera, delante de mis estantes cargados de libros!

—¡Eh! ¡Claro que es él! Buenas tardes, señor Silvestre Bonnard. ¿Adónde va usted andando por el campo con su paso ligero, mientras yo le esperaba delante de la estación con mi cabriolé? Se me escapó usted a la salida del tren y yo volvía a Lusance completamente burlado. Déme usted su saco de viaje y suba conmigo al coche. ¿Sabe usted que de aquí al castillo hay sus buenos siete kilómetros?

¿Quién me hablaba así a voz en cuello desde lo alto de un cabriolé? Pablo de Gabry, sobrino y heredero de Honorato de Gabry, par de Francia en 1842, recientemente fallecido en Mónaco. Era precisamente a casa de Pablo de Gabry donde yo me dirigía con mi valija bien repleta por mi sirvienta. Aquel excelente hombre acababa de heredar, juntamente con sus dos cuñados, los bienes de su tío, quien por ser descendiente de una familia de toga muy antigua, poseía en su castillo de Lusance una biblioteca rica en manuscritos, algunos de los cuales se remontaban hasta el siglo XIII. Para inventariar y catalogar aquellos manuscritos me dirigía yo a Lusance, accediendo a los ruegos de Pablo de Gabry, cuyo padre, hombre cortés y bibliófilo distinguido, había mantenido conmigo toda su vida relaciones muy cordiales. A decir verdad, el hijo no ha heredado las nobles inclinaciones de su padre. Pablo se ha consagrado a los deportes; es muy entendido en caballos y en perros, y me parece que de todas las ciencias propias para saciar o engañar la inagotable curiosidad de los hombres, las relativas a la cuadra y a la perrera son las únicas que posee plenamente.

No puedo decir que me sorprendió el encontrarle, puesto que estaba citado con él, pero confieso que arrastrado por el curso natural de mis pensamientos, había perdido de vista al castillo de Lusance y a sus dueños, hasta el punto de que la llamada del caballero campesino, al enfilar la carretera que se extendía ante mí como una cinta, resonó al pronto en mis oídos como un ruido inesperado.

Tengo motivos para temer que mi fisonomía me haya traicionado, dejando traslucir mi distracción incongruente por cierta expresión de estupidez, que la reviste en la mayoría de los casos en mi trato social. Mi valija fué colocada en el cabriolé y yo seguí a mi valija. Mi huésped me gustó por su franqueza y su sencillez.

—Yo no entiendo nada de esos viejos pergaminos — me dijo—, pero no le va a faltar con quien hablar de ellos en nuestra casa. Sin contar al cura, que escribe libros, y al médico que es muy simpático, aunque liberal, va usted a encontrar a alguien que lo tendrá a mal traer: mi mujer. No es que sea una sabia, pero creo que no hay nada que ella no adivine. Y cuento, a Dios gracias, con tenerle a usted entre nosotros por bastante tiempo, para hacerle conocer a la señorita Juana, que tiene dedos de maga y alma de ángel.

—¿Y esa señorita, tan singularmente dotada — le dije —, es de su familia?

—No — respondió Pablo, dirigiendo la mirada hacia las orejas de su caballo, que golpeaba con sus cascos la carretera azulada por la luna —. Es una muchacha amiga de mi mujer. Huérfana de padre y madre. Su padre nos hizo correr una arriesgada aventura de dinero, que no sólo nos costó el susto, sino bastante más.

Después, sacudiendo la cabeza y cambiando de tema, me advirtió del estado de abandono en que iba a encontrar el parque y el castillo, que habían estado deshabitados durante treinta y dos años.

Supe por él que Honorato de Gabry, su tío, estuvo durante toda su vida muy a mal con los cazadores furtivos del país, sobre los que su guarda jurado tiraba como si fueran conejos. Uno de ellos, un labriego vengativo, que había recibido en pleno rostro el plomo del señor, le acechó una noche detrás de los árboles y le faltó muy poco para matarlo, pues le quemó con una bala el lóbulo de una oreja.

—Mi tío — añadió Pablo —, quiso descubrir de dónde había partido el disparo, pero no pudo ver nada y siguió hacia el castillo sin apresurar el paso. Al día siguiente, habiendo hecho llamar a su administrador, le dió la orden de cerrar el castillo y el parque y de no dejar entrar en él alma viviente. Prohibió expresamente que tocaran nada, que cuidaran ni repararan nada en sus tierras, ni dentro de sus muros, hasta su regreso; añadiendo entre dientes, como en la canción, que vendría por la Pascua o por la Trinidad; y como en la canción, la Trinidad se pasó sin que se le volviera a ver. Murió en Cannes el año pasado, y mi cuñado y yo fuimos los primeros que entramos en el castillo abandonado desde hacía treinta y dos años. Encontramos un castaño nacido en medio del salón. En cuanto al parque, para poderlo recorrer, sería preciso que aun existiera el trazado de sus paseos.

Mi compañero se calló y sólo oímos el trote acompasado del caballo, en medio del zumbido de los insectos entre las hierbas. A los costados de la carretera, los haces apilados en los campos tomaban, bajo la incierta claridad de la luna, la apariencia de mujeres desmesuradas, blancas y de rodillas, y me abandoné a las magníficas puerilidades de las seducciones nocturnas. Habiendo pa-

sado bajo las espesas sombras de la arboleda, torcimos en ángulo recto y seguimos por una avenida señorial, a cuyo término el castillo se me apareció de pronto como una masa negra, con sus garitas formando torres en sus ángulos. Cruzamos una especie de calzada que da acceso al patio de honor y que, sobre el foso lleno de agua corriente, reemplaza al puente levadizo destruído hace largo tiempo. La pérdida de aquel puente levadizo, creo que debió ser la primera humillación que aquel castillo guerrero hubo de sufrir, antes de verse reducido al aspecto pacífico bajo el cual me recibió. Las estrellas se reflejaban en el agua sombría con una maravillosa nitidez. Pablo, como huésped cortés, me acompañó hasta mi habitación, situada en el último piso, al extremo de un largo corredor, y excusándose por no presentarme de inmediato a su mujer, a causa de lo avanzado de la hora, se retiró deseándome una buena noche.

Mi habitación, pintada de blanco y tapizada con telas persas, se hallaba impregnada de las gracias galantes del siglo XVIII. Cenizas todavía calientes, que me demostraban los cuidados que habían empleado para disipar la humedad, llenaban la chimenea, cuyo mármol soportaba un busto de María Antonieta en porcelana. Sobre el marco blanco del espejo oscurecido y manchado, había dos ganchitos de cobre, que usarían las damas de otras épocas, y que se ofrecieron gustosos a recibir mi reloj, al que tuve cuidado de dar cuerda, porque contrariamente a las máximas de los Telemitas, creo que el hombre no es dueño del tiempo, del tiempo, que es la vida misma, sino cuando lo ha dividido en horas, en minutos y en segundos; es decir, en parcelas proporcionadas a la brevedad de la existencia humana.

Y pensé que la vida nos parece corta porque la medimos inconsideradamente con respecto a nuestras locas esperanzas. Tenemos todos, como el anciano de la fábula, un ala que añadir a nuestro edificio. Yo deseo terminar antes de morirme la historia de los abades de Saint-Germain-des-Prés. El tiempo que Dios nos concede a cada uno de nosotros es como un precioso tisú, que cada cual borda lo mejor que puede. Yo he trabajado la trama del mío con toda clase de ilustraciones filológicas. Así divagaba mi pensamiento y, mientras me ataba el pañuelo a la cabeza, la idea del tiempo me hizo volver al pasado, y por la segunda vez en una vuelta del reloj pensé en ti, Clementina, para bendecirte en tu posteridad, antes de soplar mi bujía y de dormirme al son del croar de las ranas.

II

Lusance, 9 de agosto.

Durante el almuerzo tuve ocasión de apreciar la conversación de la señora de Gabry, la que me ha hecho saber que el castillo se ve frecuentado por fantasmas y especialmente por la "Dama de los tres pliegues en la espalda", envenenadora en vida y alma en pena después de muerta. No sabría decir cuánta vida y cuánta gracia supo comunicar a ese cuento de viejas. Tomamos el café en la terraza, cuyos balaustres, oprimidos y arrancados de sus soportes de piedra por una hiedra vigorosa, seguían aprisionados entre los nudos de la planta lasciva, en la actitud turbada de las mujeres tesalianas entre los brazos de los centauros raptores.

El castillo, con la forma de un carretón de cuatro ruedas, flanqueado por un torreón en cada ángulo, al cabo de una serie de reparaciones sucesivas había perdido todo carácter. Era una amplia y estimable construcción, nada más. Me pareció que no había sufrido grandes deterioros durante aquel abandono de treinta y dos años. Pero, cuando conducido por la señora de Gabry entré en el gran salón del piso bajo, pude ver los techos abombados, los zócalos podridos, los entarimados agrietados, las pinturas de los entrepaños ennegrecidas y desprendidas casi por completo de los marcos. Un castaño, levantando las tablas del suelo, había crecido allí y volvía hacia la ventana sin cristales los penachos de sus amplias hojas.

No pude contemplar aquel espectáculo sin inquietud, pensando que la rica biblioteca de Honorato de Gabry, instalada en un aposento contiguo, se veía expuesta hacía tanto tiempo a aquellas influencias deletéreas. Sin embargo, contemplando el joven castaño del salón, no he podido dejar de admirar el magnífico vigor de la naturaleza y la irresistible fuerza que impulsa a todo germen a desarrollarse en la vida. Por el contrario, me entristecía el pensar que el esfuerzo que hacemos nosotros, los eruditos, para retener y conservar las cosas muertas, es un vano y penoso esfuerzo. Todo aquello que ha vivido es el alimento necesario para las nuevas existencias. El árabe que se construye una cabaña con los mármoles de los templos de Palmira, es más filósofo que todos los conservadores de los museos de Londres, de París y de Munich.

Lusance, 11 de agosto.

¡Dios sea loado! La biblioteca, situada al levante, no ha sufrido perjuicios irreparables. Fuera de la pesada hilera de los viejos *Coutumiers* in folio, que los lirones han taladrado de parte a parte, los libros están intactos dentro de sus armarios enrejados. He pasado toda la mañana clasificando manuscritos. El sol penetraba por las altas ventanas sin cortinas y a través de mis lecturas, a menudo muy interesantes, oía el chocar pesadamente de torpes zumbidos contra

los cristales, crujir los entarimados, y a las moscas ebrias de luz y de calor, batir sus alas en círculo sobre mi cabeza. Hacia las tres su bordoneo aumentó a tal punto que me obligó a levantar la cabeza que tenía inclinada sobre un documento sumamente precioso para la historia de Melún en el siglo XIII, y me puse a considerar los movimientos concéntricos de aquellas bestiecillas o "bestiazas", como decía Lafontaine. Pude comprobar que el calor obra sobre las alas de las moscas de muy distinta manera que sobre el cerebro de un archivero paleógrafo, pues yo experimentaba una gran dificultad para pensar y un embotamiento bastante agradable, del que no podía librarme sino por un esfuerzo violento. La campana llamando a comer me sorprendió en medio de mis trabajos y tuve que hacer mi *toilette* a toda prisa, para presentarme correctamente ante la señora de Gabry.

La comida, servida con proligidad, se prolongó considerablemente. Tengo un talento, quizás superior a lo corriente, para apreciar los sabores. Mi huésped, percatándose de mis conocimientos sobre la materia, los estimó lo bastante como para descorchar en honor mío cierta botella de Chateau-Margaux. Bebí con respeto aquel vino de gran raza y de noble virtud, del que nunca se podrá alabar bastante su aroma y su fuego. Aquel riego ardiente circuló por mis venas, animándome de un entusiasmo juvenil. Sentado en la terraza cerca de la señora de Gabry, en el crepúsculo que envolvía en el misterio las formas agrandadas de los árboles, tuve el placer de expresarle mis impresiones con una vivacidad y una elocuencia verdaderamente asombrosas en un hombre desprovisto de imaginación como lo soy yo. Acerté a describirle espontáneamente, y sin buscar la ayuda de ningún texto antiguo, la dulce tristeza de la noche y la belleza de nuestra tierra natal, que nos nutre no sólo de pan y de vino, sino también de ideas, de sentimientos y de creencias, y que nos acogerá a todos en su seno maternal como a niños fatigados por una larga correría.

—Mire usted — me dijo aquella amable dama —, mire esas viejas torres, esos árboles, ese cielo. ¡Cuántos personajes de cuentos y canciones populares habrán salido de todo ésto! ¡Vea usted allí abajo el sendero por el que Caperucita Roja iba al bosque a buscar avellanas! Ese cielo cambiante y semivelado siempre, fué surcado por los carros de las hadas, y la torre del norte ha podido ocultar antaño, bajo su techo puntiagudo, a la vieja hilandera cuyo huso pinchó a la Bella Durmiente del Bosque.

Meditaba yo todavía sobre aquellas sutiles palabras, mientras que Pablo me refería, a través de las bocanadas de humo de un soberbio cigarro, no sé qué proceso instruído por él en el distrito, a propósito de una presa y toma de agua. La señora de Gabry, sintiendo el frescor de la noche, se estremeció bajo su chal y se dispuso a dejarnos para retirarse a su habitación. Yo resolví entonces, en vez de subir a la mía, volver a la biblioteca, para continuar el examen de los manuscritos. A pesar de la oposición de Pablo, que se obstinaba en que fuese a acostarme, entré en lo que llamaríamos en lenguaje antiguo "la librería", y me puse a trabajar a la luz de la lámpara.

Después de haber leído quince páginas, evidentemente escritas por algún amanuense ignorante y distraído, pues me costó algún trabajo alcanzar su significado, hundí la mano en el amplio bolsillo de mi levita para sacar mi tabaquera, pero aquel movimiento tan natural y casi instintivo, me costó en aquella ocasión un poco de esfuerzo y de fatiga. Sin embargo, abrí la cajita de plata, sacando de ella algunos granos de polvo aromático, que se esparcieron a lo largo del plastrón de mi camisa, bajo mi chasqueada nariz. Estoy cierto de que mi nariz expresaría mi decepción, porque es sumamente expresiva. Ha traicionado muchas veces mis más íntimos pensamientos y singularmente en la biblioteca pública de Coutances, donde descubrí, ante las barbas de mi colega Brioux, el cartulario de Nuestra Señora de los Angeles.

¡Cuál no sería mi alegría! Mis ojos pequeños y opacos detrás de los anteojos, nada dejaron traslucir. Pero a la sola vista de mi nariz respingona, que se estremecía de contento y de orgullo, Brioux adivinó que había logrado un hallazgo. Se fijó en el volumen que tenía en la mano, vió el lugar donde lo dejaba, y en cuanto me marché, fué a cogerlo pisándome los talones, lo copió a escondidas y lo publicó a toda prisa, para jugarme una mala pasada. Pero, creyendo fastidiadarme, fué él quien se fastidió. Su edición estaba llena de errores y tuve la satisfacción de poner de manifiesto algunos yerros de mucho bulto.

Volviendo al punto en que me había quedado, sospeché que una pesada somnolencia entorpecía mi espíritu. Tenía ante mis ojos una carta foral, de la que podrán imaginar fácilmente el interés que me inspiraba, cuando haya dicho que en ella se hace mención de una gazapera vendida a Juan de Estourville, sacerdote, en 1212. Pero, aunque me diera cuenta en seguida de su importancia, no le presté toda la atención que tal documento exigía imperiosamente. Mis ojos, aunque yo no quisiera, se volvían hacia un lado de la mesa que no contenía ningún objeto importante desde el punto de vista de la erudición. Allí no había más que un volumen alemán bastante grande, encuadernado en piel de cerda, con clavos de cobre en las tapas y gruesas nervaduras en el lomo. Era un hermoso ejemplar de la recopilación, recomendable únicamente por los grabados en madera con que está ornada y que es tan conocida bajo el título de *Crónica de Nuremberg*. El volumen, cuyas tapas estaban ligeramente entreabiertas, reposaba sobre un canto mediano.

No podría decir durante cuánto tiempo mis miradas eran atraídas sin causa ninguna sobre aquel viejo infolio, cuando se sintieron cautivadas por un espectáculo tan extraordinario, que hasta un hombre totalmente desprovisto de imaginación, como lo soy yo, debía sentirse vivamente impresionado.

Vi de repente, sin haberme dado cuenta de su llegada, una personita sentada sobre el lomo del libro, con una rodilla doblada y la otra colgando, o sea poco más o menos en la postura que adoptan sobre el caballo las amazonas de Hyde Park o del bosque de Bolonia. Era tan pequeña que su pie colgante no llegaba a la mesa, sobre la que se ostentaba, serpenteando, la cola de su vestido. Pero su rostro y sus formas eran los de una mujer adulta. La amplitud de su corpiño y la morbidez de su busto, no dejaban ningún lugar a dudas respecto a este particular, ni aun tratándose de un viejo sabio como yo. Añadiría, sin temor de equivocarme, que era muy bella y de rostro altivo, pues mis estudios iconográficos me han habituado desde hace tiempo a reconocer la pureza de un tipo de raza y el carácter de una fisonomía. La figura de aquella dama, sentada tan inopinadamente sobre el lomo de una *Crónica de Nuremberg*, respiraba una nobleza mezclada de rebeldía. Tenía aires de reina, pero de una reina caprichosa; y comprendí, sólo por la expresión de su mirada, que ejercía en alguna parte gran autoridad, con mucha fantasía. Su boca era imperiosa e irónica, y sus ojos azules sonreían de una manera inquietante, bajo sus cejas negras de arco purísimo. He oído decir siempre que las cejas negras les sientan muy bien a las rubias y aquella dama era rubia. En suma, daba una impresión de grandeza.

Puede parecer extraño que una persona de la estatura de una botella y que hubiera desaparecido en el bolsillo de mi levita, si no resultara una irreverencia el meterla allí, diera precisamente una idea de grandeza. Pero había en las proporciones de la dama sentada sobre la *Crónica de Nuremberg* una esbeltez tan altiva y una armonía tan majestuosa; guardaba una actitud a la vez tan sencilla y tan noble, que me pareció grande. Aunque mi tintero, que ella consideraba con una atención burlona, como si hubiera podido leer por adelantado todas las palabras que debían salir adheridas a los puntos de mi pluma, fuese para ella una palangana profunda, en la que hubiera podido ennegrecer hasta la liga de sus medias de seda rosa, recamadas de oro, era grande, os lo aseguro, e imponente en su jovialidad.

Su traje, muy apropiado para su fisonomía, era de una extremada magnificencia. Consistía en un vestido de brocado de oro y plata, y un manto de terciopelo nacarado, forrado de un finísimo tornasol. Ostentaba en su cabeza una especie de toca de dos cuernos, que perlas de un bello oriente hacían clara y luminosa, como el creciente de la luna. Su diminuta mano blanca sostenía una varita, que llamó mi atención, tanto más cuanto que mis estudios arqueológicos me han predispuesto a reconocer, con alguna certeza, las insignias por las que se distingue a las personas notables de la leyenda y de la historia. Es, me dije, la varita de un hada; por consiguiente, la dama que la tiene en la mano es un hada.

Dichoso por saber la clase de persona con quien tenía que habérmelas, procuré coordinar mis ideas para dirigirle un cumplido respetuoso. Hubiera experimentado alguna satisfacción, lo confieso, hablándole doctamente del papel desempeñado por sus semejantes, tanto en las razas sajonas y germánicas, como en el Occidente latino. Tal disertación pensaba yo que era un medio ingenioso de agradecer

aquella dama el haberse aparecido a un viejo erudito, contrariamente a los usos comunes a sus semejantes, que no se mostraron más que a niños ingenuos y a campesinos incultos.

Aun siendo hada, no dejará de ser mujer, me decía yo, y puesto que Mme. Recamier, según se lo he oído referir a J. J. Ampère, tenía en cuenta la impresión que producía su belleza en los deshollinadores, la dama sobrenatural que está sentada sobre la *Crónica de Nuremberg*, debe sin duda sentirse halagada de oír a un erudito tratarla doctamente, como a una medalla, un sello, una fíbula o una ficha. Pero tal empresa, que le costaba mucho a mi timidez, se hizo verdaderamente imposible cuando vi a la dama de la *Crónica* sacar vivamente de una escarcela que llevaba a un costado las avellanas más pequeñas que he visto jamás, partiendo las cáscaras con los dientes y arrojándomelas a las narices, mientras mordisqueaba el fruto con la gravedad de un niño que mama.

En tal coyuntura hice lo que exigía la dignidad de la ciencia: me quedé callado. Pero las cáscaras me producían un penoso cosquilleo y al llevarme la mano a la nariz pude comprobar con gran sorpresa que mis anteojos estaban cabalgando en la punta y que por lo tanto yo veía a la dama no a través de los cristales, sino por encima de ellos, cosa incomprensible, puesto que mis ojos gastados sobre los viejos textos no distinguen sin lentes un melón de un frasco, aunque ambos estén junto a mis narices.

Esta nariz, notable por su tamaño, su forma y su color, atrajo legítimamente la atención del hada, que apoderándose de mi pluma de ganso que se elevaba como un penacho por encima del tintero, paseó por mi nariz las barbas de aquella pluma. A veces, he tenido ocasión de prestarme a las travesuras inocentes de las muchachas que me asociaban a sus juegos, ofreciéndome su mejilla para que la besara a través del respaldo de una silla, o invitándome a apagar una bujía que levantaban de pronto, hasta ponerla fuera del alcance de mi aliento. Pero hasta entonces, ninguna persona del otro sexo me había sometido a caprichos tan familiares como cosquillearme las narices con las barbas de mi propia pluma. Me acordé, felizmente, de una máxima de mi difunto abuelo, que siempre decía que todo les estaba permitido a las damas y que cuanto proviene de ellas es una gracia y un favor. Y recibí como favor y como gracia las cáscaras de las avellanas y las barbas de la pluma, procurando sonreír. Y además, tomé la palabra:

—Señora — le dije, con finura y dignidad —, ha otorgado usted el honor de su visita no a un mocoso, ni tampoco a un rústico, sino a un bibliotecario, que se siente muy dichoso por haberla conocido, y que sabe que en otros tiempos enmarañaba usted en el pesebre las crines de los jumentos, se bebía la leche de las jarras espumantes, deslizaba polvos de pica pica por las espaldas de las abuelas, hacía chisporrotear la lumbre del fogón en las narices de las buenas gentes; en una palabra, sembraba usted el desorden y la alegría en la casa. Además, puede usted alabarse de haber dado por la noche en los bosques los más estupendos sustos del mundo a las parejitas rezagadas. Pero la creía desvanecida para siempre desde hace lo menos tres siglos. ¿Es posible, señora, que se la pueda ver en esta época de caminos de hierro y de telégrafo? Mi portera, que en sus tiempos fué nodriza, ya no conoce su historia, y mi vecinito, a quien su niñera tiene que sonar todavía, afirma que no existe usted ya.

—¿Qué está usted diciendo? — exclamó con voz argentina, irguiendo su figurita regia de una manera arrogante y fustigando como a un hipógrifo, el lomo de la *Crónica de Nuremberg*.

—No lo sé — le respondí, restregándome los ojos.

Tal respuesta, impregnada de un escepticismo profundamente científico, produjo sobre mi interlocutora un efecto deplorable.

—Señor Silvestre Bonnard — me dijo —, no es usted más que un pedante. Siempre lo había sospechado. El más pequeño de los rapazuelos que van por los caminos con el faldón de la camisa asomando por la delantera de los calzones, me conoce mejor que toda la gente de anteojos de vuestros institutos y vuestras academias. Saber no es nada, imaginar lo es todo. Sólo existe lo que se imagina. Yo soy pura imaginación. ¡Me parece que eso es existir! ¡Me sueñan y aparezco! Todo no es sino sueño, y puesto que nadie sueña con usted, Silvestre Bonnard, es usted el que no existe. Soy el encanto del mundo; estoy en todas partes, sobre un rayo de luna, en el temblor de un manantial oculto, en el agitado follaje que canta, en los blancos vapores que suben al amanecer de lo hondo de las praderas, en medio de los matorrales y en medio de las rosas, en todas partes... El que me ve, me ama. Suspiran y se estremecen sobre la huella ligera de mis pasos que hacen cantar a las hojas muertas. Hago sonreír a los niños, infundo gracia a las nodrizas más torpes. Inclinada sobre las cunas, inquieto, consuelo, adormezco, ¡y usted duda de que existo! Silvestre Bonnard, su caliente y mullida bata, recubre la piel de un burro.

Se calló. La indignación hinchaba su delicada nariz, y en tanto que yo admiraba, a pesar de mi despecho, la cólera heroica de aquella personita, ella paseó mi pluma por el tintero como un remo por un lago y me la tiró a las narices con los puntos hacia adelante.

Me restregué la cara que sentía mojada de tinta. Ella había desaparecido. Mi lámpara estaba apagada; un rayo de luna atravesaba los cristales y caía sobre la *Crónica de Nuremberg*. Un viento fresco, que se había levantado sin que yo lo advirtiese, hacía volar las plumas, los papeles y las obleas. La mesa estaba toda manchada de tinta. Había dejado entreabierta la ventana durante la tempestad. ¡Qué imprudencia!

III

Lusance, 12 de agosto.

He escrito a mi sirvienta, según le había prometido, que estoy sano y salvo. Pero me he guardado muy mucho de decirle que he tenido un catarro de cabeza por haberme dormido una noche en la biblioteca con la ventana abierta, ya que la excelente mujer no hubiera escatimado sus recomendaciones. "¡Ser tan poco razonable a su edad, señor!" Es lo bastante ingenua para creer que el buen sentido aumenta con los años. A mí me juzga una excepción sobre ese particular.

Como no tenía los mismos motivos para silenciar mi aventura a la señora de Gabry, le referí mi sueño con toda clase de detalles. Se lo referí tal como aparece en este diario y tal como lo tuve dormido. Ignoro el arte de las ficciones. Sin embargo, puede ocurrir que al escribirlo y al contarlo haya añadido aquí y allí, algunas circunstancias y algunas palabras que no hayan existido al principio, no ciertamente con el prurito de alterar la verdad, sino más bien por secreto deseo de esclarecer y completar lo que permanecía oscuro y confuso, cediendo quizás a ese gusto por las alegorías que he recibido de los griegos en mi infancia.

La señora de Gabry me escuchó sin desagrado.

—Su visión — me dijo — es encantadora, y hay que tener bastante ingenio para forjar visiones semejantes.

—Debe ser — le respondí — que tengo ingenio cuando duermo.

—Cuando sueña usted — repuso ella —. ¡Y se pasa la vida soñando!

Sé muy bien que hablando de este modo, la señora de Gabry no abrigaba otro propósito que el serme agradable; pero sólo por esa idea

Táctica



—Esta noche, durante la función, me desmayaré. Uno de los internos está enamorado de mí, pero no se atreve a hablarme.

merece todo mi reconocimiento, y por ese sentimiento de gratitud y de dulce remembranza, es por lo que lo anoto en este cuaderno, que releeré hasta mi muerte, pero que no será leído por nadie más que por mí.

Los días siguientes los empleé en terminar el inventario de los manuscritos de la biblioteca de Lusance. Algunas palabras confidenciales que se le escaparon a Pablo de Gabry, me produjeron una sorpresa penosa y me determinaron a llevar el trabajo de muy distinta manera de como lo había comenzado. Supe por él que la fortuna de Honorato de Gabry, mal administrada desde tiempo atrás y aminorada en gran parte por la quiebra de un banquero, cuyo nombre no quiso revelarme, fué sólo transmitida a los herederos del antiguo par de Francia bajo la forma de inmuebles hipotecados y créditos incobrables.

Pablo, de acuerdo con sus coherederos, estaba decidido a vender la biblioteca, y tuve que buscar el medio de llevar a cabo aquella venta lo más ventajosamente posible. Extraño como soy a todo asunto de negocios, resolví pedir consejo a un librero amigo mío. Le escribí para que fuera a reunirse conmigo en Lusance y, mientras esperaba su llegada, cogí mi bastón y mi sombrero y me dediqué a visitar las iglesias de las diócesis, algunas de las cuales encerraban inscripciones funerarias que aun no habían sido transcritas correctamente.

Dejé a mis huéspedes y partí a mi peregrinación. Explorando durante todo el día las iglesias y los cementerios, visitando a los curas y a los escribanos de los pueblos, cenando en la posada con los buhoneros y los tratantes de ganado, acostándome entre sábanas perfumadas con espliego, experimenté durante toda una semana un placer apacible y profundo, observando, mientras pensaba en los muertos, realizar a los vivos su trabajo cotidiano. En lo que se refiere al objeto de mis investigaciones, logré tan sólo algunos descubrimientos triviales, que me produjeron una alegría moderada y y por lo mismo saludable y nada fatigosa. Llegué a descubrir algunos epitafios interesantes, añadiendo a la vez a este pequeño tesoro unas cuantas recetas de cocina rústica, que un buen cura quiso regalarme.

Enriquecido de este modo, regresé a Lusance y atravesé el patio de honor con la íntima satisfacción de un burgués que entra en su casa. Era éste un efecto de la bondad de mis huéspedes, y la impresión que yo sentí entonces bajo su techo, prueba bien a las claras, mejor que todos los razonamientos, la excelencia de su hospitalidad.

Llegué hasta el gran salón sin encontrar a nadie, y el joven castaño que extendía allí sus espesas hojas, me hizo el efecto de un amigo. Pero lo que vi en seguida sobre la consola, me produjo tan gran sorpresa, que tuve que sujetarme con las dos manos mis anteojos sobre la nariz, palpándome después, para obtener una noción, aunque sólo fuera superficial, de mi propia existencia. Me asaltaron la imaginación en un segundo veinte ideas, de las que la más verosímil era la de que me había vuelto loco. Me parecía imposible que existiera lo que yo veía, y también me era imposible no verlo como una cosa que existía. Lo que causaba mi sorpresa, reposaba, como ya he dicho, sobre la consola, rematada por un espejo turbio y picado.

Me vi en aquel espejo y puedo asegurar que una vez en mi vida he contemplado la imagen perfecta de la estupefacción. Pero, dándome la razón a mí mismo, aprobaba en mi fuero interno mi estupefacción ante una cosa tan estupenda.

El objeto que examinaba con un asombro que la reflexión no lograba disminuir, se prestaba a mi examen con una absoluta inmovilidad. La persistencia y la fijeza del fenómeno, excluían toda idea de alucinación. No padezco ninguna de esas afecciones nerviosas que perturban el sentido de la vista. Esas afecciones son debidas generalmente a trastornos estomacales y, a Dios gracias, tengo un estómago excelente. Además, las ilusiones de la vista suelen ir acompañadas de circunstancias particulares y anormales, que impresionan a los propios alucinados, inspirándoles una especie de terror. Yo no experimentaba nada parecido, y el objeto que contemplaba, aunque imposible en sí, se me aparecía con todas las condiciones de la más absoluta realidad. Pude observar que tenía tres dimensiones, que estaba coloreado y que proyectaba sombra. ¡Ah! ¡Cómo lo examiné! Los ojos se me llenaron de lágrimas y me vi precisado a limpiar los cristales de mis anteojos.

Por fin tuve que rendirme a la evidencia y comprobar que tenía delante de mi vista al hada, al hada con que había soñado la otra noche en la biblioteca. ¡Era ella, puedo asegurarlo, era ella! Conservaba todavía su aire de reina infantil, su actitud dócil y altiva; sostenía en la mano su varita de avellano; llevaba la misma toca, formando dos cuernos, y la cola de su vestido de brocado serpenteaba en torno a sus piececitos. Su mismo rostro, su mismo talle. Era ella, y, para que no se pudiera dudar, estaba sentada sobre el lomo de un grueso y viejo librote, muy parecido a la *Crónica de Nuremberg*. Su inmovilidad me tranquilizaba sólo a medias, y temía verdaderamente que se pusiera de nuevo a sacar avellanas de su escarcela, para tirarme las cáscaras a la cara.

Me quedé allí con los brazos colgando y la boca abierta, cuando la voz de la señora de Gabry, resonó en mis oídos:

—¿Está usted examinando su hada, señor Bonnard? — me dijo la dueña de la casa —. ¿Qué? ¿La encuentra usted parecida?

Aquellas palabras fueron pronunciadas de prisa; pero, mientras las oía, tuve tiempo de reconocer que mi hada era una figurita modelada en cera coloreada, con mucho gusto y sentimiento, por una mano inexperta aun. El fenómeno, llevado así a una interpretación racional, no dejaba de sorprenderme. ¿Por qué y cómo la dama de la *Crónica* había llegado a alcanzar una existencia material? Eso era lo que deseaba saber.

Volviéndome hacia la señora de Gabry, pude advertir que no estaba sola. Una adolescente, vestida de negro, se hallaba junto a ella. Tenía los ojos de un gris tan dulce como el cielo de la Isla de Francia, y de una expresión inteligente y cándida. Al extremo de sus brazos, un poco flacos, se atormentaban dos manos finas pero coloradas, como suelen ser las manos de las muchachitas. Encerrada en su traje de merino, aparecía tiesa como un árbol nuevo, y su boca grande anunciaba la franqueza. No puedo expresar lo mucho que me agradó aquella criatura en cuanto la vi. No era bella, pero los dos hoyuelos de sus mejillas y el de su mentón, sonreían, y toda su persona, que conservaba todavía una inocencia desmañada, tenía un no sé qué de vigor y de bondad.

Mis miradas fueron de la figurita a la muchacha, y vi que ésta se ruborizaba, pero francamente, ampliamente, a oleadas.

La señora de Gabry, que acostumbrada a mis distracciones, me hacía con gusto dos veces la misma pregunta, me dijo:

—¿Qué, es verdaderamente la dama que entró a verle, por la ventana que usted se había dejado abierta? Ella fué muy resuelta, pero usted muy imprudente. ¿Qué, la reconoce usted?

—Es ella — le respondí —, y la vuelvo a encontrar sobre esta consola tal como la vi sobre la mesa de la biblioteca.

—Si así es — respondió la señora de Gabry —, debe usted ese parecido a usted mismo, que siendo un hombre desprovisto de imaginación, como dice usted serlo, sabe pintar sus sueños con tan vivos colores; después a mí, que retuve y supe describir fielmente su sueño, y, por último y sobre todo, a la señorita Juana, quien siguiendo mis indicaciones precisas ha modelado la cera como puede usted ver.

La señora de Gabry, mientras hablaba, había tomado la mano de la jovencita, pero ésta, desasiéndose, huyó por el parque.

—¡Juana!... ¿Pero se puede ser salvaje hasta ese punto? ¡Ven, que voy a regañarte!

De nada sirvió este llamamiento, y la muchacha desapareció entre la espesura. La señora de Gabry se sentó en la única butaca que aun existía en el desmantelado salón.

—Me sorprendería bastante — me dijo — que mi marido no le haya hablado ya de Juana. La queremos mucho y es una criatura buenísima. Dígame de verdad, ¿qué le parece la estatuita?

Le respondí que era una obra llena de gracia y de buen gusto, pero que se veía que al autor le faltaba el estudio y la práctica; que, por otra parte, me sentía conmovido hasta el extremo de que aquellos dedos tan jóvenes hubieran sabido bordar de tal manera en el cañamazo de un muñeco, y copiado de un modo tan brillante los ensueños de un viejo chocho.

—Le pido su opinión con tanto interés — repuso la señora de Gabry —, porque Juana es una pobre huérfana ¿Cree usted que podría ganar algún dinero haciendo figuritas así?

—¡Tanto como eso, no! — le respondí —. Y no creo que haya que lamentarlo mucho. Esa señorita, según dice usted, es afectuosa y tierna; la creo a usted y creo a su rostro. La vida de artista necesita una preparación que hace salir fuera de la regla y de la medida a las almas generosas. Esa criatura está moldeada con una arcilla sentimental. Cásela usted.

—¡Pero es que no tiene dote! — me respondió la señora de Gabry.

Y después, bajando un poco la voz:

—A usted puedo decírselo todo. El padre de esa niña era un financiero muy conocido. Emprendía grandes negocios. Tenía un espíritu aventurero y seductor. No era un hombre desaprensivo: se engañaba a sí mismo antes de engañar a los demás. Y quizá fuera esta su mayor habilidad. Sosteníamos relaciones muy afectuosas con él. Nos tenía embrujados a todos, a mi marido, a mi tío, a mis primos. Su derrumbamiento fué repentino. En medio de aquel desastre — ya se lo ha dicho Pablo —, se hundieron las tres cuartas partes de la fortuna de mi tío. A nosotros nos alcanzó la catástrofe mucho menos, y como no tenemos hijos... El murió poco después de arruinarse,

sin dejar absolutamente nada. Por eso le digo que era honrado. Debe usted conocer su nombre, que se vió en todos los diarios: Noel Alexandre. Su mujer era muy simpática; creo que había sido muy bonita. Le gustaba excesivamente lucir. Pero demostró un gran valor y una gran dignidad cuando la ruina de su marido. Murió un año después, dejando a su hija sola en el mundo. No pudo salvar nada o poco de su fortuna personal, que era bastante crecida. La señora de Noel Alexandre era una Allier, hijo de Aquiles Allier, de Nevers.

—¡La hija de Clementina! —exclamé—. ¡Clementina ha muerto y su hija ha muerto también! La humanidad se compone casi por entero de muertos; tan pequeño es el número de los que viven, comparado con la multitud de los que han vivido. ¡La vida es aún más breve que la breve memoria de los hombres!

Y elevé esta plegaria mentalmente:

—Desde donde te encuentres hoy, Clementina, mira este corazón enfriado por la edad, pero cuya sangre ardió por ti en otro tiempo, y dime si no se reanima sólo a la idea de amar lo que resta de ti sobre la tierra. Todo pasa, puesto que tú has pasado, tú y tu hija; pero la vida es inmortal; es a ella a quien hay que amar en sus imágenes renovadas incesantemente.

Yo me distraía con mis libros, como un niño con sus juguetes. Y mi vida, en sus últimos días, toma un sentido, un interés, una razón de ser. Soy abuelo. La nieta de Clementina es pobre. No quiero que nadie más que yo la sostenga y la dote.

Viendo que lloraba, la señora de Gabry se alejó lentamente.

VI

París, 16 de abril.

San Droctoveo y los primeros abades de Saint-Germain-des-Prés me preocupan desde hace cuarenta años, pero no sé si llegaré a escribir su historia antes de ir a reunirme con ellos. Hace ya mucho tiempo que soy viejo. Un día del año pasado, sobre el puente de las Artes uno de mis colegas del Instituto se lamentaba ante mí del fastidio de envejecer. "Por ahora — le respondió Saint-Beuve— es el único medio que se ha encontrado de vivir mucho tiempo". Yo he usado de este medio, y sé lo que él supone. La lástima no está en que nuestra vida se prolongue, sino en ver que todo pasa a nuestro alrededor. Madre, mujer, amigos, hijos, la naturaleza hace y deshace estos divinos tesoros con una triste indiferencia, y al fin nos hallamos con que no hemos amado, con que no hemos abrazado nada más que sombras. ¡Pero hay algunas tan dulces! Si jamás una criatura se deslizó como una sombra en la vida de un hombre, es la joven aquella que amé cuando (cosa que ahora me parece increíble) yo también era un hombre joven. Y, sin embargo, el recuerdo de esta sombra es todavía hoy una de las mejores realidades de mi vida.

Un sarcófago cristiano de las catacumbas de Roma ostenta una fórmula de imprecación cuyo sentido terrible sólo he alcanzado a través del tiempo. Dice así: "¡Si algún impío viola esta sepultura, que muera el último de los suyos!". En mi condición de arqueólogo, yo he abierto tumbas, he removido cenizas para recoger los fragmentos de telas, los ornamentos de metal y las gemas mezcladas a esas cenizas. Pero lo he hecho por una curiosidad de sabio, de la cual no están del todo ausentes la veneración y la piedad. ¡Que la maldición grabada por uno de los primeros discípulos de los apóstoles sobre la tumba de un mártir no me alcance jamás! ¿Pero, cómo habría ella de herirme? Yo no debo temer el sobrevivir a los míos mientras haya hombres sobre la tierra, pues siempre habrá alguien a quien se pueda amar.

¡Ay! La capacidad de amar se debilita y se pierde con la edad, como todas las demás energías del hombre. El ejemplo nos lo prueba, y esto es lo que me horroriza. ¿Estoy yo cierto de no haber experimentado ya esta gran pesadumbre? Seguramente la hubiese experimentado ya sin un feliz encuentro que me ha rejuvenecido. Los poetas hablan de la fuente de Juventa; y, en realidad, existe; brota de la tierra a cada uno de nuestros pasos. ¡Y cruzamos sin beber en ella!

Desde que he encontrado a la nieta de Clementina, mi vida, que no tenía ninguna utilidad, ha recobrado un sentido y una razón de ser.

Hoy tomo el sol, como dicen en Provenza; lo tomo en la terraza del Luxemburgo, al pie de la estatua de Margarita de Navarra. Es un sol de primavera, espirituoso como un vino nuevo. Estoy sentado y sueño. Mis pensamientos escapan de mi mente como la espuma de una botella de cerveza. Son ligeros y su chisporroteo me divierte. Sueño. Y pienso que esto le está sobradamente permitido a un hombre que ha publicado treinta volúmenes de textos antiguos y colabora desde hace veintisiete años en el *Journal des savants*. Tengo la satisfacción de haber realizado mi tarea todo lo bien que me ha sido posible y haber desarrollado plenamente las mediocres facultades que la naturaleza me ha otorgado. Mis esfuerzos no fueron del todo vanos, y he contribuído, con mi modesta parte, al renacimiento de los trabajos históricos que será honra de este inquieto siglo. Figuraré ciertamente entre los diez o doce eruditos que revelaron a Francia sus antigüedades literarias. Mi publicación de las obras poéticas de Gauthier de Coincy inaugura un método razonable y hace época. En la severa calma de la vejez, me discierno a mí mismo este merecido premio, y Dios, que ve mi alma, sabe si el orgullo o la vanidad tienen parte alguna en la justicia que me hago.

Pero estoy cansado, mis ojos se nublan, mi mano tiembla y veo mi imagen en esos ancianos de Homero, cuya debilidad los excluía de los combates y que, sentados sobre las murallas, elevaban sus voces, como las cigarras en la espesura.

Discurrían así mis pensamientos, cuando tres jóvenes se sentaron ruidosamente cerca de mí. No sé si cada uno de ellos había venido en tres barcas, como el mono de La Fontaine, pero es lo cierto que los tres se instalaron sobre doce sillas. Me complacía en observarlos, no porque tuviesen nada de extraordinario, sino porque les encontraba ese aire vigoroso y alegre, natural de la juventud. Eran estudiantes. Me aseguré de ello acaso más por el carácter de su fisonomía que por los libros que llevaban en la mano. Pues todos aquellos que se ocupan en actividades del espíritu, se reconocen al pronto por yo no sé qué cosa que les es común. Tengo un gran cariño por los jóvenes, y éstos ganaron mi afecto, a pesar de ciertos rasgos provocativos y huraños, que me recordaban maravillosamente mis tiempos de estudiante. Bien es verdad que no llevaban ellos, como nosotros, largas melenas sobre cuellos de terciopelo; no se paseaban, como nosotros, con una calavera en la mano; no gritaban como nosotros: "¡Infierno y maldición!". Iban correctamente vestidos, y ni por su traje ni por sus palabras tenían nada que ver con la Edad Media. Debo agregar que se ocupaban de las mujeres que pasaban por la terraza, y que sobre algunas hicieron apreciaciones demasiado audaces. Pero sus reflexiones a este propósito, no llegaban al extremo de obligarme a abandonar mi sitio. Por lo demás, cuando la juventud es estudiosa, yo le permito que tenga estas alegres expansiones.

Como uno de ellos dijera yo no sé qué chiste galante:

—¿Qué significa eso? —exclamó, con un ligero acento gascón, el más pequeño y el más moreno de los tres—. A nosotros, fisiólogos,

es a quienes corresponde ocuparnos de la materia viviente. En cuanto a ti, Gelis, que, como todos tus cofrades los archiveros paleógrafos, no existes más que en el pasado, ocúpate de las mujeres de piedra que son tus contemporáneas.

Y le señaló con el dedo las estatuas de las damas de la antigua Francia que, en su blancura, se elevaban en semicírculo bajo los árboles de la terraza. Esta broma, insignificante en sí misma, me descubrió al menos que aquel que se llamaba Gelis era un alumno de la Escuela de Diplomacia. El resto de la conversación me hizo saber que su vecino, tan rubio y pálido que parecía esfumarse, silencioso y sarcástico, era Boulmier, su compañero de estudios. Gelis y el futuro doctor (yo bien deseo que lo sea un día), discutían entre sí con exuberante fantasía y locuacidad. Después de elevarse hasta las más altas especulaciones, jugaban al vocablo y decían esas tonterías propias de las personas inteligentes; quiero decir, enormes tonterías. No tengo necesidad de agregar que lo único que estaban dispuestos a sostener eran las más monstruosas paradojas. ¡Enhorabuena! No me gustan a mí los jóvenes demasiado razonables.

El estudiante de medicina, después de mirar el título del libro que Boulmier tenía en la mano:

—¡Anda! —le dijo—. ¡Tú lees a Michelet!

—Sí —respondió gravemente Boulmier—, me gustan las novelas.

Gelis, que los dominaba con su alta talla, con su gesto imperioso y su palabra rápida, tomó el libro, lo hojeó y dijo:

—Es el Michelet de la última manera, el mejor Michelet. ¡Nada de explicaciones! Cóleras, desmayos, una crisis epiléptica, a propósito de hechos que no se digna exponer. ¡Gritos de criaturas, deseos de mujer embarazada, suspiros y ni una frase acabada! ¡Es asombroso!

Y devolvió el libro a su compañero. Esta locura es divertida, me dije, y no está tan desprovista de sentido como pudiera creerse en apariencia. Hay algo de agitación y yo diría que también de trepidación en los últimos escritos de nuestro gran Michelet.

Pero el estudiante provenzal afirmó que la historia era un ejercicio de retórica absolutamente despreciable. Según él, la sola y verdadera historia es la historia natural del hombre. Michelet estaba en el buen camino cuando encontró la fístula de Luis XIV, pero volvió en seguida a caer en la rutina.

Después de exponer este juicioso pensamiento, el joven fisiólogo fué a reunirse con un grupo de amigos que pasaba. Los dos archiveros, con menos intimidad en el jardín demasiado distante de la calle Paradis-au-Marais, quedaron frente a frente, y se pusieron a hablar de sus estudios. Gelis, que acababa su tercer año, preparaba una tesis, cuyo tema expuso con juvenil entusiasmo. A la verdad, su asunto me pareció bien, y tanto más cuanto yo me creí en el deber de tratar recientemente de él. Era el *Monasticon gallicanum*. El joven erudito (le doy este nombre como un presagio) quería explicar todas las planchas grabadas hacia 1690 para la obra que Dom Germán hubiera hecho imprimir sin el irremediable impedimento que no prevé nadie y que no se evita jamás. Dom Germán

dejó al menos, al morir, su manuscrito completo y bien ordenado. ¿Haré yo otro tanto con el mío? Creo no es esta la cuestión. Galis, por lo que pude entender, se proponía consagrar una noticia arqueológica a cada una de las abadías representadas por los humildes grabados de Dom Germán.

Su amigo le preguntó si él conocía todos los documentos manuscritos e impresos relativos a este asunto. Fué entonces cuando yo presté oído. Hablaron primero de las fuentes originales, y debo reconocer que lo hicieron con suficiente método, a pesar de innumerables y deformes equivocaciones. Después examinaron los trabajos de la crítica contemporánea.

—¿Has leído —preguntó Boulmier— los apuntes de Courajod?

"¡Bueno!", exclamé para mí.

—Sí —respondió Gelis—, es un trabajo concienzudo.

—¿Has leído —dijo Boulmier— el artículo de Tamisey de Larroque en la *Revue des questions historiques?*

"¡Bueno!", me repetí por segunda vez.

—Sí —contestó Gelis—, y he encontrado en él indicaciones útiles.

—¿Has leído —insistió Boulmier— el *Tableau des abbayes bénedictines en 1600*, por Silvestre Bonnard?

"¡Bueno!", me dije por la tercera vez.

—¡Dios me libre! No —respondió Gelis—. Y me parece que no lo leeré. Silvestre Bonnard es un imbécil.

Al volver la cabeza, vi que la sombra había invadido el lugar en que yo estaba. Hacía fresco y juzgué demasiado estúpido arriesgarme a pescar un reumatismo, por escuchar las impertinencias de dos jóvenes fatuos.

"¡Ah! ¡Ah!—me dije, levantándome—. Que este pajarillo charlatán haga su tesis y la sostenga. Ya se encontrará con mi colega Quicherat, o con algún otro profesor, que le bajarán los humos. Por mi parte, no merece otro nombre que el de granuja, y verdaderamente, pensándolo con serenidad, lo que ha dicho de Michelet es intolerable y traspasa todo límite. Hablar así de un viejo maestro pletórico de genio... ¡es abominable!"

17 de abril.

—Teresa, déme mi sombrero nuevo, mi mejor levita y mi bastón de puño de plata.

Pero Teresa es sorda como un saco de carbón y lenta como la justicia. Los años tienen la culpa. Lo peor es que cree tener muy buen oído y pies ligeros. Y, orgullosa de sus sesenta años de honrada servidumbre, atiende a su viejo maestro con el más vigilante despotismo.

¿No les decía yo?... He aquí que no quiere darme mi bastón de puño de plata, por temor de que lo pierda. Es verdad que olvido con bastante frecuencia paraguas y bastones en los ómnibus y en las librerías. Pero tengo mis razones para llevar hoy mi vieja caña, cuyo puño de plata cincelada representa a don Quijote galopando, lanza en ristre, contra los molinos de viento, mientras que Sancho Panza, levantando los brazos al cielo, le conjura en vano para que se detenga. Esta caña es todo lo que he recogido de la herencia de mi tío, el capitán Víctor, que fué en vida más semejante a don Quijote que a Sancho Panza, y que amaba los golpes con la misma naturalidad con que los demás los temen de ordinario.

Llevo este bastón, desde hace treinta años, a toda diligencia memorable o solemne que hago, y las dos figurillas del señor y de su escudero, me inspiran y me aconsejan. Me parece oírlos. Don Quijote me dice:

"—Piensa ahincadamente en grandes cosas, y convéncete de que la idea es la única realidad del mundo. Levanta la naturaleza hasta tu altura, y que el universo entero no sea para ti más que el reflejo de tu alma heroica. Combate por el honor; sólo esto es digno de un hombre, y si te llega el caso de ser herido, derrama tu sangre como un rocío bienhechor y sonríe."

Y Sancho Panza me dice a su vez:

"—Quédate en lo que el cielo te ha hecho, compadre. Prefiere la corteza de pan que se endurece en tu alforja a las aves que se asan en la cocina del señor. Obedece a tu amo, cuerdo o loco, y no te atiborres la cabeza de cosas inútiles. Teme los golpes: buscar el peligro es tentar a Dios."

Pero así como el caballero incomparable y su escudero sin igual se hallan en imagen en el puño de este bastón, están, en realidad, en mi fuero interno. Tenemos todos en nosotros mismos un don Quijote y un Sancho, a los que escuchamos, y aunque sea Sancho quien nos persuada, a quien admiramos es a don Quijote... ¡Pero basta de chocheces! Y vamos a ver a la señora de Gabry, para un asunto que está por encima de las cuestiones ordinarias de la vida.

El mismo día.

Encontré a la señora de Gabry vestida de negro y poniéndose los guantes.

—Estoy pronta —me dijo.

Es así como la he encontrado en todo momento: pronta a hacer una buena obra.

Descendimos la escalera y tomamos un coche.

No sé qué secreta influencia temía yo disipar rompiendo el silencio. Lo cierto es que seguimos los anchos bulevares desiertos mirando, sin decir nada, las cruces, los cipos y las coronas, cuyos vendedores esperan su fúnebre clientela.

El coche se detuvo en los últimos confines de la tierra de los vivos, ante la puerta sobre la cual están grabadas palabras de esperanza.

Caminamos a lo largo de una avenida de cipreses, y después seguimos un camino estrecho, entre las tumbas.

—Es aquí —me dijo ella.

Sobre el friso, ornado de antorchas invertidas, estaba grabada esta inscripción:

FAMILIAS DE ALLIER Y ALEXANDRE

Una verja cerraba la entrada al monumento. Al fondo, sobre un altar cubierto de rosas, una placa de mármol, en la que se leían varios nombres, y, entre ellos, los de Clementina y su hija.

Lo que entonces sentí fué algo tan profundo y tan vago que no podría expresarse más que por las armonías de una bella música. En mi vieja alma oí cantar los instrumentos de una celeste dulzura. A las graves armonías de un himno funerario, se mezclaban las notas veladas de un cántico de amor, pues mi alma confundía en un mismo sentimiento la melancólica gravedad del presente y las gracias familiares del pasado.

Al dejar aquella tumba que la señora de Gabry había perfumado de rosas, atravesamos el cementerio sin decir una palabra. Cuando de nuevo estuvimos en el mundo de los vivos, se desató mi lengua:

—Mientras la seguía por aquellas avenidas silenciosas —dije a la señora de Gabry—pensaba en los ángeles de las leyendas, que se encuentran en los confines misteriosos de la vida y de la muerte. La tumba a la cual usted me ha conducido, y que yo ignoraba, como casi todo lo que se refiere a aquella cuyos restos guarda, me ha recordado emociones únicas en mi vida, y que son en ella como una luz en un negro camino. La luz se aleja a medida que la ruta se prolonga; yo estoy casi al borde de la última cuesta y, sin embargo, veo esa luz igualmente viva cada vez que me vuelvo. Los recuerdos se presentan en mi alma. Soy como una vieja encina nudosa y llena de musgo, que al agitar sus ramas despierta a las nidadas de pájaros cantores. Por desgracia la canción de mis pájaros es vieja como el mundo, y sólo puede distraerme a mí.

—Esa canción me encantará —me dijo ella—. Cuénteme usted sus recuerdos, y hábleme como a una ancianita. Esta mañana he encontrado tres hilos blancos entre mis cabellos.

—Véalos usted llegar sin pena, señora —le respondí—. El tiempo sólo es dulce para quienes lo toman con dulzura. Y cuando, dentro de largos años, una ligera espuma de plata bordee las negras ondas de su cabello, estará usted revestida de una belleza nueva, menos viva, pero más impresionante que la primera, y verá usted a su marido admirar sus cabellos blancos al igual que el bucle negro que le dió usted cuando se casaron, y que él lleva en un medallón como una cosa santa. Estos bulevares son largos y poco frecuentados. Podemos hablar a nuestro placer, en tanto caminamos. Por lo pronto, le diré cómo conocí al padre de Clementina. Pero no espere usted nada de extraordinario, nada de notable, porque entonces se sentiría profundamente defraudada.

"El señor de Lessay habitaba el segundo piso de una vieja casa de la avenida del Observatorio, cuya fachada de yeso ornada de bustos antiguos y el gran jardín inculto fueron las primeras imágenes que se imprimieron en mis ojos de niño; y, sin duda, cuando llegue el día inevitable, serán las últimas que se deslizarán bajo mis pesados párpados. En aquella casa nací yo; en ese jardín aprendí, jugando, a sentir y a conocer algunas parcelas de este viejo universo. ¡Horas de encanto, horas sagradas! El alma, recién amanecida, descubre el mundo que se reviste para ella de un resplandor acariciante y de un encanto misterioso. Es que ciertamente, señora, el universo no es más que el reflejo de nuestra alma.

"Mi madre era una criatura dotada maravillosamente. Se levantaba con el sol, como los pájaros, a los cuales se parecía por lo industriosa, por el instinto maternal, por una perpetua necesidad de cantar y por una especie de gracia brusca que yo apreciaba muy bien, a pesar de ser un niño. Era el alma de la casa, que llenaba con su actividad ordenada y alegre. Mi padre, al revés que ella, era muy calmoso. Recuerdo su plácido rostro, sobre el cual pasaba por momentos una sonrisa irónica. Estaba fatigado y amaba su fatiga. Sentado junto a la ventana, en su gran sillón, leía de la mañana a la noche, y de él heredé el amor a los libros. Tengo en mi biblioteca un Mably y un Raynal anotados por su mano del principio al fin. No había que esperar de él que se metiese en cosa alguna. Cuando mi madre, por medio de sutiles argucias, procuraba sacarlo de su apoltronamiento, él movía la cabeza con esa dulzura inexorable que constituye la fuerza de los caracteres débiles. Desesperaba a la pobre mujer, que no participaba en absoluto de su sabiduría contemplativa, ni comprendía otra cosa de la vida que los afanes cotidianos y el alegre trabajo de cada hora. Ella le creía enfermo, y temía que su mal se agravara. Pero su apatía tenía otra causa.

"Mi padre, que entró en las oficinas de la marina, en tiempos de Decrès, en 1801, dió pruebas de un verdadero talento de administrador. La actividad era entonces grande en el departamento de la marina, y él llegó a ser, en 1805, jefe de la segunda división administrativa. En este año, el emperador, al cual había sido recomendado por el ministro, le pidió un informe sobre la marina inglesa. Este trabajo, en el que su autor había puesto, sin darse cuenta, un espíritu profundamente liberal y filosófico, no fué terminado hasta 1807, alrededor de dieciocho meses después de la derrota del almirante Villeneuve en Trafalgar. Napoleón, que después de aquel día siniestro, no quería ni oír hablar de navíos, hojeó la memoria con cólera y la arrojó al fuego, exclamando: "¡Frases! ¡Frases! ¡Frases!". Supo mi padre que la cólera del emperador había sido tal en ese momento, que aplastaba el ma-

aplastaba bajo su bota en el fuego de la chimenea. Era por otra parte su costumbre, cuando estaba irritado, pisotear los tizones, hasta que se chamuscaban las suelas de sus botas.

"Mi padre no se rehizo jamás de esta desgracia, y la inutilidad de todos sus esfuerzos por conseguirlo, fué, sin duda, la causa de la apatía en la cual cayó más tarde. Sin embargo, Napoleón, a su regreso de la isla de Elba, lo mandó llamar y le encargó que redactara, con espíritu patriótico y liberal, proclamas y boletines para la flota. Después de Waterloo, más contristado que sorprendido, quedó al margen de los acontecimientos y no fué molestado. Lo único que hicieron fué decir que era un jacobino, un bebedor de sangre, uno de esos hombres con los que no se puede tener trato alguno. El hermano mayor de mi madre, Víctor Maldent, capitán de infantería, al que se dejó con media paga en 1814 y se le licenció en 1815, agravaba con su desdichada actitud las dificultades que la caída del imperio había creado a mi padre. El capitán Víctor gritaba en los cafés y en los bailes públicos, que los Borbones habían vendido Francia a los cosacos. Y mostraba a todo el que la quería ver una escarapela tricolor escondida en el forro de su sombrero; llevando, además, con ostentación, un bastón cuya empuñadura, hecha a torno, proyectaba en sombra la silueta del emperador.

"Si usted no ha visto, señora, ciertas litografías de Charlet, no puede usted darse una idea de la fisonomía del tío Víctor cuando, la levita con sus galones bordados apretada al talle, llevando sobre el pecho su cruz de honor y unas violetas, se paseaba por el jardín de las Tullerías con una elegancia imponente.

"La ociosidad y la intemperancia, dieron el peor tono a sus pasiones políticas. Insultaba a las gentes que veía leyendo la *Quotidienne* o el *Drapeau blanc*, y les obligaba a batirse con él. Tuvo también el dolor y la vergüenza de herir en duelo a un niño de dieciséis años. En fin, mi tío Víctor era todo lo contrario de un hombre sensato; y, como iba a almorzar y a comer a casa todos los días de Dios, su mala fama se extendía a nuestro hogar. Mi pobre padre sufría cruelmente de las impertinencias de su huésped; pero, como era bueno, dejaba su puerta abierta al capitán, que le despreciaba cordialmente, sin decir nada.

"Esto que le he contado, señora, me fué explicado más adelante. Pero mi tío el capitán me inspiraba entonces el más puro entusiasmo, y me prometía parecerme a él cuanto me fuera posible, en su día. Una mañana, para empezar a imitarle, apoyando mis puños en las caderas juré como un renegado. Mi excelente madre me aplicó sobre la mejilla una bofetada con tanta presteza, que me quedé algún tiempo estupefacto antes de echarme a llorar. Veo todavía el viejo sillón de terciopelo de Utrecht amarillo, detrás del cual derramé aquel día innumerables lágrimas.

"Yo era entonces un hombrecillo muy pequeño. Una mañana mi padre, habiéndome tomado en brazos, según su costumbre, me sonreía con aquella leve ironía que ponía algo de picante a su eterna dulzura. Mientras, sentado en sus rodillas, jugaba yo con sus largos cabellos grises, él me decía cosas que no comprendía bien, pero que me interesaban mucho por lo mismo que eran misteriosas para mí. Creo, sin que de esto esté bien seguro, que aquella mañana me contaba la historia del pequeño rey de Yvetot, según la canción. De pronto, oímos un gran ruido y los cristales resonaron. Mi padre me había dejado deslizarse a sus pies; sus brazos extendidos se agitaban en el aire temblando; su rostro estaba inerte y muy blanco, y sus ojos enormemente abiertos. Procuró hablar, pero sus dientes castañetearon. Por fin, murmuró: "¡Lo han fusilado!". Supe después, que hablaba del mariscal Ney, caído el 7 de diciembre de 1815, junto al muro que cerraba un terreno cercano a nuestra casa.

"En ese tiempo, yo encontraba con frecuencia en la escalera un señor viejo (acaso no era verdaderamente un viejo), cuyos ojillos negros brillaban con extraordinaria vivacidad en un rostro curtido e inmóvil. No me daba la impresión de un ser vivo, o al menos, me parecía que no debía vivir del mismo modo que los demás hombres. Yo había visto, en casa del señor Denon, donde mi padre me había llevado, una momia traída de Egipto; y me imaginaba de buena fe, que la momia del señor Denon se despertaba cuando se hallaba sola, salía de su cofre dorado, se ponía un traje de color avellana y una peluca empolvada, y que entonces era el señor de Lessay. Hoy mismo, mi buena amiga, aunque rechazando esta opinión, como desprovista de fundamento, debo confesar que el señor de Lessay se parecía enormemente a la momia del señor Denon. Y esto explica sobradamente el porqué aquel personaje me inspiraba un terror fantástico.

"En realidad, el señor de Lessay era un pequeño gentilhombre y un gran filósofo. Discípulo de Mably y de Rousseau, se vanagloriaba de no tener prejuicios, y esta pretensión constituía por sí misma un enorme prejuicio. Le hablo, señora, del contemporáneo de una época desaparecida. Temo no hacerme comprender y estoy cierto de no interesarla. ¡Todo esto está tan lejos de nosotros! Pero abreviaré cuanto me sea posible; por otra parte, no le he prometido nada interesante, y usted no podía esperar que hubiese grandes aventuras en la vida de Silvestre Bonnard."

La señora de Gabry me anima a proseguir, y yo lo hago en estos términos:

—El señor de Lessay era brusco con los hombres y cortés con las señoras. Besaba la mano de mi madre, a quien las costumbres de la República y del Imperio no habían habituado a esta galantería. Por él yo llegaba a alcanzar la época de Luis XVI. El señor de Lessay era geógrafo, y nadie, según creo, se ha mostrado tan orgulloso de ocuparse de la forma de la tierra. En el antiguo régimen se había dedicado a la agricultura, pero como filósofo, y había perdido así hasta el último palmo de sus campos. Cuando ya no le quedaba ni un terrón, se apoderó de todo el globo terráqueo y dibujó una cantidad extraordinaria de mapas, de acuerdo con relaciones de viajeros. Nutrido como estaba hasta la médula de la Enciclopedia, no se limitó a encerrar a los hombres en tal grado, tantos minutos y tantos segundos de latitud y de longitud. ¡El se ocupaba de su felicidad, ay! Está comprobado, señora, que los hombres que se han ocupado de la felicidad de los pueblos, han hecho la desdicha de sus allegados. El señor de Lessay era realista volteriano, especie bastante común entonces entre aquellas gentes. Era más geómetra que d'Alembert, más filósofo que Juan Jacobo y más realista que Luis XVIII. Pero su amor por el rey no era nada, comparado con su odio por el emperador. Anduvo mezclado en la conspiración de Georges contra el primer cónsul; pero como el juez de instrucción lo ignoró o lo despreció, no figura entre los acusados; no perdonó jamás esta injuria a Bonaparte, a quien llamaba el ogro de Córcega y a quien él no hubiera confiado jamás un regimiento, hasta tal punto lo consideraba un militar lamentable.

"En 1813, el señor de Lessay, viudo desde hacía largos años, se casa, teniendo alrededor de cincuenta y cinco años, con una mujer muy joven, que empleó en dibujar cartas geográficas, que le dió una hija y que murió de parto. Mi madre la atendió en su corta enfermedad; y ella cuidó de que nada faltara a la criaturita. Esta criaturita se llamaba Clementina.

"De esta muerte y de este nacimiento datan las relaciones de mi familia con el señor de Lessay. Como salía yo por entonces de la primera infancia, me oscurecí y me embrutecí, perdiendo el don encantador de ver y de sentir, y las cosas no me comunicaron ya las sorpresas deliciosas que constituyen el encanto de la edad más tierna. Esto hace que no conserve ningún recuerdo de los tiempos que siguieron al nacimiento de Clementina; tan sólo sé que con algunos meses de intervalo sufrí una desgracia que me oprime aún el corazón cuando pienso en ella. Perdí a mi madre. Un gran silencio, un gran frío y una gran sombra envolvieron súbitamente la casa.

"Caí en una especie de embotamiento. Mi padre me envió al colegio, y me costó mucho trabajo salir de aquel estado.

"Sin embargo, no me había convertido en un imbécil, y mis profesores no tardaron en enseñarme todo lo que quisieron, es decir, un poco de griego y de latín. Sólo tuve tratos con los antiguos. Aprendí a estimar a Miltiade y a admirar a Temístocles. Quinto Fabio acabó siéndome familiar, en la medida en que me era posible la familiaridad con tan gran cónsul. Orgulloso de estas altas relaciones, no bajaba mis ojos sobre la pequeña Clementina y su viejo padre, que por otra parte, se marcharon un día a Normandía, sin que yo me dignase inquietarme por su regreso.

"¡Volvieron, sin embargo, señora, volvieron! ¡Influencias del cielo, energías de la naturaleza, potencias misteriosas que derraman sobre los hombres el don de amar, vosotras sabéis si volví a ver a Clementina! Entraron en nuestra triste morada. El señor de Lessay no llevaba ya peluca. Calvo, con mechones grises sobre sus sienes encarnadas, denotaba una vejez robusta. Y aquella divina criatura que yo veía resplandecer tomada de su brazo, y cuya presencia iluminaba el viejo salón descolorido, no era, no, una aparición: ¡era Clementina! De verdad lo digo: sus ojos claros, sus ojos color de almendra, me parecieron algo sobrenatural, y todavía hoy no puedo imaginarme que aquellas dos joyas animadas hayan sufrido las fatigas de la vida y la corrupción de la muerte.

"Se turbó un poco al saludar a mi padre, al que no conocía. Su cutis estaba ligeramente sonrosado y su boca entreabierta sonreía con esa sonrisa que hace soñar en lo infinito, sin duda porque no descubre ningún pensamiento determinado, y que no expresa otra cosa que la alegría de vivir y la dicha de ser bella. Su rostro brillaba bajo una capota rosa como una joya en un estuche abierto. Llevaba un chal de cachemira sobre un traje de muselina blanca, plegado en la cintura, y que dejaba asomar la punta de una botita mordoré... No se burle usted, querida amiga; era la moda de entonces, y yo no sé si

El también



—¿*No me darían la combinación antes de irse? Mi mujer hizo cambiar el sistema la semana pasada y desde entonces estoy sin un centavo.*

las de ahora tienen tanta sencillez, tanta lozanía y tanta gracia decente.

"El señor de Lessay nos dijo que, habiendo emprendido la publicación de un atlas histórico, volvía a vivir en París y que arrendaría con placer su antiguo departamento, si estaba desocupado. Mi padre preguntó a su hija si estaba contenta de hallarse en la capital. Que lo estaba lo dijo su sonrisa al acentuarse. Sonreía a las ventanas abiertas sobre el jardín verde y luminoso; sonreía al Mario de bronce sentado entre las ruinas de Cartago sobre la esfera del reloj; sonreía a los viejos sillones de terciopelo amarillo y al pobre estudiante que no osaba levantar los ojos hasta ella. ¡Desde aquel día, cómo la he amado!

"Pero hemos llegado a la calle de Sèvres, y pronto divisaremos sus ventanas. Soy un pésimo narrador y, si me propusiera escribir una novela, el éxito no me acompañaría. He preparado durante mucho tiempo un relato que se lo voy a hacer a usted en pocas palabras; pues existe una cierta delicadeza, una cierta gracia del alma que un viejo heriría extendiéndose con complacencia sobre los sentimientos del amor, aun del más puro. Demos algunos pasos por este bulevar bordeado de conventos, y mi relato podrá terminarse en el espacio que nos separa de aquel pequeño campanario que vemos desde aquí.

"Al saber que yo salía de la escuela diplomática, el señor de Lessay me juzgó digno de colaborar en su atlas histórico. Se trataba de determinar en una serie de mapas lo que el viejo filósofo llamaba las vicisitudes de los imperios desde Noé hasta Carlomagno. El señor de Lessay había almacenado en su cabeza todos los errores del siglo XVIII en lo tocante a antigüedades. Yo pertenecía a la escuela de los innovadores en historia, y estaba en una edad en la que no sabemos fingir. La manera que tenía de comprender aquel anciano, o mejor dicho, de no comprender, los tiempos bárbaros; su obstinación de no ver en la antigüedad más que príncipes ambiciosos, prelados hipócritas y ávidos, ciudadanos virtuosos, poetas filósofos y otros personajes que no han existido nunca más que en las novelas de Marmontel, me hacía horriblemente desdichado y me inspiraba toda clase de objeciones, sin duda muy razonables, pero perfectamente inútiles y algunas veces peligrosas. El señor de Lessay era muy irascible y Clementina era muy bella. Entre ella y él pasaba yo horas de tortura y de delicias. Estaba enamorado. Fuí cobarde y le concedí bien pronto cuanto él exigía sobre la figura histórica y política que esta tierra, que más tarde debía guardar a Clementina, afectaba en las épocas de Abraham, de Menés y de Decaulión.

"A medida que nosotros trazábamos nuestros mapas, Clementina los lavaba a la acuarela. Inclinada sobre la mesa, tenía el pincel con dos dedos; una sombra descendía de sus párpados sobre sus mejillas y bañaba sus ojos entornados de una penumbra encantadora. Algunas veces levantaba la cabeza y veía yo su boca entreabierta. Era tan expresiva su belleza, que su respiración tenía el aire de un suspiro, y sus más vulgares actitudes me sumergían en una profunda ensoñación. Contemplándola, estaba yo de acuerdo con su padre en que Júpiter había reinado despóticamente sobre las montañosas regiones de Thesalia, y que Orfeo fué imprudente al confiar a los sacerdotes la enseñanza de la filosofía. Aun hoy mismo, todavía no sé si me comportaba como un héroe o como un cobarde, cuando hacía estas concesiones al atestado anciano.

"Clementina, debo confesarlo, no me concedía gran atención. Esta indiferencia me parecía tan justa y tan natural, que ni siquiera se me pasó por la imaginación el quejarme. Cierto que sufría, pero sin darme cuenta. Esperaba. Estábamos todavía en el primer imperio de Asiria.

"El señor de Lessay iba todas las noches a tomar el café con mi padre. No comprendo qué podía ligarlos, pues sería difícil encontrar dos naturalezas tan absolutamente opuestas. Mi padre admiraba poco y perdonaba mucho. Con la edad había llegado a odiar todas las exageraciones. Revestía sus ideas de mil finos matices y jamás aventuraba una opinión como no fuera con toda clase de reservas. Estas modalidades de un espíritu delicado, exasperaban al viejo gentilhombre, seco y contumaz, a quien la moderación de su antagonista no desarmaba jamás, sino todo lo contrario. Yo vislumbraba un peligro. Este peligro era Bonaparte. Mi padre no conservaba ningún afecto hacia él, pero como había trabajado bajo sus órdenes, no gustaba el oír que lo injuriasen, sobre todo en provecho de los Borbones, contra los cuales tenía agravios sangrientos. El señor de Lessay, más volteriano y más legitimista que nunca, hacía remontar a Bonaparte el origen de todo mal político, social y religioso. Así las cosas, el capitán Víctor me inquietaba por encima de todo. Mi terrible tío, se había vuelto absolutamente intolerable desde que su hermana no estaba entre nosotros para calmarlo. Rota el arpa de David, Saúl se entregaba a sus furores La caída de Carlos X aumentó la audacia del viejo napoleónico, que hizo todas las bravatas imaginables. No frecuentaba con tanta asiduidad nuestra casa, demasiado silenciosa para él. Pero algunas veces, a la hora de comer, le veíamos llegar, cubierto de flores, como un mausoleo. Con frecuencia se sentaba en la mesa jurando con toda el alma, y vanagloriándose, entre sorbo y sorbo, de sus aventuras de viejo bravucón. Terminada la comida, doblaba la servilleta en forma de mitra de obispo, vaciaba media botella de aguardiente y se marchaba con la prisa de un hombre espantado ante la idea de pasarse algún tiempo sin beber, frente a frente de un viejo filósofo y de un joven sabio. Yo comprendía perfectamente que, si un día se encontraba con el señor de Lessay, todo estaría perdido. ¡Y ese día llegó, señora!

"Aquella vez, el capitán desaparecía bajo las flores, y se asemejaba tanto a un monumento conmemorativo de las glorias del Imperio, que daban ganas de pasarle una corona de siempreviva por cada brazo. Estaba extraordinariamente satisfecho, y la primera persona que se benefició de aquella feliz disposición de su ánimo, fué la cocinera, a la que agarró por la cintura en el momento en que dejaba el asado sobre la mesa.

"Después de comer, rechazó la botella que se le ofreció, diciendo que luego haría llamear el aguardiente en su café. Yo le pregunté, temblando, si no preferiría mejor que se le sirviese el café en seguida. Mi tío Víctor era muy desconfiado y nada tonto. Mi precipitación le pareció de mala ley, pues me miró con cierto aire y me dijo:

"—¡Paciencia, sobrino! No es el más bisoño de la tropa quien ordena que toque a retreta, ¡qué diablo! Tiene usted mucha prisa, señor magister, en ver si llevo espuelas en mis botas.

"Estaba claro que el capitán había adivinado mis deseos de que se marchara pronto. Conociéndole, tuve la certidumbre de que se quedaría. Y se quedó. Los menores detalles de aquella velada quedaron impresos en mi memoria. Mi tío continuaba jovial. La sola idea de ser importuno le ponía de buen humor. Nos contó, en un excelente estilo de cuartel, cierta historia de una religiosa, un corneta y cinco botellas de chambertin, muy del gusto, sin duda, de las guarniciones y que yo no intentaría contársela, señora, aunque me acordara de ella. Cuando pasamos al salón, nos hizo notar el mal estado de nuestro morillos y nos recomendó doctamente el empleo del trípoli para bruñir los cobres. De política, ni una palabra. Se reservaba. Sonaron las ocho en las ruinas de Cartago. Era la hora del señor de Lessay. Unos minutos después entraba en el salón con su hija. La velada dió comienzo como de costumbre. Clementina se puso a bordar cerca de la lámpara, cuya pantalla dejaba su linda cabecita en una ligera penumbra y proyectaba sobre sus dedos una claridad que los volvía casi luminosos. El señor de Lessay habló de un cometa anunciado por los astrónomos y desarrolló a este propósito teorías que, por peregrinas que fuesen, atestiguaban cierta cultura intelectual. Mi padre, que tenía nociones de astronomía, expresó algunas sanas ideas, terminando con su eterno: "En fin, ¿qué sé yo?" A mi vez, yo expuse la opinión de nuestro vecino del observatorio, el gran Arago. El tío Víctor afirmó que los cometas influyen sobre la calidad de los vinos y en apoyo de su teoría citó una alegre historia de taberna. Yo estaba muy contento de esta conversación, que me esforzaba en mantener, con ayuda de mis más recientes lecturas, exponiendo largamente la constitución química de estos ligeros astros que, esparcidos en los espacios celestes sobre millares de leguas, cabrían en una botella. Mi padre, un poco sorprendido por mi elocuencia, me miraba con su plácida ironía. Pero no es posible permanecer mucho tiempo en los cielos. Mirando a Clementina, hablé de un cometa de diamantes que había admirado la víspera en la vidriera de una joyería. La verdad, no estuve inspirado.

"—Sobrino — exclamó el capitán Víctor —, tu cometa no existe al lado del que brillaba en los cabellos de la emperatriz Josefina, cuando fué a Strasburgo para distribuir las cruces al ejército.

"—Josefina amaba el lujo — repuso el señor de Lessay, entre dos sorbos de café —. No la critico; tenía buenas cualidades, aunque era un poco ligera. Hizo un gran honor a Bonaparte, pues era una Tascher, casándose con él. Y aunque decir una Tascher no es decir gran cosa, decir un Bonaparte no es decir nada.

"—¿Qué quiere usted significar con eso, señor marqués? — le preguntó el capitán Víctor.

"—No soy marqués — respondió secamente el señor de Lessay —, y opino que Bonaparte hubiese estado muy bien emparentado casándose con una de esas mujeres caníbales que el capitán Cook describe en sus viajes, desnudas, tatuadas, un anillo en las narices y devorando con deleite miembros humanos putrefactos.

"Lo había previsto, pensé yo, y en mi angustia (¡oh, pobre corazón humano!) mi primera idea fué comprobar la justeza de mis

previsiones. Debo decir que la respuesta del capitán fué del género sublime. Apoyó el puño en la cadena, miró desdeñosamente al señor de Lessay y dijo:

"—Napoleón, ilustrísimo señor, tuvo otra mujer además de Josefina y de María Luisa. A esta compañera usted no la conoce, pero yo la he visto muy de cerca; lleva un manto azul constelado de estrellas, está coronada de laureles; la cruz de honor brilla sobre su pecho; se llama la Gloria.

"El señor de Lessay dejó su taza sobre la chimenea y dijo tranquilamente:

"—Vuestro Bonaparte era un truhán.

"Mi padre se levantó con indolencia, extendió lentamente el brazo y dijo con una voz muy dulce al señor de Lessay:

"—Sea como fuese el hombre que murió en Santa Elena, yo trabajé diez años bajo su gobierno y mi cuñado fué herido tres veces bajo sus águilas. Le suplico, amigo mío, no olvidarlo en lo sucesivo.

"Lo que no habían conseguido las insolencias sublimes y burlescas del capitán, lo logró la cortés advertencia de mi padre, provocando en el señor de Lessay una cólera furiosa.

"—Lo había olvidado — exclamó, pálido, con los dientes apretados, la boca espumeante —, y no debí olvidarlo. El barril de arenques no pierde nunca el olor y cuando se ha servido a granujas...

"Al oír esto, el capitán le saltó al cuello. Y sin duda lo hubiese estrangulado a no ser por su hija y por mí.

"Mi padre, con los brazos cruzados, un poco más pálido que de ordinario, miraba este espectáculo con una indecible expresión de piedad. Lo que siguió fué aún más lamentable, pero, ¿a qué insistir sobre la locura de dos ancianos? En fin, conseguí separarlos. El señor de Lessay hizo una seña a su hija y salió. Como ésta le siguiese, yo corrí hasta la escalera, para alcanzarla.

"—Clementina — le dije, enloquecido, estrechándole la mano —, ¡yo la amo!, ¡la amo!

"Retuvo un segundo mi mano en la suya; su boca se entreabrió. ¿Qué iba a decir? Pero de pronto, levantando los ojos hacia su padre, que subía la escalera, retiró su mano y me hizo un gesto de adiós.

"No volví a verla. Su padre se fué a vivir cerca del Panthéon, en un departamento que había alquilado para la venta de su atlas histórico. A los pocos meses murió de un ataque de apoplejía. Clementina se retiró a Nevers, con su familia materna. Y fué en Nevers donde se casó con el hijo de un rico campesino, Aquiles Allier.

"En cuanto a mí, señora, viví solo y en paz conmigo mismo. Mi existencia, exenta de grandes penas y de grandes alegrías, fué bastante feliz. Pero durante mucho tiempo no pude ver en las veladas de invierno un sillón vacío junto a mí, sin que mi corazón se sintiese dolorosamente oprimido. Clementina murió hace muchos años. Su hija la siguió en el eterno reposo. En su casa de usted he visto a su nieta. No diré todavía como el anciano de la Escritura: 'Y ahora, llama contigo a tu servidor, señor.' Si un hombre como yo puede ser útil a alguien, es a esta huerfanita a la que quiero, con la ayuda de usted, consagrar mis últimas energías."

Había pronunciado las palabras finales en el vestíbulo del departamento de la señora de Gabry, y cuando iba a separarme de tan amable guía, me dijo:

—Amigo mío, no puedo ayudarle en este caso tanto como yo quisiera. Juana es huérfana y menor de edad. Usted no puede hacer nada por ella sin la autorización de su tutor.

—¡Ah! — exclamé —, no había pensado ni por lo más remoto que Juana tuviese un tutor.

La señora de Gabry me miró un tanto sorprendida. No esperaba sin duda tanta simplicidad en un anciano.

Y repuso:

—El tutor de Juana Alexandre es el señor Mouche, notario de Levallois-Perret. Temo que no se entienda usted bien con él, porque es un hombre serio.

—¡Ah! ¡Dios mío! — exclamé yo —. ¿Con quién quiere usted que me entienda a mi edad, sino con las personas serias?

Sonrió con una dulce malicia, como sonreía mi padre, y dijo:

—Con las que son como usted. El señor Mouche no es precisamente de ellas: no me inspira ninguna confianza. Será preciso que usted le pida autorización para ver a Juana, a quien ha metido en un pensionado de Ternes, donde ella no está contenta.

Besé las manos de la señora de Gabry y nos separamos.

Del 2 al 5 de mayo.

He visto al señor Mouche, el tutor de Juana, en su despacho. Pequeñito, magro y seco, su tez parecía hecha del polvo de sus legajos. Es un animal con gafas, pues uno no puede imaginárselo sin ellas. He oído al señor Mouche; tiene voz de carraca y habla en términos escogidos, pero yo hubiese preferido que no escogiese tanto sus términos. He observado al señor Mouche; es ceremonioso y acecha a su interlocutor con el rabillo del ojo, por debajo de sus gafas.

Mouche me ha confesado que es dichoso; está contento del interés que yo tengo por su pupila. Pero él no cree que estemos en el mundo para divertirnos. No, no lo cree; y para ser justo diré que, cuando se está junto a él, uno es de la misma opinión: tan poco divertido resulta. Teme que se de una idea falsa y perniciosa de la vida a su querida pupila procurándola demasiados placeres. Esta es la causa — me ha dicho — por la cual ha suplicado a la señora de Gabry que la lleve solo muy de tarde en tarde a su casa.

He dejado al polvoriendo notario en el polvo de su despacho, llevándome una autorización en regla (todo lo que procede del señor Mouche está en regla) para ver el primer jueves de cada mes a Juana Alexandre, en casa de la señorita Préfère, institutriz, calle Demours, Ternes.

❦ ❦ ❦

El primer jueves de mayo, me dirigí a casa de la señorita Préfère, cuyo establecimiento reconocí desde lejos por un rótulo de letras azules. Este azul fué para mí el primer indicio del carácter de Virginia Préfère, que tuve después ocasión de estudiar ampliamente. Una sirvienta azorada cogió mi tarjeta y me abandonó, sin una palabra de esperanza, en un frío locutorio, donde respiré ese olor insípido característico de los refectorios de las casas de educación. El piso de aquel salón había sido encerado con tan implacable energía, que pensé angustiado quedarme en el umbral. Pero habiendo por fortuna descubierto unos cuadraditos de lana diseminados sobre el suelo, delante de las sillas de crin, me decidí, poniendo sucesivamente el pie sobre cada uno de estos islotes de tapicería, a avanzar hasta el ángulo de la chimenea, donde me senté sofocado.

Había sobre esta chimenea, en un gran marco dorado, una cartulina, cuyo título, con resplandecientes letras góticas, decía: *Cuadro de Honor*, y que contenía gran cantidad de nombres, entre los cuales no tuve el placer de encontrar el de Juana Alexandre. Después de haber leído varias veces los de las alumnas que habían tenido el honor de distinguirse a los ojos de la señorita Préfère, me inquieté viendo que nadie se acercaba. La señorita Préfère hubiera alcanzado sin duda a establecer sobre sus dominios pedagógicos el silencio absoluto de los dominios celestes, si los gorriones no hubiesen escogido su patio para venir en bandadas innumerables a piar a su gusto. Era un encanto oírlos. Pero, ¿cómo verlos a través de los cristales esmerilados? Tuve que contentar-

me con el espectáculo que ofrecía el salón, decorado de arriba abajo, en sus cuatro paredes, con dibujos ejecutados por pensionistas del establecimiento. Había allí vestales, flores, chozas, capiteles, volutas y una enorme cabeza de Tatio, rey de los sabinos, firmada por Estela Moutón.

Llevaba un buen rato admirando la energía con que la señorita Moutón había destacado las tupidas cejas y los ojos irritados del guerrero antiguo, cuando un ruido apenas más ligero que el de una hoja muerta arrastrada por el viento, me hizo volver la cabeza. En efecto, no era precisamente una hoja muerta, era la señorita Préfère. Con las manos juntas, avanzaba sobre el espejo del entarimado como las santas de la *Leyenda dorada* sobre el cristal de las aguas. Pero en ninguna otra ocasión creo yo que la señorita Préfère me hubiera hecho pensar en las vírgenes, caras a la idealización mística. No fijándome nada más que en su rostro, me hubiera más bien sugerido una manzana reineta conservada durante el invierno en el granero de una buena ama de casa. Caía sobre sus hombros una pelerina a franjas, que no ofrecía por sí misma nada de particular, pero que ella llevaba como si hubiera sido una vestidura sacerdotal o la insignia de una alta magistratura.

Le expliqué el objeto de mi visita y le entregué mi carta de presentación.

—Ha visto usted al señor Mouche — me dijo —. ¿Su salud es todo lo buena que se puede desear? Es un hombre tan decente, tan...

No acabó la frase y sus ojos se elevaron al techo. Los míos los siguieron, encontrándose con una pequeña espiral de papel recortado, que suspendida en el lugar de una lámpara, debía estar destinada, según mis conjeturas, a atraer a las moscas, alejándolas, por consiguiente, de los marcos dorados de los espejos y del cuadro de honor.

—He conocido — le dije — a Juana Alexandre en la casa de la señora de Gabry, y he podido apreciar el excelente carácter y la viva inteligencia de esa muchacha. Habiendo conocido en otro tiempo a sus abuelos, me siento inclinado a dispensar a su nieta el interés que ellos me inspiraron.

Por toda respuesta, la señorita Préfère suspiró profundamente, apretó contra su corazón su misteriosa pelerina y contempló de nuevo la pequeña espiral de papel.

Al cabo me dijo:

—Caballero, puesto que ha conocido usted a los señores Alexandre, me imagino que habrá usted deplorado, como el señor Mouche y como yo, las locas especulaciones que los condujeron a la ruina y han reducido a su hija a la miseria.

Al oír sus palabras, pensaba yo que es una gran pena ser desdichado, y que esa pena no perdona a los que fueron mucho tiempo dignos de envidia. Su caída nos venga y nos halaga, y somos con ellos implacables.

Después de haber declarado con toda franqueza que no entendía una palabra de asuntos de finanzas, pregunté a la directora del pensionado, si estaba contenta con Juana Alexandre.

—Esa niña es indomable — exclamó la señorita Préfère.

Y adoptó una actitud de alta escuela para expresar simbólicamente la situación que le creaba una alumna tan difícil de corregir.

Luego, volviendo a sentimientos más apacibles:

—Esta jovencita — dijo —, no carece de inteligencia. Pero no puede resolverse a aprender las cosas con método.

¡Qué extraña señorita, la señorita Préfère! Caminaba sin levantar las piernas y hablaba sin mover los labios. Sin detenerme más de lo razonable en estas particularidades, le respondí que el método era, sin duda, una cosa excelente y que sobre este punto estaba de acuerdo con sus ideas, pero que en fin de cuentas, cuando se sabía una cosa, era indiferente que se la hubiese aprendido de una manera o de otra.

La señorita Préfère hizo lentamente un signo negativo. Después, suspirando:

—¡Ah, señor! — dijo —. Las personas ajenas a la educación tienen de ella ideas muy falsas. Estoy cierta que hablan con las mejores intenciones del mundo, pero harían mejor, mucho mejor, en dejarse guiar por las personas competentes.

No insistí, y le pregunté si podía ver en seguida a Juana Alexandre.

Contempló su pelerina, como para leer en la maraña de sus franjas, tal que si leyera en un grimorio, la respuesta que debía darme, y por fin me dijo:

—La señorita Alexandre tiene que dar una clase. Aquí las mayores enseñan a las pequeñas. Es lo que se llama la enseñanza mutua... Pero me sentiría desolada de que usted se hubiese molestado inútilmente. La mandaré llamar. Sólo ha de permitirme, señor, para mayor regularidad, inscribir su nombre en el registro de los visitantes.

Se sentó ante la mesa, abrió un grueso cuaderno y, sacando de debajo de la pelerina la carta del señor Mouche que se había guardado:

—Bonnard con una d, ¿no es eso? — me dijo escribiendo —. Perdóneme que insista sobre este detalle. Pero mi opinión es que los nombres propios tienen su ortografía. Aquí, señor, se hacen dictados de nombres propios..., de nombres históricos, se entiende.

Después de haber escrito mi nombre con mano suelta, me preguntó si no podía poner a continuación un aditamento cualquiera, como antiguo negociante, empleado, rentista, u otra cosa parecida. Su registro contaba con una columna para ello.

—¡Dios mío! — le dije —. Si tiene usted absoluta necesidad, señora, de llenar esa columna, ponga usted: miembro del Instituto.

Seguía siendo la pelerina de la señorita Préfère la que veía ante mí; pero no era ya la señorita Préfère la que se cubría con ella. Era otra persona, atenta, graciosa, zalamera, feliz, radiante. Sus ojos sonreían; las pequeñas arrugas de su rostro (¡eran muchas!) sonreían; su boca también sonreía, pero de un solo lado. Habló. Y su voz tenía el aire de toda su persona, era una voz de miel:

—Decía usted, señor, que esta querida Juana es muy inteligente. Yo he hecho la misma observación y estoy orgullosa de haber coincidido con usted. La verdad es que esta muchacha me inspira un gran interés. Aunque un poco viva de genio, tiene lo que yo llamo un carácter feliz. Pero, perdóneme usted que abuse de sus preciosos momentos.

Llamó a la sirvienta, que apareció más diligente y más asustada que antes, y desapareció con la orden de advertir a Juana Alexandre que el señor Silvestre Bonnard, miembro del Instituto, la esperaba en el locutorio.

La señorita Préfère apenas tuvo tiempo de confiarme que sentía un profundo respeto por las decisiones del Instituto, fuesen las que fuesen, cuando apareció Juana, sofocada, roja como un tomate, los ojos muy abiertos, los brazos colgando, encantadora en su desmañada inocencia.

—¡Cómo vienes, hijita! — murmuró la señorita Préfère, con una dulzura maternal, arreglándole el cuello.

A la verdad, Juana venía de una extraña manera. Sus cabellos echados hacia atrás y sujetos por una redecilla de la cual se escapaban algunos mechones; sus delgados brazos enfundados hasta el codo en unos manguitos de lustrina; sus manos enrojecidas por los sabañones que parecían molestarla mucho; su vestido muy corto, dejando ver unas medias demasiado anchas y unas botas con los tacones desgastados; una comba atada como un cinturón alrededor de su talle, todo lo cual daba a Juana un aire poco presentable.

—¡Locuela! — suspiró la señorita Préfère, que ahora parecía no una madre, sino una hermana mayor.

Luego se marchó, deslizándose como una sombra sobre el espejo del entarimado.

Dije a Juana:

—Siéntate, Juana, y háblame como a un amigo. ¿No estás a gusto aquí?

Después de vacilar un momento, me respondió con una sonrisa resignada:

—No mucho.

Con los dos extremos de la comba entre sus manos, callaba.

Le pregunté si a su edad todavía saltaba a la comba.

—¡Oh, no señor! — me respondió vivamente —. Cuando la sirvienta me dijo que un señor me esperaba en el locutorio, estaba dando a la comba a las pequeñas. Entonces he atado la cuerda a mi cintura para no perderla. Esto no es muy correcto. Le ruego que me perdone. ¡Pero tengo tan poca costumbre de recibir visitas!

—¡Santo Dios! ¿Por qué iba yo a ofenderme de tu comba? Las clarisas llevaban una cuerda a la cintura, y eran unas santas mujeres.

—Ha sido usted muy bueno, señor — me dijo —, viniendo a verme y hablándome como usted me habla. No se me ocurrió darle las gracias cuando entré porque estaba muy sorprendida. ¿Ha visto usted a la señora de Gabry? Hábleme de ella, ¿quiere usted?

—La señora de Gabry — le respondí — está bien. Se halla en su bella tierra de Lusance. Te diré de ella, Juana, lo que un viejo jardinero decía de la castellana, su dueña, cuando alguien le preguntaba por ella: "La señora está en su camino". Sí, la señora de Gabry está en su camino; y tú sabes, Juana, todo lo bueno que es ese camino, que ella no deja de recorrer, siempre con el mismo paso. El otro día, antes de que se marchara a Lusance, he ido con ella lejos, muy lejos, y hemos hablado de ti. Hablamos de ti, hijita, sobre la tumba de tu madre.

—¡Cuánto me alegra! — me dijo Juana.

Y se echó a llorar.

Con el mayor respeto dejé correr aquellas lágrimas de una chiquilla. Después, mientras se enjugaba los ojos, le rogué me dijera cómo transcurría su vida en aquella casa.

Por ella supe que era a la vez alumna y maestra.

—Te mandan a ti y tu mandas. Es una situación frecuente en este mundo. Sopórtala, hija mía.

Pero me dió a entender que a ella no le enseñaban nada, ni ella enseñaba nada tampoco; que estaba encargada de vestir a las parvulillas, de lavarlas, enseñarles buenas maneras, el alfabeto, el manejo de la aguja, hacerles jugar y acostarlas, después de rezar.

—¡Ah! — exclamé —. Esto es lo que la señorita Préfère llama la enseñanza mutua. No he de ocultarte, Juana, que la señorita Préfère no es de mi agrado y que no la creo todo lo buena que fuera de desear.

—¡Oh! — me respondió Juana —, es como la mayoría de las gentes. Buena con las personas que quiere y mala con las que no quiere. Pero, ¡ay!, que yo creo que a mí no me quiere mucho.

—¿Y el señor Mouche? ¿Qué piensas tú, Juana, del señor Mouche?

Me respondió vivamente:

—Le suplico que no me hable del señor Mouche. Se lo suplico.

Cedí a su súplica, ardiente y casi agresiva, y cambié de conversación.

—¿Y dime, Juana, modelas aquí figuras de cera? No he olvidado el hada que tanto me sorprendió en Lusance.

—No tengo cera — me respondió, dejando caer sus brazos.

—¡No tener cera — exclamé yo — en una república de abejas! Juana, yo te traeré ceras coloreadas y lucientes como joyas.

—Se lo agradezco mucho, señor, pero no me las traiga. No tengo aquí tiempo para trabajar en mis figuras de cera. Sin embargo, había empezado un pequeño San Jorge para la señora de Gabry, un pequeñito San Jorge con su coraza dorada. Pero las menores, tomándolo por un muñeco, se pusieron a jugar con él y lo hicieron pedazos.

Sacó del bolsillo de su delantal una figurita cuyos miembros dislocados estaban apenas unidos por un alambre. Al contemplarlo, experimentó a la vez tristeza y alegría. Pudo más la alegría y sonrió, pero la sonrisa se le heló bruscamente.

La señorita Préfère estaba de pie, vigilante, en la puerta del locutorio.

—¡Esta chiquilla! — suspiró la directora con su más tierna voz —. Temo que le fatigue a usted. Y además, sus momentos son preciosos.

Procuré desilusionarla a este respecto y, levantándome para marcharme, saqué de mis bolsillos algunas tabletas de chocolate y otras golosinas que le había llevado.

—¡Oh, señor! — exclamó Juana —. Hay para todo el internado.

La dama de la pelerina, intervino:

—Señorita Alexandre — dijo —, dé las gracias al señor por su generosidad.

Juana la miró con un aire huraño; y después, volviéndose hacia mí:

—Le agradezco, señor, estas golosinas, y sobre todo le agradezco la bondad que ha tenido de venir a verme.

—Juana — le dije yo, estrechándole las dos manos —, continúa siendo una niña buena y valerosa. Hasta la vista.

Al retirarse con sus paquetes de chocolate y de dulces, chocaron los mangos de su comba con el respaldo de una silla. La señorita Préfère apretó su corazón con las dos manos bajo su pelerina y creí que iba a ver desvanecerse su alma escolástica.

Cuando nos quedamos solos recobró su serenidad, y debo confesar, sin que esto suponga vanagloria, que me sonrió con todo un lado de su rostro.

—Señorita — le dije, aprovechando sus buenas disposiciones —, he observado que Juana Alexandre está un poco pálida. Usted sabe mejor que yo los cuidados y miramientos que exige la edad indecisa en que ella se encuentra. La ofendería a usted recomendándola muy especialmente a su vigilancia.

Estas palabras parecieron encantarla. Contempló con un aire extasiado la pequeña espiral del techo y exclamó juntando las manos:

—¡Cómo estos hombres eminentes saben descender hasta los más ínfimos detalles!

Le hice observar que la salud de una muchacha no es precisamente un ínfimo detalle, y tuve el honor de despedirme. Pero ella me detuvo en el umbral y me dijo confidencialmente:

—Perdone usted mi debilidad, señor. Soy mujer y amo la gloria. No puedo ocultarle que me he sentido honrada con la presencia de un miembro del Instituto en mi modesto pensionado.

Perdoné la debilidad de la señorita Préfère y, pensando en Juana con la ceguera del egoísmo, me dije a lo largo del camino:

—¿Qué haremos de esta niña?

2 de junio.

Aquel día había conducido hasta el cementerio de Marnes a un viejo colega de avanzada edad que, según el pensamiento de Goethe, había consentido en morirse. El gran Goethe, cuya vitalidad era extraordinaria, creía en efecto que uno no muere hasta que le viene en gana, es decir, cuando todas las energías que resisten a la descomposición final y cuyo conjunto constituye la vida misma, son destruídas hasta lo último. En otros términos, pensaba que sólo se muere cuando ya no se puede vivir. ¡Enhorabuena! No se trata más que de entenderse, y el magnífico pensamiento de Goethe dice lo mismo, sabiendo interpretarlo, que la canción de La Palisse.

Así, pues, mi excelente colega había consentido en morirse, gracias a dos o tres ataques de apoplejía de lo más persuasivos, el último sin réplica posible. Le frecuenté poco en vida, pero según parece fuí muy amigo suyo en cuanto dejó de existir, pues mis colegas me dijeron, con un tono grave y una mirada penetrante, que debía llevar uno de los cordones del ataúd y hablar sobre su tumba.

Después de haber leído bastante mal un discurso que había escrito lo mejor que pude, lo que no es mucho decir, fuí a pasearme por los bosques de Ville-d'Avray y seguí, sin pesar demasiado sobre el bastón del capitán, un sendero entoldado por el ramaje, entre el cual caía la luz en discos de oro. Jamás el olor de la hierba y de las hojas húmedas, jamás la belleza del cielo y la majestuosa serenidad de los árboles, habían penetrado tanto en mis sentidos y en toda mi alma, y la opresión que sentía en aquel silencio atravesado por una especie de tintineo continuo, era a la vez sensual y religioso.

Me senté a la sombra del camino, junto a un bosquecillo de jóvenes encinas. Y allí me prometí no morirme, o al menos no consentir en morirme, antes de sentarme de nuevo bajo una encina donde, en la paz de una extensa campiña, meditaré en la naturaleza del alma y en los fines últimos del hombre. Una abeja, cuyo cuerpo castaño brillaba al sol como una armadura de oro viejo, vino a posarse sobre una flor de malva de una grave suntuosidad, y muy abierta sobre su tallo frondoso. No era ciertamente la primera vez que yo veía un espectáculo tan corriente, pero era la primera, sí, que lo veía con una curiosidad tan afectuosa y tan inteligente. Reconocí que había entre el insecto y la flor toda clase de simpatías, y mil comunicaciones ingeniosas que hasta entonces jamás hubiera sospechado.

El insecto, saciado de néctar, hendió el aire en una línea atrevida.

–Adiós –dije a la flor, y a la abeja –, adiós. Ojalá viviera todavía el tiempo necesario para descubrir el secreto de vuestras armonías. Estoy muy fatigado. Pero el hombre es de tal naturaleza, que sólo descansa de un trabajo con otro. Serán las flores y los insectos los que me descasarán, si Dios lo quiere, de la filología y de la diplomacia. ¡Qué pleno de sentido está el viejo mito de Anteo! He tocado la tierra y soy un hombre nuevo, y he aquí que a los sesenta y ocho años, nuevas curiosidades nacen en mi alma, como los brotes nuevos en el tronco hueco de un viejo olmo.

4 de junio.

Me encanta mirar desde mi ventana, en estas mañanas de un gris tierno, que da a las cosas una dulzura infinita, el Sena y sus muelles. He contemplado el cielo azul, que extiende sobre la bahía de Nápoles su luminosa serenidad. Pero nuestro cielo de París es más animado, más bondadoso y más espiritual. Sonríe, amenaza, acaricia, se entristece y se alegra, como una mirada humana. Derrama en este momento una suave claridad sobre los hombres y los animales de la villa, que desempeñan su tarea cotidiana. A lo lejos, en la otra orilla, sobre el puerto de San Nicolás, desembarcan cargamentos de cuernos de buey, y unos peones, alineados sobre la pasarela volante, hacen saltar ágilmente de mano en mano, pilones de azúcar que van a parar a la bodega de un barco. En el muelle del norte, los caballos de los coches de punto, alineados a la sombra de los plátanos, la cabeza en el morral, mastican tranquilamente su avena, mientras los rubicundos cocheros vacían su vaso ante el mostrador del tabernero, espiando con el rabillo del ojo al burgués madrugador.

Los libreros colocan sus cajas sobre el parapeto. Estos valerosos mercaderes del espíritu, que viven continuamente a la intemperie, la blusa al viento, están tan trabajados por el aire, las lluvias, los hielos, las nieblas y el sol, que acaban por parecerse a las viejas estatuas de las catedrales. Todos son amigos míos, y no paso por delante de sus puestos sin adquirir algún libraco del que había carecido hasta entonces, sin que tuviese la menor sospecha de que me faltaba.

Al volver a mi casa, tengo que oír las protestas de mi sirvienta, que me acusa de que rompo todos mis bolsillos y de que lo lleno todo de viejos papeles que atraen a los ratones. Teresa es razonable en esto, y precisamente porque tiene razón no la escucho; pues a pesar de mi aspecto tranquilo, he preferido siempre la locura de las pasiones a la sensata indiferencia. Pero, como mis pasiones no son de las que estallan, destruyen y matan, el vulgo no las ve. Sin embargo, me siento agitado por ellas, y más de una vez he perdido el sueño por unas páginas escritas por un monje olvidado, o impresas por un humilde aprendiz de Pedro Schoeffer. Y si sus bellos ardores se extinguen en mí, es porque yo mismo me extingo lentamente. Somos nosotros lo que son nuestras pasiones. Yo soy a semejanza de mis libros: viejo y encogido como ellos.

Un ligero viento arrastra con el polvo de la calzada las aladas semillas de los plátanos y las briznas de heno escapadas de la boca de los caballos. No es nada más que este polvo, pero al verlo volar, recuerdo que en mi infancia miraba remolinear un polvo semejante, y mi alma de viejo parisiense se conmueve. Todo cuanto descubro desde mi ventana, este horizonte que se extiende a mi izquierda hasta las colinas de Chaillot, y que me permite ver el Arco de Triunfo como un dedal de piedra; el Sena, río de gloria, y sus puentes; los tilos de la terraza de las Tullerías; el Louvre del Renacimiento, cincelado como una joya; a mi derecha, hacia el lado del Puente Nuevo, *pons Lutetiae Novus dictus*, como se lee en las antiguas estampas, el viejo y venerable París, con sus torres y sus flechas; todo esto es mi vida, soy yo mismo, y yo no sería nada sin estas cosas que se reflejan en mí con los mil matices de mi pensamiento y que me inspiran y me animan. He aquí por qué amo a París con un inmenso amor.

Y sin embargo estoy cansado, y comprendo que no se puede reposar en el seno de esta villa que piensa tanto, que me ha enseñado a pensar y que sin cesar me invita a seguir pensando. ¿Cómo no estar agitado en medio de estos libros que solicitan continuamente mi curiosidad y la fatigan sin satisfacerla? Ya es un dato que es preciso buscar, ya un lugar que importa determinar exactamente o algún término antiguo, cuyo verdadero significado es interesante conocer. ¿Palabras? ¡Oh, sí, palabras! Filólogo, soy su soberano, y ellas son mis súbditos, a los que consagro, como buen rey, mi vida entera. ¿Podré abdicar un día? Adivino que hay en alguna parte, lejos de aquí, al amparo de un bosque, una casita donde encontraré el reposo que necesito, en espera de que un reposo mayor, este irrevocable, me envuelva por entero. Sueño con un banco en el umbral y con campos

donde se pierda la vista. Pero será preciso que un rostro fresco sonría junto a mí, para reflejar y concentrar todo ese frescor; me creeré abuelo y se colmará el vacío de mi vida.

No soy un hombre violento, y, sin embargo, me irrito por cualquier cosa, y mis obras me han proporcionado tantos disgustos como satisfacciones. No sé por qué recuerdo ahora la vana y desdeñable impertinencia que se permitió a mi costa, hace tres meses, mi joven amigo del Luxemburgo. No le doy por ironía el nombre de amigo, pues amo a la juventud estudiosa con sus temeridades y los extravíos de su inteligencia. No obstante, mi joven amigo se extralimitó. El maestro Ambrosio Paré, que fué el primero en practicar la ligadura de las arterias, y que, habiendo encontrado a la cirugía ejercida por barberos empíricos, la elevó a la altura en que ahora se encuentra, en su vejez fué atacado por todos los aprendices portalancetas. Aludido en términos injuriosos por un joven irreflexivo, que podía ser el mejor hijo del mundo, pero que carecía del sentimiento del respeto, el viejo maestro le respondió en su tratado *de la Mumie, de la Licorne, des Venins et de la Peste*. "Yo le ruego –le dijo el gran hombre–, yo le ruego, que si desea oponer algunas objeciones a mi réplica, suprima las animosidades y trate con más dulzura al buen viejo". Esta respuesta es admirable en la pluma de Ambrosio Paré; pero, aunque procediese de un curandero de aldea, encanecido en el trabajo y burlado por un jovenzuelo, no dejaría por eso de ser loable.

Acaso pueda creerse que este recuerdo no es más que el síntoma de un bajo rencor. También yo lo creí así y me acusé de preocuparme miserablemente de las palabras de un muchacho que no sabe lo que se dice. Por fortuna, mis reflexiones a este propósito tomaron en seguida un rumbo mejor; por eso las anoto en mi cuaderno. Recordé que un día de mis veinte años (hace de esto cerca de medio siglo), me paseaba en ese mismo jardín del Luxemburgo con algunos camaradas. Hablábamos de nuestros viejos maestros, y uno de nosotros nombró a Petit-Radel, estimable erudito que fué el primero en arrojar alguna luz sobre los orígenes etruscos, pero que tuvo la desgracia de hacer un cuadro cronológico de los amantes de Helena. Este cuadro nos hizo reír mucho, y yo exclamé: "Petit-Radel es un idiota, pero no en seis letras, sino en doce volúmenes".

Estas palabras de un adolescente son demasiado ligeras para pesar sobre la conciencia de un viejo. ¡Ojalá no hubiese lanzado en la batalla de la vida nada más que dardos tan inocentes como éste! Pero hoy me pregunto si en mi existencia no habré hecho, sin darme cuenta, algo tan ridículo como el cuadro cronológico de los amantes de Helena. El progreso de las ciencias torna inútiles las obras que más han ayudado a ese progreso. Cuando esas obras ya no sirven gran cosa, la juventud cree de buena fe que nunca sirvieron para nada; las desprecia, y al encontrar en ellas una idea anticuada, se ríe. He aquí por qué a los veinte años, me burlé de Petit-Radel y de su cuadro de cronología galante; he aquí por qué

Explicable



—¡Oh!, sí; me llevo muy bien con mi compañera de habitación. No tenemos nada que decirnos.

ayer, en el Luxemburgo, mi joven e irreverente amigo...

Vuelve en ti, Octavio, y cesa en tus lamentos. Quieres que te respeten y nada has respetado.

6 de junio.

Era el primer jueves de junio. Cerré mis libros, y me despedí del santo abad Droctoveo que, gozando de la beatitud celeste, me imagino no debe tener mucha prisa de ver su nombre y sus trabajos glorificados sobre esta tierra, en una humilde recopilación salida de mis manos. ¿Lo digo? Aquel tallo de malva, que la semana pasada vi visitado por una abeja, me preocupa más que todos los abades mitrados. Y no hace mucho mi sirvienta me ha sorprendido en la ventana de la cocina, examinando con la lupa unas flores de alelíes. Hay en un libro de Sprengel, que leí en mi primera juventud, cuando lo leía todo, algunas ideas referentes a los amores de las flores, que vienen ahora a mi memoria, después de medio siglo de olvido, y que me interesan hasta el punto de lamentar el no haber consagrado las humildes facultades de mi alma al estudio de los insectos y de las plantas.

Hacía todas estas reflexiones mientras buscaba mi corbata; pero después de haber revuelto inútilmente un gran número de cajones, tuve que recurrir a mi criada. Llegó Teresa con su paso tardo.

—Señor —me dijo—, si me hubiese advertido usted que iba a salir, yo le hubiera dado su corbata.

—Pero, Teresa —le respondí—, ¿no sería mucho mejor guardarla en un sitio donde yo pueda encontrarla sin su ayuda?

Teresa no se dignó responderme.

No puedo disponer de nada. No puedo tener un pañuelo sin pedírselo y, como está muy sorda, muy torpe, y cada día más desmemoriada, me veo siempre desprovisto de todo. El caso es que goza, con un orgullo tan apacible de su autoridad doméstica, que no tengo valor de intentar un golpe de Estado contra el gobierno de mis armarios.

—¡Mi corbata, Teresa! ¿No me oye? ¡Mi corbata! Si me sigue usted desesperando con su calma, no va a ser corbata lo que necesite, sino una cuerda para ahorcarme.

—¡Tiene usted mucha prisa, señor! —me respondió Teresa—. Su corbata no se ha perdido. Aquí no se pierde nada, pues yo tengo buen cuidado de todo. Pero déme usted por lo menos tiempo para buscarla.

He aquí, pensaba yo; he aquí el resultado de medio siglo de fidelidad. ¡Ah! Si por fortuna esta inexorable Teresa hubiera una vez, una sola vez en su vida, faltado a sus deberes de sirvienta; si hubiese caído en falta aunque sólo fuera un minuto, no hubiese alcanzado este imperio inflexible sobre mí, y yo me atrevería al menos a defenderme. ¿Pero, quién se opone a la virtud? Las personas que no han tenido debilidades son terribles; no hay forma de volverse contra ellas. Ahí tienen a Teresa: ni un vicio por donde sorprenderla. No duda de ella, ni de Dios, ni del mundo. Es la mujer fuerte, la virgen prudente de la Escritura, y, aunque los hombres no la conozcan, yo sí. Se aparece en mi alma con una lámpara en la mano, una humilde lámpara de hogar, que brilla bajo las vigas de un rústico techo y que no se apagará nunca, sostenida por su brazo flaco, fuerte y torcido, como un sarmiento.

—¡Mi corbata, Teresa! ¿No sabe usted, desdichada, que hoy es el primer jueves de junio, y que la señorita Juana me espera? La directora del pensionado ha debido mandar que enceraran el piso del locutorio. Estoy seguro de que será una distracción para mí, aunque me rompa los huesos, cosa que sin duda no tardará, contemplar en él mi triste figura, como en un espejo. Tomando entonces por modelo el amable y admirable héroe cuya imagen está cincelada en el bastón de mi tío Víctor, me esforzaré por mostrar un rostro sonriente y un alma constante. Mire usted qué hermoso sol. Los muelles están dorados, y el Sena sonríe con sus innumerables ondas resplandecientes. La villa es de oro. Un polvillo rubio flota sobre sus bellos contornos como una cabellera... ¡Teresa, mi corbata! ¡Ah! Ahora comprendo al bueno de Chrysale, que guardaba sus alzacuellos en un voluminoso Plutarco. Siguiendo su ejemplo, de hoy en adelante guardaré todas mis corbatas entre las hojas de las *Acta sanctorum*.

Teresa me dejaba hablar y buscaba en silencio. Oí que llamaban suavemente a la puerta.

—Teresa —le dije—, llaman. Déme mi corbata y vaya usted a abrir: o mejor, vaya usted a abrir y, con la ayuda del cielo, ya me dará usted luego la corbata. Pero no se quede usted así, por favor, entre la cómoda y la puerta como una estantigua.

Teresa se dirigió hacia la puerta como si marchara contra el enemigo. Mi excelente ama de llaves se ha vuelto muy poco hospitalaria. Todo extraño es para ella sospechoso. Esta actitud procede, según dice, de una larga experiencia de los hombres. No tuve tiempo para considerar si la misma experiencia, hecha por otro experimentador, daría el mismo resultado. El señor Mouche me esperaba en mi despacho.

Mouche es todavía más amarillo de lo que yo podía creer. Lleva anteojos azules, y bajo ellos se agitan sus pupilas, como ratones detrás de un biombo.

Mouche se excusó por haber venido a molestarme en aquel momento... No precisa de qué momento se trata, pero yo me imagino que se refiere a un momento en que estoy sin corbata. Como ustedes saben, no es culpa mía. Mouche, que no está enterado de nada, no parece, por otra parte, sentirse ofendido. Teme ser importuno, eso es todo. Lo tranquilizo a medias. Me dice que ha venido a hablar conmigo como tutor de Juana Alexandre. Por lo pronto me invita a no tener en cuenta las restricciones que ha creído un deber poner en un principio a la autorización que me concedió para ver a Juana en su pensionado. En lo sucesivo, el internado de la señorita Préfère estará abierto para mí todos los días, desde las doce a las cuatro. Conocedor del interés que yo tengo por esta muchacha, cree su deber informarme sobre la persona a la cual ha confiado su pupila. La señorita Préfère, a quien él conoce hace mucho tiempo, posee toda su confianza. Es, según él, una persona ilustrada, de buen sentido y de buenas costumbres.

—La señorita Préfère —me dice— es una mujer de principios, lo que es una rara cosa, señor, en los tiempos que corren. Todo está hoy muy cambiado, y esta época no vale lo que las precedentes.

—Mi escalera es testigo, señor —le respondí—. Hace veinticinco años se dejaba subir lo más comódamente posible, y ahora me sofoca y me rompe las piernas desde los primeros escalones. Está deteriorada. Testigos son también los periódicos y los libros, que antes devoraba sin trabajo a la luz de la luna y que ahora, a pleno sol, se burlan de mi curiosidad y no me muestran más que manchas blancas y negras como no me ponga los anteojos. La gota trabaja mis miembros. Esa es otra de las bromas del tiempo.

—Y no sólo eso, señor —me respondió Mouche, gravemente—. Lo que nuestra época tiene de verdaderamente malo, es que nadie está contento con su posición. Reina en la sociedad, de alto a bajo, en todas las clases, un descontento, una inquietud, una sed de bienestar.

—¡Dios mío! —le respondí—. ¿Cree usted que esta sed de bienestar sea un signo de los tiempos? Los hombres no han tenido en ninguna época apetencias de malestar. Siempre han procurado mejorar su situación. Este constante esfuerzo ha producido constantes revoluciones. Y seguirá produciéndolas, ¡eso es todo!

—¡Ah, señor! —me respondió Mouche—. ¡Cómo se conoce que vive usted entre sus libros, lejos del mundo! Usted no ve como yo los conflictos de intereses, las luchas por el dinero. Es la misma efervescencia en el grande y en el pequeño. Todos se libran a una especulación desenfrenada. Me espanta lo que veo.

Me preguntaba si Mouche no habría venido a casa nada más que a comunicarme su virtuosa misantropía; pero de sus labios oí palabras más consoladoras. Me presentó a Virginia Préfère como una persona digna de respeto, de estimación y de simpatía, muy honorable, capaz de todas las abnegaciones, instruída, discreta, buena lectora, púdica y hábil para aplicar vejigatorios Comprendí entonces que si me había hecho una pintura tan sombría de la corrupción universal, sólo había sido para que resaltaran mejor, por contraste, las virtudes de la institutriz. Supe también que el establecimiento de la calle Demours estaba muy acreditado, era lucrativo y gozaba de pública estimación. Para confirmar sus declaraciones, extendió su mano enguantada de lana negra. Después agregó:

—Estoy obligado, por mi profesión, a conocer el mundo. Un notario es, en cierto modo, un confesor. He creído mi deber, señor, traerle tan buenos informes en el momento en que una feliz casualidad le ha puesto a usted en relación con la señorita Préfère. Sólo he de agregar una cosa: esta señorita, que ignora absolutamente el paso que acabo de dar, me ha hablado de usted el otro día en términos de profunda simpatía. No podría repetirlos sin empequeñecerlos y, por otra parte, no podría decírselos sin traicionar en cierto modo la confianza que ella me ha dispensado.

—No la traicione usted, señor —le respondí—, no la traicione. Si he de serle franco, ignoraba que la señorita Préfère me conociese por lo más remoto. De todos modos, puesto que tiene usted sobre ella la influencia de una antigua amistad, aprovecharé, señor, sus buenas disposiciones para conmigo, rogándole que use de su influencia junto a su amiga en favor de Juana Alexandre. Esa niña, pues se

[illegible] de una niña, está recargada de trabajo. Discípula y maestra a la vez, se fatiga demasiado, temo que le hagan sentir excesivamente su pobreza, y las humillaciones pueden acabar por sublevar a su naturaleza generosa.

—¡Ay! —me respondió Mouche—. Es conveniente prepararla para la vida. No estamos en el mundo para divertirnos y hacer cuanto se nos ocurra.

—Estamos en el mundo —respondí vivamente— para complacernos en la belleza y en el bien, y hacer cuanto se nos ocurra, si lo que se nos ocurre es noble, espiritual y generoso. Una educación que no ejercita la voluntad es una educación que deprava las almas. Es preciso que el instituto enseñe a tener voluntad.

Me pareció advertir que Mouche me consideraba como un pobre hombre. Muy seguro de lo que decía y con mucha calma, me respondió:

—Piense usted, señor, que la educación de los pobres debe hacerse con mucha circunspección y teniendo en cuenta el estado de dependencia en que deben encontrarse en la sociedad. ¿Usted no sabe acaso que Noel Alexandre murió insolvente, y que su hija está siendo educada casi por caridad?

—¡Oh, señor! —exclamé—. No hay que decirlo. El decirlo es cobrarlo, y entonces deja de ser caridad.

—El pasivo de la sucesión —prosiguió el notario— excedía al activo. Pero yo hice algunos arreglos con los acreedores, en interés de la menor.

Se ofreció para darme explicaciones detalladas; le hice gracia de ellas, incapaz de comprender los negocios en general y en particular los del señor Mouche. El notario se aplicó de nuevo a justificar el sistema de educación de la señorita Préfère, y me dijo, como para concluir:

—Nada se aprende divirtiéndose.

—Nada se aprende como no sea divirtiéndose —le respondí—. El arte de enseñar no es nada más que el arte de despertar la curiosidad en las mentes juveniles, para satisfacerla en seguida; y la curiosidad sólo es viva y sana en los espíritus felices. Los conocimientos que se inculcan a la fuerza, embotan las inteligencias y las ahogan. Para digerir todo conocimiento es preciso haberlo deglutido con apetito. Conozco a Juana. Si esta niña estuviese confiada a mí, haría de ella no una sabia, pues que la quiero bien, sino una criatura brillante de inteligencia y de vida, y en la cual todas las bellas cosas de la naturaleza y del arte se reflejaran con un dulce resplandor. La haría vivir en contacto con los bellos paisajes, con las escenas ideales de la poesía y de la historia, con la música noblemente emotiva. Procuraría hacerle amable todo lo que yo quisiera que amase. No desdeñaría para ella los trabajos de aguja, la elección de los tejidos, el gusto por los bordados y por las distintas clases de encajes. Le regalaría un lindo perro y un *poney* para enseñarla a gobernar a las criaturas; le regalaría pájaros, para que aprendiese, al criarlos, lo que vale una gota de agua y una miga de pan. A fin de crear en ella una satisfacción más, querría que fuese caritativa con alegría. Y, puesto que el dolor es inevitable, puesto que la vida está llena de miserias, le enseñaría la resignación cristiana que nos eleva por encima de todas las miserias y al dolor mismo le comunica una belleza. ¡He aquí cómo entiendo yo la educación de una muchacha!

—Es una opinión —respondió Mouche, juntando sus dos guantes de lana negra.

Y se levantó.

—Comprenderá usted — le dije, acompañándole — que no pretendo imponer a la señorita Préfère mi sistema de educación, que es particularmente mío y perfectamente incompatible con la organización de los pensionados mejor dirigidos. Tan sólo le suplico la persuada para que dé a Juana menos trabajo y más distracción, para que no la humille y para que le conceda cuanta libertad espiritual y corporal sea compatible con el reglamento de la institución.

Mouche me aseguró con una sonrisa pálida y misteriosa, que mis observaciones no caerían en saco roto y que se las tendría en cuenta muy especialmente.

Por último, me hizo un ligero saludo y se fué, dejándome en un extraño estado de turbación y malestar. He tratado en mi vida personas de muy diversas clases, pero semejantes a este notario y a esta institutriz, ninguna.

6 de julio.

Como me retrasé bastante con la visita de Mouche, renuncié a ver a Juana aquella tarde. Deberes profesionales me ocuparon el resto de la semana. Aunque en la edad de desentenderme de las cosas, estoy unido aún por mil ligaduras a este mundo en el que me ha tocado nacer. Presido academias, congresos, sociedades. Estoy abrumado de cargos honoríficos; desempeño hasta siete, bien contados, en un solo ministerio. Las oficinas bien quisieran deshacerse de mí, y yo bien quisiera deshacerme de las oficinas. Pero la costumbre es más fuerte que ellas y que yo, y subo pasito a paso, las escaleras del Estado. A espaldas mías, los viejos ujieres se señalarán entre ellos mi sombra errante por los corredores. Cuando se llega a una edad tan avanzada, es muy difícil desaparecer. Sin embargo, ya es tiempo, como dice la canción, de que me retire pensando en el fin.

Una vieja marquesa filósofa, amiga de Helvecio en su juventud, y que yo vi cuando tenía ya muchos años en casa de mi padre, recibió en su última enfermedad la visita de un sacerdote que la quería preparar a bien morir.

—¿Es muy necesario? —respondió ella—. Veo que todo el mundo lo consigue perfectamente a las primeras de cambio.

Mi padre fué a verla poco tiempo después, y la encontró en las últimas.

—Buenas tardes, amigo mío —le dijo ella, al estrecharle la mano—; ahora veré si Dios gana después de conocerle.

He aquí cómo morían las bellas amigas de los filósofos. Esta manera de acabar no es ciertamente de una vulgar impertinencia, y ligerezas como ésta no se encuentran en la cabeza de los tontos. Pero me desagradan. Ni mis temores ni mis esperanzas están de acuerdo con tal modo de partir. Yo quisiera para ese viaje un poco de recogimiento, y por eso hará falta que piense, de aquí a algunos años, en estar conmigo mismo, sin lo cual me arriesgaría a que la... Pero, ¡chist!, que Ella, al pasar, no se vuelva al oír su nombre. Todavía puedo, sin su ayuda, levantar mi fardo.

Encontré a Juana muy contenta. Me ha contado que el jueves último, después de la visita de su tutor, la señorita Préfère la había libertado del reglamento, aligerándola, además, de diversos trabajos. Desde este venturoso jueves, se pasea libremente por el jardín, al que sólo le faltan las flores y el follaje. Y hasta tiene facilidades para trabajar en su pequeño e infortunado San Jorge.

Me dijo, sonriendo:

—Sé muy bien que es a usted a quien debo todo esto.

Le hablé de otra cosa, pero advertí que no me escuchaba con la atención que ella hubiese querido.

—Noto que algo te preocupa — le dije —. Dime lo que sea, que no es digno de ti ni de mí el que haya ninguna reserva en nuestra conversación.

Me respondió:

—¡Oh! Es verdad que pensaba en otra cosa mientras me hablaba. ¿Me perdona usted, no es cierto? Pensaba que es preciso que la señorita Préfère le distinga a usted mucho para que se haya vuelto de pronto tan buena conmigo.

Y me miró con un aire a la vez risueño y azorado que me causó risa.

—¿Eso te extraña? —le pregunté.

—Mucho —me respondió.

—¿Podrías decirme por qué?

—Porque no encuentro los motivos por los que pueda usted ser tan agradable a la señorita Préfère.

—¿Tan repelente me hallas, Juana?

—¡Oh, no! Pero verdaderamente no encuentro ninguna razón para que usted interese tanto a la señorita Préfère. Y, sin embargo, usted le interesa mucho, mucho. Me ha mandado llamar, y me ha hecho todo género de preguntas sobre usted.

—¿De veras?

—Sí; quería conocer sus intimidades. ¡Hasta me ha preguntado la edad de su ama de llaves!

—¡Muy bien! —le dije—. ¿Y tú qué te imaginas?

Permaneció un buen rato con los ojos fijos en sus gastadas horas, como absorta en una profunda meditación. Por último, levantando la cabeza:

—Me preocupa —dijo—. ¿No es natural que uno se inquiete por lo que no comprende? Soy una atolondrada, es cierto, pero espero que por eso no desmereceré a sus ojos.

—Te aseguro que no, Juana.

Confieso que me contagió su preocupación, y daba vueltas en mi vieja cabeza a este pensamiento de aquella joven criatura: nos inquieta aquello que no comprendemos.

Pero Juana continuó, sonriendo:

—Me ha preguntado... ¿A que no adivina usted?... Me ha preguntado si gusta usted mucho de los buenos manjares.

—¿Y cómo has recibido tú ese chaparrón de interrogaciones?

—Le he contestado: "Yo no sé nada, señorita". Y la señorita me dijo: "Es usted tonta, criatura. Los menores detalles de la vida de un hombre superior no deben escapar a nuestra atención. Sepa usted, señorita, que el señor Silvestre Bonnard es una de las glorias de Francia".

—¡Demonio! —exclamé—. ¿Y tú qué piensas?

—Pienso que la señorita Préfère tiene razón. Pero a mí no me importa... (comprendo que está mal que diga esto); no me importa nada que la señorita Préfère tenga o no razón en cualquier cosa que sea.

—Pues bien, Juana, puedes estar tranquila: la señorita Préfère no tiene razón.

—¡Sí, sí, tiene razón! Pero yo desearía querer a todas las personas que usted quiere, a todas sin excepción, y esto no será posible, pues jamás podré querer a la señorita Préfère.

—Escúchame, Juana —le respondí gravemente—. La señorita Préfère es ahora buena contigo, sé tú buena con ella.

Con un tono seco, me respondió:

—Es muy fácil a la señorita Préfère ser buena conmigo; a mí me será muy difícil ser buena con ella.

Dando aún más gravedad a mi lenguaje, le respondí:

—Hija mía, la autoridad de los maestros es sagrada. Tu directora representa junto a ti a la madre que has perdido.

Apenas dije esta solemne tontería, cuando me sentí cruelmente arrepentido. La muchacha palideció, sus ojos se inflamaron.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Cómo ha podido usted decir semejante cosa?

Sí, ¿cómo puede yo decir aquello?

Juana repetía:

—¡Mamá! ¡Mi mamá querida! ¡Mi pobre mamá!

El azar me impidió ser un estúpido hasta el fin. No sé cómo, lo cierto es que pareció que iba a echarme a llorar. A mi edad ya no se llora. Fué una tos maligna la que llenó de lágrimas mis ojos. Esto se prestaba a equivocaciones, y Juana se equivocó. ¡Oh! ¡Qué pura, que radiante sonrisa brilló entonces bajo sus bellas pestañas mojadas, como el sol en las ramas, después de una lluvia de verano! Nos estrechamos las manos y quedamos así largo tiempo, sin decirnos nada, felices.

—Hija mía — hablé yo al fin —; soy muy viejo y me han sido revelados muchos secretos de la vida, que tú irás descubriendo poco a poco. Créeme: el porvenir está hecho del pasado. Todo lo que hagas por vivir buenamente aquí, sin odio y sin amargura, te servirá para vivir un día en paz y dichosa en tu casa. Procura ser dulce y aprende a sufrir. Cuando se sufre con conformidad se sufre menos. Si llegara un día en que tuvieses un verdadero motivo de queja, yo estaría aquí para atenderla. Si alguien te ofendiese a ti, nos sentiríamos igualmente ofendidos la señora de Gabry y yo.

—¿Su salud sigue siendo buena, mi querido señor?

Quien me hacía esta pregunta, acompañándola de una sonrisa, era la señorita Préfère, que había llegado cautelosamente hasta nosotros. Lo primero que se me ocurrió fué mandarla a todos los diablos; lo segundo, comprobar que su boca estaba tan hecha para sonreír como una cacerola para tocar el violín; lo tercero, corresponder a su fineza y decirle que esperaba que ella se encontrase bien.

Envió a la muchacha a que se paseara por el jardín; después, con una mano sobre la pelerina y la otra extendida hacia el cuadro de honor, me señaló el nombre de Juana Alexandre escrito con letra redondilla a la cabeza de la lista.

—Con verdadero placer —le dije— veo que está usted satisfecha de la conducta de esa criatura. Nada puede ser para mí más agradable, y me inclino a atribuir este feliz resultado a su afectuosa vigilancia. Me he tomado la libertad de hacerle enviar algunos libros que pueden interesar a instruir a las muchachas. Usted juzgará, después de echarles un vistazo, si cree oportuno dárselos a la señorita Alexandre y a sus compañeras.

La gratitud de la directora del pensionado llegó hasta el enternecimiento, y se manifestó en un chaparrón de palabras. Para acabar con ellas, la interrumpí:

—Tenemos hoy un hermoso día.

—Sí —me respondió—; y si el buen tiempo continúa, mis queridas niñas podrán disfrutar de él.

—Se refiere usted, sin duda, a las vacaciones. Pero la señorita Alexandre, como no tiene familia, no saldrá de aquí. ¿Qué hará ella, Dios mío, en esta gran casa vacía?

—Le daremos cuantas distracciones sean posibles. La llevaré a los museos y...

Vaciló un momento, y agregó, ruborizándose:

—...y a su casa, si usted nos lo permite.

—¡Oh, sí! —exclamé—. Magnífica idea.

Nos separamos muy amigos el uno del otro. Yo, porque había obtenido de ella lo que deseaba; ella de mí sin motivo aparente, lo cual, según Platón, coloca a la amistad en el más alto grado de la jerarquía de las almas.

Con todo, introduje a esta mujer en mi casa con un mal presentimiento. Hubiese deseado que Juana estuviese en otras manos. El señor Mouche y la señorita Préfère son dos espíritus que no concuerdan con el mío. Jamás sé por qué dicen lo que dicen, ni por qué hacen lo que hacen; hay en ellos misteriosas profundidades que me conturban. Tenía razón Juana en lo que me dijo: nos inquieta aquello que no comprendemos.

¡Ay! A mis años se sabe de sobra lo poco inocente que es la vida; como se sabe también hasta qué punto se pierde esa inocencia viviendo mucho, y que sólo en la juventud somos confiados.

16 de agosto.

Las esperaba. La verdad es que las esperaba con impaciencia. Para convencer a Teresa de que las dispensase una buena acogida, empleé todo mi arte de insinuar y de agradar, pero no fué bastante. Llegaron. Juana estaba, os lo aseguro, muy pimpante. No es su abuelita, ciertamente; pero hoy, por primera vez, me he dado cuenta de que tiene una fisonomía agradable, cosa que en este mundo es muy útil para una mujer. Juana sonreía, y la ciudad de los libros se llenó de júbilo.

Espié a Teresa, para ver si sus rigores de vieja guardiana se suavizaban en presencia de la muchacha. La vi fijar en Juana sus ojos empañados, su rostro de piel fláccida, su boca hundida, su puntiagudo mentón de vieja hada autoritaria. Y eso fué todo.

La señorita Préfère, vestida de azul, avanzaba, retrocedía, saltaba, trotaba, gritaba, suspiraba, bajaba los ojos, levantaba los ojos, se deshacía en finezas, no se atrevía, se atrevía, no se atrevía a nada más, volvía a atreverse, hacía una reverencia, en fin, un puro dengue.

—¡Qué de libros! —exclamaba—. ¿Y los ha leído usted todos, señor Bonnard?

—¡Ay, sí! — le respondí —. Y ésa es la causa de que no sepa nada de nada, pues no hay uno de estos libros que no desmienta al otro, de suerte que, cuando se los ha leído a todos, no se sabe qué pensar. Este es mi caso, señorita.

La señorita Préfère llamó a Juana para comunicarle sus impresiones, pero la muchacha, que estaba mirando por la ventana, nos dijo:

—¡Qué lindo! ¡Cómo me gusta ver el río! ¡Hace pensar en tantas cosas!

La señorita Préfère se había quitado el sombrero, descubriendo una frente ornada de bucles rubios, y mi sirvienta tomó bruscamente el sombrero, diciendo que no le gustaba ver nada rodando por los muebles. Después se acercó a Juana y le pidió "sus trapos", llamándola su señorita. La señorita le dió su manteleta y su sombrero, descubriendo un cuello gracioso y un busto redondeado, cuyos contornos se destacaban netamente sobre la viva luz de la ventana; y yo hubiese deseado que en aquel momento la contemplara alguien más que una vieja criada, la directora de un pensionado, rizada como un borrego, y un infeliz archivero paleógrafo.

—¿Miras cómo el Sena brilla al sol? — le dije.

—Sí —me respondió, acodada en la barandilla—. Se diría una llama que corre. Pero mire allá lejos, qué frescura tiene en aquel ribazo, bajo los sauces que se reflejan en él. Ese rinconcito me gusta más que todo el resto.

—¡Vaya! —respondí—. Veo que el río tiene para ti su encanto. ¿Qué dirías tú, si con el consentimiento de la señorita Préfère, fuéramos a Saint-Cloud en una lancha a vapor que, seguramente, encontraríamos en Pont-Royal?

Juana estaba muy contenta con mi idea, y la señorita Préfère dispuesta a todos los sacrificios. Pero mi sirvienta no consentía en dejarnos marchar así. Me condujo al comendor, donde la seguí temblando.

—Señor —me dijo, cuando estuvimos solos—. No piensa usted en nada, y es preciso que sea yo la que esté en todo. Afortunadamente tengo buena memoria.

No me pareció oportuno destruir aquella ilusión temeraria. Y continuó:

—¡Muy bonito! ¿Se va usted sin decirme lo que le gusta a la señorita? Usted, señor, es muy difícil de contentar, sí, señor, muy difícil; pero al menos sabe usted lo que es bueno. No es como las jovencitas: no entienden de cocina. Con frecuencia lo mejor es lo que encuentran peor, y lo malo les parece bueno, porque no tienen hecho todavía el gusto, hasta el punto de que no sabe una qué hacer para ellas. Dígame si a la señorita le gustan los pichones con guisantes y las frituras.

—Mi querida Teresa —le respondí—, haga usted lo que le parezca mejor, que seguramente le gustará. Estas damas sabrán contentarse con lo que nosotros comemos a diario.

Teresa respondió secamente:

—Señor, yo le hablo de la señorita joven; no está bien que se vaya de la casa sin haber disfrutado de algo. En cuanto a la vieja rizada, si mi comida no le gusta, que se chupe el dedo. Me tiene sin cuidado.

Con el alma sosegada volví a la ciudad de los libros, donde la señorita Préfère hacía crochet tan tranquilamente, que se hubiera dicho se encontraba en su casa. Nada faltó para que lo creyera yo mismo. La verdad es que tenía poco sitio en el rincón de la ventana, pero había elegido tan bien su silla y su taburete, que estos muebles parecían hechos para ella.

Juana, por el contrario, dirigía a los libros y a los cuadros una larga mirada, que parecía casi un afectuoso adiós.

—Toma —le dije—, distráete hojeando este libro, que seguramente te gustará, porque tiene grabados muy bonitos.

Y abrí ante ella la compilación de trajes de Vecellio; no la copia vulgar, pobremente ejecutada por artistas modernos, sino un magnífico y venerable ejemplar de la edición príncipe, noble al igual que las nobles damas que figuran sobre sus hojas amarillentas y embellecidas por el tiempo.

Ojeando los grabados, Juana me dijo con una ingenua curiosidad:

—Hablábamos de un paseo, y me ofrece usted un viaje, un gran viaje.

—Pues bien, señorita —le dije—, es necesario instalarse cómodamente para viajar. Estás sentada en un rinconcito de tu silla, que haces apoyar en una sola pata, y el Vecellio debe fatigar tus rodillas. Siéntate bien, con la silla bien aplomada y el libro sobre la mesa.

Me obedeció sonriendo, y me dijo:

—Mire usted, qué traje más precioso. (Era el de una dogaresa.) ¡Qué nobleza tiene y qué magníficas ideas sugiere! ¡Es hermoso el lujo!

—No debe usted tener semejantes ideas, señorita —dijo la directora del internado, levantando de su labor su naricilla imperfecta.

—Es bien inocente — le respondí —. Hay almas lujosas, que tienen el gusto innato de la magnificencia.

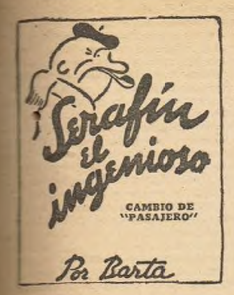
La naricilla imperfecta se bajó al instante.

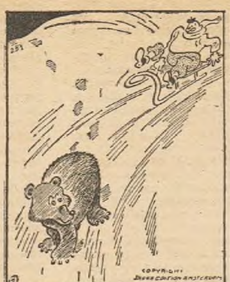
—A la señorita Préfère también le gusta el lujo —dijo Juana—. Recorta papeles transparentes para las lámparas. Es un lujo económico, pero no deja por eso de ser un lujo.

De nuevo en Venecia, trabábamos conocimiento con una patricia vestida con una dalmática bordada, cuando sonó la campanilla. Creí que sería algún proveedor con su cesta, cuando la puerta de la ciudad de los libros se abrió y... No hace mucho deseabas, viejo Silvestre Bonnard, que otros ojos que no fueran los tuyos, con gafas y cansados, viesen a tu protegida en toda su gracia; tus deseos se han cumplido de la manera más insospechada. Y, como al imprudente Teseo, una voz te dice:

Temed, señor, temed que el cielo riguroso
no os aborrezca tanto que cumpla vuestros
[deseos.

Se abrió la puerta de la ciudad de los libros y apareció en ella un hombre joven y guapo, introducido por Teresa. Esta vieja alma, en su









simplicidad, sólo sabe abrir o cerrar la puerta a las gentes; nada sabe de las finezas de la antecámara o el salón. No entra en sus costumbres el anunciar ni el hacer esperar. Deja a los visitantes en la escalera o los hace pasar sin más miramientos

He aquí, pues, al joven que ella conducía, y al que yo no podía verdaderamente hacer encerrar de inmediato en la habitación vecina, como a un animal peligroso. Esperé que se explicara, cosa que hizo con desenvoltura, si bien me pareció que se fijaba en la muchacha que, inclinada sobre la mesa, ojeaba el Vecellio. Le miré con atención: o mucho me engañaba o le había visto ya en otra parte. Se llama Gelis. He aquí un nombre que he oído ya, no sé donde. El hecho es que Gelis tiene muy buena figura. Me dice que está en tercer año de la Escuela Diplomática, y que prepara desde hace quince o diez y ocho meses su tesis de grado, cuyo asunto es el estado de las abadías benedictinas en 1700. Acaba de leer mis trabajos sobre el *Monasticon* y está persuadido de que no puede terminar debidamente su tesis sin mis consejos, en primer lugar, y sin cierto manuscrito que yo tengo en mi poder y que no es otro que el registro de cuentas de la abadía de Citeaux de 1683 a 1704.

Después de informarme sobre estos puntos, me entregó una carta de recomendación firmada por el más ilustre de mis cofrades.

Al fin caigo en la cuenta: Gelis es el mismo joven que el año pasado me trató de imbécil bajo los castaños. Habiendo desdoblado su carta de recomendación, pienso:

—¡Ah, ah! ¡Qué lejos estás tú, desgraciado, de suponer que te he oído y que sé lo que piensas de mí..., o al menos, lo que pensabas aquel día, pues las cabezas jóvenes son muy tornadizas! ¡Eres mío, joven imprudente! Te has metido en la cueva del león, pero tan inesperadamente, que el viejo león sorprendido no sabe qué hacer con su presa. ¿Pero tú, viejo león, no serás verdaderamente un imbécil? Si no lo eres, lo fuiste. Fuiste un estúpido al prestar atención a lo que decía Gelis al pie de la estatua de Margarita de Valois; dos veces estúpido al escucharle, y tres veces estúpido por no haber olvidado lo que más te valiera no haber oído."

Tras de reprender así al viejo león, le exhorté a que se mostrara clemente. No se hizo rogar mucho y bien pronto se puso tan contento, que hubo de contenerse para no estallar en gozosos rugidos.

Por la forma en que leía la carta de mi colega se podía creer que lo hacía deletreando. Duró tanto mi lectura, que Gelis hubiera podido aburrirme, si no tomara su mal con paciencia, contemplando a Juana, que de vez en cuando volvía la cara hacia nosotros. No es posible permanecer inmóvil, ¿no es cierto? La señorita Préfère se arreglaba sus bucles, y su pecho se levantaba con pequeños suspiros. Debo decir que yo mismo he sido honrado con frecuencia con estos pequeños suspiros.

—Señor — dije, doblando la carta —, me satisface mucho poder serle útil. Se ocupa usted de investigaciones que a mí me han interesado vivamente. He hecho lo que he podido. Sé lo mismo que usted — y aun mejor que usted — cuánto queda aún por hacer. El manuscrito que usted me pide está a su disposición. Puede llevárselo, aunque no es de los más pequeños, y me temo...

—¡Ah, señor! — me dijo Gelis —. Los gruesos volúmenes no me dan miedo.

Rogué al joven que me esperase y fuí a un gabinete vecino a buscar el manuscrito que de pronto no encontré y que desesperaba de encontrar cuando me di cuenta, por seguros indicios, de que mi sirvienta había puesto orden en mi gabinete. Pero aquel manuscrito era tan grande y tan voluminoso que Teresa no había podido hacerlo desaparecer por completo. Lo levanté con esfuerzo, y tuve el gusto de hallarlo todo lo pesado que convenía a mis deseos.

—Espera, amigo mío — me dije con una sonrisa que debía ser por demás sarcástica —, espera. Ya verás cómo te abruma con su peso, fatigando primero tus brazos y después tu cabeza. Es la primera venganza de Silvestre Bonnard. Ya nos veremos.

Cuando volvía a la ciudad de los libros, oí a Gelis que decía a Juana: "Las venecianas se teñían el cabello con una tintura rubia. Usaban el rubio de miel y el rubio de oro. Pero hay cabellos cuyo color natural es mucho más bello que el de la miel y el del oro". Y Juana respondía con un silencio pensativo y concentrado. Adiviné que se trataba del bribón de Vecellio y que, inclinados sobre el libro, habían contemplado juntos a la dogaresa y a las patricias.

Aparecí con mi enorme librote, pensando en la cara que pondría Gelis. Era la carga de un mozo de cuerda y yo tenía los brazos doloridos. Pero el joven lo levantó como una pluma y lo metió bajo su brazo, sonriendo. Después me dió las gracias con esa brevedad que tanto me agrada, me recordó que tendría necesidad de mis consejos, y tras quedar de acuerdo en el día en que habríamos de vernos, se marchó saludándonos a todos con la mayor desenvoltura del mundo...

Dije:

—Es muy gentil este muchacho.

Juana volvió algunas hojas del Vecellio y no contestó.

Fuimos a Saint-Cloud.

Septiembre-Diciembre.

Sus visitas se han sucedido con una exactitud por la que estoy profundamente agradecido a la señorita Préfère, que ha acabado por tener su rincón en la ciudad de los libros. Ahora dice: mi silla, mi taburete, mi costurero. Su costurero es una tablita de la que ha expulsado a los poetas champañeses para poner el saco de su labor. Es muy amable y sería preciso que yo fuera un monstruo para no quererla. La sufro en todo el rigor de la palabra. ¿Pero, qué no sufriría yo por Juana? Ella da a la ciudad de los libros un encanto del cual gusto en el recuerdo cuando se marcha. Es poco instruída, pero tan admirablemente dotada, que cuando quiero enseñarle algo bello, resulta que yo no lo había visto jamás y que es ella quien me lo hace ver. Si hasta ahora me ha sido imposible hacerla seguir el curso de mis ideas, con frecuencia encuentro placer en seguir el espiritual capricho de las suyas.

Un hombre más sensato que yo pensaría en hacerla útil. ¿Pero no es útil en este mundo el ser amable? Sin ser bonita, es encantadora. Encantar vale tanto acaso como el zurzir medias. Por otra parte, yo no soy inmortal, y ella sin duda no será todavía tan vieja cuando mi notario (que no es precisamente Mouche) le lea cierto papel que yo he firmado hace poco.

No quiero que nadie más que yo la proteja y la dote. No soy rico y la herencia paterna no se ha acrecentado en mis manos. No se amasan escudos compulsando viejos textos. Pero mis libros, al precio a que se vende hoy esta noble mercancía, algo valen. Hay sobre estos estantes muchos poetas del siglo XVI que los banqueros disputarán a los príncipes. Y yo creo que estas *Horas* de Simón Vostre no pasarán inadvertidas en el hotel Silvestre, lo mismo que esas *Preces piae* que pertenecieron a la reina Claudia. He tenido buen cuidado de reunir y de conservar todos estos ejemplares raros y curiosos que pueblan la ciudad de los libros, y he creído durante mucho tiempo que eran tan necesarios a mi vida como el aire y la luz. Los he querido bien, y aun hoy día no puedo dejar de sonreírles y de acariciarlos. ¡Estos tafiletes son tan agradables a la vista y estas vitelas tan suaves al tacto! No hay uno solo de estos libros que no sea digno, por algún mérito singular, de la estimación de un

hombre espiritual. ¿Qué otro dueño sabrá apreciarlos en todo lo que valen? ¿Sé tan siquiera si un nuevo propietario no los dejará perecer en el abandono, o no los mutilará por un capricho de ignorante? ¿En qué manos caerá este incomparable ejemplar de la *Historia de la abadía de Saint-Germain-des-Prés*, en cuyos márgenes el autor mismo, Dom Jacobo Bouillard, puso con su propia mano notas sustanciales?... Bonnard, eres un viejo loco. Tu cocinera, pobre criatura, está hoy clavada en su cama por un tremendo reumatismo. Juana tiene que venir con su "carabina" y, en lugar de prepararte para recibirlas, piensas en mil boberías. Silvestre Bonnard, tú no llegarás nunca a nada, yo te lo digo.

Y precisamente desde mi ventana las veo que bajan del ómnibus. Juana salta como una gata y la señorita Préfère se confía a los robustos brazos del conductor, con las gracias púdicas de una Virginia escapada nuevamente del naufragio y resignada esta vez a dejarse salvar. Juana levanta la cabeza, me ve, y me hace una imperceptible seña de amistosa confianza. Me doy cuenta de que es bella. Menos bella que su abuelita. Pero su encanto es la alegría y el consuelo del viejo loco que soy yo. En cuanto a los jóvenes locos (todavía se encuentran), no sé lo que ellos pensarán; no es cuenta mía... ¿Pero es necesario repetirte, Bonnard, amigo mío, que tu sirvienta está en la cama y que tú debes ir por ti mismo a abrir la puerta?

Abre, infeliz Invierno..., es la Primavera quien llama.

Es Juana, en efecto; Juana, que llega muy sonrosada. A la señorita Préfère, le falta todavía un piso que subir, sofocada e indignada, para llegar al descansillo.

Les expliqué el estado de mi sirvienta y les propuse que comiéramos en un restaurante. Pero Teresa, todo poderosa aun en su lecho de dolor, decidió que debíamos comer en la casa. Según ella las gentes decentes no comían jamás en el restaurante. Por otra parte, ella lo tenía todo previsto. La compra estaba hecha y la portera se encargaría de preparar la comida.

La atrevida Juana quiso ir a ver si la vieja enferma necesitaba algo. Como pueden ustedes imaginarse, fué rápidamente enviada de nuevo al salón, aunque no con tanta rudeza como yo me temía.

—Si tengo necesidad de que me sirvan, no lo quiera Dios —le respondió—, buscaré a alguien que sea menos chiquilla que tú. Necesito descanso. Es una mercancía de la que tú no tienes un puesto en la feria, que se titula: ¡chitón! Ve a divertirte y no sigas aquí. Es malsano: la vejez se contagia.

Repitiéndonos sus palabras, Juana agregó que le gustaba mucho la manera de hablar de la vieja Teresa. Por este motivo, la señorita Préfère la reprochó el tener gustos poco distinguidos. Procuré justificarla con el ejemplo de tantos buenos artífices del idioma, que buscaban sus maestros entre los cargadores del puerto y entre las viejas lavanderas. Pero la señorita Préfère tenía predilecciones demasiado selectas para avenirse a mis razones.

Mientras tanto, Juana, con gesto suplicante, me pidió por favor que le permitiera ponerse un delantal blanco e ir a la cocina para ocuparse de la comida.

—Juana — le respondí con la gravedad de un dueño de casa —, creo que si se trata de romper platos, desportillar fuentes, abollar cacerolas y desfondar ollas, la sórdida criatura que Teresa ha puesto en su lugar en la cocina se basta y se sobra, pues me parece oír allí en este momento ruidos desastrosos. Sin embargo, yo te propongo, Juana, la preparación del postre. Busca un delantal blanco; te lo ataré yo mismo.

En efecto, yo le até solemnemente el delantal al talle y se lanzó a la cocina para preparar, como después comprobamos, los más delicados manjares.

No pude alabarme de haber tomado esta disposición, pues la señorita Préfère, en cuanto se quedó sola conmigo, adoptó una actitud inquietante. Me miró con los ojos llenos de lágrimas y de fuego y dió enormes suspiros.

—Lo compadezco —me dijo—. Un hombre como usted, un hombre selecto, vivir solo con una criada grosera (porque incontestablemente es grosera). ¡Qué existencia tan cruel! Usted tiene necesidad de descanso, de miramientos, de atenciones, de cuidados de todo género; puede usted caer enfermo. Y no habrá mujer que no se sienta honrada de llevar su nombre y compartir su existencia. ¡Oh, no, no puede haberla! Me lo dice el corazón.

Y apretó con sus dos manos aquel corazón siempre pronto a escaparse.

Yo estaba literalmente desesperado. Procuré demostrar a la señorita Préfère que no pensaba variar el curso de mi vida ya muy avanzada y que así era todo lo feliz que podía serlo, de acuerdo con mi naturaleza y mi destino.

—¡No! Usted no es dichoso — exclamó ella —. Para eso necesitaría cerca de usted un alma capaz de comprenderlo. Salga usted de su ensimismamiento, vuelva los ojos a su alrededor. Tiene usted numerosas relaciones, buenas amistades. No se puede ser miembro del Instituto sin frecuentar la sociedad. Vea usted, juzgue, compare. Una mujer sensata no le rehusaría su mano. Yo soy mujer, caballero; mi instinto no me engaña nunca; hay algo que me dice que encontrará usted la felicidad en el matrimonio. ¡Las mujeres son tan adictas, tan cariñosas (no todas, se comprende, pero algunas sí)! ¡Y además, son tan sensibles a la gloria! A su cocinera le faltan ya las fuerzas, es sorda, está achacosa. ¡Si se enfermara usted durante la noche! ¡Tiemblo sólo de pensarlo!

Y temblaba realmente; cerraba los ojos, apretaba los puños, pataleaba. Mi abatimiento era extremado. Con qué formidable ardor continuó:

—¡Su salud! ¡Su preciosa salud! Daría con placer toda mi sangre por conservar los días de un sabio, de un literato, de un hombre de mérito, de un miembro del Instituto. Yo despreciaría a una mujer que no fuera capaz de hacer esto. Verá usted: conocí a la mujer de un gran matemático, un hombre que llenaba innumerables cuadernos de cálculos, con los que atestaba los armarios de la casa. Estaba enfermo del corazón y se desmejoraba a ojos vistas. Y yo observaba a su mujer muy tranquila a su lado. Hasta que no pude contenerme y un día le dije: "Pero, amiga mía, no tiene usted corazón. En su lugar, yo haría..., yo haría... ¡No sé lo que yo haría!"

Se calló extenuada. Mi situación era terrible. No podía ni soñar siquiera en decir a la señorita Préfère claramente lo que pensaba de sus consejos, pues regañar con ella significaba perder a Juana. Tomé, por consiguiente, la cosa con dulzura. Por otra parte, ella estaba en mi casa: esta reflexión me ayudó a guardarle ciertas consideraciones.

—Soy demasiado viejo, señorita —le respondí—, y me temo que sus advertencias me lleguen un poco tarde. Pero pensaré en ello. En tanto, cálmese. Convendría que tomara usted un vaso de agua azucarada.

Con gran sorpresa mía, estas palabras la calmaron súbitamente, y la vi sentarse con tranquilidad en su rincón, junto a su costurero, sobre su silla, los pies sobre su taburete.

La comida no estaba muy bien que digamos. La señorita Préfère, perdida en un sueño, no se dió cuenta. De ordinario son muy sensibles a esta clase de contratiempos; pero éste causó a Juana tanta alegría, que yo mismo acabé por divertirme con él. A mi edad aun no sabía que un pollo quemado por un lado y crudo por el otro fuese algo cómico; me lo enseñaron las claras risas de Juana. Aquel pollo nos hizo decir mil cosas ingeniosas que he olvidado y al cabo hasta me pareció encantador que no estuviera asado convenientemente.

La comida terminó no sin cierta gracia, cuando Juana, con su delantal blanco, delgada y tiesa, presentó la fuente de huevos a la nieve que ella misma había preparado. En su baño de oro pálido, brillaban con el más cándido fulgor y difundían un fino olor a vainilla. Y los puso sobre la mesa con la gravedad de una cocinera de Chardin.

En el fondo de mi alma yo estaba profundamente inquieto. Me parecía poco menos que imposible mantenerme mucho tiempo en buenas relaciones de amistad con la señorita Préfère, cuyos furores matrimoniales habían estallado. Y marchándose la profesora, ¡adiós la alumna! Aproveché un momento en que la buena señora había ido a ponerse el abrigo, para preguntar a Juana que me dijera con exactitud qué edad tenía. Me dijo que diez y ocho años y un mes. Conté con los dedos y me convencí de que no sería mayor de edad antes de dos años y once meses. ¿Cómo pasar todo este tiempo?

Al separarnos, la señorita Préfère me miró con tal expresión que temblé de pies a cabeza.

—Hasta pronto — dije gravemente a la chiquila —. Pero escúchame: tu amigo es viejo y te puede faltar. Prométeme que no te faltarás nunca a ti misma y estaré tranquilo. ¡Que Dios te guarde, hija mía!

Después de cerrar la puerta tras ella, abrí la ventana para verla marcharse. La noche era oscura y sólo divisé sombras confusas que se deslizaban en la negrura del muelle. El zumbido inmenso y sordo de la villa subía hacia mí, y sentía oprimido el corazón.

15 de diciembre.

El rey de Thulé conservaba una copa de oro, que su amante le había dejado como recuerdo. Poco antes de morir y comprendiendo que había bebido en ella por última vez, arrojó la copa al mar. Guardo este cuaderno de recuerdos como el viejo príncipe de los mares brumosos guardaba su copa cincelada, y al igual que él hundió su joya de amor en los abismos de las olas, yo quemaré este libro de memorias.

La verdad es que no destruiré este monumento de una vida humilde, por una altiva avaricia y por un orgullo egoísta; pero temería que las cosas que me son queridas y sagradas resultaran, por falta de arte, vulgares y ridículas.

No digo esto a propósito de lo que va a continuación. Me encontraba verdaderamente en ridículo cuando, invitado a comer por la señorita Préfère, me senté en una otomana (era en realidad una otomana) a la derecha de una persona tan inquietante. La mesa estaba puesta en un saloncito. Platos desportillados, vasos descabalados, cuchillos con el mango despegado, tenedores con los dientes amarillos; no faltaba nada de lo que puede quitar el apetito a una persona delicada.

Se me advirtió que la comida estaba preparada para mí, exclusivamente para mí, aunque Mouche asistiese también a ella. Sin duda la señorita Préfère se imaginó que yo tenía, con respecto a la manteca, gustos de Sármata, pues la que me ofreció estaba extremadamente rancia.

El asado acabó de envenenarme. Pero tuve el placer de oír a Mouche y a la señorita Préfère hablar de la virtud. Digo el placer y debía decir la vergüenza, pues los sentimientos que expresaron están muy por encima de mi grosera naturaleza.

Lo que dijeron me probaba con claridad meridiana, que la abnegación era para ellos como el pan de cada día y que el sacrificio les era tan necesario como el aire y el agua. Viendo que yo no probaba bocado, la señorita Préfère hizo mil esfuerzos por vencer lo que ella, con excesiva bondad, llamaba mi discreción. Juana

no participaba de nuestra fiesta porque, según me dijeron, su presencia, contraria al reglamento, hubiera quebrantado la igualdad que era necesario mantener entre todas las alumnas.

La desolada sirvienta, nos presentó un exiguo postre y desapareció como una sombra.

Entonces, la señorita Préfère contó a Mouche con grandes transportes, todo cuanto ella me había dicho en la ciudad de los libros, mientras mi criada estaba en la cama. Su admiración por un miembro del Instituto, sus temores de verme enfermo y solo, su certidumbre de que una mujer inteligente se sentiría contenta y orgullosa de compartir mi existencia; nada omitió, agregando — por el contrario — nuevas locuras. Mouche aprobaba con la cabeza, en tanto cascaba avellanas. Y, cuando ella terminó su perorata, le preguntó con una agradable sonrisa lo que yo había respondido.

La señorita Préfère, con una mano sobre el corazón y la otra extendida hacia mí, exclamó:

—¡Es tan afectuoso, tan superior, tan bueno y tan grande! Me respondió... Pero yo no sabría, simple mujer, repetir las palabras de un miembro del Instituto: bastará con que las resuma. Me respondió: "Sí, la comprendo y acepto."

Diciendo ésto, me agarró una mano. Mouche se levantó, muy emocionado, y me agarró la otra mano.

—Lo felicito, señor — me dijo.

Algunas veces he tenido miedo en mi vida, pero jamás había experimentado un horror de tal naturaleza, tan repugnante.

Desprendí mis manos de las suyas y, levantándome para dar a mis palabras toda la gravedad posible:

—Señora — le dije —: sin duda me habré explicado mal en mi casa o la he entendido mal ahora. En los dos casos es necesaria una declaración muy clara y terminante. Permítame usted, señora, hacerla ahora mismo. No, yo no la he comprendido; no, yo no he aceptado nada. Ignoro en absoluto en qué mujer ha pensado usted para mí, si es que ha pensado en alguna. En cualquier caso, no tengo el propósito de casarme. A mi edad sería una locura imperdonable, y aun no puedo imaginarme cómo, una persona sensata como usted, me lo haya podido aconsejar. Me inclino a creer que yo me engaño y que usted jamás me ha dicho nada semejante. En este caso, perdone usted a un viejo que no tiene costumbres de sociedad, poco hecho al lenguaje de las damas y desolado por su error.

Mouche volvió de nuevo a su sitio, muy lentamente; donde, a falta de avellanas, se dedicó a partir un corcho.

La señorita Préfère, después de haber fijado en mí algunos instantes unos ojillos redondos y secos, que aun no le conocía, recobró su dulzura y su gracia acostumbradas. Y con voz melosa, exclamó:

—¡Estos sabios! ¡Estos hombres de gabinete! Son como los niños. Sí, señor Bonnard, es usted un verdadero niño.

Después, volviéndose hacia el notario, que permanecía quieto, la nariz sobre el corcho:

—¡Oh! ¡No le acuse usted! — le dijo con una voz suplicante —. ¡No le acuse usted! No piense mal de él, se lo ruego. ¡No piense mal! ¿Tendré que pedírselo de rodillas?

Mouche examinó su corcho por todos lados, como única respuesta.

Yo estaba indignado. A juzgar por el calor que sentía en la cabeza, mis mejillas debían estar extraordinariamente rojas. Y esto me hizo comprender las palabras que oí entonces a través del zumbido de mis sienes.

—Me asusta nuestro pobre amigo. Haga usted el favor de abrir la ventana, señor Mouche. Me parece que no le vendría mal una compresa de árnica.

Salí a la calle con un indecible sentimiento de repugnancia y de terror.

20 de diciembre.

Estuve ocho días sin oír hablar de la institución Préfère. No pudiendo seguir más tiempo sin noticias de Juana y pensando por otra parte que no debía abandonar la liza, tomé el camino de Ternes.

El locutorio me pareció más frío, más húmedo, más inhospitalario, más insidioso, y la sirvienta más espantada, más silenciosa que nunca. Pregunté por Juana y, después de un largo rato, fué la señorita Préfère la que se presentó grave, pálida, los labios apretados, los ojos duros.

—Señor, lo siento vivamente — me dijo, cruzando los brazos bajo la pelerina — no poder permitirle que vea hoy a la señorita Alexandre; es de todo punto imposible.

—¿Por qué?

—Señor, las razones que me obligan a suplicarle que no menudee tanto sus visitas, son de una naturaleza particularmente delicada, y le ruego me evite la contrariedad de decírselas.

—Señora—le respondí—, estoy autorizado por el tutor de Juana para ver a su pupila todos los días. ¿Qué razones puede usted tener para oponerse a la voluntad del señor Mouche?

—El tutor de la señorita Alexandre (y se afirmó sobre este nombre de tutor como sobre un sólido punto de apoyo) desea tan vivamente como yo ver terminadas sus asiduidades.

—Siendo así, tendrá usted a bien darme las razones en que se fundan él y usted.

Contempló la pequeña espiral de papel y respondió con una calma severa:

—¿Lo quiere usted? Aunque semejante explicación sea penosa para una mujer, accederé a sus exigencias. Esta casa, señor, es una casa decente. Tengo mi responsabilidad: debo velar como una madre sobre cada una de mis educandas. Sus asiduidades junto a la señorita Alexandre no podrían prolongarse sin perjuicio para ella. Mi deber es hacerlas cesar.

—No la comprendo a usted — le respondí.

Y era la verdad. Continuó lentamente:

—Sus asiduidades en esta casa son interpretadas por las personas más respetables y las menos suspicaces de tal forma, que yo debo, en interés de mi establecimiento y en interés de la señorita Alexandre, ponerles fin lo antes posible.

—Señora — exclamé —, he oído muchas estupideces en mi vida, pero ninguna comparable con la que usted acaba de decirme.

Me respondió sencillamente:

—Sus injurias no me alcanzan. Nada nos da tanta fuerza como el cumplimiento del deber.

Y apretó su pelerina contra su corazón, esta vez no para contenerlo, sino más bien para acariciar su impulso generoso.

—Señora — le dije señalándola con el dedo —, ha provocado usted la indignación de un anciano. Procure usted que este anciano la olvide, y no agregue nuevas infamias a las que acabo de conocer. La advierto que no dejaré de velar sobre Juana Alexandre. ¡Pobre de usted si le hace algún daño, cualquiera que sea!

Mostrándose más tranquila a medida que yo me exaltaba, me respondió con una gran sangre fría:

—Señor, estoy muy advertida sobre la naturaleza del interés que a usted le guía respecto a esa jovencita, para no sustraerla a la vigilancia con la cual usted me amenaza. Ya hubiera debido, viendo la intimidad más que equívoca en la que usted vive con su ama de llaves, evitar su contacto con una niña inocente. Es lo que haré en adelante. Si me he mostrado hasta aquí demasiado confiada, no es usted quien puede reprochármelo, sino la señorita Alexandre; pero ella es demasiado inocente, demasiado pura, gracias a mí, para imaginar la naturaleza del peligro que usted le ha hecho correr. Supongo que no me obligará usted a instruirla a este respecto.

"Vamos — me dije, encogiéndome de hombros —, era necesario que vivieses tanto, mi pobre Bonnard, para conocer con exactitud lo

Automático



Al pie de la letra.

que es una mala mujer. Ahora tu ciencia sobre este particular es completa".

Salí sin contestarle una palabra, y tuve la satisfacción de ver en la súbita sofocación de la directora del internado, que mi silencio la impresionaba más que mis palabras.

Atravesé el patio, mirando a todas partes, por si veía a Juana. Me acechaba, corrió hacia mí.

—Si tocan a uno solo de tus cabellos, escríbeme, Juana. Adiós.

—¡No! ¡Adiós, no!

Le respondí:

—¡No! ¡No! ¡Adiós, no! Escríbeme.

Fuí derechamente a casa de la señora de Gabry.

—La señora está en Roma, con el señor. ¿No lo sabía usted?

—¡Es cierto! — le respondí —, la señora me lo escribió.

Me lo había escrito, en efecto, y era preciso que yo estuviese trastornado para olvidarlo. Esta fué sin duda la opinión del criado, pues me miró de una manera que quería decir: "El señor Bonnard ha vuelto a la infancia", y se inclinó sobre la barandilla de la escalera, para ver si me entregaba a alguna acción extravagante. Bajé cuerdamente los escalones y él se retiró decepcionado.

Al entrar en mi casa, supe que Gelis se encontraba en el salón. Este muchacho me visita con frecuencia. Cierto que sus opiniones no son muy firmes, pero su espíritu no es en realidad trivial. Esta vez su visita me molesta un poco ¡Ay! Pienso que acaso diré a mi joven amigo alguna tontería y a él también le parecerá un chocheo. No puedo explicarle que he sido pedido en matrimonio y tratado como un hombre de malas costumbres; que se sospecha de Teresa y que Juana se halla en poder de la mujer más desalmada de la tierra. Verdaderamente estoy en un estado muy a propósito para hablar de la abadías cistercinas con un joven y malévolo erudito ¡Vamos, sin embargo, vamos!...

Pero Teresa me detuvo:

—¡Qué sofocado está usted, señor! — me dijo con un tono de reproche.

—Es la primavera — le respondí.

Y me rebatió:

—¿La primavera en el mes de diciembre?

Estamos efectivamente en el mes de diciembre. ¡Ah! ¡Qué cabeza la mía y qué buen apoyo tiene en mí la pobre Juana!

—Teresa, tome mi bastón y guárdelo usted, si es posible, en un rincón donde yo no lo encuentre.

—Buenas tardes, Gelis. ¿Cómo está usted?

Sin fecha.

Al día siguiente el buen viejo quiso levantarse; no pudo lograrlo. La mano invisible que lo tenía extendido sobre el lecho era muy recia. El buen viejo, materialmente clavado, se resignó a no moverse, pero fueron sus ideas las que echaron a andar.

Era indudable que tenía una fiebre muy alta, pues la señorita Préfère, los abades de Saint-Germain-des-Prés y el criado de la señora de Gabry, se me aparecían bajo formas fantásticas. Sobre todo este último, que se alargaba gesticulando sobre mi cabeza, como una gárgola de catedral. Tenía la impresión de que había mucha gente, una enorme cantidad de gente en mi alcoba.

Esta alcoba estaba amueblada a la antigua. El retrato de mi padre, con uniforme de gala, y el de mi madre, con traje de cachemira, colgaban del muro sobre el panel que lo cubría, rameado de verde. Lo sé muy bien, como sé igualmente que todo ello se encuentra muy deslucido. Pero la alcoba de un viejo no tiene necesidad de ser coqueta; basta con que esté limpia y de ello se encarga Teresa. Además, está lo bastante adornada como para satisfacer a mi espíritu un poco infantil y candoroso. Hay en las paredes y en los muebles, cosas que de ordinario me hablan y me alegran. ¿Pero, qué quieren decirme hoy todas estas cosas? Se han vuelto chillonas, gesticulantes y amenazadoras. Esta estatuita, moldeada sobre una de las Virtudes teologales de Nuestra Señora de Brou, tan ingenua y tan graciosa en su estado natural, ahora se contorsiona y me saca la lengua. Y esta bella miniatura, en la cual uno de los más suaves discípulos de Juan Fouquet, se ha representado, ceñido con el cordón de los hijos de San Francisco, ofreciendo de rodillas su libro al buen duque de Angulema, ¿quién lo ha sacado de su marco, para poner en su lugar una enorme cabeza de gato, que me mira con ojos fosforescentes? También los ramajes del papel se han convertido en cabezas, cabezas verdes y disformes... No, hoy como hace veinte años, son ramajes estampados y nada más... No, decía yo bien, son cabezas con dos ojos, una nariz, una boca, ¡son cabezas!... Me lo explico: son a la vez cabezas y ramajes. Algo daría por no verlos.

A mi derecha, la linda miniatura del franciscano ha vuelto a su sitio, pero me parece que la retengo por un agotador esfuerzo de mi voluntad y que, si me canso, la repelente cabeza de gato va a reaparecer. No deliro: veo perfectamente a Teresa al pie de mi lecho; oigo que me habla, y la respondería con perfecta lucidez si no estuviese ocupado en conservar en su figura natural todos los objetos que me rodean.

He aquí que llega el médico. No lo había llamado; pero le veo con gusto. Es un viejo vecino para quien he sido de poco provecho, pero a quien quiero muy de veras. Aunque nada le digo, tengo pleno conocimiento de todo y hasta me he vuelto singularmente astuto, pues espío sus gestos, sus miradas, los menores movimientos de su rostro. Pero no puedo saber lo que verdaderamente piensa de mi estado. Viene a mi memoria el profundo concepto de Goethe, y le digo:

—Doctor, el viejo ha consentido en estar enfermo; pero esta vez no piensa concederle otras ventajas a la naturaleza.

Ni el doctor ni Teresa ríen de mi broma. Sin duda no la han entendido.

El doctor se va, el día declina, y toda clase de sombras se forman y se disipan como nubes en los pliegues de mis cortinas. Multitud de sombras pasan ante mí; a través de ellas veo el rostro inmóvil de mi fiel servidora. De pronto un grito, un grito agudo, un grito de angustia me traspasa los oídos. ¿Eres tú, Juana, que me has llamado?

Ya ha muerto el día, y las sombras se instalan en mi cabecera para toda la larga noche.

Al alba siento una paz, una paz inmensa: envolverme por entero. ¿Es que me abres tu seno, Señor, Dios mío?

Febrero de 1876.

El doctor está muy contento. Parece como si le hiciera un gran honor teniéndome en pie. A creerle a él, males innumerables se han ensañado a la vez sobre mi viejo cuerpo.

Estos males, terror de la humanidad, todos tienen sus nombres, terror del filólogo. Son palabras híbridas, mitad griegas, mitad latinas, con terminaciones en *itis* para indicar el estado inflamatorio y el *algia* para expresar el dolor. El médico me las repite con un crecido número de adjetivos en *ico*, destinados a caracterizar su detestable calidad. En suma, una buena columna del Diccionario de medicina.

—¡Venga esa mano, doctor! Me ha devuelto usted a la vida y se lo perdono. Me ha devuelto usted a mis amigos y se lo agradezco. Usted dice que soy fuerte. Sin duda, sin duda; pero he durado ya bastante. Soy un mueble sólido, pero viejo; comparable al sillón de mi padre. Era un sillón que le venía de herencia a aquel hombre de bien, y sobre el cual permanecía sentado de la mañana a la noche. Cuando era niño, me encaramaba veinte veces al día sobre los brazos de aquel antiguo sillón. Mientras se conservó en buen estado nadie se cuidaba de él. Pero cuando empezó a renguear de una pata, comenzaron a decir que era un buen sillón. En seguida rengueó de tres patas, se tronchó la cuarta y se quedó casi manco de los dos brazos. Y entonces fué cuando exclamaron: "¡Qué sillón tan fuerte!" Se admiraban de que, sin tener un brazo entero, ni una pata que le sirviera de apoyo, conservara la figura de un sillón y prestara todavía algún servicio. Pero la crin se salió de su cuerpo y rindió su alma. Y cuando Cipriano, nuestro criado, le seccionó los miembros para echarlos a la leñera, las exclamaciones de admiración redoblaron: "¡Qué estupendo! ¡Qué maravilloso sillón! Fué usado por Pedro Silvestre Bonnard, comerciante en paños; Epifanio Bonnard, su hijo, y Juan Bautista Bonnard, jefe de la tercera división marítima y filósofo pirroniano. ¡Qué sólido y venerable sillón!" En realidad era un sillón muerto. Pues bien, doctor, yo soy igual a aquel sillón. Usted me cree fuerte porque he resistido embestidas que hubieran matado por completo a un gran número de personas y que a mí sólo me han matado en unas tres cuartas partes. Gran merced. Pero no dejo de ser por ello algo completamente averiado.

El doctor quiere probarme, con la ayuda de numerosas palabras griegas y latinas, que me encuentro en muy buen estado. El francés resulta demasiado claro para una demostración de ese género. Sin embargo, me doy por convencido y le acompaño hasta la puerta.

—¡Sea en buena hora! — me dice Teresa —. Así es como hay que despedir a los médicos. Con que lo haga usted lo mismo dos o tres veces no volverá más, que es lo que hace falta.

—Muy bien, Teresa; ahora que ya estoy hecho un valiente, no me niegue usted mis cartas. Sin duda debe haber un buen paquete de ellas, y sería una broma muy pesada el seguir impidiéndome por más tiempo el que las lea.

Teresa, después de algunas protestas, me entrega mis cartas. Pero, ¿para qué? He mirado todos los sobres y ninguno está escrito por la manita que yo quisiera ver aquí, hojeando el Vecellio. He rechazado todo el paquete, que nada me dice ya.

Abril-Junio.

El asunto ha sido peliagudo.

—Espérese usted, señor, a que me ponga de limpio — me ha dicho Teresa —, y hoy también iré con usted, llevaré su sillita de tijera, como estos últimos días, e iremos a tomar el sol.

En realidad, Teresa me cree enfermo. Sin duda he estado muy mal, pero todo tiene su fin. La señora Enfermedad se ha marchado hace tiempo y van ya tres meses cumplidos, que su acompañanta de pálido y gracioso semblante, la dama Convalecencia, me ha dado gentilmente su adiós. Si escuchase a mi sirvienta me convertiría en absoluto en un señor Argante, cubriendo mi cabeza para dormir, por el resto de mis días, con un gorro de noche. ¡Nada de eso! Quiero salir solo. Teresa no opina lo mismo. Se ha provisto de mi silla de tijera y está dispuesta a seguirme.

—Teresa, mañana tomaremos el sol junto al muro de la pequeña Provenza todo el tiempo que usted quiera. Pero hoy tengo asuntos que despachar.

¡Asuntos! Piensa que se trata de dinero y me explica que nada nos apremia.

—¡Tanto mejor! Pero en el mundo hay además otros asuntos.

Suplico, regaño, me escapo.

Hace un tiempo bastante bueno. Por medio de un coche de punto, y si Dios no me abandona, llevaré a cabo mi aventura.

❦ ❦ ❦

Ya veo el muro que tiene escrito en letras azules estas palabras: *Colegio de señoritas, dirigido por la señorita Virginia Préfère.* Ahí está la verja que se abriría ampliamente al patio de honor, si se abriera alguna vez. Pero la cerradura está oxidada y unas láminas de hojalata protegen contra las miradas indiscretas a las pobres almitas a quienes la señorita Préfère enseña, sin ningún género de duda, la modestia, la sinceridad, la justicia y el desinterés. Se ve una ventana cuyos cristales embadurnados revelan ser un lugar de uso común, ojo empañado que es el único abierto al mundo exterior.

En cuanto a la puertecilla excusada por la que tantas veces he entrado y que hacía tiempo estaba cerrada para mí, la hallé de nuevo con su mirilla enrejada. Su escalón de piedra está desgastado y sin que mis ojos vean mucho bajo los lentes, observo sobre las piedras las pequeñas huellas blancas que han ido dejando en ella al pasar las suelas claveteadas de las educandas. ¿Por qué yo no había de pasar también? Creo que Juana sufre en aquella casa tan triste y que me llama en secreto. No puedo alejarme. Me domina la inquietud. Llamo. La criada despavorida sale a abrirme, más despavorida que nunca. Tiene su consigna. No puedo ver a la señorita Juana. Le pido por lo menos que me dé noticias de su salud. La criada, después de mirar a derecha e izquierda, me dice que está bien y me da con la puerta en las narices. Y me encuentro de nuevo en la calle.

¡Cuántas veces habré pasado después ante la puertecilla avergonzado, desesperado, por ser aún más débil que aquella criatura que no tenía en este mundo más apoyo que el mío!

10 de junio.

He vencido mi repugnancia, y he ido a ver a Mouche. Lo primero que me salta a la vista es que su despacho está más empolvado y más mohoso que el año pasado. Apareció el notario, con su aspecto raquítico y sus pupilas inquietas bajo los anteojos. Le presento mis quejas. El me responde... Pero, ¿para qué dejar impreso, aunque sea en un cuaderno que debe ser quemado, el recuerdo de un perfecto granuja? Le dió la razón a la señorita Préfère, a la que estima hace mucho tiempo por su inteligencia y su carácter. Sin querer terciar a fondo en el debate, se ve obligado a decir que las apariencias no me son favorables. Esto no me importa gran cosa. Después añade (y esto sí que me importa mu-

...bol que la exigua cantidad de que podía disponer para la educación de su pupila se había agotado, y en tal circunstancia no puede por menos que admirar vivamente el desinterés de la señorita Préfère, que consiente, a pesar de todo, en que siga junto a ella la señorita Juana.

Una luz magnífica, la luz de un hermoso día, derrama sus ondas incorruptibles en tan sórdido lugar, iluminando a aquel hombre. Fuera, difunde su esplendor sobre todas las miserias de un barrio populoso. ¡Qué dulce es esta luz que llena mis ojos hace tanto tiempo, y de la que ya pronto no podré gozar más! Marcho pensativo, con las manos a la espalda, a lo largo de las fortificaciones, y me encuentro sin saber cómo en los arrabales, ornados con minúsculos jardinillos. Sobre el borde de un camino polvoriento, me fijo en una planta cuya flor, resplandeciente y sombría a la vez, parece hecha para asociarse a los duelos más nobles y más puros. Es una ancolia. Nuestros padres la llamaban "guante de la virgen". Sólo una virgen, que se volviera muy pequeñita, para aparecerse así a los niños, podría deslizar sus preciosos dedidos en las estrechas cápsulas de aquella flor.

Un gordo abejorro se embute en ella brutalmente. Su aguijón no puede alcanzar el néctar, y el muy goloso se esfuerza en vano. Acaba por renunciar y sale embadurnado de polen. Vuelve a emprender su vuelo pesado; pero las flores andan escasas en aquel arrabal sucio por el hollín de las fábricas. Vuelve de nuevo a la ancolia; pero esta vez agujerea la corola y chupa el néctar a través del agujero abierto por él. Nunca hubiera creído que un abejorro pudiera tener tanta inteligencia. Es una cosa admirable. Los insectos y las flores me maravillan más cuanto más los observo. Soy como el bueno de Rollin, a quien encantaban las flores de sus melocotoneros. Me gustaría tener un bello jardín, y vivir en el lindero de un bosque.

Agosto-Septiembre.

Se me ha ocurrido la idea de ir un domingo por la mañana a espiar el momento en que las alumnas de la señorita Préfère van en fila a misa a la parroquia. Las vi pasar de dos en dos, las pequeñas a la cabeza, con las caras muy serias. Había entre ellas tres vestidas iguales, bajitas, rechonchas, pretenciosas, a las que reconocí. Eran las señoritas Mouton. La hermana mayor es la artista que dibujó la terrible cabeza de Tatio, rey de los sabinos. Al flanco de la columna la subdirectora, con un devocionario en la mano, se afanaba, frunciendo el entrecejo. Pasaron las medianas y luego las mayores, cuchicheando. Pero no vi a Juana.

Indagué en el ministerio de Instrucción Pública si no habría en el fondo de alguna carpeta cualquier nota sobre la institución de la calle Demours. Llegué a conseguir que enviaran a las inspectoras. Volvieron trayendo inmejorables impresiones. El colegio Préfère es, según ellas, una institución modelo. Si llegara a provocar una investigación, estoy seguro de que la señorita Préfère recibiría las palmas académicas.

3 de octubre.

Aquel jueves era día de salida, y encontré en los alrededores de la calle Demours a las tres señoritas Mouton. Después de saludar a su madre, le pregunté a la mayor, que podrá tener unos doce años, cómo estaba la señorita Juana Alexandre, su compañera.

Me respondió de un tirón:

—Juana Alexandre no es compañera mía. Está en el colegio por caridad, y por eso tiene que barrer la clase. Así nos lo ha dicho la maestra.

Las tres señoritas volvieron a ponerse en marcha, y la señora de Mouton las siguió de cerca, echándome por encima de su amplio hombro, una mirada de desconfianza.

¡Ay! Me veo reducido a ensayar diligencias sospechosas. La señora de Gabry no volverá a París hasta dentro de tres meses lo más pronto. Lejos de ella no tengo ni tacto, ni inteligencia; no soy más que una máquina pesada, incómoda y perjudicial.

Y, sin embargo, no puedo tolerar que Juana sirva de criada en el colegio y esté expuesta a las ofensas de Mouche.

28 de diciembre.

El tiempo estaba brumoso y frío. Ya era de noche. Llamé a la puertecilla con la tranquilidad de un hombre que no teme nada. En cuanto la tímida criada me hubo abierto, le deslicé en la mano una moneda de oro, prometiéndole otra si podía conseguir que yo viera a la señorita Alexandre. Ésta fué su respuesta:

—Dentro de una hora en la ventana enrejada.

Y me cerró la puerta en las narices tan rudamente que el sombrero tembló sobre mi cabeza.

Esperé durante una hora larga entre torbellinos de nieve; después, me aproximé a la ventana. ¡Nada! El viento rugía, y nevaba copiosamente. Los obreros que pasaban cerca de mí, con las herramientas al hombro e inclinando la cabeza bajo los espesos copos, me tropezaban. Nada. Temí llamar la atención. Sabía que había obrado mal sobornando a una criada, pero no sentía por ello ningún pesar. Es un ser despreciable el que ante la necesidad no se decide a salirse de la regla general. Pasó un cuarto de hora. Nada. Al fin, se entreabrió la ventana.

—¿Es usted, señor Bonnard?

—¿Eres tú, Juana? Dime en una palabra cómo estás.

—Bien. Estoy muy bien.

—¿Y qué más?

—Trabajo en la cocina y barro las clases.

—¡En la cocina! ¡De barrendera! ¡Bondad divina!

—Sí, porque mi tutor no paga ya el colegio.

—Tu tutor es un miserable.

—Entonces, ¿lo sabe usted?

—¿El qué?

—¡Oh! No me obligue a decírselo. Pero antes preferiría morir a encontrarme a solas con él.

—¿Y por qué no me has escrito?

—Estaba muy vigilada.

En aquel momento tomé mi resolución, y nada hubiera podido ya hacerme cambiar. Me vino a la imaginación la idea de que podía muy bien no estar en mi derecho, pero me reí de aquella idea. Resuelto a ello, fuí prudente. Obré con una calma verdaderamente notable.

—Juana —le pregunté—, ¿tu habitación comunica con el patio?

—Sí.

—¿Puedes tú misma tirar del cordón?

—Sí no hay nadie en la portería, sí.

—Pues ve a hacerlo, y procura que no te vean.

Esperé vigilando la puerta y la ventana.

Reapareció detrás de la reja al cabo de cinco o seis segundos. ¡Al fin!

—La criada está en la portería.

—Bueno —dije—. ¿Tienes una pluma y un tintero?

—No.

—¿Y un lápiz?

—Sí.

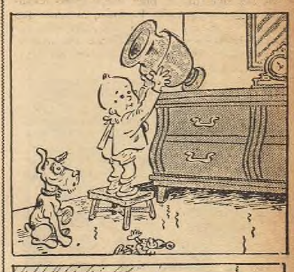
—Dámelo.

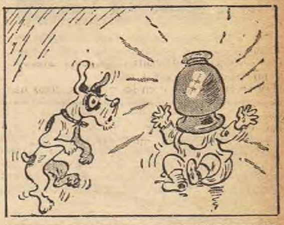
Saqué de mi bolsillo un periódico viejo, y bajo el viento que silbaba apagando los faroles y la nieve que me cegaba, envolví lo mejor que pude en torno a aquel periódico una faja con la dirección de la señorita Préfère.

Mientras escribía, pregunté a Juana:

AVENTURAS DE DON LINO

IMPOSIBLE SACARLO *por BARTA*









Puntos de vista



—Me alegro de que Luis sea suplente del team, así esta noche podrá llevarme al baile sin ir con un brazo en cabestrillo, como el año pasado.

—Cuando pasa el cartero y deja en el buzón las cartas y los impresos, ¿llama a la campanilla, verdad? Entonces la criada abre el buzón y va a llevar en seguida lo que ha encontrado en él a la señorita Préfère. ¿No es esto lo que ocurre en cada reparto?

Me dijo que creía que así era.

—Vamos a ver, Juana: no dejes de vigilar, y, en cuanto la criada abandone la portería, tiras del cordón y sales afuera.

Después de dicho esto, metí el periódico en el buzón, di un fuerte campanillazo y fuí a ocultarme en el hueco de una puerta vecina.

Llevaba allí algunos minutos cuando la puertecilla rechinó y, entreabriéndose después, vi a Juana aparecer en ella. Tomando sus manos, la atraje hacia mí.

—Ven acá, Juana, ven.

Ella me miraba con inquietud. Seguramente creía que me había vuelto loco. Estaba por el contrario lleno de juicio.

—Vamos, hija mía, vamos.

—¿Dónde?

—A casa de la señora de Gabry.

Entonces se agarró a mi brazo. Corrimos durante algún tiempo como dos ladrones. El correr no es lo más apropiado para mi corpulencia. Deteniéndome muy sofocado, me apoyé en algo que resultó ser la hornilla de un vendedor de castañas, establecido en la esquina de un despacho de vinos donde bebían los cocheros. Uno de ellos nos preguntó si no necesitábamos un coche. ¡Ya lo creo que lo necesitábamos! El hombre de la fusta, después de dejar el vaso sobre el mostrador de cinc, subió al pescante haciendo arrancar al caballo. Estábamos salvados.

—¡Uf! — exclamé, enjugándome la frente, pues a pesar del frío sudaba la gota gorda.

Lo extraño era que Juana parecía tener más conciencia que yo del acto que acabábamos de realizar. Estaba muy seria y visiblemente inquieta.

—¡En la cocina! — exclamé con indignación.

Ella movió la cabeza, como queriendo decir: "¡Allí o en otra cualquier parte, qué más da!". Y a la luz de los faroles, advertí con pena que su rostro estaba enflaquecido y sus rasgos alterados. Ya no tenía la vivacidad, los arranques bruscos, la rápida expresión que tanto me había gustado en ella. Sus miradas eran opacas, sus gestos pesados, su actitud sombría. Le tomé la mano, una mano endurecida, dolorida y fría. La pobre criatura debía haber sufrido mucho. La interrogué. Me refirió tranquilamente que la señorita Préfère la había mandado llamar un día y la había tratado de monstruo y de viborilla, sin que ella supiera porqué. Añadiendo después:

—No volverá usted a ver al señor Bonnard, que la daba malos consejos y se ha portado muy mal conmigo. Yo le dije: "Eso no lo creeré jamás, señorita". Ella entonces me dió una bofetada y me mandó volver al estudio. Esa noticia de que no volvería a verle a usted fué para mí como el caer de la noche. Como esas tardes en que se encuentra uno tan triste cuando la oscuridad cae sobre nosotros. Pues bien, figúrese usted ese momento prolongado durante semanas, durante meses. Un día, supe que estaba usted en el locutorio con la directora, le aceché y nos dijimos: "Hasta la vista". Y me sentí algo consolada. Poco tiempo después, vino mi tutor a sacarme un jueves. No quise salir con él. Me respondió muy bajito que era una niña muy caprichosa, y me dejó tranquila. Pero al día siguiente, la señorita Préfère, se dirigió hacia mí con un aire tan perverso que sentí miedo. Llevaba una carta en la mano. "Señorita, me dijo, su tutor me comunica que se han agotado las sumas que le pertenecían. Pero no tenga cuidado, no pienso abandonarla, aunque comprenderá usted que es justo que se gane usted la vida".

"Entonces me empleó en limpiar la casa, y algunas veces me encerró en un desván durante días enteros. Ya sabe usted todo lo que ha sucedido en su ausencia. Si hubiese podido escribirle no sé si lo hubiera hecho, porque no creía que a usted le fuera posible sacarme del colegio. Y como no me obligaban a ir a ver al señor Mouche, no tenía prisa. Podía esperar en el desván y en la cocina".

—¡Aunque tengamos que huir hasta Oceanía — exclamé —, la abominable señorita Préfère no volverá a apoderarse de ti! Lo juro por lo más sagrado. ¿Y por qué no habíamos de marcharnos a Oceanía? El clima es sano y el otro día leí en un periódico que tienen hasta pianos. Mientras eso llega vamos a casa de la señora de Gabry, que por suerte está en París desde hace tres o cuatro días. Somos dos inocentes, y tenemos gran necesidad de que nos ayuden.

Mientras hablaba, las facciones de Juana palidecieron, haciéndose borrosas; un velo se extendió ante sus ojos y un pliegue doloroso contrajo sus labios entreabiertos. Dejó caer la cabeza sobre mi hombro, y se quedó sin conocimiento.

La tomé en mis brazos y subí así con ella la escalera de la señora de Gabry, como si fuera un niño dormido. Abrumado por la fatiga y por la emoción, me dejé caer con ella en el banco del descansillo. Allí se reanimó.

—¿Es usted? — me dijo abriendo los ojos —. ¡Qué contenta estoy!

Y en tal estado fuimos a llamar a la puerta de nuestra amiga.

Daban las ocho. La señora de Gabry acogió con bondad al viejo y a la niña. Seguramente se sentiría muy sorprendida, pero nada nos preguntó.

—Señora — le dije —, venimos a ponernos los dos bajo su protección. Y, antes que nada, venimos a pedirle que nos dé de cenar. Sobre todo a Juana, pues acaba de desvanecerse de debilidad en el coche. Yo, por mi parte, no podría comer un bocado tan tarde sin prepararme una noche de agonía. Espero que el señor de Gabry se encuentre bien.

—Está aquí — me dijo ella.

Y en seguida le hizo anunciar nuestra llegada.

Tuve un gran placer viendo su rostro franco y estrechando su mano fuerte. Pasamos los cuatro al comedor y, mientras servían a Juana una carne fiambre, la que ni siquiera tocó, les referí nuestra aventura. Pablo de Gabry me pidió permiso para encender su pipa, y después se dispuso a escucharme silenciosamente. Cuando terminé, se rascó sobre las mejillas su barba corta y espesa.

—¡Demonio! — exclamó —. ¡Se ha metido usted en un bonito asunto, señor Bonnard!

Después, fijándose en Juana, que volvía a uno y otro sus ojos aterrados.

—Venga — me dijo.

Le seguí a su despacho, donde relucían bajo la luz de las lámparas, sobre la oscura tapicería, las escopetas y los cuchillos de caza. Allí, llevándome hasta un sofá de cuero:

—¿Qué ha hecho usted? — me dijo —. ¿Qué ha echo usted, Dios mío? Corrupción de menores, rapto, fuga. ¡En buena se ha metido! Está usted en camino de cinco a diez años de cárcel.

—¡Misericordia! — exclamé —. ¡Diez años de cárcel por salvar a una niña inocente!

—¡Es la ley! — respondió el señor de Gabry —. Conozco bastante bien el código, querido Bonnard, no por haber estudiado derecho, sino porque siendo alcalde de Lusance tuve que enterarme por mí mismo, para poder enterar a mis administrados. Mouche es un granuja, la Préfère una perversa y usted un.... no encuentro una palabra lo bastante fuerte.

Abriendo después su biblioteca en la que guardaba collares de perros, látigos, estribos, espuelas, cajas de cigarros y algunos libros usuales, sacó un código, y se puso a hojearlo.

—*Crímenes y delitos...*, *secuestro de personas.* Ese no es su caso. *Rapto de menores.* Esto es... *Artículo 354: Cualquiera que por fraude o violencia rapte o haga raptar a menores, o los haya sacado o mandado sacar de los lugares donde estuvieran depositados por las personas a cuya dirección o autoridad estén sometidos o confiados, sufrirá pena de reclusión. Véase Código Penal 21 y 28... 21: el tiempo de la reclusión no será menor de cinco años... 28: la pena de reclusión lleva en sí la inhabilitación civil.* ¿Está bien claro, no es verdad, señor Bonnard?

—¡Clarísimo!

—Continuemos. *Artículo 356. Si el raptor no hubiese cumplido aún los veintiún años, sólo será castigado...* Esto no va con nosotros. *Artículo 357. En el caso en que el raptor se hubiese desposado con la joven que ha raptado, sólo podrá ser perseguido a petición de aquellas personas que, según el Código Civil, tengan derecho a pedir la anulación del matrimonio, y sólo podrá ser condenado una vez que la anulación haya sido acordada.* No sé si está en sus propósitos el casarse con la señorita Alexandre. Ya habrá usted visto que el Código no es tan malo, y le deja esa puerta abierta. Pero, no está bien echarlo a broma, ya que su situación es bastante comprometida. ¿Cómo un hombre como usted ha podido imaginar que era cosa fácil en París y en pleno siglo XX raptar a una muchacha impunemente? No vivimos en la Edad Media, y el rapto no está permitido.

—No crea usted — le respondí — que el rapto estaba permitido en el derecho antiguo. Puede usted hallar en Baluze un decreto dado por el rey Childeberto en Colonia, en los años 593 ó 94, sobre esta materia. ¿Quién no conoce la famosa ordenanza de Blois, mayo de 1579, en la que se dispone formalmente que aquellos que hubieran sobornado a un joven o a una joven menores de veinticinco años, bajo el pretexto de matrimonio u otro cualquiera, sin el consentimiento, orden o deseo expreso del padre, madre o tutores, serán castigados con la pena de muerte. *E igualmente* — añade la ordenanza — *serán castigados con rigor, todos aquellos que hayan participado en el rapto, prestado ayuda, consejo o facilidades de cualquier género que fuesen.* Estos son, poco más o menos, los términos de la ordenanza. En

cuanto a ese artículo del Código de Napoleón que acaba usted de hacerme conocer y que libra al raptor de la persecución si se casa con la joven raptada, me recuerda que, según la costumbre de Bretaña, el rapto seguido de matrimonio no está castigado. Pero esta costumbre, que dió ocasión a muchos abusos, fué suprimida hacia 1720.

Le doy esta fecha, que se aproxima unos diez años a la verdadera. Mi memoria ya no es muy buena, y pasaron los tiempos en que podía recitar de corrido, sin tomar aliento, quinientos versos de Girart de Roussillon.

En cuanto a la capitular de Carlomagno, que regula la compensación del rapto, si no le hablo de ella es porque seguramente la tendrá usted en la memoria. Ya ve usted, mi querido Gabry, que el rapto estuvo siempre considerado como un crimen punible bajo las tres dinastías de la antigua Francia. Están muy equivocados los que creen que la Edad Media era la época del caos. Puede usted estar seguro, por el contrario...

El señor de Gabry me interrumpió:

—¡Conoce usted —exclamó— las ordenanzas de Blois, Baluze, Childeberto y las Capitulares de Carlomagno, y no conoce el Código de Napoleón!

Le respondí que, en efecto, no había leído ese Código, y se quedó muy sorprendido.

—¿Comprenderá usted ahora —añadió— la gravedad de la acción que acaba de cometer?

En realidad, aun no lo comprendía. Pero poco a poco y por efecto de las reflexiones tan sensatas de Pablo, llegué a pensar que sería juzgado no por mis intenciones, que eran inocentes, sino por mi acción, que resultaba condenable. Entonces me lamenté desesperado.

—¿Qué hacer? —exclamaba—. ¿Qué hacer? Estoy irremisiblemente perdido, y, además, he perdido también conmigo a esa pobre niña a quien quería salvar.

El señor de Gabry cargó silenciosamente su pipa, y la encendió con tal lentitud que su amplio y bondadoso rostro apareció durante tres o cuatro minutos rojo como el de un herrero junto a su fragua. Después:

—¿Me pregunta usted qué puede hacer? No haga nada, mi querido Silvestre Bonnard. Por el amor de Dios y por su propio interés, no haga absolutamente nada. Sus asuntos están bastante enredados; no se mezcle en ellos, si quiere evitarse un nuevo trastorno. Pero prométame estar de acuerdo con todo lo que yo haga. Iré mañana mismo por la mañana a ver a Mouche, y si es lo que creemos, es decir, un pillo, ya encontraré, aunque sea por medio del diablo, la manera de hacerlo inofensivo. Todo depende de él. Como es demasiado tarde para llevar a Juana esta noche al internado, mi mujer la guardará junto a ella. Esto constituye un hermoso delito de complicidad, pero de este modo se le quita todo carácter equívoco a la situación de la muchacha. En cuanto a usted, querido Bonnard, vuelva en seguida al muelle de Malaquais, y si van allí a buscar a Juana, le será muy fácil probar que no está en su casa.

Mientras hablábamos, la señora de Gabry tomaba sus disposiciones para acostar a su colegiala. Vi pasar por el corredor a la doncella que llevaba en sus brazos sábanas perfumadas con espliego.

—¡Qué olor tan honesto y tan dulce! —dije.

—¿Qué quiere usted? —me respondió la señora de Gabry—. Somos campesinos.

—¡Ah! —le respondí—. ¡Si yo pudiera ser también un campesino! ¡Si yo pudiera algún día, como ustedes en Lusance, respirar agrestes aromas, bajo un techo perdido entre el follaje! Y, si este deseo es demasiado ambicioso para un anciano cuya vida está próxima a extinguirse, quisiera por lo menos que mi sudario estuviera como esa ropa, perfumado con espliego.

Convinimos en que al día siguiente almorzaría con ellos. Pero me prohibieron terminantemente que me presentara antes de mediodía. Juana, al abrazarme, me suplicó que no la volvieran al colegio. Nos separamos enternecidos y turbados.

❦ ❦ ❦

Encontré a Teresa en el descansillo de la escalera, presa de una inquietud que la ponía furiosa. Hablaba nada menos que de encerrarme en adelante.

¡Qué noche pasé! No pude cerrar los ojos ni un sólo instante. Tan pronto me reía como un chiquillo del éxito de mi aventura, como me veía ya, con una angustia indescriptible, conducido ante los jueces, para responder, desde el banquillo de los acusados, del crimen que con tanta naturalidad había cometido. Estaba aterrado, y, sin embargo, no sentía ni remordimientos ni arrepentimiento. El sol, entrando en mi alcoba, acarició alegremente los pies de mi cama y yo recé esta oración:

"Dios mío, vos que hicisteis el cielo y el rocío, como se dice en Tristán, juzgadme en vuestra equidad no conforme a mis actos, sino mirando mis intenciones, que fueron rectas y puras, y yo diré: ¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad! ¡Pongo en vuestras manos a la criatura que he robado! ¡Haced lo que yo no he sabido hacer: guardadla de todos sus enemigos y sea bendito vuestro nombre!".

29 de diciembre.

Cuando entré en casa de la señora de Gabry encontré a Juana transfigurada.

¿Habría ella invocado, como yo, a los primeros resplandores del alba, a Aquel que hizo el cielo y el rocío? Sonreía con dulce calma.

La señora de Gabry la llamó para acabar su peinado, pues la amable señora había querido arreglar con sus propias manos los cabellos de la niña que le había sido confiada. Al llegar yo un poco antes de la hora convenida, había interrumpido aquella graciosa *toilette*. Como castigo, me impusieron el esperar solo en el salón. El señor de Gabry se me reunió allí bien pronto. Sin duda, debía llegar de la calle, pues aun tenía en la frente la señal del sombrero. Su rostro expresaba una alegre animación. Pensé que no debía hacerle ninguna pregunta, y nos dispusimos todos a almorzar. Cuando los criados hubieron terminado de servir, Pablo, que había guardado su historia para el café, nos dijo:

—¡Bueno! Ya he ido a Levallois.

—¿Y has visto a Mouche? —le preguntó, vivamente, su mujer.

—No —respondió, observando nuestros rostros, que dejaban ver su contrariedad.

Después de gozar durante un espacio de tiempo razonable de nuestra inquietud, el excelente hombre añadió:

—Mouche no está en Levallois. Mouche ha dejado Francia. Hará pasado mañana ocho días que desapareció, llevándose el dinero de sus clientes, una suma bastante crecida. He encontrado cerrada la notaría. Una vecina me ha contado el asunto con toda clase de maldiciones y de imprecaciones. El notario no iba solo al tomar el tren de las siete y cincuenta y cinco; se ha llevado a la hija de un peluquero de Levallois. El hecho me ha sido confirmado por el comisario de policía. Verdaderamente el tal Mouche, ¿podía haber levantado el vuelo más a tiempo? Si hubiera retrasado el golpe tan sólo una semana podía, como representante de la moral social, haberle llevado a usted, Bonnard, delante de los jueces, como a un criminal. Ahora ya no tenemos nada que temer. ¡A la salud de Mouche! —exclamó, llenándonos las copas.

Quisiera vivir mucho tiempo, para recordar mucho tiempo aquella mañana. Estábamos los cuatro reunidos en el grande y claro comedor, en torno a la mesa de roble encerado. La alegría de Pablo era ruidosa y hasta un poco ruda; bebía a grandes sorbos. Su mujer y Juana me sonreían con una sonrisa que recompensaba todas mis penas.

Recibí al volver a mi casa las más agrias amonestaciones de Teresa, que no concebía mi nueva manera de vivir. Era indudable, según su criterio, que yo había perdido el juicio.

—Sí, Teresa, soy un viejo loco, y usted una vieja loca. Eso es cierto. Que Dios nos bendiga, Teresa, y nos dé nuevas fuerzas, pues tenemos nuevos deberes. Pero, déjeme usted echarme en este sofá, porque no puedo tenerme en pie.

15 de enero.

—Buenos días —me dijo Juana, abriendo la puerta, mientras Teresa, a quien había dejado dejado atrás, gruñía en la oscuridad del corredor.

—Señorita, le ruego que me salude solemnemente con mi nuevo título, diciéndome: "Buenos días, tutor".

—Entonces, ¿ya está hecho? ¡Qué alegría! —me dijo, batiendo palmas.

—Sí, ya ha quedado establecido, señorita, en la sala del juzgado y ante el juez de paz. Desde hoy tendrá usted que vivir bajo mi autoridad. ¿Te causa risa? Sí, lo veo en tus ojos. Se te ha ocurrido alguna idea descabellada, ¿no?

—¡Oh, no, señor... tutor! Estaba contemplando sus cabellos blancos. Se enredan en el ala de su sombrero como una madreselva en un balcón. Son preciosos, y a mí me gustan mucho.

—Siéntate, y si es posible, no digas más desatinos, pues tengo que hablarte de un asunto serio. Escúchame: creo que no debes tener ningún deseo de volver al internado de la señorita Préfère, ¿no es así? ¿Qué te parecería si yo te tuviera conmigo en mi casa, hasta que termine tu educación, hasta que..., qué sé yo? Siempre.

—¡Oh, señor! —exclamó, roja de alegría.

Yo continué:

—Aquí detrás hay una habitación pequeña que mi sirvienta tiene ya preparada para ti. Vas a reemplazar a los libros como el día sucede a la noche. Anda con Teresa, a ver si te parece habitable. Está ya convenido con la señora de Gabry que desde esta noche dormirás aquí.

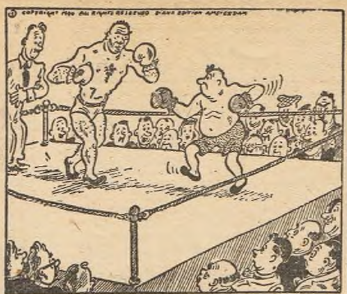
Echó a correr para ver su habitación; la llamé.

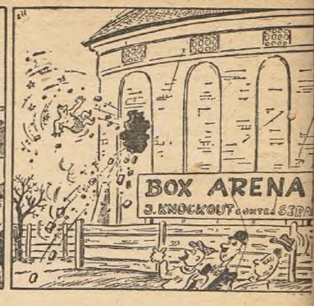
Lo mordió



—Ábrala un poco más, señorita. Un poquito más... para que pueda sacar el dedo.







—Juana, escúchame una cosa. Hasta ahora te has hecho querer de mi criada que, como todas las viejas, es naturalmente muy pesada. Sé atenta con ella. Yo he creído siempre un deber en mí el atenderla y sufrir sus impertinencias. Te diré más, Juana, deseo que la respetes. Y al hablar así no pienses que olvido que es mi sirvienta y también la tuya. Ella tampoco lo olvidará. Pero debes respetar en ella su edad avanzada y su gran corazón. Es una criatura humilde que siempre ha vivido practicando el bien, y se ha endurecido. Sufre con paciencia la rigidez de esa alma recta. Si sabes mandar, ella sabrá obedecer. Anda, hija mía, arregla tu habitación de la manera que juzgues más conveniente para tu trabajo y tu descanso.

Y, habiendo impulsado así a Juana en su camino de buena ama de casa, me dediqué a leer una revista que, aunque hecha por gente joven, encontré excelente. El tono era duro, pero el espíritu selecto. El artículo que leí superaba en precisión y en firmeza a todo lo que publicábamos en mi juventud. El autor de aquel artículo, Pablo Meyer, marcaba cada falta con un arañazo incisivo.

Nosotros no practicábamos tan implacable justicia. Nuestra indulgencia era grande. Casi juntaba al sabio y al ignorante en la misma alabanza. Sin embargo, es necesario saber criticar, es un deber riguroso. Recuerdo siempre a Raimundito (así le llamaban). No sabía nada, tenía una inteligencia limitadísima; pero quería mucho a su madre. No quisimos nunca denunciar la ignorancia y la estupidez de un hombre que era tan buen hijo, y Raimundito, gracias a nuestra complacencia, llegó a pertenecer al Instituto: Ya no tenía madre, y los honores seguían lloviendo sobre él. Era todopoderoso, en perjuicio de sus compañeros y de la ciencia... Pero aquí veo llegar a mi joven amigo del Luxemburgo.

—Buenas tardes, Gelis. Viene usted con una cara muy alegre. ¿Qué le ocurre, hijo mío?

Le ocurre que ha sostenido muy bien su tesis y ha alcanzado una magnífica clasificación. Esto es lo que me anuncia, añadiendo que mis trabajos, de los que se habló incidentalmente en el curso de la sesión, fueron elogiados sin reserva por parte de los profesores de la escuela.

—Eso está muy bien —le respondí—, y me complace mucho, Gelis, ver mi vieja reputación asociada a su joven gloria. Yo me interesaba vivamente, ya lo sabe usted, por su tesis; pero algunos sucesos domésticos me habían hecho olvidar que la sostenía usted hoy.

Juana vino muy a punto para informarle de aquellos sucesos. La muy aturdida penetró como una ligera brisa en la ciudad de los libros, asegurando que su habitación era una maravilla. Se puso encendida al ver a Gelis. Pero nadie puede eludir su destino.

Observé que en aquella ocasión estuvieron muy tímidos el uno y el otro, sin hablar ni una palabra entre ellos.

"¡Bien! ¡Muy bien, Silvestre Bonnard! Contemplando a tu pupila, te olvidas de que eres tutor. Lo eres desde esta mañana y esta nueva obligación te impone ya deberes muy delicados. Bonnard, debes apartar hábilmente a ese joven, debes..." ¡Ah! ¿Es que sé yo acaso lo que debo hacer?...

Gelis toma notas de mi ejemplar único de *La Ginevera delle clare donne*. He sacado al azar un libro cualquiera del estante más próximo; lo abro y entro con respeto en medio de un drama de Sófocles. Al envejecer siento más amor que nunca por las dos antigüedades, y en adelante los poetas de Grecia y de Italia estarán en la ciudad de los libros al alcance de mi mano. Leo aquel coro suave y luminoso, que desarrolla su bella melopea en medio de una canción violenta, el coro de los ancianos tebanos *Epws avixate*... "Invencible amor. ¡Oh! Tú que te arrojas sobre las mansiones poderosas, que reposas sobre las delicadas mejillas de las adolescentes, que cruzas los mares y visitas los establos, ninguno de los inmortales puede huirte, como tampoco ninguno de los hombres que viven breves días. Y, quien te posee, delira". Cuando hube releído aquel delicioso canto, la figura de Antígona se me apareció en toda su inalterable pureza. ¡Qué imágenes! ¡Dioses y diosas flotando en el más puro de los cielos! El anciano ciego, el rey mendicante que erró durante largo tiempo, conducido por Antígona, ha recibido ya sepultura santa, y su hija, bella entre las más bellas imágenes que el alma humana haya concebido jamás, resiste al tirano y entierra piadosamente a su hermano. Ama al hijo del tirano y es amada por él. Y mientras va al suplicio, donde su piedad la conduce, los ancianos cantan:

"Invencible amor. ¡Oh! Tú que te arrojas sobre las mansiones poderosas, que reposas sobre las delicadas mejillas de las adolescentes..."

❦ ❦ ❦

No soy un egoísta, soy prudente; tengo que educar a esta criatura, que es aun demasiado joven para casarse. ¡No! Yo no soy un egoísta; pero debo tenerla algunos años junto a mí, sola conmigo. ¿No puede esperar a que me muera? Puedes estar tranquila, Antígona; el anciano Edipo encontrará a tiempo el santo lugar de su sepultura.

Por el momento, Antígona, ayuda a nuestra sirvienta a mondar nabos. Dice que esta ocupación la recuerda la escultura.

Mayo.

¿Quién reconocería la ciudad de los libros? Ahora hay flores sobre todos los muebles. Juana tiene razón: esas rosas resultan muy bellas en su vaso de porcelana azul. Acompaña a Teresa al mercado y siempre trae flores. Las flores son, en verdad, como encantadoras criaturas. Será necesario que algún día realice mi deseo de estudiarlas de cerca en el campo, con todo el espíritu metódico de que soy capaz.

¿Y qué hacer aquí? ¿Para qué acabar de quemarme los ojos sobre estos viejos pergaminos que no me dicen nada que valga la pena? En otros tiempos descifraba los viejos textos con un ardor magnánimo. ¿Qué esperaba yo entonces hallar en ellos? La fecha de una fundación piadosa, el nombre de algún monje miniaturista o copista, el precio de un pan, de un buey o de un campo; una disposición administrativa o judicial, todo ello y algo más, algo misterioso, vago y sublime, que inflamaba mi entusiasmo. Pero he buscado sesenta años, sin encontrar ese algo. Los que valían más que yo, los maestros, los grandes, los Fauriel, los Thierry, que han descubierto tantas cosas, han muerto en la tarea, sin haber descubierto tampoco ese algo, que no tiene cuerpo ni nombre, y sin lo cual, sin embargo, ninguna obra de la inteligencia sería emprendida sobre la tierra. Ahora que ya no busco más que lo que razonablemente puedo hallar, no encuentro absolutamente nada, y es probable que deje sin terminar la historia de los abades de Saint-Germain-des-Prés.

—¿A qué no adivina usted, tutor, lo que traigo en el pañuelo?

—Según todas las apariencias, deben ser flores, Juana.

—¡Oh, no! No son flores. Mire usted.

Miro y veo una cabecita gris que salía fuera del pañuelo. Era la de un gatito gris. El pañuelo se abre. El animalito salta sobre la alfombra, se sacude, endereza una oreja, después la otra, y examina prudentemente el lugar y las personas.

Con la cesta al brazo entra Teresa sin aliento. No tiene el defecto del disimulo. Reprocha con vehemencia a la señorita llevar a casa a un gato al que no conoce. Juana, para justificarse, relata la aventura. Al pasar con Teresa ante la puerta de una farmacia, vió que un mancebo lanzaba de un puntapié un gatito a la calle. El gato, sorprendido e incomodado, se pregunta si permanecerá en la calle a pesar de los transeúntes, que le tropiezan y

le empujan, o si volverá a entrar en la farmacia, donde corre el riesgo de volver a salir, lanzado por la punta de un zapato. A Juana le parece que su situación es muy crítica, y comprende que dude. El animal tiene un aire estúpido. Ella cree que es la indecisión la que le da ese aspecto. Lo toma en brazos, y como si no se encontraba a gusto ni fuera ni dentro, consiente en quedarse en el aire. Mientras acaba de tranquilizar al gato con sus caricias, le dice al mancebo de la botica:

—Si no le gusta este animalito, no tiene por qué pegarle; me lo puede dar a mí.

—Pues tómelo usted —respondió el muchacho.

—Eso ha sido todo... —añadió Juana, a manera de conclusión.

Y, sacando una voz aflautada, promete al animalito toda clase de halagos.

—¡Qué flaco está! —dije examinando al pobre animalito—. Además, es bastante feo.

Juana no lo encuentra feo, pero reconoce que tiene un aire cada vez más estúpido. Ahora ya no es la indecisión, sino la sorpresa lo que, según ella, imprime un carácter tan desagradable a su fisonomía. Si nosotros estuviéramos en su lugar, piensa, nos convenceríamos de que le es imposible comprender nada de su aventura. Nos reímos en las narices del pobre animal, que conserva una seriedad cómica. Juana quiere volver a tomarle en brazos, pero él se esconde debajo de la mesa, de donde no consiente en salir ni a la vista de un platillo lleno de leche.

Nos alejamos. Al acercarnos de nuevo, el platillo está vacío.

—Juana —le digo—, tu protegido tiene una apariencia poco grata, su carácter es solapado; deseo que no cometa en la ciudad de los libros fechorías que nos obliguen a enviarlo de nuevo a su farmacia. Entretanto, se impone darle un nombre. Propongo llamarle Don Gris de Gotera, aunque este nombre me resulta demasiado largo. Píldora, Droga o Ricino, serían más breves y, además, tendrían la ventaja de recordarle su primera condición. ¿Qué te parece?

—Píldora, le iría bien —me responde Juana—. Pero, ¿será generoso darle un nombre que le recuerde sin cesar las penas de que le hemos librado? Eso sería hacerle pagar cara nuestra hospitalidad. Seamos más generosos dándole un nombre bonito, en la esperanza de que sabrá merecerlo. Fíjese usted cómo nos mira; se da cuenta de que nos ocupamos de él. Es menos torpe desde que ha dejado de ser desgraciado. La desgracia embrutece, yo lo sé muy bien.

—Bueno, Juana, si quieres podemos llamar Aníbal a tu protegido. La conveniencia de darle ese nombre no debe sorprenderte. Pero es que el gato de Angora, que le precedió en la ciudad de los libros y a quien yo tenía la costumbre de hacer confidencias, pues era sabio y discreto, se llamaba Amílcar. Y es natural que aquel nombre engendre el otro y que Aníbal suceda a Amílcar.

Estuvimos de acuerdo sobre ese punto.

—¡Aníbal! —exclamó Juana—. Ven aquí.

Aníbal, asustado por la extraña sonoridad de su propio nombre, fué a agazaparse bajo un estante de la biblioteca, en un hueco tan pequeño, que una rata no hubiera cabido en él

¡Eso es llevar bien un gran nombre!

Me sentía aquel día con ánimos de trabajar, y había sumergido en el tintero la punta de mi pluma, cuando oí que llamaban a la puerta. Si algunos ociosos llegaran a leer estas cuartillas, emborronadas por un viejo desprovisto de imaginación, se reirían mucho de los campanillazos que resuenan en todo momento en el curso de mi relato, sin introducir jamás a un nuevo personaje, ni preparar una escena inesperada. Al revés que en el teatro. Scribe no abre sus puertas sino de una manera consciente y para interesar a las damas y señoritas. Eso es arte. Antes me ahorcan que escribir una obra de teatro, no por desprecio a la vida, sino porque me parece que no podría inventar nada divertido. ¡Inventar! Para tal cosa es necesario haber recibido la influencia secreta. Ese don me sería funesto. Imagínense ustedes que en la historia de la abadía de Saint-Germain-des-Prés, se me ocurriera inventar algún frailecillo. ¡Qué dirían los jóvenes eruditos! ¡Qué escándalo se armaría en la escuela! En cuanto al Instituto, no diría nada, ni tampoco pensaría nada. Mis colegas, aunque escriben algo, no leen absolutamente nada. Son de la misma opinión de Parny, que decía:

Una tranquila indiferencia
es la más razonable virtud.

Ser lo menos posible, para ser lo mejor posible. Por alcanzar esto se esfuerzan esos budistas sin saberlo. Si hay una sabiduría más razonable, iré a decirlo a Roma. Todo esto ha venido a propósito del campanillazo de Gelis. Este joven ha cambiado por completo de manera de ser. Ahora es tan grave como antes era ligero, tan taciturno como antes charlatán. Juana sigue su ejemplo. Nos encontramos en la fase de la pasión contenida. Pues por muy viejo que sea creo que no me equivoco: estas dos criaturas se aman con toda la fuerza de su alma. Juana ahora procura evitarlo; se esconde en su habitación cuando él entra en la biblioteca. ¡Pero, qué bien le encuentra cuando está sola! Sola le habla toda la noche con la música que ejecuta en el piano, con un acento rápido y vibrante, que es la nueva expresión de su alma nueva.

¡Bien está! ¿Por qué no decirlo? ¿Por qué no confesar mi debilidad? ¿Mi egoísmo sería menos censurable ocultándomelo a mí mismo? Voy a decirlo, pues: sí, yo esperaba otra cosa; sí, contaba conservarla para mí solo, como mi hija, como mi nieta, no siempre, ni siquiera mucho tiempo, pero sí algunos años todavía. Soy viejo. ¿No podía esperar? ¿Y quién sabe? Con ayuda de la gota y el artritismo, quizá no hubiera abusado demasiado de su paciencia. Ese era mi deseo, esa era mi esperanza. Pero no contaba con ella; no contaba tampoco con ese joven aturdido. Pero si la cuenta estaba mal, la equivocación ha sido bien cruel. Y después de todo, me parece que te condenas con mucha ligereza, amigo Silvestre Bonnard. Si deseabas conservar a tu lado a esa muchacha algunos años más, era tanto en interés de ella como en el tuyo. Aun tiene bastante que aprender, y tú no eres un maestro desdeñable. Cuando el notario Mouche, que hizo después una trastada tan oportuna, te dispensó el honor de visitarte, tú le explicaste tu sistema de educación con el calor de un alma apasionada. Todo tu afán tendía a aplicar aquel sistema. Juana es una ingrata y Gelis un seductor.

Pero, si no le pongo de patitas en la calle, cosa que sería de un gusto y de un sentimiento detestables, tengo que recibirle; y lleva ya un buen rato esperándome en el saloncito, frente a unos vasos de Sèvres, que me fueron generosamente regalados por el rey Luis Felipe. *Los segadores* y *Los pescadores*, de Leopoldo Robert, se hallan pintados en esos vasos de porcelana, que Juana y Gelis están de acuerdo en encontrar horribles.

—Hijo mío, perdóneme que no le haya recibido en seguida. Estaba terminando un trabajo.

Digo la verdad: la meditación es un trabajo. Pero Gelis no lo entiende así. Cree que se trata de arqueología, y me manifiesta su deseo de que termine pronto mi historia de los abades de Saint-Germain-des-Prés. Sólo después de haberme dado esa prueba de interés, me pregunta por Juana, a lo que yo le respondo: "Esta muy bien", con un tono seco en el que se revela mi autoridad moral de tutor.

Problema



—Mi marido extraña la comida que le hacía su madre, y ella no quiere cederme su cocinera.

Y después de un momento de silencio, hablamos de la Escuela, de las últimas publicaciones y de los progresos de las ciencias históricas. Luego entramos en generalidades. Las generalidades son un gran recurso. Procuro inculcar a Gelis un poco de respeto para la generación de historiadores a la cual pertenezco. Le digo:

—La historia, que era un arte y que se permitía todas las fantasías de la imaginación, ha llegado a ser en nuestro tiempo una ciencia en la que se impone el proceder con riguroso método.

Gelis me pide permiso para no compartir mi opinión. Me declara que no cree que la historia sea, ni llegue a ser nunca, una ciencia.

—Y, ante todo —me dice—, ¿qué es la historia? La representación escrita de los acontecimientos pasados. Pero, ¿qué es un acontecimiento? ¿Es un hecho cualquiera? ¡No!, me dirá usted: es un hecho notable. Entonces, ¿cómo puede juzgar un historiador si un hecho es notable o no lo es? Lo juzga arbitrariamente, según su gusto, su capricho o su idea, en fin, como un artista, pues los hechos no se dividen por su propia naturaleza en hechos históricos o en hechos no históricos. Por lo tanto, un hecho es algo extraordinariamente complejo. ¿El historiador representa los hechos en toda su complejidad? No, eso es imposible. Los representará desprovistos de la mayor parte de las particularidades que los constituían y, por consecuencia, truncados, mutilados, diferentes de como fueron. Y, en cuanto a la relación de los hechos entre sí, ni hablemos de ello. Si un hecho histórico está motivado, lo que es muy posible, por uno o varios hechos no históricos y por lo tanto desconocidos, dígame usted, se lo ruego: ¿qué medios tiene el historiador para marcar la relación de esos hechos entre sí? Y todo esto que he dicho es en el supuesto, señor Bonnard, de que el historiador tenga ante sus ojos testimonios ciertos, cuando, en realidad, sólo otorga su confianza a tal o cual testigo, por razones de sentimiento. La historia no es una ciencia, es un arte, y en ella sólo se logra el éxito por la imaginación.

Gelis me recordaba en aquel momento a un joven loco a quien oí cierto día discutir sin orden ni concierto en el jardín del Luxemburgo, bajo la estatua de Margarita de Nava-

PANCHO SOMBRERO

CON LAS MISMAS ARMAS *por* **TOONDER**









rra. Y en el curso de la conversación nos dimos de narices con Walter Scott, a quien mi desdeñoso joven encuentra un aire recargado, trovadoresco y pasado. Son sus propias expresiones.

—Pero —le dije, exaltándome en la defensa del magnífico padre de Lucy y de la preciosa chiquilla de Perth— todo el pasado vive en sus admirables novelas. ¡Es la historia, es la epopeya!

—Son vejeces — me respondió Gelis.

¿Y podrán ustedes creer que esta insensata criatura me afirma que es imposible, por muy sabio que se sea, precisar cómo eran y cómo vivían los hombres hace cinco o diez siglos, puesto que sólo con un gran esfuerzo conseguimos figurarnos poco más o menos cómo eran hace diez o quince años? ¡Para él la novela histórica, el poema histórico, la pintura de historia, son géneros abominablemente falsos!

—En todas las artes —añade—, el artista no hace sino describir su alma; su obra, cualquiera que sea el ropaje en que la envuelva, es su contemporánea por el espíritu. ¿Qué admiramos en la *Divina Comedia,* sino el alma grande de Dante? Y los mármoles de Miguel Angel, ¿qué nos representan de extraordinario, sino a Miguel Angel mismo? Si el artista no da su propia vida a sus creaciones, consigue tan sólo tallar mármoles y vestir muñecos.

¡Cuántas paradojas y cuánta irreverencia! Pero las audacias no me disgustan en un joven. Gelis se pone en pie y se sienta de nuevo. Sé muy bien lo que piensa y a quién espera. Me habla de los quinientos francos que gana, a los que hay que añadir una pequeña renta de dos mil francos que ha heredado. A mí no me engañan sus confidencias. Sé muy bien que me hace conocer sus cuentas para que me entere de que es un hombre colocado, establecido y ordenado; es decir, un hombre que puede casarse. C. q. f. d., como dicen los geómetras.

Se ha levantado y se ha vuelto a sentar veinte veces. Se pone en pie por la veintiuna vez y, como no ha visto a Juana, se va desolado.

En cuanto ha salido, entra Juana en la ciudad de los libros con el pretexto de vigilar a Aníbal. Está desolada y, con voz doliente, llama a su protegido para darle leche. ¡Fíjate en ese rostro entristecido, Bonnard! Tirano, contempla tu obra. Los has mantenido separados, pero fíjate en sus rostros y, por la expresión de sus rasgos, podrás comprender que, a pesar tuyo, están unidos por el pensamiento. ¡Casandra, que seas feliz! ¡Bartolo, regocíjate! ¡Esto es ser tutor! Ahí la tienes, arrodillada sobre la alfombra, con la cabeza de Aníbal entre sus manos.

¡Sí! ¡Acaricia a ese estúpido animal, compadécele, gime por él! Ya sabemos, pérfida, a donde van tus suspiros y quién es el causante de tus quejas.

Formaban un cuadro que contemplé largamente; después, lanzando una mirada sobre mi biblioteca:

—Juana —dije—, todos esos libros me aburren; los vamos a vender.

20 de septiembre.

Es cosa hecha: están prometidos. Gelis, que es huérfano, como Juana, ha encargado de formular la petición de mano a uno de sus profesores, colega mío, altamente estimado por su ciencia y su carácter. Pero, ¡qué mensajero de amor, justo cielo! Un oso, pero no un oso de los Pirineos, sino un oso de biblioteca, y esta segunda variedad es mucho más feroz que la primera.

—Con razón o sin ella (yo creo que sin ella), a Gelis no le importa la dote. Se lleva a su pupila sin más que lo puesto. Diga usted que sí y asunto terminado. Dése prisa, que quiero enseñarle dos o tres fichas de Lorena muy curiosas y que seguramente no conoce usted.

Esto es lo que literalmente me ha dicho. Yo le he respondido que consultaría a Juana, y me he dado el gusto de hacerle saber que su pupila tenía dote.

¡Aquí está el dote! Mi biblioteca. Enrique y Juana están a mil leguas de sospecharlo siquiera y el hecho es que generalmente me creen más rico de lo que soy. Tengo toda la apariencia de un viejo avaro. Pero es una apariencia bien engañosa y que me ha valido muchas consideraciones. No hay ninguna clase de personas a quien la gente respete tanto como a un rico tacaño.

He consultado a Juana; pero, ¿acaso tenía necesidad de oír su respuesta para saberlo? Es cosa hecha: están prometidos.

No le va ni a mi carácter ni a mi figura el dedicarme a espiar a estos dos muchachos para anotar sus palabras y sus emociones. *Noli me tangere.* Es el lema de los bellos amores. Conozco mi deber: respetar el secreto de esta alma inocente por la que velo. ¡Que se amen! ¡Ninguna de sus largas efusiones, ninguna de sus cándidas imprudencias, será anotada sobre este cuaderno por el viejo tutor cuya autoridad fué tan suave y duró tan poco!

Además, no me estoy de brazos cruzados y, si ellos tienen sus asuntos, yo tengo los míos. Estoy redactando por mí mismo el catálogo de mi biblioteca, con vistas a una venta en pública subasta. Es una tarea que me aflige y me distrae a la vez. La hago durar quizá algo más de lo debido y hojeo los ejemplares tan familiarizados con mi pensamiento, con mis manos, con mis ojos, mucho más de lo necesario y de lo útil. Es un adiós, y siempre estuvo en la naturaleza de los hombres el prolongar los adioses.

¿Puedo separarme de este grueso volumen que tantos servicios me ha prestado durante treinta años, sin darle las pruebas de consideración que se deben a un buen servidor? ¿Y a este otro, que tantas veces me ha reconfortado con su santa doctrina, no debo saludarlo por última vez como a un maestro? Pero cada vez que me encuentro con un libro que me ha inducido a error, que me perturbó con sus falsas fechas, lagunas, mentiras y otras pestes del arqueólogo: —¡Vete! —le digo, con amarga alegría—, ¡vete! Impostor, traidor, falso testigo, huye lejos de mí, *vade retro,* y que logres, por tu indumento cubierto de oro, y gracias a tu reputación usurpada y a tu bella envoltura de tafilete, entrar en la vitrina de cualquier banquero bibliómano, al que no podrás engañar como me has engañado a mí, porque no te leerá jamás.

Puse aparte, para conservarlos siempre, los libros que me han sido regalados como recuerdo. Cuando coloqué en aquella hilera el manuscrito de *La leyenda dorada,* pensé en besarlo, en recuerdo de la señora de Trepof, que supo ser agradecida a pesar de sus riquezas y de la elevada posición que había alcanzado y que para demostrármelo, vino a convertirse en mi bienhechora. Sin embargo, tenía una reserva. Fué en aquella ocasión cuando conocí el crimen. Las tentaciones me asaltaban durante la noche; al rayar el alba se hacían irresistibles. Entonces, mientras todo en la casa dormía, yo me levantaba y salía furtivamente de mi alcoba.

FIN DE "EL CRIMEN DE

Potencias de la sombra, fantasmas de la noche si retardadas junto a mí, después del canto del gallo, me visteis deslizarme de puntillas en la ciudad de los libros, no hubierais exclamado como la señora de Trepof en Nápoles: "Tiene el aire de ser una excelente persona". Estaba Aníbal, con el rabo tieso, se restregaba contra mis piernas ronroneando. Yo sacaba un volumen de su estante, algún gótico veneciano o un noble poeta del Renacimiento, la joya, el tesoro con que había soñado toda la noche, y me lo llevaba para ocultarlo en lo más hondo del armario de las obras reservadas, que se iba llenando hasta reventar. Es horrible decirlo: yo robaba a Juana su dote. Y cuando el crimen ya estaba consumado, me ponía de nuevo a catalogar tenazmente, hasta que Juana venía a consultarme sobre cualquier detalle de sus *toilettes* o de su equipo. Yo no alcanzaba nunca a comprender de lo que se trataba, pues no conozco el vocabulario actual de la costura y de las ropas. ¡Ah! Si una novia del siglo XIV viniera por un milagro a consultarme sobre trapos, ¡eso ya sería otra cosa! Comprendería muy bien su lenguaje. Pero Juana no es de mis tiempos y se la mando a la señora de Gabry, que en estos momentos le sirve de madre.

Llega la noche, ¡la noche ha llegado! Acodados en la ventana contemplamos la vasta extensión oscura, acribillada de puntos luminosos. Juana, inclinada sobre la barandilla, apoya la frente en mi mano y parece entristecida. La observo y me digo a mí mismo: "Todos los cambios, incluso los más deseados, traen consigo la melancolía, ya que aquello que abandonamos es una parte de nosotros mismos; es preciso morir a una vida para entrar en otra."

Como respondiendo a mi pensamiento, ella me dice:

—Tutor mío, soy muy dichosa y, sin embargo, tengo ganas de llorar.

ULTIMA PAGINA

21 de agosto de 1882.

Página ochenta y siete... Todavía una veintena de líneas y mi libro sobre los insectos y las flores estará terminado. Página ochenta y siete y última... "Como acaba de verse, las visitas de los insectos tienen una gran importancia para las plantas; en efecto, ellos se encargan de trasportar el polen de los estambres al pistilo. Dijérase que la flor está dispuesta y ataviada a la espera de esta visita nupcial. Creo haber demostrado que el néctar de la flor destila un licor azucarado que atrae al insecto y le obliga a operar inconscientemente la fecundación directa o cruzada. Este último modo es el más frecuente. He demostrado que las flores están coloradas y perfumadas de manera que atraen a los insectos y construídas interiormente de suerte que ofrecen a sus visitantes un pasadizo que les permite penetrar en la corola y depositar sobre el estigma el polen del cual están cargados. Sprengel, mi venerado maestro, decía a propósito de la pelusilla que tapiza la corola del geranio de los bosques: "El sabio autor de la naturaleza no ha querido crear un solo vello inútil". Yo digo a mi vez: "Si el lirio de los campos, al que se refiere el Evangelio, está vestido con más riqueza que el rey Salomón, su manto de púrpura es un manto de bodas y este rico atuendo es una necesidad de la perpetuación de su existencia. (1).

"Brolles, a 21 de agosto de 1882."

¡Brolles! Mi casa es la última que se encuentra en la calle de la aldea, yendo hacia el bosque. Es una casa de agudo techo de pizarra, que se irisa al sol, como el cuello de una paloma. La veleta que se eleva sobre el techo, me vale más consideración en estos lugares, que todos mis trabajos de historia y de filología. Hasta el último mono conoce la veleta del señor Bonnard. Está enmohecida y rechina al viento agriamente. Algunas veces se niega a prestar su servicio, como Teresa, que, gruñendo, se deja ayudar por una muchacha campesina. La casa no es grande, pero yo vivo a mi gusto. Mi alcoba tiene dos ventanas y recibe los primeros rayos del sol. Arriba está la habitación de los jóvenes. Juana y Enrique vienen dos veces al año.

* * *

El pequeño Silvestre tenía su cuna. Era un lindo niño, pero muy pálido. Cuando jugaba sobre la hierba, su madre le seguía con una mirada inquieta, y a cada momento dejaba sus agujas para tenerlo sobre sus rodillas. El pobrecillo no se quería dormir. Decía que, durmiéndose, se iba lejos, muy lejos, donde todo era negro y donde veía cosas que le daban miedo y que no quería ver.

Entonces su madre me llamaba, y yo me acercaba a su cuna: él cogía uno de mis dedos en su manecita caliente y seca y me decía:

—Quiero que me cuentes un cuento, padrino.

Yo le contaba toda clase de cuentos, que él escuchaba gravemente. Le interesaban todos, pero había uno que maravillaba singularmente a su almita: era el de *El pájaro azul*. Cuando acababa de contárselo, me decía:

—¡Otra vez! ¡Otra vez!

Yo recomenzaba, y su cabecita pálida, en la que azuleaban las venas, se dejaba caer sobre la almohada.

El médico respondía a todas nuestras preguntas:

—¡No es nada extraordinario!

¡No! El pequeño Silvestre no tenía nada de extraordinario. El año pasado, su padre me llamó una noche:

—Venga —me dijo—. El niño está muy grave.

Me acerqué a la cuna, junto a la cual la madre permanecía inmóvil, atada por todas las potencias de su alma.

El pequeño Silvestre volvió lentamente hacia mí sus pupilas, que se alzaron bajo sus párpados y no querían bajar de nuevo.

—Padrino —me dijo—, ya no es necesario que me cuentes más cuentos.

¡No, ya no había para qué contarle más cuentos!

¡Pobre Juana, pobre madre!

Soy ya demasiado viejo para ser muy sensible; pero, en verdad, la muerte de un niño es un doloroso misterio.

El padre y la madre han llegado hoy, para pasar seis semanas bajo mi mismo techo. Helos aquí que vuelven del bosque, dándose el brazo. Juana se envuelve en un negro manto y Enrique lleva una gasa de luto en su sombrero de paja; pero los dos están radiantes de juventud y se sonríen dulcemente el uno al otro, sonríen a la tierra que pisan, al aire que los envuelve, a la luz que cada uno de ellos ve brillar en los ojos del otro. Yo les llamo la atención desde mi ventana con mi pañuelo, y ellos sonríen a mi vejez.

Juana sube ágilmente la escalera, me besa y murmura a mi oído algunas palabras que yo adivino más que entiendo. Y le respondo:

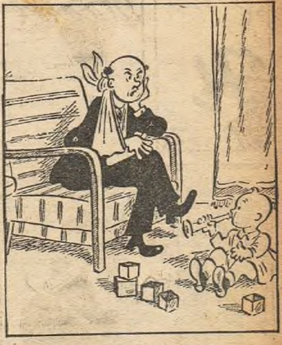
—Que Dios te bendiga, Juana, a ti y a tu marido, en vuestra más remota descendencia. *Et nunc dimittis servum tuum, Domine.*

(1) Silvestre Bonnard no sabía que, antes que él, ilustres naturalistas habían investigado las relaciones de los insectos y las plantas. Ignoraba los trabajos de Darwin y los del doctor Herman Müller, así como las observaciones de sir John Lubbock. Es preciso advertir que las conclusiones de Silvestre Bonnard se asemejan muy sensiblemente a las de estos tres sabios. Aunque resulte menos útil, es acaso interesante comprobar que sir John Lubbock es, al igual que Bonnard, un arqueólogo entregado tardíamente a las ciencias naturales. (*Nota del editor.*)

AVENTURAS DE DON LINO

SOLUCION — *por BARTA*







COMO FUE INSTITUIDO EL



HE aquí de qué manera el azar, que los escépticos llaman "agente de negocios" del buen Dios, puso un día en contacto a los individuos cuya asociación fraternal debía constituir más adelante el cenáculo formado por aquella clase de bohemia que el autor de esta obra ha intentado dar a conocer al público.

Una mañana — era el 8 de abril —, Alejandro Schaunard, que cultivaba las artes liberales de la pintura y de la música, fué despertado bruscamente por el carillón de un gallo de la vecindad, que le servía de reloj.

—¡Demonio! — exclamó Schaunard —. Mi reloj de plumas adelanta. No es posible que haya amanecido ya.

Diciendo aquellas palabras saltó precipitadamente fuera de un mueble de su industriosa invención, y que, desempeñando el papel de cama por la noche — y no hay que decir que lo desempeñaba pésimamente—, reemplazaba durante el día a todos los demás muebles, ausentes por causa del frío riguroso habido en el precedente invierno. Una especie de mueble Juan Palomo, como se ve.

Para prevenirse de las mordeduras del cierzo matinal, Schaunard se puso a toda prisa una falda de satén rosa sembrada de lentejuelas y que le servía de bata. Aquella original prenda había sido olvidada, cierta noche de baile de máscaras en casa del artista, por una *locura* que había cometido: la de dejarse atrapar en las falaces promesas de Schaunard, el cual, disfrazado de marqués de Mondor, hacía resonar en sus bolsillos el tintineo seductor de una docena de escudos, moneda de fantasía recortada con un sacabocados en una placa metálica cogida en la guardarropía de un teatro.

Vestido ya con su ropa de casa, el artista fué a abrir la ventana y la persiana. Un rayo de sol, semejante a una flecha de luz, penetró bruscamente en el cuarto y le obligó a abrir del todo los ojos, todavía velados por las nieblas del sueño. Al mismo tiempo daban las cinco en un campanario cercano.

—Es la aurora misma — murmuró Schaunard—. ¡Qué cosa más rara! Sin embargo — añadió consultando un calendario colgado de la pared — no hay ningún error. Las indicaciones de la ciencia afirman que en esta época del año no debe salir el sol hasta las cinco y media. No son más que las cinco y ya está el sol arriba. Exceso de celo, sin duda. Este astro está equivocado. Me quejaré ante el Observatorio Astronómico. Entretanto — agregó — debería comenzar por inquietarme un poco. Hoy es indudablemente el día siguiente de ayer, y como ayer era siete, a menos que Saturno no marche hacia atrás, debe ser hoy ocho de abril. Y si creo en lo que afirma este papel — prosiguió Schaunard leyendo de nuevo una notificación de desalojo pegada en la pared—, hoy a las doce en punto debo haber desocupado estos rincones y puesto en manos del señor Bernard, mi casero, una suma de setenta y cinco francos por trimestre vencido, y que me reclama por este escrito redactado con pésima caligrafía por cierto. Esperaba, como siempre, que la casualidad se encargaría de liquidar este asunto; pero parece que no ha tenido tiempo. En fin, tengo aún seis horas ante mí; empleándolas bien, puede ser que... ¡Vamos..., vamos, en marcha! — añadió Schaunard, y ya se disponía



a ponerse un abrigo cuya tela, primitivamente peluda, estaba a la sazón completamente calva, cuando de pronto, como si hubiese sido mordido por una tarántula, se puso a ejecutar en su habitación una danza de su cosecha, que en los bailes públicos más de una vez le había valido los honores de la policía. — ¡Admirable! —exclamó —. ¡Qué cosa más curiosa! El aire matinal despierta las ideas. Me parece que estoy sobre la pista de mi composición. Veamos.

Y Schaunard, medio desnudo, fué a sentarse sobre su piano, y, después de haber despertado al dormido instrumento con una tempestad de acordes, comenzó, sin dejar de monologar, a perseguir sobre el teclado la frase melódica que buscaba desde hacía tanto tiempo. *Do, sol, mi, la, si, do, re,* ¡pun! ¡pun! *Fa, re, mi, re.* ¡Ay! ¡ay! Es más falso que Judas, éste — recomentó Schaunard golpeando con violencia en la tecla de tonos dudosos —. Veamos el tono menor... Debe describir hábilmente la aflicción de una joven que está deshojando una margarita blanca en un lago azul. He aquí una idea que no es infantil. En fin, ya que es moda, y no se encontraría un editor que se atreviese a publicar una romanza donde no hubiera un lago azul, hay que conformarse... *Do, mi, sol, mi, do, la, si, do re.* No estoy descontento de esto; da bastante bien la idea de una margarita, sobre todo para las personas que están fuertes en botánica. *La, si, do, re.* ¡Demonio de re! Ahora para dar la sensación exacta del lago azul, me haría falta algo húmedo, algo azul, algo de rayo de luna, porque la luna entra también. ¡Toma, pero si va saliendo!... No olvidemos el cisne — *fa, mi, la, sol* — continuó Schaunard, haciendo chapalear las notas cristalinas de la octava aguda —. Queda el adiós de la muchacha que decide arrojarse al lago azul para volver a reunirse con su amado, enterrado bajo la nieve. El desenlace no está claro — murmuró Schaunard—, pero es interesante. Necesitaba alguna cosa tierna, melancólica; ¡ya sale, ya sale! He aquí una docena de compases que lloran como Magdalenas; ¡parte el corazón! ¡Brrr! ¡Brrr! — farfulló Schaunard, estremeciéndose en su falda tachonada de lentejuelas—. ¡Si pudiera partir leña en vez de corazón! Hay en mi alcoba una viga que me incomoda mucho cuando tengo gente... a comer; encendería un poco de lumbre con... *la, la... re, mi*... porque siento que la inspiración me viene envuelta en un resfrío de cabeza. ¡Qué le vamos a hacer! Paciencia. Continuemos ahogando a mi muchacha.

Y mientras que sus dedos aporreaban el teclado palpitante, Schaunard, con los ojos encendidos, y las orejas tiesas, daba caza a la melodía, la cual, semejante a una ninfa intangible, revoloteaba en medio de la niebla sonora que las vibraciones del instrumento parecían esparcir por el cuarto.

—Veamos ahora — prosiguió Schaunard — cómo mi música se ensarta en la letra de mi poeta. Y tarareó con voz desagradable este fragmento poético, compuesto especialmente para las óperas cómicas y las leyendas populares:

La rubia jovencita
hacia el cielo estrellado,
quitándose la mantilla,
lanza su mirar velado,
y en la onda azulosa
del lago de olas de plata...



CENACULO DE LA BOHEMIA

Un episodio de
ESCENAS DE LA VIDA BOHEMIA
la inmortal obra de ***ENRIQUE MURGER***

ILUSTRACIONES DE ARTECHE



—¡Cómo!, ¡cómo! —exclamó Schaunard arrebatado en justa indignación—. ¿La onda *azulada de un lago de olas de plata?*... ¡Todavía no me había dado cuenta de ello! Es demasiado romántico, al fin. Este poeta es un idiota. No ha visto nunca ni plata ni lago. Su balada es estúpida, además. El corte de los versos perjudica mi música. En lo sucesivo yo mismo compondré la letra. Y en seguida. Estoy en vena y voy a hilvanar un boceto de cuplé adaptable a mi melodía.

Y Schaunard, apoyando la cabeza entre sus manos, tomó la grave actitud de un mortal que mantiene relaciones con las Musas. Al cabo de un rato de aquel connubio sagrado, había dado a luz una de aquellas deformidades que los libretistas llaman con razón *monstruos*, y que improvisan bastante fácilmente para servir de cañamazo provisional a la inspiración del compositor.

Sólo que el monstruo de Schaunard tenía sentido común y expresaba bastante claramente la inquietud provocada en su espíritu por la llegada brutal de aquella fecha: ¡8 de abril!

He aquí la copla:

Ocho y ocho dieciséis,
Pongo seis y llevo el uno,
Sería muy venturoso
Si topase con alguno,
Cual yo, humilde y generoso,

Que me dé pronto y gustoso
Ochocientos francos juntos.
Pagando a mis acreedores
Se acabarían los sustos
Y además los sinsabores.

Estribillo:

Y a las doce menos cuarto
En el cuadrante a sonar,
Pagaría lo que debo
A mi casero Bernard.

—¡Caramba! — exclamó Schaunard releyendo su composición —. *Sonar* y *Bernard* no son rimas muy millonarias que digamos; pero no tengo tiempo de enriquecerlas. Intentemos ahora casar las notas con las sílabas.

Y con aquel horrible órgano nasal que le era peculiar volvió de nuevo a la ejecución de su romanza. Satisfecho sin duda del resultado que acababa de obtener, Schaunard se felicitó con una mueca de júbilo que, semejante a un acento circunflejo, se le ponía a caballo en sus narices siempre que se sentía contento de sí mismo. Pero aquella orgullosa beatitud duró muy poco.

Dieron las once en el campanario cercano. Cada campanada entraba en la habitación y se extinguía en resonancias socarronas, que parecían decir al desgraciado Schaunard: "¿Estás listo?"

El artista brincó en su silla.

—El tiempo corre como un gamo — dijo —. Sólo me quedan tres cuartos de hora para encontrar mis setenta y cinco francos y mi nuevo alojamiento. No lo conseguiré nunca. Eso entra demasiado en el dominio de la magia. Vamos a ver. Me concedo cinco minutos para dar con ello —. Y hundiendo la frente entre sus rodillas, descendió a los abismos de la reflexión.

Los cinco minutos corrieron, y Schaunard enderezó su cabeza sin haber encontrado nada que se pareciese a setenta y cinco francos.

—Decididamente sólo tengo un partido que tomar para salir de aquí. Es el de marcharme tranquilamente. Hace buen tiempo, y quizá mi amigo el azar esté paseando al sol. Tendrá que darme hospitalidad hasta que haya encontrado el medio de liquidar con el señor Bernard.

Schaunard, tras de atiborrar los bolsillos del gabán, profundos como cuevas, de cuantos objetos podían contener, envolvió, anudando en un pañuelo, algunos efectos de ropa y dejó su aposento, no sin dirigir en unas palabras conmovidas un adiós a su domicilio.

Al atravesar el patio, el portero de la casa, que parecía espiarle, le detuvo súbitamente.

—¡Eh, señor Schaunard! — gritó cerrando el paso al artista —. ¿Se acuerda usted de eso? Hoy es día ocho.

Ocho y ocho dieciséis,
Pongo seis y llevo uno...

—canturreó Schaunard —. No pienso en otra cosa.

—Es que se ha retrasado usted un poco en su mudanza — repuso el portero —. Son las once y media, y el nuevo inquilino, a quien se ha alquilado su cuarto, puede llegar de un momento a otro. ¡Hay que darse prisa, señor!

—En ese caso — respondió Schaunard — déjeme pasar. Voy a buscar un carro de mudanza.

—Muy bien. Pero antes de mudarse hay que cumplir una pequeña formalidad. Tengo orden de no dejarle a usted llevar un solo pelo sin que haya pagado los tres trimestres vencidos. Supongo que estará usted en condiciones...

—¡Ya lo creo! — exclamó Schaunard dando un paso adelante.

—¿Quiere usted entonces entrar en mi habitación? — repuso el portero —. Le voy a dar sus recibos.

—Los recogeré al volver.

—Pero, ¿por qué no en seguida? — preguntó el portero con insistencia.

—Voy a buscar un cambio... No tengo moneda suelta.

—¡Ah! — repuso el otro con impaciencia —. ¿Con que usted va en busca de plata menuda? En tal caso, para ayudarle, permítame que le guarde ese paquetito que lleva debajo del brazo, y que podría estorbarle.

—¿Es que desconfía usted de mí, por casualidad, señor portero? — interrogó Schaunard con dignidad —. ¿Cree usted, pues, que llevo mis muebles en un pañuelo?

—Discúlpeme, señor — replicó el portero bajando un poco el tono —. Es mi consigna. El señor Bernard me ha dado orden expresa de que no le permita a usted sacar ni un pelo, sin que antes le haya pagado.

—Pero hombre — exclamó Schaunard desatando el lío —, no hay aquí pelos ni para muestra. Son camisas que llevo a la planchadora, que vive al lado del cambista, a veinte pasos de aquí.

—Eso es otra cosa — contestó el portero después de haber examinado el contenido del paquete —. Ahora, si no hay indiscreción en la pregunta, ¿adónde se muda usted, señor Schaunard?

—A la calle de Rívoli — repuso fríamente el artista, que, habiendo puesto el pie en la calle, se alejó lo más presto posible.

—Calle de Rívoli — murmuró el portero metiéndose los dedos en la nariz —. Cosa extraña que le hayan alquilado en la calle de Rívoli y que no hayan venido a tomar informes aquí. ¡Extrañísimo! En fin, no se llevará sus muebles sin haber pagado antes. ¡Con tal que el otro inquilino no se mude precisamente en el momento en que el señor Schaunard se mude! ¡Menudo jaleo habría en la escalera con ambos mobiliarios! ¡Paf! Hablando de Roma... — exclamó de pronto asomando la cabeza entre el postigo de la ventana —. Aquí está precisamente mi nuevo inquilino.

Seguido de un mozo de cuerda, que no parecía doblarse bajo el peso de su carga, acababa de entrar, en efecto, un joven tocado con un sombrero blanco Luis XIII.

—¿Está ya libre mi apartamento? — preguntó al portero, que había salido a su encuentro.

—Aun no, señor; pero va a estarlo. La persona que lo ocupa ha ido a buscar el carro para mudarse. Por lo demás, en tanto espera, el señor podría depositar sus muebles en el patio.

—Temo que llueva — respondió el joven, masticando tranquilamente un ramo de violetas que tenía entre los dientes —. Podría estropearse mi mobiliario. Deposite usted eso, mozo — añadió dirigiéndose al hombre que había quedado tras él, portador de un gancho cargado de objetos cuya naturaleza no se explicaba bien el portero —, en el vestíbulo y vuelva a mi antiguo alojamiento a tomar lo que queda todavía de muebles preciosos y de objetos de arte.

El mozo colocó a lo largo de una pared varios bastidores de una altura de seis a siete pies, y cuyas hojas, replegadas en aquel instante unas sobre otras, parecían poderse desplegar a voluntad.

—¡Fíjese! — exclamó el joven al mozo abriendo a medias una de las hojas y enseñándole una desgarradura que había en la tela —. He aquí una desgracia. Me ha estrellado usted mi gran luna de Venecia. Procure usted tener cuidado en su segundo viaje. ¡Mucho cuidado, sobre todo con mi biblioteca!

—¿Qué quiere decir usted con su luna de Venecia? — musitó el portero dando vueltas con aire inquieto en torno a un biombo —. En fin, vamos a ver lo que va a traer en el segundo viaje.

—¿Es que su inquilino no va a dejar en seguida el sitio libre? — preguntó el joven —. Son las doce y media y querría ya ocuparlo.

—No creo que tarde — respondió el portero —. Por lo demás, no hay todavía mal alguno, puesto que no han llegado sus muebles — añadió recalcando las últimas palabras.

Iba a responder el joven, cuando un soldado en funciones de ordenanza entró en el patio.

—¿El señor Bernard? — preguntó sacando una carta del portadocumentos de cuero que llevaba colgada en bandolera.

—Sí, señor; aquí es — contestó el portero.

—Esta carta es para él — repuso el militar —. Firme usted el recibo.

Y entregó al conserje un talonario de despachos, que éste fué a firmar en su habitación.

—Dispense usted si le dejo solo — dijo el portero al joven que se paseaba en el patio con impaciencia —; pero se trata de una carta del ministerio para el señor Bernard, mi patrón, y voy a subírsela.

En el momento en que el portero entraba en su casa, el señor Bernard estaba afeitándose.

—¿Qué quiere usted, señor Durand?

—Es un ordenanza, señor — contestó éste quitándose la gorra —, que ha traído esto para usted. Es del ministerio.

Y le pasó al señor Bernard la carta, cuyo sobre estaba timbrado con el sello del Ministerio de Guerra.

—¡Dios mío! — exclamó el señor Bernard, de tal modo emocionado que se cortó con la navaja —. ¡Del Ministerio de Guerra! Estoy seguro de que es mi nombramiento de caballero de la Legión de Honor, que tengo solicitado desde hace tiempo. ¡Por fin se hace justicia a mi buen comportamiento! Tenga usted, Durand —dijo buscando en el bolsillo de su chaleco—, cinco francos para beber a mi salud. ¡Toma! No tengo suelto encima. Voy a dárselos a usted en seguida. Aguarde.

Tan grande fué la emoción que experimentó el portero ante aquel acceso de generosidad fulminante, a que su amo no le tenía acostumbrado, que se encasquetó de nuevo la gorra.

Pero el señor Bernard, que en otras circunstancias hubiera reprendido severamente aquella infracción a las leyes de la jerarquía social, no pareció darse cuenta de ello. Se puso las gafas, rompió el sobre con la emoción respetuosa de un visir que recibe un *firman* del sultán, y comenzó la lectura del despacho. A las primeras líneas un gesto espantable marcó pliegues carmesí en la grasa de sus mejillas monacales, y sus ojuelos lanzaron chispas capaces de prender fuego a los mechones de su peluca enmarañada. Todas sus facciones estaban finalmente hasta tan extremo alborotadas, que se hubiese dicho que su cara acababa de experimentar un temblor de tierra.

He aquí cuál era el contenido de la misiva escrita en papel timbrado del Ministerio de Guerra, traída a rienda suelta por un soldado de caballería, y de la que el señor Durand había dado un recibo al gobierno.

Muy señor y casero mío:

"La cortesía, que, a creer en la mitología, es abuela de los buenos modales, me obliga a poner en conocimiento de usted que me hallo en la cruel necesidad de faltar al uso establecido que consiste en pagar los alquileres de la casa; sobre todo, cuando se deben. Hasta esta mañana había acariciado la esperanza de poder celebrar este magnífico día pagando los tres últimos recibos de mi alquiler. ¡Quimera, ilusión, ideal!

"En tanto que dormitaba yo en la almohada de la seguridad, mi mala estrella (*ananke* en griego), mi mala estrella dispersaba mis esperanzas. Los ingresos con que contaba, ¡Dios mío, qué mal van los negocios!, no se han verificado, y de las sumas considerables que había de cobrar no he recibido más que tres francos, que, como se me han prestado, no se los ofrezco a usted. Vendrán días mejores para nuestra hermosa Francia y para mí, no lo dude usted, señor, Tan pronto como luzcan, me faltarán alas para ir a advertírselo y retirar de su finca las cosas preciosas que he dejado allí, y pongo bajo su protección y la de la ley, que antes de un año le prohibe a usted negociarlas, en el caso de que quisiera usted intentarlo a fin de cobrarse las sumas que le he acreditado a usted en el registro de mi probidad. Le recomiendo especialmente mi piano y el cuadro grande en el que se encuentran sesenta bucles de cabellos, cuyos colores diferentes recorren toda la gama de los matices capilares,

y que han sido cortados de la frente de las Gracias por el escalpelo del Amor.

"Puede usted, pues, señor y casero, disponer de los dorados techos bajo los cuales he vivido. Otorgo a usted mi autorización reforzada con mi firma al pie.

Alejandro Schaunard."

Cuando hubo acabado de leer aquella epístola que el artista había redactado en la oficina de uno de sus amigos, empleado en el Ministerio de Guerra, el señor Bernard la estrujó con indignación; y, como su mirada cayese sobre maese Durand, que aguardaba la gratificación prometida, le preguntó brutalmente qué hacía allí.

—Estoy esperando, señor.

—¿El qué?

—La generosidad que el señor... con motivo de la buena noticia... —balbuceó el portero.

—¡Retírese! ¡Cómo, bribón! ¿Se atreve a tener la gorra puesta en mi presencia?

—Pero, señor...

—No me conteste. Retírese, le digo. Es decir, no. No se vaya. Espéreme. Vamos a subir al cuarto de ese granuja de artista, que se muda sin pagarme.

—¿Es posible? —exclamó el portero—. ¡El señor Schaunard!...

—Sí —prosiguió el casero, cuyo furor subía de punto como el de Nicolás—. Y si ya se ha llevado el menor objeto, ¿me oye usted?, le despido, ¿me oye usted? ¡Le pongo de patitas en la calleeee!

—Pero no es posible —murmuró el pobre portero—. El señor Schaunard no se ha mudado. Ha ido a buscar dinero para pagar al señor y encargar el carro que ha de llevarse sus muebles.

—¿Llevarse los muebles? —exclamó el señor Bernard—. ¡Corramos! Estoy seguro de que se los está llevando. Le ha tendido a usted un lazo para alejarle de la portería y dar el golpe, pedazo de animal.

—¡Válgame Dios, qué animal soy! —exclamó también maese Durand temblando ante la cólera olímpica de su amo, que le arrastraba por la escalera.

Ya habían llegado al patio cuando el joven del sombrero blanco apostrofó al portero, diciéndole:

—¡Eh! Oiga, portero. ¿Es que no me van a dar pronto posesión de mi domicilio? ¿No estamos hoy a 8 de abril? ¿No es aquí donde he alquilado, y no le he dado a usted una seña de trato? ¿Sí o no?

—Perdón, señor, perdón —intervino el casero reconociendo a su inquilino—. Soy con usted en seguida. Durand —añadió, dirigiéndose a su portero—, voy a responder yo mismo al señor. Corra usted arriba, porque ese pícaro de Schaunard ha vuelto sin duda para hacer sus líos. Lo encierra si usted lo sorprende, y vuelva a bajar para ir a buscar los guardias.

Maese Durand desapareció por la escalera.

—Perdón, señor —dijo el casero inclinándose ante el joven, con quien había quedado solo—. ¿A quién tengo el gusto de hablar?

—Soy su nuevo inquilino, señor. He alquilado un cuarto en esta casa en el sexto, y empiezo a impacientarme porque el alojamiento no está desocupado.

—Lo siento mucho, crea usted —repuso el señor Bernard—. Ha surgido una dificultad con el inquilino a quien usted ha de reemplazar.

—¡Señor, señor Bernard! —gritó maese Durand desde una ventana situada en el último piso de la casa—. No está el señor Schaunard, pero su habitación, sí... ¡Qué animal soy!... Quiero decir que no se ha llevado nada. ¡Ni un pelo, señor!

—Está bien. Baje usted —respondió el señor Bernard—. ¡Dios mío! —repuso dirigiéndose al joven—. Suplico a usted un poco de paciencia. Mi portero va a bajar al sótano los objetos que llenan el cuarto de mi inquilino insolvente, y dentro de media hora tomará usted posesión de él. Puesto que los muebles de usted aun no han llegado...

—Perdón, señor —respondió tranquilamente el joven.

El señor Bernard echó una mirada a su alrededor y no advirtió sino las grandes mamparas que habían preocupado ya a su portero.

—¿Cómo perdón? —murmuró—. Pero el caso es que yo no veo nada.

—¿Nada? Mire usted —contestó el joven, desplegando las hojas de la mampara y ofreciendo a la vista del casero atónito un magnífico interior de palacio con columnas de jaspe, bajorrelieves y cuadros de grandes maestros.

—¿Y los muebles? —volvió a preguntar el casero.

—Pues ahí están —contestó el joven indicando el mobiliario suntuoso que se encontraba pintado en el palacio que acababa de comprar en la casa Bullion, donde formaba parte de una venta de decoraciones de un teatro de aficionados.

—Me complazco en creer, señor —repuso el casero—, que tendrá usted muebles más serios que éstos.

—¡Cómo! Son de Boule puro.

—Comprenderá usted que necesito garantías para el pago de los alquileres.

—¡Caramba, señor! ¿No le es a usted suficiente un palacio para responder del alquiler de una buhardilla?

—No, señor. Quiero muebles de verdad. Muebles de caoba.

—¡Ay, señor! ¡"Ni el oro ni la caoba nos hacen dichosos", ha dicho un antiguo. Y, además, no puedo tolerar la caoba. Es una madera demasiado vulgar. Todo el mundo la tiene.

—En fin, señor, ¿tiene usted mobiliario, sea el que fuere?

—No, señor. Eso ocupa demasiado sitio en las habitaciones, y en cuanto uno tiene sillas ya no sabe dónde sentarse.

—Sin embargo, tendrá usted una cama. ¿Dónde descansa usted?

—Descanso en la Providencia, señor.

—Perdón, una pregunta más —dijo el señor Bernard—. Si no le molesta, ¿cuál es su profesión?

En aquel mismo instante el mozo de cuerda llegaba de su segundo viaje y entraba en el patio. Entre los objetos de que estaba cargado su portafardos, se advertía un caballete.

—¡Ah, señor! —exclamó maese Durand con terror, enseñando el caballete al casero—. ¡Es un pintor!

—¡Un artista! ¿Pero es verdad lo que ven mis ojos? —exclamó a su vez el señor Bernard, y los cabellos de su peluca se le ponían de punta—. ¡Un pintor! ¿Pero no se ha informado entonces usted de este señor? —repuso dirigiéndose al portero—. ¿No sabía usted lo que hacía?

—¡Caramba! —replicó el pobre hombre—. ¿Cómo podía dudar si me había dado cinco francos de seña de trato?

—¿Cuándo acabarán ustedes? —preguntó a su vez el joven.

—Puesto que usted, señor —repuso el señor Bernard afirmándose bien los anteojos en la nariz—, no tiene muebles, no puede ocupar el cuarto. La ley autoriza a rechazar un inquilino que no ofrezca garantías.

—¿Y mi palabra? —replicó el artista con dignidad.

—No reemplaza a los muebles... Puede usted buscar un cuarto en otra parte. Durand va a devolverle a usted lo que dió usted en concepto de trato.

—¿Eh?—terció el portero con estupor—. Lo he puesto en la Caja de Ahorros.

—Señor mío —dijo el joven al casero—, encontrar otra habitación no es cosa de un minuto. Déme usted hospitalidad al menos por un día.

—Vaya usted a una pensión —repuso el señor Bernard—. A propósito —añadió vivamente, como inspirado por una idea repentina—. Si usted quiere, le alquilaré amueblada la habitación que debía ocupar, y en que se encuentran los muebles de mi inquilino insolvente. Ahora que, como sabrá usted, en este género de locación se paga siempre adelantado.

—La cuestión es saber cuánto pide usted por ese tabuco—contestó el joven, obligado a tratar sobre aquella base.

—El alojamiento es muy conveniente. El alquiler será de veinticinco francos al mes, dadas las circunstancias. Pago adelantado.

—Ya lo ha dicho usted, y es frase que no merece los honores de la repetición —observó el joven al par que registraba en el bolsillo—. ¿Tiene usted cambio de quinientos francos?

—¿Eh? —preguntó el casero, estupefacto—. ¿Dice usted?...

—Sí, un billete de quinientos francos, la mitad de mil. ¿Le extraña? ¿Es que no lo ha visto usted nunca? —añadió el artista restregando el billete por las narices del casero y del portero, quienes, al verlo, parecieron perder el equilibrio.

—Voy a cambiárselo —dijo respetuosamente el casero—. Y no cobraré más que veinte francos, puesto que Durand le debe cinco.

—Se los regalo —contestó el artista— con la condición de que suba todas las mañanas a decirme el día y la fecha del mes, las fases de la luna, el estado del tiempo y la forma de gobierno en que vivimos.

—¡Ah, señor! —exclamó maese Durand describiendo una curva dorsal de noventa grados.

—Está bien, buen hombre. Me servirá usted de almanaque. Entretanto, ayude usted a mi mozo a subir los muebles.

—Voy a enviarle, señor, su recibo —dijo el casero.

Aquella misma tarde el nuevo inquilino del señor Bernard, el pintor Marcelo, estaba instalado en la habitación del fugitivo Schaunard, transformada en palacio.

Entretanto, el susodicho Schaunard corría por París tocando lo que llamaba la generala de la moneda. Schaunard había elevado el sablazo a la altura de un arte. Previendo el caso de tener que sablear a extranjeros, había aprendido la manera de pedir prestados cinco francos en todas las lenguas del globo. Había estudiado a fondo el repertorio de las astucias que la moneda emplea para escurrirse de sus perseguidores. Y conocedor de las mareas mejor que un piloto, Schaunard sabía las épocas en que las aguas estaban altas o bajas; es decir, los días en que sus amigos y conocidos tenían la costumbre de recibir dinero. Por eso, en algunas casas, al verle entrar por la mañana, no decían: "Aquí está Schaunard", sino: "Aquí está el primero o el quince del mes". Para facilitar e igualar al mismo tiempo aquella especie de diezmo que iba a cobrar a cuenta de mayor cantidad cuando la necesidad le forzaba, de las personas que tenían medios de pagarle, Schaunard había confeccionado listas por barrios y distritos y en orden alfabético donde se encontraban los nombres de todos sus amigos y relaciones. Frente a cada nombre está inscrito el máximo de la suma que podía pedirle en relación a sus recursos, con expresión de la época en que la persona estaba en fondos, y la hora de la comidas, con la lista habitual de la casa. Además de aquel cuadro, Schaunard llevaba una contabilidad minuciosa en que constaban las cantidades recibidas, aún las más pequeñas, pues no quería entramparse con deudas superiores a las que podría liquidar cuando heredase a cierto tío suyo, normando.

Tan pronto como ascendía a 20 francos lo que debía a una persona, cerraba la cuenta y la saldaba de una vez, íntegramente, aunque para pagarle tuviera que pedir prestado a otras personas. De aquella manera mantenía siempre en la plaza cierto crédito al que daba el nombre de "deuda flotante"; y como se sabía que tenía la costumbre de pagar en cuanto sus recursos personales se lo permitían, se le daba con gusto hasta donde era posible lo que pedía.

Ahora bien; desde las once de la mañana en

que había partido de su casa en busca de los setenta y cinco francos necesarios, no había reunido todavía más que tres, gracias al recorrido de las famosas listas en sus letras M. V. y R. Teniendo todo lo demás del alfabeto que pagar el alquiler, lo estimuló a Schaunard a proseguir en su recorrida.

A las seis de la tarde un violento apetito hizo sonar en su estómago la hora de comer. Estaba entonces en la calzada del Maine, donde vivía la letra U. Schaunard subió a casa de dicha letra, donde tenía cubierto puesto, cuando había cubierto.

—¿Dónde va usted, señor? — le preguntó el portero, deteniéndole al pasar.

—A casa del señor U... — respondió el artista.

—No está.

—¿Y la señora?

—Tampoco. Me han encargado que si viene uno de sus amigos, a quien esperaban esta noche, le diga que han ido a comer al centro... ¡Ah!, puede que sea usted, precisamente — añadió el portero —. Aquí tiene usted la dirección que han dejado. — Y tendió a Schaunard un trozo de papel en el que su amigo U. había escrito: "Nos hemos ido a comer a casa de Schaunard, calle de... número... Allá te esperamos".

—Muy bien — comentó éste, marchándose —. Cuando la casualidad interviene, suceden cosas muy divertidas.

Schaunard recordó entonces que se encontraba a dos pasos de un figón donde dos o tres veces había comido por poca cosa, y se encaminó hacia el establecimiento en cuestión, situado en la calzada del Maine y conocido entre la baja bohemia con el nombre de la *Mére Cadet*. Es un fonducho cuya clientela habitual se compone de cocheros de la línea de Orleans, de cantantes de Montparnasse y galanes de Bobino. En los buenos tiempos, los pintorzuelos de los numerosos estudios que rodean el Luxemburgo, los escritores inéditos, los redactores de gacetas misteriosas van en tropel a cenar a casa de la *Mére Cadet*, célebre por sus fricasé de conejo, por su chucrut auténtico y por su vinillo blanco que sabe a yesca de chispa.

Schaunard fué a sentarse bajos los bosquecillos. En la *Mére Cadet* se llama así al menguado follaje de dos o tres árboles raquíticos con que se ha hecho emparrar la vegetación enfermiza.

—Tanto peor — dijo Schaunard para su coleto —. Voy a darme un atracón y a servirme un festín de Baltasar, íntimo.

Y dicho y hecho, pidió un plato de sopa, media ración de chucrut y dos medias raciones de fricasé de conejo. Había observado que fraccionando las raciones se ganaba por lo menos una cuarta parte en el entero.

Aquel modo de pedir platos fué causa de que se fijase en Schaunard la mirada de una muchacha vestida de blanco, tocada con flores de azahar y calzada con zapatos de baile. Un velo en imitación... de imitación, flotaba sobre sus espaldas, que habían hecho bien en guardar el incógnito. Era una cantante del Teatro Montparnasse, cuyos pasillos daban, por decirlo así, a la cocina de la *Mére Cadet*. Había ido a comer durante un entreacto de *Lucía*, y terminaba en aquel instante, con media taza de café, una cena compuesta exclusivamente de una alcachofa con aceite y vinagre.

—Dos fricasés... ¡bestia! — dijo quedamente a la camarera —. He aquí un joven que se alimenta bien... ¿Cuánto debo, Adela?

—Veinte de la alcachofa, veinte de la media taza y cinco de pan. Total, cuarenta y cinco céntimos.

—Ahí van — dijo la cantante. Y salió tarareando:

Este amor que Dios me envía...

—¡Hola! da el *la* — observó entonces un personaje misterioso sentado a la misma mesa que Schaunard y medio oculto detrás de una muralla de libros usados.

—¿Lo da? — repuso Schaunard —. Creo, más bien, que se lo guarda. No hay más que ver eso — añadió señalando con el dedo el plato en que *Lucía de Lamermoor* había consumido sus alcachofas —. Hace adobar su falsete poniéndolo en vinagre.

—Es un ácido violento — añadió el personaje que había hablado ya —. La ciudad de Orleáns produce uno que goza de gran fama.

Schaunard examinó atentamente aquel sujeto que le echaba anzuelos para la conversación. La mirada fija de sus ojazos azules, que parecían siempre empeñados en buscar algo, daba a su fisonomía un sello de placidez beatífica que se observa en los seminaristas. Su rostro tenía el tono del marfil viejo, excepto las mejillas, que estaban teñidas con una capa de color de ladrillo molido. Su boca parecía dibujada por un alumno de "primeros principios" al que le hubieran empujado el codo. Sus labios, algo levantados a la manera de la raza negra, dejaban ver unos dientes de perro de caza, y su barbilla descansaba, formando dos pliegues, en una corbata blanca, una de cuyas puntas amenazaba a los astros mientras la otra picaba en tierra. Por bajo de un sombrero de fieltro, calvo, con alas prodigiosamente anchas, sus cabellos se desbordaban en rubias cascadas. Vestía un abrigo de color de avellana y con esclavina cuya tela, reducida a la trama, tenía las rugosidades de un rallador. Por los bolsillos muy abiertos del gabán asomaban líos de papeles y folletos. Sin hacerse cargo del examen de que era objeto, saboreaba un chucrut con chorizos, dejando escapar ruidosamente signos de satisfacción. Sin cesar de comer, leía un libro usado abierto ante él, y en el que hacía de cuando en cuando anotaciones con un lápiz que llevaba en la oreja.

—¡Eh! — gritó de pronto Schaunard dando con el cuchillo en un vaso —. ¿Y mi fricasé?

—Ya no hay, señor — respondió la moza, que llegaba con un plato en la mano —. Este es el último. Y este señor lo había pedido antes... — añadió depositando el plato junto al hombre de los libros viejos.

—¡Caramba! — exclamó Schaunard.

Y había tanta decepción melancólica en aquel ¡caramba!, que el hombre de los libros se sintió conmovido íntimamente. Removió la muralla de volúmenes que le separaba de Schaunard, y, poniendo el plato entre los dos, le dijo con las inflexiones más dulces de su voz:

—¿Será una osadía, señor, rogar a usted que comparta conmigo este plato?

—¡Oh, no señor! Pero no se prive usted por causa mía.

—¿Me va a privar usted del placer de serle agradable?

—Si es así, señor...

Schaunard acercó su plato.

—Permítame usted que no le ofrezca la cabeza — dijo el desconocido.

—¿Ah, señor! — exclamó Schaunard —, no puedo consentirlo.

Pero al retirar su plato se dió cuenta de que el desconocido le había precisamente servido la parte que decía querer reservarse para sí.

—¿Qué querrá decir entonces con su aparente cortesía? — gruñó para sus adentros Schaunard.

—Si la cabeza es la parte más noble del hombre — dijo el desconocido —, es, en cambio, la más desagradable del conejo. Muchas personas hay por eso que no la pueden tolerar, pero a mí me parece deliciosa.

—Entonces — dijo Schaunard —, siento mucho que por mí se haya privado usted de ella.

—¿Cómo? Usted perdone — repuso el hombre de los libros —. Soy yo quien se ha quedado con la cabeza. Yo mismo he tenido el honor de hacerle observar a usted que...

—Permítame — repuso Schaunard poniendo el plato bajo la nariz de su interlocutor —. ¿Qué pedazo es éste?

—¡Justo cielo! ¿Qué veo? ¿Otra cabeza... ¡Es un conejo bicéfalo! — exclamó el desconocido.

—Bicé... — comentó Schaunard —... falo. Esto viene del griego. Buffon, que no era manco, cita algunos ejemplos de esta singularidad. Vaya, hombre, vaya; no me disgusta esto de haber comido parte de un fenómeno semejante.

Gracias a aquel incidente quedó entablada definitivamente la conversación. Schaunard, que no quería ser menos cortés que su compañero, pidió una botella más de vino. El hombre de los libracos hizo traer otra. Schaunard mandó traer ensalada. El hombre de los libracos convidó con postre. A las ocho de la noche había seis botellas vacías en la mesa. Paliqueando, la franqueza, regada con libaciones del vinillo, los había conducido a uno y a otro a hacerse su biografía y se conocían ya como si siempre hubieran estado juntos. El hombre de los mamotretos, después de haber escuchado las confidencias de Schaunard, le había declarado que se llamaba Gustavo Colline, que ejercía la profesión de filósofo y vivía dando lecciones de matemáticas, de escolástica, de botánica y de varias otras ciencias terminadas en *ica*.

El escaso dinero que ganaba así, dando lecciones a domicilio, Colline lo derrochaba en la compra de libros viejos. Su gabán avellana era conocido de todos los libreros del muelle, desde el puente de la Concordia hasta el puente de San Miguel. ¿Qué hacía él con aquellos libros, tan numerosos que la vida de un hombre no hubiera bastado para leerlos? Nadie lo sabía, y él lo sabía menos que nadie. Pero aquella manía había tomado en él las proporciones de una pasión, y cuando volvía a su casa por la noche sin llevar un nuevo libro, reconstruía, para aplicarla al caso suyo, la frase de Tito, y decía: "He perdido el día". Sus modales zalameros y su lenguaje, que ofrecía un mosaico de todos los estilos y los terribles retruécanos con que esmaltaba su conversación, habían seducido a Schaunard, que pidió en el acto a Colline permiso para añadir su nombre a los que componían la famosa lista de que hemos hablado.

Salieron de la *Mére Cadet* a las nueve de la noche, ambos algo achispados, y con el andar de las personas que acaban de dialogar con las botellas.

Colline ofreció el café a Schaunard, y éste aceptó a condición de pagar él los licores. Subieron a un café situado en la calle de Saint Michel l'Auxerrois y que en el rótulo tenía la efigie de Momo, dios de los juegos y de las risas.

Al entrar en el establecimiento acababa de entablarse una discusión vivísima entre dos parroquianos. Era uno de estos un joven cuyo rostro desaparecía en el fondo de un enorme matorral de barba multicolor. Como antítesis de aquella abundancia de pelambre en el mentón, una calvicie precoz le había desguarnecido la frente, que parecía una rodilla y cuya desnudez trataba en vano de disimular un mechón tan ralo que podían contarse los pelos. Estaba vestido con una levita negra, tonsurada en los codos y que dejaba ver, cuando el joven levantaba los brazos demasiado alto, unos ventiladores practicados en la bocamanga. Su pantalón había podido ser negro; pero sus botas, que nunca habían sido nuevas, parecían haber dado ya varias veces la vuelta al mundo en los pies del Judío Errante.

Schaunard había observado que su novel amigo Colline y el joven barbudo se habían saludado.

—¿Conocía usted a ese señor? — preguntó al filósofo.

—No del todo — contestó Colline —; pero le encuentro algunas veces en la Biblioteca. Creo que es un escritor.

—Como tal viste, al menos — replicó Schaunard.

El personaje con quien discutía aquel joven era un individuo como de cuarenta años, pro-

penso al ataque apoplético, a juzgar por su cabezota metida directamente entre los hombros sin la transición del cuello. La idiotez se leía en letras mayúsculas en su frente deprimida, cubierta con una boinita negra. Llamábase el señor Moutón, y estaba empleado en la alcaldía del 4º distrito, donde llevaba el registro de defunciones.

—¿Quiere usted, señor Rodolfo — exclamó con voz de eunuco y sacudiendo al joven a quien tenía asido por un botón de la levita —, que le diga mi opinión? Pues, vea usted, todos los periódicos, ¿sabe usted?, no sirven juntos para nada. Fíjese, una suposición: yo soy padre de familia; yo, ¿sabe usted? Bueno... Pues yo vengo a jugar una partida de dominó al café. Atienda usted a mi razonamiento.

—Continúe usted, continúe — repuso Rodolfo.

—Pues bien — continuó el tío Moutón subrayando las frases con sendos puñetazos en la mesa, que estremecían los vasos y las botellas —, pues bien: ojeo los periódicos. Bueno... ¿Y qué veo? Uno que dice blanco, otro que dice negro. Y patatín y patatán. ¿Y qué me va ni me viene eso a mí? Yo soy un buen padre de familia que viene a jugar...

—Su partida de dominó — concluyó Rodolfo.

—Todas las noches — prosiguió el señor Moutón —. Pero es una suposición, ¿comprende usted?...

—Muy bien — comentó Rodolfo.

—Leo un artículo que no comparto. Eso me encoleriza y me alborota la sangre, señor Rodolfo, porque, ¿sabe usted?, todos los periódicos no hacen más que mentir. ¡Sí, señor! ¡Son unos mentirosos! — aulló con el falsete más agudo —. Y los periodistas todos son unos bandidos, unos folicularios.

—Sin embargo, señor Moutón...

—Sí, unos bandidos — continuó el oficinista —. Ellos son la causa de la desventura de todo el mundo. Han hecho la revolución y los asignados. Prueba de ello Murat.

—Perdone usted — interrumpió Rodolfo —. Habrá querido decir Marat.

—¡Ca, hombre, ca! — prosiguió Moutón —. Murat: como que he visto yo su entierro, cuando era pequeño...

—Le aseguro que...

—Hasta hay una obra que representan en el circo... ¡Vaya!...

—Pues eso es, precisamente — replicó Rodolfo —. Marat.

—¿Y qué le estoy diciendo a usted desde hace una hora? — exclamó el obstinado Moutón —. Murat, que trabajaba en una cueva, ¡eso es! Oiga, una suposición. ¿No han hecho bien los Borbones en guillotinarlo, puesto que los había traicionado?

—¿Quién? ¿A quién guillotinaron? ¿Quién hizo traición? — gritó Rodolfo agarrando a su vez al señor Moutón por los botones de su gabán.

—Pues Marat...

—Pero no, señor Moutón, pero no. Es Murat... ¡Entendámonos, caramba!

—Precisamente, Marat: un canalla. Ha traicionado al emperador en 1815. Por eso digo que todos los periódicos son iguales — prosiguió el señor Moutón volviendo a la tesis de lo que él llamaba una explicación —. ¿Sabe usted lo que querría yo, señor Rodolfo? Pues, una suposición... ¡Yo querría un buen periódico! ¡Ah, no muy grande! ¡Bueno! Y que no hiciera frases... eso.

—Es usted exigente — acotó Rodolfo —. ¡Un periódico sin frases!

—Sí, señor. Atienda a mi razonamiento.

—Es lo que hago.

—Un periódico que se ocupara sencillamente de la salud del rey y de los bienes terrenales. Porque, en fin, ¿para qué sirven todos esos periódicos que nadie entiende? Una suposición. Yo estoy en la alcaldía, ¿verdad? Estoy encargado del registro. ¡Bueno! Pues bien: es como si vinieran a decirme: "Señor Moutón, inscribe usted las defunciones. Pues bien: hágalo de esta manera, hágalo de la otra". ¡Bueno!, ¿a qué eso?, ¿a qué eso?, ¿a qué eso? ¡A qué! Pues bien, los periódicos son lo mismo — redondeó para concluir.

—Evidentemente — observó un vecino, que había comprendido.

Y el señor Moutón, luego de haber recibido las felicitaciones de algunos contertulios, que compartían su opinión, se fué a reanudar su partida de dominó.

—Le he hecho callar — dijo indicando a Rodolfo, que había vuelto a sentarse a la misma mesa en que se encontraban Schaunard y Colline.

—¡Qué bestia! — exclamó Rodolfo dirigiéndose a los otros dos jóvenes y designando al empleado.

—Buena cabeza tiene, con los párpados en capota de cabriolé y los ojos saltones — comentó Schaunard sacando una pipa maravillosamente culotada.

—¡Cáspita! — exclamó Rodolfo —. ¡Qué linda pipa tiene usted!

—¡Oh! Tengo una más hermosa para andar en sociedad — repuso negligentemente Schaunard —. Déme usted tabaco, Colline.

—¡Toma! — exclamó el filósofo —. No tengo ya.

—Permítame usted que se lo ofrezca — intervino Rodolfo sacando de su bolsillo un paquete de tabaco y poniéndolo sobre la mesa.

Ante aquella atención, Colline se creyó en el deber de ofrecer una ronda de algo. Rodolfo aceptó. La conversación recayó sobre la literatura. Interrogado Rodolfo sobre su profesión, ya revelada por su traje, confesó sus relaciones con las Musas y mandó traer otra ronda. Como el mozo, después de servir, iba a llevarse la botella, Schaunard le rogó que tuviera la amabilidad de dejarla, sin preocuparse más de ella. Había oído sonar en uno de los bolsillos de Colline el dúo argentino de dos monedas de cinco francos. Pronto alcanzó Rodolfo el mismo nivel de expansión a que habían llegado sus amigos, entrando, a su vez, en el terreno de las confidencias.

Habrían pasado sin duda la noche en el café a no haberles rogado que se fueran. No habían dado diez pasos en la calle, empleando para ello un cuarto de hora, cuando les sorprendió una lluvia torrencial. Colline y Rodolfo vivían en los dos extremos de París. Uno, en la Isla de San Luis, y el otro, en Montparnasse.

Schaunard, que había olvidado completamente que estaba sin domicilio, les ofreció hospitalidad.

—Vengan ustedes a mi casa. Vivo aquí cerca. Pasaremos la noche hablando de literatura y bellas artes.

—Tú tocarás el piano, y Rodolfo nos recitará sus poesías — acotó Colline.

—Eso es — añadió Schaunard —. Hay que reír. Sólo se vive una vez.

Llegado ante su casa, que Schaunard tuvo alguna dificultad en reconocer, sentóse un instante en un guardacantón, esperando a Rodolfo y a Colline, que habían entrado en una taberna, aun abierta, a proveerse de algo que pudiera servir de alimento. Cuando estos estuvieron de vuelta, Schaunard golpeó varias veces la puerta, porque recordaba vagamente que el portero tenía la costumbre de hacerle esperar. La puerta se abrió finalmente, y maese Durand, sumido en las dulzuras del primer sueño y no recordando que Schaunard no era ya su inquilino, ni se levantó siquiera cuando éste le voceó su nombre por la ventanilla.

Ya estaban los tres jóvenes en el término de la escalera, cuya ascensión les había resultado tan larga como penosa, cuando Schaunard, que iba adelante, lanzó un grito de asombro al encontrar la llave puesta en la cerradura de su cuarto.

—¿Qué hay? — preguntó Rodolfo.

—No entiendo bien esto — repuso Schaunard —. Encuentro puesta la llave que me llevé esta mañana. ¡Ah! veamos. ¡La había metido en el bolsillo! ¡Eh, diablos! ¡Aquí está todavía! — exclamó exhibiendo una llave.

—¡Es cosa de magia!

—¡De fantasmagoría! — comentó Colline.

—¡Antojos! — añadió Rodolfo.

—Pero — prosiguió Schaunard con voz que revelaba un comienzo de espanto —, ¿oyen ustedes?

—¿Qué?

—¿Qué?

—Mi piano, que está tocando solo *la mi re do, la si sol re*. ¡Maldito *re!* ¡Siempre desafinado!

—Pero quizá no sea en su casa — le dijo Rodolfo, que añadió por lo bajo al oído de Colline, en quien se apoyó pesadamente —; ¡está bebido!

—Lo creo. Por lo pronto lo que suena no es piano. Es una flauta.

—¡Estamos frescos! También usted está bebido, amigo — contestó el poeta al filósofo, que se había sentado en el rellano de la escalera —. Es un violín.

—Un vio... ¡hip!... ¡hip!... ¿Lo oye, Schaunard? — tartamudeó Colline tirando de las piernas de su amigo —. ¿Qué le parece? ¡Dice que es un vio...!

—¡Y dale! — exclamó Schaunard en el colmo del miedo —. ¿No se dan cuenta que es mi piano que está tocando solo? ¡Cosa de magia!

—¡Fantasma...goría! — gruñó Colline dejando caer una de las botellas que traía en la mano.

—¡Antojos! — gritó a su vez Rodolfo.

En medio de aquella algarabía, la puerta del cuarto se abrió súbitamente, y vieron aparecer en el umbral un personaje que tenía en la mano un candelabro de tres brazos, donde ardían otras tantas velas de color de rosa.

—¿Qué desean ustedes, señores? — preguntó cortésmente a los tres amigos.

—¡Ah, cielos! ¿Qué es lo que hice? Me he equivocado. Esta no es mi casa — contestó Schaunard.

—Sírvase, señor, excusar a mi amigo — añadieron a una Colline y Rodolfo, dirigiéndose al personaje que había salido a abrir —. Está borracho como una cuba.

De repente un rayo de lucidez cruzó por la borrachera de Schaunard. Acababa de leer sobre su puerta una inscripción escrita con tiza:

"He venido tres veces a buscar mis regalos. Femia."

—¡Claro está! No cabe duda alguna. Estoy en mi mismísima casa — exclamó —. Aquí está la tarjeta de visita que Femia me ha dejado el día

Está lejos



—*¿Falta mucho para la estación?*
—*¿Qué estación?*
—*La de verano. Como no tengo sobretodo...*

PANCHO SOMBRERO

ASUNTO ARREGLADO *por* *TOONDER*





de Año nuevo. Es indudablemente mi puerta.

—¡Dios mío! Estoy, señor, verdaderamente confundido — acotó Rodolfo.

—Créame, usted, señor — añadió Colline —; por mi parte participo vivamente de la confusión de mi amigo.

El joven no podía contener la risa.

—Si quieren ustedes entrar en mi casa un instante — respondió —, sin duda que su amigo, en cuanto la haya visto, reconocerá su error.

—Con mucho gusto.

Y el poeta y el filósofo tomando cada uno a Schaunard por los brazos, le introdujeron en el cuarto, o mejor dicho, en el palacio de Marcelo, que se habrá sin duda reconocido.

Schaunard paseó vagamente su mirada en derredor, murmurando:

—¡Asombroso! ¡Cómo está embellecido mi aposento!

—Y bien, ¿te has convencido ya? — le preguntó Colline.

Pero Schaunard, que había visto su piano, se había aproximado a él y se entretenía en hacer escalas.

—¡Eh! Escúchenme ustedes — dijo haciendo resonar los acordes —. ¡Por fin! El animal ha reconocido al amo: *si la sol, fa mi re.* ¡Ah, demonio de *re!* ¡Siempre serás el mismo!... ¡Bah!... Ya decía yo que este era mi piano.

—Insiste — dijo Colline a Rodolfo.

—Insiste — repitió Rodolfo a Colline.

—¿Y esto, entonces? — añadió Schaunard mostrando la falda bordada de lentejuelas, que había tirada sobre una silla —. ¿No es mi ornamento, acaso? ¡Ah!

Y miraba descaradamente a Marcelo.

—¿Y eso? — continuó, descolgando de la pared la orden de desalojo, de que hemos hablado antes.

Y se puso a leer: "En consecuencia, el señor Schaunard deberá desocupar el cuarto y devolverlo en buen estado de conservación el ocho de abril antes de mediodía. Y le he notificado el presente mandamiento, cuyo costo es de cinco francos".

—¡Ah! ¡Ah! ¿No es a mí, Schaunard, pues, a quién han notificado este mandamiento de desahucio por medio de papel sellado que cuesta cinco francos? ¿Y este otro? — añadió fijándose en las pantuflas que tenía puestas Marcelo —. ¿No son mis babuchas, regalo de unas manos queridas? A usted le toca — dijo interpelando a Marcelo —explicar su presencia en mis lares.

—¡Señores! — respondió Marcelo, dirigiéndose particularmente a Colline y a Rodolfo —. Este señor — y designaba a Schaunard —, este señor está en su casa, lo confieso.

—¡Ah! — exclamó Schaunard —. ¡Qué felicidad!

—Pero — continuó Marcelo —, también yo estoy en mi casa.

—No obstante, señor — interrumpió Rodolfo —, si nuestro amigo reconoce...

—Eso es — prosiguió Colline —, si nuestro amigo...

—Y si por su parte usted recuerda que... — añadió Rodolfo —, ¿cómo se explica qué...?

—Eso es — repitió Colline, convertido en eco —, ¿cómo se explica?...

—Dígnense ustedes sentarse, señores — replicó Marcelo —. Voy a explicarles el misterio.

—¿Y si rociáramos la explicación? — aventuró Colline.

—Comiendo un bocado — añadió Rodolfo.

Los cuatro jóvenes se sentaron a la mesa atacando a un pedazo de ternera fría que habían comprado al tabernero.

Marcelo explicó entonces lo que había pasado por la mañana entre él y el casero, cuando quiso tomar posesión del cuarto.

—Entonces — observó Rodolfo — el señor tiene toda la razón. Estamos en su casa.

—Están ustedes en la suya — dijo cortésm
Marcelo.

Pero costó un trabajo enorme hacerle c
prender a Schaunard cómo habían pasad
cosas. Un incidente cómico vino a comp
aún más la situación. Buscando algo en el
rador, Schaunard tropezó con el vuelto d
quinientos francos con que Marcelo había
gado por la mañana al señor Bernard.

—¡Ah! Ya decía yo — exclamó Sch■na
que la casualidad no me abandonaría. A
me acuerdo que había salido esta mañana c
persecución. Verdad es que por causa de
quiler ha debido venir durante mi ause
¿verdad? Nos hemos cruzado en el camino
aquí todo. ¡Qué bien hice en dejar la llav
el cajón!

—¡Dulce locura! — murmuró Rodolfo, vi
como Schaunard apilaba las monedas en
ciones iguales.

—¡Sueño, mentira: tal es la vida! — añad
filósofo.

Marcelo se reía.

Una hora después, los cuatro estaban
miendo.

Al día siguiente, al mediodía, se desper
y parecieron al pronto muy sorprendido
verse juntos... Schaunard, Colline y Ro
no tenían el aspecto de personas que se
nocen, y se trataban de usted. Fué precis
Marcelo les recordase que habían venido j
la víspera.

En aquel instante entró maese Durand
habitación.

—Hoy estamos, señor — dijo a Marcelo
nueve de abril de mil ochocientos cuaren
Hay barro en las calles y su majestad Lui
lipe sigue siendo rey de Francia y de N
rra. ¡Toma! — exclamó maese Durand vie
su antiguo inquilino —. ¡El señor Schauna
¿Por dónde ha venido usted?

—Por telégrafo — exclamó Schaunard.

—¿Qué dice usted? — replicó el portero —
gue siendo un bromista?...

—Oiga, Durand — dijo Marcelo —. No me
ta que la servidumbre se mezcle en mi co
sación. Vaya usted al restaurante cerca
haga servir almuerzo para cuatro personas.
está la lista — añadió, dando un trozo de
en el que había escrito los platos pedi
Váyase.

—Anoche, señores — prosiguió Marcelo,
giéndose a los tres jóvenes —, me han of
ustedes la cena. Permítanme ofrecerles
muerzo hoy, no en mi casa, sino en la c
tedes — añadió tendiendo la mano a Scha

Al terminar el almuerzo, Rodolfo pi
palabra.

—Señores — dijo —, permítanme que me
re de ustedes...

—¡Oh, no! — exclamó sentimentalmente S
nard —. No nos separaremos nunca.

—Es verdad. Estamos muy bien aquí —
Colline.

—...que me separe de ustedes un inst
prosiguió Rodolfo —. Mañana aparece *El*
de Iris, un periódico de modas del qu
redactor en jefe, y necesito ir a correg
pruebas. Volveré dentro de una hora.

—¡Diablos! — exclamó Colline —. Esto
recordado que tengo una lección que da
príncipe indio que ha venido a París
aprender el árabe.

—Vaya usted mañana — dijo Marcelo.

—¡Oh, no! — contestó el filósofo —. El
cipe tiene que pagarme hoy. Y, además,
saré a ustedes, que este hermoso día de l
me resultaría completo si no diera una
cita por las librerías de viejo...

—Pero, ¿volverás? — preguntó Schauna

—Con la rapidez de una flecha lanza
mano firme — contestó el filósofo, a quie
taban las imágenes extravagantes.

EN EL PROXIMO NUMERO: "U

Y salió con Rodolfo.

—En cuanto a mí — dijo Schaunard al quedar solo con Marcelo —, en vez de adormitarme en las almohadas del *far niente*, ¿no sería mejor que me dedicase a buscar dinero para apaciguar la avaricia del señor Bernard?

—Pero — anotó Marcelo, con inquietud —, ¿sigue usted pensando en mudarse?

—¡Naturalmente! — contestó Schaunard —. Es preciso, puesto que me lo impone la orden de desalojo de cinco francos.

—Pero — prosiguió Marcelo —, si usted se muda, ¿piensa llevarse los muebles?

—Tengo esa pretensión. No dejaré ni un pelo, como dice el señor Bernard.

—¡Caramba! Eso sí que me fastidiaría — replicó Marcelo —, puesto que he alquilado este cuarto amueblado.

—¡Toma!, pues es verdad, en efecto — manifestó Schaunard —. ¡Ah! ¡Bah! — añadió melancólicamente —. Nada prueba que pueda encontrar mis setenta y cinco francos hoy, ni mañana, ni pasado.

—Espere usted — advirtió Marcelo —. Se me ocurre una cosa.

—A ver.

—Hela aquí: legalmente este alojamiento es mío, puesto que pagué un mes adelantado.

—El cuarto, sí; pero los muebles, si pago lo que debo, me los llevaré legalmente, y si fuese posible me los llevaría aún ilegalmente — comentó Schaunard.

—De manera que — continuó Marcelo — usted tiene muebles sin habitación y yo habitación sin muebles.

—Eso es — asintió Schaunard.

—Pues a mí me gusta la habitación — repuso Marcelo.

—Y a mí también. Nunca me ha gustado tanto.

—¿Dice usted?

—Que nunca me ha gustado tanto. ¡Oh!, sé bien lo que me digo.

—Entonces podemos arreglarnos de este modo — acotó Marcelo —. Quédese usted conmigo. Yo aporto la habitación y usted los muebles.

—¿Y los alquileres? — preguntó Schaunard.

—Puesto que hoy tengo dinero, los pagaré yo. Otra vez será usted. Reflexione.

—Yo no reflexiono nunca, sobre todo para aceptar una proposición tan de mi agrado. Acepto a ojos cerrados. No en vano la música y la pintura son hermanas.

—Cuñadas — corrigió Marcelo.

En aquel instante volvieron Colline y Rodolfo, que se habían encontrado.

Marcelo y Schaunard les informaron sobre su asociación.

—¡Señores! — exclamó Rodolfo, haciendo sonar su faltriquera —. Quedan ustedes invitados a comer.

—Precisamente es lo que iba a tener el honor de proponerles — dijo Colline, sacando de su bolsillo una moneda de oro que se puso en el ojo —. Mi príncipe me ha dado esto para comprar una gramática indoárabe, que acabo de adquirir por treinta céntimos, al contado.

—Y yo — añadió Rodolfo —, he conseguido que me adelantase treinta francos el cajero de *El Velo de Iris*, pretextando que los necesitaba para vacunarme.

—De modo que hoy es día de ingresos — observó Schaunard —. Soy yo el único que no cobra. ¡Es humillante!

—Entretanto — añadió Rodolfo —, mantengo mi convite.

—Y yo el mío — dijo Colline.

—Pues bien, vamos a decidir por cara o cruz quién pagará la cena — propuso Rodolfo.

—¡No! — exclamó Schaunard —. Se me ocurre algo mejor, pero infinitamente mejor que eso para sacarlos del paso.

—Veamos.

—Rodolfo pagará la comida y Colline la cena.

—He aquí lo que yo llamaría justicia de Salomón — comentó el filósofo.

—Es peor que las bodas de Camacho — añadió Marcelo.

La comida tuvo lugar en un restaurante provenzal de la calle Dauphine, famoso por sus camareros literarios y su *alioli*. Como era preciso dejar sitio para la cena, comieron y bebieron moderadamente. El conocimiento, iniciado la víspera entre Colline y Schaunard y después con Marcelo, hízose más íntimo. Cada uno de los cuatro jóvenes enarboló la bandera de su opinión personal en materia de arte. Los cuatro reconocieron que estaban dotados del mismo valor y de las mismas esperanzas. Hablando y discutiendo se percataron de que sus simpatías eran comunes. De que esgrimían con igual habilidad el ingenio cómico que divierte sin ofender y de que todas las hermosas virtudes juveniles seguían asentadas en sus corazones, prontos a emocionarse ante la vista o el relato de las cosas bellas. Los cuatro se dirigían al mismo objeto desde el mismo punto, y esto les hizo pensar que en su reunión había algo más que el equívoco pueril de la casualidad y que podía muy bien ser la Providencia, tutora natural de los desamparados, la que los congregaba tan estrechamente y susurraba en sus oídos la parábola que debiera ser el único código de la humanidad: "Ayudaos y amaos los unos a los otros".

Al final de la comida, que epilogó con cierta solemnidad, Rodolfo se levantó para brindar por el porvenir y Colline le contestó con un breve discurso que no estaba sacado de ningún libro viejo, ni pertenecía desde ningún punto al buen estilo, pero que hablaba simplemente el lenguaje bonachón de la ingenuidad, que hace comprender tan bien lo que se dice tan mal.

—¡Si será torpe este filósofo! — murmuró Schaunard, que tenía la nariz dentro del vaso —. ¡Miren qué manera de obligarme a echar agua en mi vino!

Concluída la comida fueron a tomar café a *Momo*, donde ya estuvieran la noche precedente. A partir de aquel día el establecimiento comenzó a ser insoportable para los demás parroquianos. Después del café y de los licores, definitivamente formado el clan bohemio, tornaron los cuatro a la habitación de Marcelo, a la que dieron el nombre de *Elíseo Schaunard*. Mientras Colline iba a encargar la cena que había prometido, los demás se procuraban petardos, cohetes y otros artefactos pirotécnicos. Y antes de sentarse a la mesa dieron en las ventanas una magnífica función de fuegos artificiales, que convirtió la casa en campo de Agramante, en tanto que los cuatro camaradas cantaban a grito pelado:

¡Celebremos, celebremos, celebremos este hermoso día!

Al día siguiente por la mañana se encontraron juntos de nuevo, pero ya sin aparecer sorprendidos de ello. Antes de reanudar cada cual sus tareas fueron juntos al café *Momo* a almorzar frugalmente, donde se dieron cita para la noche y a donde se les vió asistir con asiduidad todos los días durante mucho tiempo.

Tales son los principales personajes que verán reaparecer en las breves narraciones que componen este volumen, que no es novela, y que no tiene otra pretensión que la indicada por su título; porque *Las Escenas de la Vida Bohemia* no son, en efecto, sino estudios de costumbres cuyos héroes pertenecen a una clase mal juzgada hasta ahora y cuyo principal defecto es el desorden; y aun pueden alegar como excusa, que ese desorden mismo es una necesidad que la vida les impone.

AVENTURAS DE DON LINO

METODO PROPIO — por BARTA



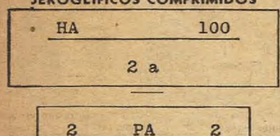




ENVIADO DE LA PROVIDENCIA"



JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS



(Los soluciones en el próximo número)

LAS BROMAS DE LOS NUMEROS

Escriban una cantidad de tres cifras, la primera de las cuales sea mayor que la última.

Para mayor claridad, la escribiremos nosotros, dando así el problema resuelto. ¿Les parece bien 743? ¿Prefieren 491 ó 922? La que quieran. Sólo es necesario que la primera cifra sea mayor que la última.

Tomemos la segunda de las cantidades anteriormente citadas, o sea 491; invirtamos sus términos, haciendo una resta después:

$$\begin{array}{r} 491 \\ 194 \\ \hline 297 \end{array}$$

Invirtamos también esa cifra y sumemos ahora:

$$\begin{array}{r} 297 \\ 792 \\ \hline 1.089 \end{array}$$

¿Ven la cantidad obtenida?: 1.089. Pues es la que se obtendrá siempre que se haga esta operación con una cantidad de tres cifras, sin olvidar que la primera sea mayor que la última. Hagan la prueba y verán como se logra siempre el mismo resultado.

PROBLEMA DE INGENIO

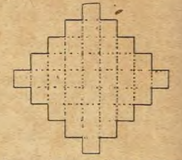
Trace sobre el dibujo adjunto seis líneas rectas, de manera que aíslen los círculos negros.



(La solución en el próximo número).

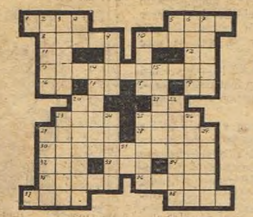
EL CUADRADO MISTERIOSO

Aquí se ve una figura, a la que hay que [...] dos cortes en línea recta y hacer cuatro [...] que, reunidos, formen un cuadrado perfecto. [...] difícil es, pero con un poco de ingenio, el [...] encontrará, seguramente, la manera de conseg[...]



(La solución en el próximo número)

PROBLEMA DE PALABRAS CRUZADAS



HORIZONTALES

1. — Amarras, sujetas.
5. — Instrumento destinado a atacar o defenderse.
8. — Adorno arquitectónico en forma de aceituna.
10. — Conjunción de acémilas.
11. — Forma reflexiva del pronombre personal de tercera persona, en activo y acusativo, en ambos géneros y número.
12. — Número uno en las barajas.
13. — Fenómeno que se añade a otro fenómeno de un modo fatal.
16. — Signo matemático.
17. — Pronombre personal de segunda persona en ambos géneros y número, plural, en dativo o acusativo.
18. — Pronombre posesivo.
19. — Sufijo de forma masculina que denota aumentativo en los radicales a que se aplica.
20. — Iniciales del nombre y apellido de un casuista de la compañía de Jesús, nacido en Córdoba en 1550 y muerto en Granada en 1610.
21. — Iniciales del nombre y apellido de uno de los héroes de la independencia española, muerto el 2 de Mayo de 1808.
23. — Una de las divinidades del Olimpo; el Dios de la guerra entre los griegos.
25. — Quitar o raspar la superficie de una cosa con un instrumento cortante.
27. — Luminosa, brillante
28. — Aborrezcas.
30. — Estado de dos sistemas de puntos que satisfacen ciertas condiciones geométricas.
32. — Isla del archipiélago de Tongo (Oceanía).
33. — Parte arqueada y saliente de una vasija por la que se agarra ésta.
34. — Apócope.
35. — Libro sagrado de los musulmanes, redactado por Mahoma.
36. — Ara nuevamente; vuelve a arar.
37. — Parte de un círculo comprendida entre un arco y cuerda.
38. — Esposa de Abraham, madre de Isaac.

VERTICALES

2. — Expeler en forma brusca y sonora el aire contenido en los pulmones.
3. — Ciudad de Siria.
4. — Afirmación.
5. — Raíz griega que revela la idea de punta.
6. — Dícese de la cabalgadura de pelo entre alazán rubio y bayo amarillo.
7. — Francmasón.
9. — Amarres, sujetes.
10. — Culpado, criminoso (plural).
14. — Sepulturero.
15. — Cristiano español, que durante la dominación árabe se convertía al cristianismo.
20. — Cruzara la trama con la urdimbre para tejer alguna tela.
22. — Que profesan la doctrina que admite la existencia de un Dios, pero niegan la revelación y rechazan el culto.
23. — Fruto del almez.
24. — Lucifer, el diablo.
25. — Rodar.
26. — Pez marino acantopterigio.
27. — Llanura cortada de bosques.
29. — Hacer ruido una cosa.
31. — Existe.

(La solución en el próximo número.)

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

DE LAS "CHARADAS"

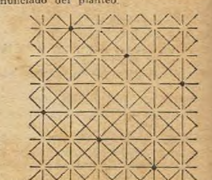
CATALINA

TORNEO

PESCADO

DEL PROBLEMA "LOS ALFILERES"

En esta forma se da cumplimiento al enunciado del planteo.



¡Aquí le contestamos!

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellos. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires

IRENE, *Capital.* — Para no fracasar es necesario ensayar repetidas veces, variando en más o en menos las cantidades de los diversos ingredientes, hasta dar con la fórmula perfecta. Además, debe tener en cuenta que los procedimientos caseros nunca dan resultados tan perfectos como los industriales. A continuación le transcribimos dos fórmulas para hacer papel copiativo. A): manteca de cerdo, 12 grs.; cera, 2 grs.; negro de humo, 2 grs. Se funden juntamente la cera y la manteca y se echa la mezcla, poco a poco, en un mortero caliente en el cual se ha echado con anterioridad el negro de humo, agitando y triturando de continuo. Esta mezcla se extiende sobre papel caliente. Por último, se quita el exceso con una franela. B): Tinta de imprimir, 150 grs.; aguarrás, 1.200 grs.; cebo derretido, 900 grs.; cera fundida, 90 grs.; resina fundida, 60 grs.; hollín, 600 grs. Existen otras fórmulas, quizá más perfeccionadas, pero cuyo uso requiere maquinarias especiales.

MIGUEL FEDERICO. — 1º No podemos transcribirle la fórmula de esmalte facial, pues está patentada. 2º Los botones se hacen de hueso, asta o marfil, torneándolos a máquina.

CARLOS MARQUEZ, *Carlos Tejedor.* — Para impermeabili[...] el cartón, se le aplica una [...] dos manos de una mezcla de [...] partes de sangre fresca, 4 partes de cal viva y un poco de alumbre. Si el cartón se calienta a temperatura conveniente, con un ace[...] secante que contenga azufre, o introducien[...] este cuerpo en la pasta del cartón, se convie[...] la celulosa en una substancia gelatinosa [...] está por encima de toda acción del tiempo, p[...] se endurece mucho. Otra manera de operar consiste en disolver azufre en el aceite, a temperatura inferior a 110 grados, y cocerlo lue[...] en 150 y 170 grados. Si se desea dar la may[...] dureza al cartón, se puede someter en segui[...] a la acción de la prensa.